



Los anarquistas
y la guerra en Euskadi

Manuel Chiapuso

**LA COMUNA
DE SAN SEBASTIÁN**

Los anarquistas y la Guerra en Euskadi – La Comuna de San Sebastián es, básicamente, el relato de los hechos que tuvieron lugar en Donostia cuando, al fracasar el golpe de estado, éste se convirtió en una guerra civil.

Los voluntarios donostiarras, como lo hicieron los catalanes o los madrileños, tuvieron que enfrentarse a los sublevados y rescatar su ciudad combatiendo calle por calle hasta vencer.

“Los anarquistas y la Guerra en Euskadi” reúne la peripecia bélica, política y también vital de los militantes de la CNT desde el 18 de julio de 1936 hasta el Pacto de Santoña. Una peripecia narrada con pasión y, al mismo tiempo, apasionante, personificada en Manuel Chiapuso, Félix Liquiniano y Casilda Méndez, testigos de primerísima fila en aquellos acontecimientos históricos.



**LOS ANARQUISTAS Y LA
GUERRA EN EUSKADI
LA COMUNA DE
SAN SEBASTIAN**

MANUEL CHIAPUSO

Manuel Chiapuso

LA COMUNA DE SAN SEBASTIAN

Los anarquistas y la guerra en Euskadi

Digitalización: KCL

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html



Liquiniano a la izquierda. Penúltimo a la derecha Chiapuso.
A la derecha Casilda

ÍNDICE DE CONTENIDO

- I. LOS VERDADEROS MOVILES DEL ALZAMIENTO
- II. QUIENES ERAN LAS DERECHAS Y LAS IZQUIERDAS
- III. EL ALZAMIENTO SE IBA GENERALIZANDO
- IV. EL ASALTO A LOS LOCALES DE LA CNT
- V. VICTORIA POPULAR
- VI. LA LLEGADA DEL TREN DE ÉIBAR
- VII. LA CNT EN EL ESTADO MAYOR
- VIII. GOBIERNO Y REPÚBLICA
- IX. HECHOS POPULARES
- X. LA IGLESIA DEL BUEN PASTOR
- XI. EL CONVENTO DE LAS ARREPENTIDAS
- XII. MORAL COMBATIENTE DE LOS MILICIANOS
- XIII. LA FUERZA GOBIERNA A ESPAÑA
- XIV. EL CASO DEL FISCAL SEIJAS
- XV. EL VERDUGO DE FERRER
- XVI. SEXO Y REVOLUCIÓN
- XVII. ¡AH, LA MUJER!
- XVIII. LOS CUARTELES DE LOYOLA
- XIX. AHORA, LA GUERRA
- XX. UNA OPERACION MILITAR CNT
- XXI. EL CORONEL CARRASCO
- XXII. EL FRENTE DE LA MONTAÑA
- XXIII. INTERÉS DE LA FRONTERA
- XXIV. SAN MARCIAL
- XXV. BOMBARDEOS POR MAR Y POR AIRE
- XXVI. SOCIEDAD Y POLÍTICA
- XXVII. GUERRA Y ADMINISTRACIÓN
- XXVIII. TÁCTICA DE LOS NACIONALES
- XXIX. ¡AY, SAN SEBASTIÁN!
- ACERCA DEL AUTOR

Pese a ciertas teorías que se interesan por largas explicaciones, falseadas o sobrepasadas en la generación siguiente, y se burlan de la pequeña historia, esta interviene sin cesar en la grande y, frecuentemente, la determina. Por eso me he constreñido a los hechos y he intentado explicarlos imparcialmente.

Los papas del Renacimiento

Fred Bérence

I. LOS VERDADEROS MÓVILES DEL ALZAMIENTO

La palabra la tienen las armas

Cardenal Pla.

El 16 de julio de 1936 me acosté con bastante fiebre. Después de mi paso por diferentes presidios durante casi cuatro años, obtenida mi libertad condicional hacía unos meses, sufría de tarde en tarde un acceso de fiebre consecuente a la afección pulmonar que contraí en el encierro. Estaba lejos de imaginar que habíamos entrado en los prolegómenos de la guerra civil. La atmósfera nacional se mantenía explosiva, pero el pueblo y el gobierno mantenían la secreta esperanza de que todas las fuerzas seguirían en la legalidad. Pasé una noche toledana tosiendo y esputando. Logré dormirme muy avanzada la hora y mi cansancio era tal que ni siquiera oí la entrada de Félix en mi habitación. Se dio cuenta de mi estado por la respiración defectuosa y por la cantidad de gargajos, parecía que mis

pulmones salían a pedazos a la vista. En lugar, pues, de sacudirme violentamente, me despertó con mil precauciones. Había logrado dominar la impaciencia y el nerviosismo que le roían. La cosa no era para menos. Ya en mis cabales, me puso en antecedentes del juramento prestado por los militares en el Llano Amarillo de vuelta a los cuarteles en el protectorado marroquí. Nuestra reacción no era como la del jefe del gobierno que, al anunciarle la grave noticia manifestaba irresponsablemente: «si los militares se levantan, yo me voy a acostar». ¡Ah, si se pudiera gobernar con frases! Los españoles seríamos grandes políticos. Félix y yo catalogamos el juramento de peligroso. Un acto más para exacerbar la vena nacionalista. No veíamos en él sino el rezumar de ideales desfasados en la corriente universal.

El vasto anfiteatro recortado en el horizonte por los altos relieves del Tidiguin y del Dah Doh simbolizaría en nuestra historia la iniciación de un combate en el que España sobreviviría por encima de cadáveres mil, sacrificados en carnicería mutua, atizando rencores y excitando espíritus. Los grupos de cedros que adornaban el terreno de maniobras serían los testigos del grito marcial concertándose para destruir el régimen político que se dio el pueblo. ¡Lamentable y sombrío 16 de julio! Paradigma exultante de la abdicación colectiva del cristianismo, como lo atestigua el epígrafe del gran responsable de la Iglesia. Los enemigos de la República se entregaban a la pasión política que, precedentemente, el pueblo había desechado. En sus primeras proclamas hablan de salvar a España del pistolero, de la agitación obrera y de los ataques contra las iglesias y conventos.

No indican claramente cuáles son sus fines políticos más bien nostalgia del mando y oposición a la marcha ascendente de la clase obrera.

El dinero, el sable y el hisopo, iban a cumplir el estupro a tres. ¿Su finalidad? Destruir la raíz proletaria que, a principios de siglo, por evolución histórica, ya forma parte de la realidad nacional. El catolicismo considera peligrosa el ascua reivindicativa que anida en las masas contra él, fruto de su injerencia política y dictadura espiritual como corporal. El sable pretende imponer sus puntos de vista, temeroso del nuevo espíritu que invade a la legión de los desamparados moral y materialmente. El latifundista, semifeudal, siente ya la posible pérdida de los privilegios ofrecidos en una época lejanísima que nada tenía que ver con la España actual. Ya no había imperios y colonias, ni Cristo que lo fundó. España estaba en plena mutación y en los albores de la industrialización. Por eso; Félix y yo pensábamos que el juramento del Llano Amarillo aparecía embebido de lo llamado por Nietzsche «la voluntad de poder». Se nos aparecía como gigantesca empresa cimentada por pasiones subterráneas; ¡oh, Freud!, y ambiciones soterradas. Los dos estimábamos que el verdadero patriotismo se manifestaba en la moderación del comportamiento y en el espíritu de conciliación.

Dado mi estado, Félix me aconsejó que no me moviera de la cama, que tomara remedios enérgicos con objeto de estar preparado frente a lo irremediable. Por su parte, él pondría en movimiento a las Juventudes Libertarias, se entrevistaría con los de Euzko Indarra y con los jóvenes socialistas y comunistas.

Volvería por la noche para ponerme en antecedentes de todo. Salió, pues, disparado y yo tuve un acceso de tos que me dejó aplastado y enfebrecido. Acudió la patrona. Mi padre y yo teníamos alquilada una habitación en la calle Autonomía, en un piso espacioso, cuya parte trasera daba a la calle de La Salud, tan conocida por sus ramerías.

Le pagábamos setenta y cinco pesetas, religiosamente, por mes, y aunque mis antecedentes penales no le hacían mucha gracia, nos soportaban. Bien es verdad que mi padre era de lo más pacífico y trabajador que pueda darse. El sólo se preocupaba de su vegetarianismo y de sus frutas y de prepararme un jarabe de nabos, después de tenerlo tres noches al sereno, un aceite en donde bañaban durante quince días trocitos de ajo.

Ese nabo y ese aceite eran intomables, tanto por el olor como por el sabor. Yo hacía de tripas corazón, pues notaba que me eran beneficiosos. La patrona no tenía la misma fe en esos remedios y se fue a la farmacia. Me trajo sellos, aspirinas y un revulsivo. Jamás tomé tantas medicinas. Además, durante la mañana, amén del desayuno, tres veces manzanilla bien caliente, me trajo a la cama. – Y cuando su padre vuelva del trabajo –me dijo– yo esconderé las medicinas; ya sé que no le gusta la medicina química, pero con ese jarabe de nabos y ese aceite del diablo no se curará usted. Yo me reí. Yo sabía que mi padre, aunque hablaba poco, les daba a veces lecciones en la cocina de dietética y medicina natural. Y mientras estaba haciendo la cama del padre se explayó: – Tiene usted un padre que es la comidilla de todas las amas de casa.

– ¿Pues? –le interrogué sorprendido.

– Primero, porque no habla con nadie; segundo, porque hace la plaza como las mujeres.

– ¡Ah!, ¿es eso? –comenté–. Mi padre estropeó su vida por idealismo. El suyo le montó un taller de ebanistería en la calle Manterota. A los dieciocho años se encontró con un espléndido taller y un asociado, Blas, ya mayor, que dirigía los primeros pasos del joven. Todo marchaba bien. Pero al llegar la hora del servicio militar a mi padre se le ocurrió declararse antimilitarista. Y atravesó en barca la frontera rozando el puente del topo. Mi abuelo mal liquidó los negocios con Blas, quien fue en realidad el ganancioso en la trastada del padre. De su vida en Francia había cogido la costumbre de hacer las compras y de comportarse como un europeo. La patrona prosiguió: – Si yo le dijera a mi marido que fuera a la plaza, menuda que se armaría; se consideraría a la altura de la mujer. En casa hago lo que me da la gana y yo llevo la voz cantante en todo. Pero que él no aparezca delante de los demás como supeditado a mí. ¡Ah, los hombres! –terminó irónicamente. Y se fue a preparar la comida.

Yo me olvidé de mi estado físico. Mi mente se enfrascaba en la terrible realidad del levantamiento. Por las briznas que llegaban a mis oídos de las noticias de radio de algún balcón abierto notaba que la situación iba empeorando. Ya no se hablaba solo de Marruecos, sino también de Canarias. El general Franco se había sublevado y se había hecho dueño del archipiélago, casi sin resistencia. Ahora se iban aclarando ciertas ideas y hechos. El 17 de junio las derechas se sentían fuertes

después del terrible desastre de las elecciones de febrero. Y desafiaron al gobierno en el parlamento. Calvo Sotelo, en un discurso cargado, redundante, artificial, estimó que el gobierno era culpable de los males que el país sufría. ¿Finalidad del discurso? Amenazar con el golpe de estado. Su ironía, a veces amarga, carecía de valor cuando a sus espaldas se perfilaba el plan del levantamiento. Calvo Sotelo, por sus propósitos, se excluía él mismo del compromiso y de la negociación, meta de todo hombre político inteligente. En la misma fecha, Gil Robles destacó en otro discurso la importancia de los excesos contra la Iglesia. Dado que el gobierno, prisionero de las izquierdas no tenía bastante fuerza para reprimir los desórdenes e imponer la calma en la calle, le invitaba a que dejase el poder. Si no, la defensa legítima obraría como ley natural. Fue la amenaza velada, proclamada con bastante fuga y calor. Pero Gil Robles no elevó el debate. Se limitó a una exposición unilateral de la política con visión mediocre y apasionada. A través de sus palabras se adivinaba que se creía un prohombre e invulnerable. Jamás la temeridad fue buena consejera para componer variaciones sobre un tema tan trágico como el de la guerra civil. El 30 de junio las algaradas de Alcalá de Henares ofrecieron la muestra de la desobediencia contra el régimen republicano. Los jóvenes del Ejército, apasionados, experimentaban el cosquilleo del alzamiento. Ardían por salir a la calle y sólo esperaban la voz de mando, esa voz que la iban aplazando para mejor darla. El atractivo de la gloria ganada contra un campesino miserable y hambriento y contra un proletariado desarmado debía ser inmenso. Venía a mi memoria el temple del Gran Capitán, el ondeador de la bandera nacional por los campos de batalla

extranjeros con gran estrategia guerrera, digna de loas. Los grandes destinos se forjan con grandes fines.

El 12 de julio murió asesinado el teniente de guardias de asalto Castillo, militante socialista e influyente en ese Cuerpo creado por la República. Fue una provocación contra el Partido. Indignado y molesto, por ser el blanco preferido de los falangistas, no tardó la reacción del Partido Socialista. Empleó la ley del talión contra una de las personas más destacadas de las derechas, el caracterizado jefe de Renovación Española, Calvo Sotelo. El 13 de julio, el hombre que amenazó públicamente con el golpe de estado apareció asesinado en una furgoneta al borde de la carretera. Las ceremonias fúnebres de las dos víctimas pusieron en tensión a la capital. Derechas e izquierdas, acompañando a su muerte, no admitían el acuerdo. Los dos féretros preludiaban que las divergencias, normales en una sociedad de libre acuerdo, iban a borrarse a tiros. La terrible conmoción daba las primeras sacudidas. Dado el contexto político-social, todo auguraba que los aires de fronda harían vibrar a los españoles, recordándoles tiempos remotos y cercanos, en los que la guerra civil servía de soporte al heroísmo y a la bajeza.

II. QUIENES ERAN LAS DERECHAS Y LAS IZQUIERDAS

Sangre obrera ha regado la tierra. Las pistolas las manejaban obreros de fracciones distintas: socialistas, anarquistas y comunistas...; ¡Así avanza el fascismo!

«Solidaridad Obrera», 13 de julio.

Los ánimos estaban tan excitados por esa serie de hechos que todos se iban sensibilizando y las armas entraban en juego con el menor pretexto. El vértigo de la acción ilegal había entrado en nuestras costumbres, como los agentes atmosféricos en el clima peninsular. Cuando conocí los hechos del epígrafe, no me los podía explicar. Los comentamos en el grupo y nos preguntábamos si en las filas obreras no se habrían infiltrado agentes pagados por el enemigo. Ya no era un secreto para nadie que los falangistas se nutrían de hombres de la Confederación aprovechándose del paro y de la miseria. En la lucha por el poder se empleaban toda clase de armas. Vivíamos ya bajo el imperio de la provocación y de la premeditación

criminal. Los actos esporádicos del siglo XIX y de principios del XX, en que el cambio de personas bastaría para la transformaron de sistemas se habían desvanecido. Se trataba de vasta red de hechos destinados a crear un estado de agitación constante y un malestar creciente. Lo sucedido en Sevilla, lamentable en sí, fue favorable para la unidad de los socialistas y anarquistas en el ámbito nacional. Y nada mejor frente a la configuración política de las derechas, monstruo retrógrado y antediluviano, políticamente siniestro que solo cabe en mentalidades aberrantes a lo largo de pesadillas religio-alucinantes. Dominados por ellas, los españoles volverían a tiempos pretéritos en los que vivirían al margen de la evolución europea y universal. Una aristocracia decadente e incapaz que siguiera exhibiendo títulos no merecidos, para que un capitalismo en pleno balbuceo, inadaptado a la evolución sociológica del industrialismo, desconociera lo absurdo de la condición obrera, para que el latifundista siguiera gozando los privilegios estimados de derecho divino y creyendo que era apto a la hegemonía nacional. Nosotros, los revolucionarios teníamos defectos, como todo hijo de vecino, pero no el gravísimo, fruto del orgullo español, de ignorar lo que se dictamina olímpicamente que no existe.

La patrona se comportó admirablemente. Con una de sus hijas, me sirvió la comida: sopa de verduras, pescadilla y una manzana. Yo no tenía apetito, pero comí pensando en que debía recuperar fuerzas en previsión de toda eventualidad. A la comida añadieron las medicinas y pude dormir un rato. Un acceso de tos me despertó, pero fue más liviano que los precedentes. Ya los esputos salían más blandos. Me sentía

mejor. Pronto saldría de la cama para entrar en la vorágine que me imaginaba sería la calle, los partidos y los sindicatos. Pensé en Félix al acordarme de Navarra y del carlismo, pues una de sus manías –a veces genialidades– era la de que había que lanzarse contra Navarra, foco amenazador de todas las libertades. El carlismo, dirigido por Fal Conde, resurgía violento con mentalidad ultra reaccionaria, tanto como a lo largo del siglo XIX. Los carlistas representaban la doctrina menos evolucionada de los anales políticos. Bajo su férula, España volvería a la época medieval. Dinámicos e intransigentes, fanáticos del catolicismo, del patriotismo y de la monarquía, se olvidaban de los hombres. Navarra era el foco principal de esos antediluvianos. Navarra, esa provincia en donde el general Mola, gran organizador, pero de espíritu turbio y complicado, enemigo jurado de las izquierdas, intentaba ponerse de acuerdo con los carlistas, como base popular de un régimen militar. Mola sabía que le hacía falta al ejército un mínimo de apoyo civil para sustituir al régimen republicano. Se hablaba de negociaciones secretas en las que Navarra desempeñaba un gran papel, pero sólo los conjurados estaban en el secreto de los dioses. Nosotros sólo podíamos hacer conjeturas y prepararnos a un combate a todas luces desigual. Los carlistas poseían fuerzas paramilitares bien armadas y entrenadas y una provincia favorable. A Mola le cayó una breva al ser conmutado a esa provincia.

El falangismo, brote o epifenómeno de doctrinas extranjeras aliñadas a la salsa española, como el fascismo y el nacionalsocialismo, no tenía la originalidad, ni la pureza, de lo típicamente español. De ahí que se mantuviera con la ayuda económica vía Italia y bélica vía Berlín. Su gran animador: José

Antonio Primo de Rivera, hijo del ex-dictador. Como esta organización empleaba la dialéctica revolucionaria, sus congéneres de la reacción le observaban con prevención y con simpatía moderada, quizás por considerarle como aguafiestas en la arena política. Desde su creación, en plena República, su acción consistió en crear el desorden y la agitación en la vía pública. Es por lo que su jefe fue detenido.

La doctrina se decía pomposamente nacionalsindicalismo, curiosa y pesada amalgama de religión, sindicato y política. Un cóctel pseudo-revolucionario que sirviera de cebo para los ciudadanos. Dejaba en pie el fijismo de la sociedad española, ese inmovilismo que impedía precisamente el progreso. Desconocedor –o megalómano– de la miseria e ignorancia del país y del papel de tercer orden en el concierto internacional, sonaba con el imperio español... Si un día esta doctrina reinara, si un destino cruel nos la impusiera, ¡pobres de nosotros! Esta posibilidad me situó en un cuadro goyesco, alucinatorio y monstruoso.

Escapé a esas visiones dantescas recordando a otro fruto de las derechas: Renovación Española. ¿Su jefe? Calvo Sotelo hasta su muerte acaecida unos días antes. De renovación sólo tenía el nombre. Se nutría de los clásicos jugos políticos de la reacción. Partido del dinero, lo defendía con virulenta actividad parlamentaria y con artículos demagógicos. En su fatuidad, se consideraba la única realidad política pese a su exigua influencia. Y no encontraba límites a su ambición y avaricia, reflejo quizás de la personalidad de su ex-jefe. Carente de filosofía y menos aún de sociología en sus postulados, lo observábamos casi como

ultramontano. Desde luego, como partido profesional de la economía capitalista.

E hilo tras hilo se me aparecieron los agrarios, capitaneados por José Martínez Velasco, cuyo objetivo esencial consistía en que la República no atacara a los latifundistas.

El campo se lo imaginaban como inmenso vedado de caza con las lacras seculares. De ahí que se negaran a la menor reforma de la tierra. Este partido, a las órdenes de hombres que hacían labrar los campos con arados árabes por no ver más allá de la nariz, representaba dignamente el reinante espíritu fosilizado en el agrio. No tenía plan ni política.

Guiado por el deseo ferviente de defender a los acaparadores de la tierra, mantenía el «statu quo» contra tirios y troyanos. La productividad, el bienestar del campesino, significaban entelequias salidas de cerebros volterianos, luego ignoradas.

Le bastaba conservar los valores metafísicos y morales de la vieja España con objeto de que unos cuantos se paseasen por sus propiedades con aires señoriales, hinchados de orgullo y el corazón seco. Gran partido, pues, de la trapería y de la antigualla.

Por fin caí en Acción Popular, partido que cambiaba de nombre como de camisa. Su jefe, Gil Robles, el añorador monárquico alfonsino. Partido moderado, viejo rescoldo de la política, hubiera desempeñado gran papel, como contrapunto de las izquierdas, si siguiendo a su jefe, no le hubiera faltado el

discernimiento y la facultad de considerar los acontecimientos con espíritu estricto.

Ambicioso, creyó ser el eje de la política, cuando sólo era un elemento, importante sin duda.

Grandilocuente, estaba impregnado de las resonancias sentimentales de una monarquía que tuvo la gran virtud de exilarse en contra de militares que quisieron, ya, transformar al país en teatro de guerra el célebre 14 de abril de 1931.

Con fuerte minoría parlamentaria, se lanzó a una política de diatriba permanente sin buscar el lado constructivo de toda legislación. Bien compenetrado del contexto político no da ninguna beligerancia a los fenómenos sociológicos que transforman las sociedades.

Este rompecabezas anacrónico de las derechas lo cimentaba el odio al nuevo régimen. No pudiendo digerir la derrota electoral de febrero, el alma roída por la frustración, tocaba a voleo las campanas contra la República. Eran capaces de aliarse con el diablo con tal de que desapareciera la República, la modesta República burguesa. Y se exasperaban... por falta de agilidad mental y grandeza de alma. La tradición significaba para ellas la perfección y la sabiduría. Pero tradición con gran estaca. Tranquilidad viene de tranca, decían.

Cómo me hubiera gustado penetrar en ese mundo en ese instante que los militares de Canarias y de Marruecos se preparaban, sin duda, a atacar la península. Cómo estarían

pendientes de las noticias, esos políticos derechistas, unos en las capitales españolas y otros en las francesas. Cómo debían babear de placer columbrando la posibilidad de vengarse de cinco años de República en los que ésta se permitió atacar los intereses de los poderosos. Y enfrente...

¿Quiénes eran las izquierdas?

... Yo las veía más diversificadas y desemejantes que las derechas, carentes del cemento que las uniera en bloque monolítico frente a la reacción y al levantamiento. El programa del Frente Popular fue episódico e insuficiente. Sin embargo, por mi carácter optimista, ya me imaginaba que se unirían contra la tormenta por ley de vida. Cada fracción perdería la pretensión de considerarse vestal de la llama que iluminaría más o menos pronto a España.

El Partido Socialista, muy influyente, no quiso intervenir en el gobierno salido de febrero, instruido por la experiencia vivida al lado de los republicanos. No en balde perdió audiencia en la gran masa de trabajadores en provecho de la CNT. Azaña proyectaba incorporarlo cuanto antes al gobierno, demasiado débil. España estaba viviendo una paradoja política: los republicanos con su gobierno no estaban sostenidos por ninguna de las grandes formaciones políticas del país. A lo sumo, lo toleraban. Al Partido Socialista lo desgarraban dos tendencias:

la prietista y la caballerista. La primera moderada y dispuesta al compromiso. La segunda, más virulenta, hablaba con lenguaje revolucionario. Por otra parte, el Partido tenía la misma pretensión que Acción Popular: gobernar a solas sin comprender que el tablero político se lo impedía y que era más práctico dejar por el momento los sueños de hegemonía. Por este complejo de superioridad, proclamaba su fuerza a los cuatro vientos blandiéndola amenazadora contra el gobierno y las derechas, sea en manifestaciones callejeras, sea en mítines colosales.

El Partido Comunista, ayudado por Moscú, mostraba una actividad y un dinamismo superiores a la realidad numérica y a la influencia que pudieran ejercer sobre los trabajadores. Desde que su proyecto de apoderarse de la CNT fracasó estrepitosamente, sus esfuerzos de penetración en la UGT, de filiación socialista, se iban consolidando. Y no era extraño a las luchas intestinas del Partido Socialista por envenenarlo al apoyar a Largo Caballero y al calificarle de futuro Lenin español. ¡Paradojas de la política! El Partido Comunista se procuró un éxito al unir las Juventudes Socialistas con las Comunistas. Con este ariete trataba de atacar al viejo Partido Socialista.

Por nuestra parte, nos mostrábamos intransigentes. La CNT proseguía sus fines revolucionarios, embriagada por su influencia creciente entre obreros y campesinos. Yo no pecaba de optimista al considerarla como una de las fracciones más potentes del tablero político-social. La acción directa y el federalismo eran las grandes coordenadas de su ideología. Antigubernamental y antimarxista, se imponían por enfrentarse valerosamente contra los hombres pagados por la derecha y

contra la fuerza pública y, también, por las huelgas sostenidas más bien de carácter moral que de carácter salarial, o de mejora de las condiciones de trabajo o de horario. En esos albores de la guerra civil, preñada de amenazas y sacrificios, la CNT se presentaba como un fenómeno sociológico sin igual en otros países, fenómeno que todos los partidos políticos no querían comprender. Nutrida en las fuentes del bakuninismo, kropotkinismo y proudhonismo, fue esta organización sindical la que influenció sobre el anarquismo y le obligó a organizarse abandonando el clásico grupo independiente y soberano. Fenómeno doblemente curioso, pues la central sindical influía sobre la ideología anarquista. Dirigir millón y medio de hombres no era igual que vivir en circuito cerrado cantando loas a los principios y otras menudencias. Publicar periódicos y revistas implicaba un plan, una dirección, que no se podía abandonar al primer postulante. Todo ese aparato comenzaba a producir una crisis, no de conciencia, sino ideológica.

La organización de una sociedad necesitaba una disciplina intelectual y orgánica, una elaboración de proyectos económicos más concretos que los del reciente Congreso de Zaragoza más bien vagos a ilusorios. En una palabra, más rigor en el saber y en el trabajo social.

Las fuerzas regionalistas, tales como Solidaridad de Obreros Vascos y los Rabassaires catalanes, suponían fuerzas no despreciables en su perímetro regional, pero en el tablero nacional desempeñaban un papel pálido. Y sobre esta tormenta de españoles turbulentos y en perpetuo motín, en una España que tanto sufría para parir un sistema político coherente, los

partidos republicanos pretendían evitar el cisma de los españoles.

Sobrepasados por una realidad que buscaba el choque de las armas, el combate de calles y las ambiciones tortuosas de los unos y la incomprensión de los otros, gobernaban en plena quimera y surrealismo. Tenían buenos oradores, tenían buenas intenciones, pero en política andaban ciegos. Además, ¿cómo operar cuando la gran parte del país les volvía la espalda?

Yo sentía componerse la sinfonía guerrera con preludios y movimientos de todo género. Esta se encarnaría por encima de las contingencias humanas, como fuerza destructora que obrase fuera del tiempo y del espacio.

Iba a estallar, yo estaba seguro, como potencia misteriosa digna de la esencia vital del español. Y rompería los diques que los años habían erigido laboriosamente. La sinfonía se impondría al hombre por un destino fatal hasta que la saturación de gases y explosiones le dejaran agotado. Si, el país estaba sensibilizado y acondicionado para el choque. Los cuchicheos en sacristías y confesonarios en favor de la paz nada valdrían, ni los llamamientos al sentido común, ni los cantos a la alegría del vivir y a la poesía de una tierra ardiente. En ese instante, enfermo, esputando más que un tuberculoso, presentía el grave peligro que rondaba a las puertas con rumores de catástrofe nacional. Me comportaba ya como el animal en alerta por el olor del inminente estallido. Los obreros no podían dejar a los enemigos apoderarse del poder alegremente. Yo estaba ardiendo, no sólo de fiebre, sino de

ganas que llegase la noche y recibir la visita de Liqui. A las seis y media llegó el padre del taller. Tuve que pasar por el jarabe de nabos y por el aceite de ajos. Su presencia me calmó un poco. Le pregunté por la situación, pero como vivía en su universo íntimo, no saqué nada en conclusión. Me preparó la cena: una sopa con cinco o seis verduras diferentes salpicada con harina de maíz. Ya en el plato me echó dos yemas de huevo. Preconizaba que la albúmina de los huevos era fatal para el organismo. Cenamos los dos juntos y, conversando con él, la espera se me hacía menos angustiosa.

III. EL ALZAMIENTO SE IBA GENERALIZANDO

*Bienvenidos al Frente Popular de San Sebastián,
compañeros de la CNT*

Guillermo Torrijos, presidente del P. S.

A eso de las diez llegó Liqui. Entró en tromba y a quemarropa me lanzó:

- Esta vez ya está.
- ¿Seguro?
- Y tan seguro. La cosa va en serio.
- ¿Y aquí, en San Sebastián?
- Todos en pie de guerra. No nos cogerán cagando. En el gobierno civil se reúne el Frente Popular para respaldar la acción en favor de la República del gobernador Artola.

– ¿Y nosotros?

– Ya nos hemos incorporado al Frente Popular. Todos han olvidado el programa y se proponen defenderse contra el golpe de estado. Nos han acogido sin reservas.

– ¿Y tú qué has hecho?

– Con las juventudes Libertarias hemos formado tres grupos de choque. Ahora están fabricando petardos, algunos respetables. Harán mucho ruido allí donde caigan.

– ¿Y armas?

– El Partido Socialista ha distribuido, de acuerdo con el Frente Popular de Éibar, algunos naranjeros y pistolas. Poco, pero algo es algo. ¿Y tú cómo vas?

– Mejor. Me parece que podréis contar conmigo.

Esta noche no te muevas. Procura ir mañana al sindicato, por lo menos podrás seguir de cerca los hechos. Las sindicales declaran la huelga general indefinida en todo el país. Vamos a ver si los militares se echan a la calle en la península.

Y dirigiéndose al padre, en vasco:

Manuel eztulakin bukatu biar da gaur gabian. Ondo izerdi egin biar du eta biar zutik. Izugarrisko gauzak ikusiko degu. (Manuel, hay que acabar con la tos esta noche. Tiene que sudar bien y mañana de pie. Vamos a ver cosas enormes).

El padre le miró extrañado de ese lenguaje que le sacaba de su universo íntimo. Magnetizado por el vigor y simpatía que se desprendía del joven contestó:

- Bai. Nik egingo det dana. Biar zurekin izango da.

Félix, que estaba sentado en la cama, pegó un salto y se puso de pie.

- Y ahora al coche fantasma.
- ¿Qué es eso?
- Déjame. En nuestros planes entra el recorrer la ciudad con un coche tirando con objeto de crear el espíritu de defensa y de combate.
- Me parece muy bien.

En efecto, a las once de la noche comenzó el coche fantasma su trabajo de irritación ciudadana. Son los fachas –decían unos–. Son los militares –decían otros–. Son los sindicalistas –declaraban algunos–. La patrona, seguida de dos hijas, entró en la habitación haciendo más aspavientos que una alocada:

- Pero ¿qué va a pasar? Ya están tirando tiros por las calles. La radio no habla más que de cuarteles que se van levantando contra el gobierno. No se le ocurra salir mañana. Esto va de mal en peor.

Si todos nos quedamos en casa los alzados se pasearán por las

calles y se impondrán tranquilamente. Hay que tener menos miedo. Lo que sea sonará –dije acodándome en la cama.

- Por Dios, no se levante –insistió la patrona.

Poco después otros jicarazos y cucharillas de jarabe de nabo y aceite de ajo me dispusieron a pasar la noche con mejor perspectiva que la anterior. Y así fue.

Pude dormir bastante bien y los accesos de tos fueron menos frecuentes y menos violentos. Por la mañana, en contra de la opinión del padre, me levanté. Desayuné copos de avena, un buen plato. En el momento de salir, la patrona me acompañó hasta la puerta, recomendándome mucha prudencia no sólo en la lucha contra el mal sino también en la vorágine que envolvía al país. Fue ella la que me anunció:

- En Madrid y en Barcelona los militares se han echado a la calle.

- Peor para ellos –le manifesté comprendiendo que entrábamos en la fase decisiva del primer choque.

Antes de ir a la calle Larramendi a nuestros sindicatos me dirigí a la parte vieja por conocer la atmósfera de la ciudad. ¡Vaya carga de emoción indignada! San Sebastián ya no mostraba la sonrisa acogedora de balneario privilegiado. Nada de aire indiferente. El temor y la incertidumbre se habían apoderado de la ciudad ante las terribles noticias...

El levantamiento se iba generalizando

... y con ello la ciudad se preparaba a que los militares también echasen su cuarto de espadas en ella, aunque sólo fuera por solidaridad con otros regimientos. Tenía que defenderse contra un enemigo que se ocultaba en la sombra en espera del momento favorable o las órdenes del jefe. El estado de alarma había sacudido las conciencias. El hermoso espectáculo de la playa perdía su interés frente a la terrible perspectiva. El paso decisivo iba a ser dado en una atmósfera dramática. Ya en el bulevar me encontré con grupos compactos que iban recorriendo las calles dando gritos hostiles contra el ejército. En la parte vieja un hervidero de gente entraba en los sindicatos marxistas y en los partidos políticos. Los militantes se reunían y estudiaban la manera de enfrentarse con la situación y con un enemigo todavía agazapado. La historia social vivida desde el advenimiento de la República había desarrollado en los obreros el instinto de defensa y la intuición que permitía interpretar exactamente los acontecimientos. Por el balcón del primer piso, en la calle Mayor, oí que la radio anunciaba alegremente:

La respuesta del pueblo barcelonés y madrileño ha aplastado la revuelta de los militares.

La aparente serenidad gubernamental no impedía que la rebelión invadiese la península y se generalizara. No se sabía

cómo se saldría de la gran confrontación. Las autoridades locales, gobernador militar y gobernador civil, siguiendo al gobierno, insisten en que en San Sebastián no pasará nada. No hacía falta ser adivino, en esa actitud gubernamental, para ver si podía llegar a un compromiso con el ejército. El gobierno, en las últimas cuarenta y ocho horas, se agarraba a esta solución como a un clavo ardiendo. Pero ya era tarde. El pueblo donostiarra y el pueblo español en general lo había comprendido mejor que el gobierno y se dispuso a tomar las responsabilidades históricas. Quizás sobreestimara sus fuerzas, pero las noticias animosas de Madrid y de Barcelona lo daban pauta para ello. San Sebastián se preparaba a la agarrada. Los falangistas y los tradicionalistas tenían que poner en marcha el dispositivo de combate. Además, trataban de empujar a los militares, un tanto reacios, a la rebelión en cumplimiento de los compromisos.

La guarnición donostiarra, indecisa ¡qué esperaba! estaba acuartelada. La pelota estaba en el aire.

Las fuerzas del Frente Popular discutían la forma de oponerse al golpe. Las reticencias tácticas e ideológicas las han cerrado bajo llave. El destino del país estaba en juego. En la misma puerta del gobierno civil, en la calle Oquendo, Torrijos, el socialista, y Ruiz, el cenetista, se felicitan del paso dado por la organización revolucionaria.

- Ahora nos encontramos todos en la misma barca. Y ha sido necesario este grave peligro. Vuestra fuerza ayudara al juego político y combativo del gobierno.

- Sí, Guillermo. Nuestros sindicatos se baten por toda España contra los militares, conscientes de la situación explosiva. Nadie dirá que el anarcosindicalismo se ha lavado las manos en esta coyuntura.

- Vuestra presencia entre nosotros es de buen augurio para el porvenir.

- Sí. Pero la ausencia del Partido Nacionalista Vasco puede crear una fisura en nuestra región. Menos mal que Acción Nacionalista no tardará en incorporarse al Frente Popular y, por lo menos, ella representará el espíritu específicamente vasco.

Les invitaremos a los dos partidos. La unión, contra los militares será así total. Los vascos tienen que estar entre nosotros. Es uno de los pensamientos de Indalecio Prieto.

- Hay que hacerlo en seguida.

Esta conversación, tenida delante de mí, me congratuló. Antes de subir al gobierno civil, Ruiz me dijo:

- Vamos a tener una reunión con el coronel Carrasco, gobernador militar.

- ¿Se levantarán aquí?

- Lo más probable.

Yo me marché al sindicato después de haber dado esa vuelta por la ciudad. En la calle Larramendi reinaba atmósfera de

combate. Entre la calle Urbieta y Sánchez Toca la gente discutía en plena calle. Y cuando bajé a los sótanos fui recibido por los jóvenes libertarios con muestras de simpatía. Yo llevaba jersey y bufanda.

Ellos estaban en mangas de camisa. Había reunión de militantes en la sala contigua al secretariado. Por teléfono nos comunicaron que los partidos vascos habían sido invitados a entrar en el bloque de las izquierdas. Ya no se trataba de discusiones religiosas, ni de debates políticos, sino de afrontar la realidad militar. Ignorarla sería la desaparición de todo el proceso político y social esbozado por la República, particularmente en el aspecto federalista. Acción Nacionalista Vasca aceptó sin ninguna reticencia y con gran voluntad de lucha.

En cambio, el Partido Nacionalista Vasco vacilaba, calculaba, sopesaba los acuerdos de Monzón, fecha abril de 1936, con los complotadores suponían unos grillos muy pesados. Actitud poco sorprendente, pues su doctrina social y filosófica parecían alejarle de este lado de la barricada. Se preparaba a dar sus fuerzas al mejor postor. Dos hechos vinieron a influenciar su decisión. ¿El primero? El valor político y la lealtad de la mayor parte de sus diputados, dignos en honrar el mandato. ¿El segundo? El triunfo de las fuerzas populares en Madrid y en Barcelona. Conviene decir que la adhesión fue de principio, pues no se dio con todo el potencial a la lucha. Sin embargo, dada la importancia económica del País Vasco, esta adhesión representaba una batalla ganada a los rebeldes.

Los grandes acontecimientos históricos dan la medida de algunos individuos. Destacan el valor, la intuición y la inteligencia de unos y la mediocridad y la incompetencia de otros. Entre éstos el gobernador Artola. Su falta de presciencia sobre la gravedad de los hechos disminuyó y desagregó su autoridad, hasta el punto de que los diputados de Guipúzcoa, particularmente Tatxo Amilibia, socialista, tomaron el frente de resistencia contra el posible levantamiento en San Sebastián. En el gobierno civil se celebró la reunión capital en una atmósfera tensa entre el gobernador militar y las fuerzas populares. Ya el día anterior manifestó que la guarnición de San Sebastián seguiría leal a la República y que él respondía de la tropa. Casi todas las guarniciones de España se habían levantado contra el gobierno y era difícil admitir que San Sebastián fuera una excepción. Una vez más insistió en su lealtad. Un interlocutor le cortó sin miramientos:

- Entre ustedes hay cómplices de la rebelión. Eso es evidente. Yo no creo en que cumplan la palabra, ni en que honren juramentos.

Carrasco se defendió y defendió el honor de los militares. Quizá fuera sincero, pero dadas las circunstancias era difícil creerle.

Patricio, nuestro secretario, me comunicó por teléfono el resumen de la reunión. Había que tomar medidas para defenderse contra la rebelión. Por el momento defensivas. En esos mismos instantes, entre los militares, se sostenían conversaciones dramáticas. Los conjurados querían empujar a la

rebelión a toda la guarnición. Había oficiales que se resistían. Los combates de Madrid y de Barcelona parecían darles la razón a los resistentes. Opinaban que el levantamiento no sería un paseo militar por las calles españolas. Esa noche la pasamos muchos militantes en los sótanos del sindicato. Dormíamos con un ojo abierto. Liquiniano había apostado a los jóvenes libertarios en el Bellas Artes, con objeto de no dejar pasar ni a Dios. La consigna era no dejarse engañar por nadie. Un incidente mostró que la CNT y las Juventudes Libertarias estaban dispuestas a que no nos la metieran con vaselina. A medianoche, un automóvil con todos los faros encendidos avanzaba por la calle Urbietta. Instantáneamente, Liquiniano tuvo un reflejo y dijo a sus compañeros:

- Voy a parar el coche. Si me tiro al suelo hacer fuego contra él.

Y se puso en medio de la calle expuesto a que una ráfaga le enviara al otro barrio.

El camión se paró con espantoso chirrido de frenos para no atropellar al atrevido. Del camión saltó un teniente de guardias de asalto pistola en mano. Con una mala leche que denunciaba el estado de espíritu de la guardia de asalto le interpelló:

- ¿Qué pasa, cojones?
- Aquí el pueblo. Queremos saber si los guardias de asalto están con la República.

El teniente se quedó un poco desconcertado. El pueblo se atrevía a plantarle cara. A media voz:

- Con la República.
- Entonces, pasen.

Y Liquiniano se retiró. El camión desapareció a todo gas. Los guardias habían comprendido que la ciudad no estaba dispuesta a dejarse comer la tostada.

Al día siguiente, los militares del cuartel de Artillería no aceptaron el decreto de disolución del gobierno Giral. Quedaron acuartelados. La mañana transcurrió con tensión suma. El Frente Popular ordenó que los donostiarras fueran a armarse a Éibar, el centro armero de la provincia. En coches, en tren y en camiones, cientos de militantes abandonaron la ciudad.

El teléfono no paraba entre el gobierno militar, el cuartel de artillería y el núcleo dirigente de las derechas. Se apostrofaban mutuamente, sopesaban las probabilidades de triunfo y preparaban los planes. La misma policía estaba ya dividida en dos campos. Por esta razón no intervenía en la calle y dejaba hacer, que el pueblo se fuera adueñando de la ciudad: en contacto con otros grupos y otras organizaciones nos preparábamos con los medios de a bordo, bien poca cosa, frente al armamento de los militares.

Afortunadamente, los «chorizos» de dinamita no faltaban y en la lucha callejera representaban algo. La situación ya iba a

decantarse. El gobernador Artola Goicoechea se había trasladado a Éibar.

Desde aquí sostuvo la última conferencia con el capitán de asalto Cazorla, quien acaudillaba a los rebeldes de la fuerza pública. Conferencia vana en sí, pero que evitó que cayesen prisioneros los miembros del Frente Popular. Yo siempre había dicho que Liquiniano en materia de hombre de acción tenía un sexto sentido. Y ese día tuvo una intervención genial que acabó con las situaciones ambiguas. Ya una tanqueta militar, salida del cuartel de Loyola, avanzaba por la cuesta de Eguía, sin duda para impresionar a las fuerzas de izquierda. Liquiniano que se había enterado que había en el gobierno civil nueva reunión con el coronel Carrasco, corrió a dar la alarma para que nadie cayera en el cepo que se estaba tejiendo.

En el patio del gobierno, estaban ya formados los de asalto, con las ametralladoras y las tercerolas. Subió corriendo al salón y allí se encontró con todos los reunidos. Dirigiéndose a Gallurralde, representante de la CNT a la reunión:

- ¿Qué haces tú aquí?
- La organización me ha dicho que venga aquí.
- Pues lárgate. Los militares ya están dispuestos a dar el golpe. Nos van a coger aquí vivitos y coleando.

Todos se levantaron, se armó una confusión de mil diablos. La voz de Liquiniano, casi histérica, gritó:

- Ya están las tanquetas por Eguía.

En efecto, el patio exterior estaba repleto de guardias de asalto y guardias civiles y, hacia las cinco de la tarde, policías, guardias civiles y de asalto, se fueron apoderando de los edificios importantes de la ciudad: el hotel María Cristina, el gran inmueble casi terminado de la Equitativa, que dominaba el Puente de Santa Catalina y extensa banda de terreno, el Gran Casino, el Club Náutico y el Gobierno Militar. El Paso ya lo habían dado. El peligro estaba ya en cualquier esquina. En la parte vieja los hombres de filiación socialista o comunista llenaban las calles, presos de los rumores más incontrolados. Lo mismo sucedía enfrente de nuestros sindicatos en la calle Larramendi. Se hablaba de veinte mil navarros que venían sobre San Sebastián, que los militares se habían apoderado de las montañas que separaban Guipúzcoa y Navarra, que el cuartel de Loyola exigía que se le entregara el mando de la provincia.

Valentín Álvarez, el místico como le llamábamos, secundado por otros obreros, había blindado un camión de las basuras. Cuando el armatoste apareció en la calle Larramendi y varios hombres armados con escopetas saltaron del interior estalló una gran ovación. La gente se sentía delante de aquel monstruo más confiada. Creía en los sindicatos y de ellos esperaba el apoyo y la fuerza. De ahí que la muchedumbre aumentara sin cesar. De pronto, un disparo resonó en aquella algarabía callejera. La gente se alarmó ante la inminente amenaza, se excitó y fuera de sí exclamaba:

- ¿De dónde ha salido?

- ¡De allí!

Y apuntaban un gran edificio de la calle Prim que dominaba la perspectiva de la calle Larramendi.

- Los falangistas nos provocan –gritaban.

Un joven militante del sindicato de la piel, de rasgos enérgicos y carácter resuelto, subió a un carro frutero y arengó:

- Compañeros: Si los militares quieren la lucha, la tendrán. No nos quedemos inactivos, pues seríamos cogidos como conejos. ¡Vamos por armas!

Gritos histéricos llenaron las calles:

- ¡Armas! ¡Queremos armas!

Desde el carro, el joven señalaba el centro de la ciudad. Así comenzó una carrera por las calles. Los grupos se dirigían a las armerías perseguidos por el espectro de la lucha. Entraron en tromba en los almacenes. Arramplaron con todo ante la mirada aterrorizada de propietarios y dependientes. Y los que se quedaban fuera rompían los escaparates y se apoderaban de las armas expuestas. En el tumulto, como extraño embrujo, se oía un grito único:

- ¡Armas!

La fuerza pública no intervino. Tenía otras preocupaciones. Profundamente dividida, buena parte de ella ya no creía en el

gobernador Artola y dejaba hacer al pueblo que ya comenzaba a ser el dueño de la calle. En esto, surgió un carro de guardias de asalto. La muchedumbre se puso a la defensiva, pero al comprobar que los guardias no tenían aspecto hostil gritó:

- ¡Bravo! Los guardias con el pueblo.

El teniente que mandaba las fuerzas, inspirado sin duda por su fe republicana, subió al motor del coche y arengó:

- ¡Ciudadanos de San Sebastián! La situación es muy grave. Debéis secundar al gobierno Republicano, atacado traidoramente por los militares. Preparaos al combate. Nosotros, y vosotros, juntos, tendremos la fuerza suficiente para reprimir la rebelión y asfixiarla sin piedad. No cometáis excesos que a nada bueno conducen. Sed dignos combatientes de un ideal que no quiere sino el bien del pueblo. Ciudadanos, ¡viva la República!

- ¡Viva!

El coche de asalto abandonó la esquina de la calle de Fuenterrabía y se dirigió por la Avenida de la Libertad hacia el Puente de Santa Catalina. Yo fui espectador del asalto a la tienda de armas de la calle Fuenterrabía y de la arenga del teniente.

Y sentí cierta seguridad al ver que los guardias no se oponían a la actividad de los grupos de choque.

Desde ese instante, comprendí que podíamos combatir a los militares con algún éxito. Y así comenzamos a fabricar nosotros

mismos las municiones y a fabricar armas más o menos potables.

Tiroteado por los rebeldes desde el hotel María Cristina, el gobierno civil fue abandonado por el Frente Popular para domiciliarse en la Diputación, plaza Guipúzcoa. Las primeras medidas fueron las de tomar todas las salidas de la ciudad y de cercar las fuerzas rebeldes. Nunca se dirá bastante de la actividad de Valentín Álvarez en la creación del armamento y de la munición. Después de blindar los camiones de basuras, de montar un taller en una villa de Ategorrieta, se fue a montar otro taller al pueblecito de Oria en la fábrica de hilados y tejidos de Brunet y Cia. Aquí se fabricaban granadas y se enseñaba a manejarlas. De Trintxerpe hicimos otra reserva de municionamiento y de preparativos de guerra.

Cuando los contingentes donostiarras llegaron a Éibar en busca de armas, se formó una columna para ir a Vitoria, única capital favorable al alzamiento. En Éibar se armó pues la columna, llamada de Mondragón, que iba a enfrentarse con el enemigo. Era en realidad el preludio de la guerra psicológica, de intoxicación, pues el enemigo no aparecía por ninguna parte a lo largo de kilómetros de marcha por carretera. La noche del 19 cayó sobre San Sebastián con la amenaza de una salida de los cuarteles de Loyola. Aun admitiendo la buena fe del coronel Carrasco, los alzados fueron más fuertes que él, pues una vez en el cuartel no sólo no logró convencerles, sino que se le obligó a servir la causa del teniente coronel Vallespín, jefe del cuartel de artillería y jefe también del alzamiento. En el último minuto, a la hora de la verdad, Carrasco se inclinó más al espíritu de Cuerpo

en buen profesional. La salida a Éibar de los donostiarras había menguado el número de combatientes, pero no la posibilidad de resistencia. Aquella noche nos organizamos ya, definitivamente, para el combate. Levantamos barricadas en las diferentes bocacalles que rodeaban los sindicatos de la CNT. Tomamos las terrazas y montamos las guardias arriba y abajo. Yo me quedé en la secretaría para aunar por medio del teléfono todo movimiento de nuestra gente. Así estaba en contacto con el Antiguo y con Ategorrieta que guardaban las entradas de la ciudad. Decidimos también apoderarnos del colegio-convento de enfrente del sindicato que daba a dos calles, así como las escuelas de Amara. De esta manera formábamos una barrera por esa parte difícil de pasar. En el sindicato dormían los relevos de las guardias que se efectuaban rigurosamente.

Liqui, Universo, Piaroa y Casilda, con un Rolls-Royce, tantearon a los rebeldes del María Cristina y de la Equitativa, pasando en ida y vuelta a toda velocidad por el puente de Santa Catalina. Las salvas les seguían, pero sin alcanzarles.

Están bien despiertos –comentaron.

Por la Plaza del Buen Pastor llegaron a los alrededores de Larramendi. La noche estaba oscura. Un centinela escondido gritó:

- ¡Alto!
- ¡U H P!

Era el santo y seña de esa noche.

- ¡Adelante!

Ahora tienen ocasión de comprobar que los sindicatos forman un estupendo cuadrilátero de defensa. Desde la secretaría abierta de par en par les vi bajar la escalera a todo correr. Liqui me dijo:

- En todo esto se nos ha olvidado una cosa.

- ¿Que?

- Destacar una patrulla por el llano de Amara, por si los militares vienen por ahí.

- Sí; hay que hacerlo.

- ¿Dónde están Beluche, Pancorbo, Segura y los otros?

- Los dos primeros han ido a Éibar. Segura está en el Antiguo y los otros desparramados por Ategorrieta y por las azoteas.

- Me parece que hemos hecho mal en dejar marcharse a Éibar tanta gente. Nos va a hacer falta dentro de pocas horas. Nos hemos precipitado.

- ¿Crees que es para esta madrugada?

- Lo presiento.

En ese instante Ruiz bajaba a los sótanos. Vino a verme.

Algunos compañeros se acercaron por la curiosidad de conocer la situación. El secretario general se dirigió a mí para comunicarme las últimas disposiciones tomadas en el Frente Popular:

- Hemos nombrado un Estado Mayor para la defensa de la capital. ¿A quién ves que podemos nombrarle? ¿A Liqui?
- No. Este nos interesa más aquí. Otero puede representar un buen papel con los otros representantes.
- ¿Dónde está Otero? –le preguntó a Liqui.
- En la terraza.
- Traerlo. ¿Quién es el jefe de ese Estado Mayor?

El diputado Tatxo Amilibia, aconsejado por el comandante Garmendia y este secundado por el comandante de intendencia Larrea. Lo componen todas las tendencias políticas y sindicales.

Luego gravemente:

- A las juventudes Libertarias se les considera en el Estado Mayor con una fuerza segura para defender este perímetro, de modo que no se os ayudará. Preparaos bien durante las pocas horas que nos quedan de calma.

Y dirigiéndose a mí directamente:

- Yo confío en ti, en tu frialdad. Sigue al pie del teléfono y

ponte en contacto con todos los nuestros. Que allí donde aparezca el enemigo se echen sobre él con toda la fuerza del ideal y del sobrevivir.

- Descuida. Aquí estamos en pie de guerra. Liqui ha enviado ya diferentes patrullas que van hasta la Misericordia y el nuevo hospital en construcción y la mas atrevida tiene órdenes de acercarse hasta el cuartel.

Nada más desaparecidos Otero y Ruiz, el teléfono sonó:

- ¿Quién llama?
- Los navarros han entrado en Beasain.
- ¡Mis cojones! –respondí. Y colgué el aparato.

Me esperaba una noche toledana. Desde el cuartel de Loyola los militares acosaban telefónicamente a todos los partidos y organizaciones con falsas noticias. Aplicaban ya la guerra psicológica con objeto de desmoralizarnos. Antes de dar el asalto nos emborrachaban con falsas noticias. Nadie había pensado en cortar el teléfono del cuartel.

Desde el Antiguo me llamó Segura para preguntarme si quería ayuda en el sindicato.

- No. Sigue ahí. Si nos atacan ya os llamaremos.

Poco después, otro telefonazo:

- Una columna de más de dos mil hombres ha pasado el puerto de Betelu y se dirige a Tolosa.

- ¡Cállate, canalla! Ven aquí y te calentaremos las costillas.
¡Cabrón!

Y lo trágico del caso es que tenía que responder temiendo que fuera alguna orden del Estado Mayor o algún comunicado de nuestros amigos. A las tres de la mañana, me despertó el timbre. Estaba dormido acodado en la mesa. Somnoliento descolgué. Una voz asustada, imitando bien la preocupación:

Los requetés dejan de lado Tolosa. Por Buena Vista se dirigen hacia la frontera. Es muy grave ese movimiento. (Yo le dejaba hablar). Estamos perdidos.

- ¡Hijo de puta!

- No te pongas así. Te estoy llamando desde Villabona.

- Vete a la mierda.

Fue el último diálogo del más extraño vaudeville en espera de la lucha sin cuartel. Hubiera enviado al diablo el teléfono, pero el sentido de la responsabilidad me lo impedía.

IV. EL ASALTO A LOS LOCALES DE LA C N T

La guerra me parece la receta más sórdida y más hipócrita para igualar a los humanos.

Giraudoux.

El día estaba a punto de amanecer. Yo observaba el cielo desde el portal y contemplaba la lucha del crepúsculo matutino contra las sombras de la noche. No veía una sola nube. Desde el espacio intersideral provenía un mensaje de serenidad que contrastaba con nuestro espíritu abocado al combate. Sin duda, estábamos necesitados de seguir la fuerza de nuestros temperamentos indómitos. Nuestro potencial emotivo estaba concentrado en descubrir al enemigo para tratar de destruirlo. En esto, a todo correr, surgió una patrulla por la esquina Urbietta gritando la alarma:

- ¡Los militares!

En efecto, a lo lejos se oían ya los disparos. Entraban tirando

para intimidarnos. En cada uno de nosotros la reacción fue la misma: buscar la perfección de las facultades agresivas. Ya no había términos medios. El enemigo estaba a mano y había que recibirlo adecuadamente. Un substrato de rencores animó todo el perímetro ante la prueba de la villanía preparada cuidadosamente durante años.

- ¿Por dónde vienen?
- Por las marismas de Amara.

Ya las primeras descargas sonaban cerca. En cierto modo los militares creían en que su presencia bastaría para que los habitantes de San Sebastián se sometiesen a su autoridad. Y por eso llegaban vomitando fuego. Orgullosos, no pensaban en encontrar una resistencia organizada. Subieron por los pisos predicando la cruzada en nombre de Mola. Buscaban el apoyo de los paisanos. Ante la indiferencia de éstos, se dedicaron a coger prisioneros y a llevarlos al cuartel.

Al mismo tiempo, los rebeldes encerrados en los edificios de la ciudad hostigaban a nuestras fuerzas que los cercaban. El plan estaba claro. Los militares venían a liberarles o por lo menos a reforzarles en espera de los acontecimientos. San Sebastián no aceptó semejante dictado. Un griterío general desde las Escuelas de Amara y de las terrazas de los inmuebles llamaban al combate. En las barricadas se les espera que se acerquen. Los rebeldes avanzan en fila india por la calle Urbietta protegiéndose en las manzanas y por el Paseo de los Fueros a la sombra de los árboles. Se han acercado ya a la calle Moraza. Un fuego nutrido

de carabinas, escopetas, pistolas y de algún mosquetón perdido les recibe. Los primeros exploradores retroceden precipitadamente llevándose algún herido.

Entonces, detenida la progresión, suben por los portales al inmueble cuya fachada da sobre las escuelas de Amara y la calle Larramendi. Desde los balcones comienzan a hostigar sin gran convicción. Las descargas las acompañan con gritos:

- ¡Viva el fascio! ¡Viva España!
- ¡Viva la revolución! –gritaban los defensores de la ciudad.

Liqui, con un pequeño grupo, se desliza furtivamente entre chimeneas y terrazas, a veces, sobre pizarra muy inclinada, hasta el mismo ángulo de la calle Moraza, en donde el enemigo está tomando disposiciones de ataque. Llevan bombas importantes, de peso. El grupo se esparce lo máximo para abarcar el mayor espacio. A la señal de mando, las lanzan con gritos victoriosos:

- ¡Viva la dinamita!

Las explosiones ensordecen el barrio y las deflagraciones hacen volar en añicos cristales de puertas y ventanas con estrépito. Los árboles se quedan decapitados de ramas y hojas, los cables del tranvía caen al suelo. La calle Urbieta se ennegrece de humo y el olor de la dinamita satura la atmósfera. En pocos segundos se ha metamorfoseado la calle. A la luz del alba nubes negras enturbian la claridad de la madrugada. Dramatizan aún más la lucha.

Los rebeldes retroceden hasta los jardines de Amara, dejando algunos hombres por los inmuebles que dominan la barricada levantada en la bocacalle Larramendi–Urbietta. Cambiando de táctica vienen por la calle Prim, esto es, por detrás. Es inútil. En cuanto se acercan se les recibe con toda clase de salvas. Y se les tiene a raya.

En el cuadrilátero reina atmósfera de victoria. Y a medida que el tiempo pasa y que no llegan a pasar la línea de resistencia los espíritus se enardecen. Los obreros van a vender cara la piel. Y se produce un curioso dialogo a grito pelado:

- ¡Cobardes! Empleáis la dinamita –gritan los atacantes.

- ¡Cabrones! Venid. Os vamos a servir cacahuetes.

Estos propósitos tienen carácter infantil. Se está jugando la vida con ingenuidad que a mí me parece fruto del desprecio a la vida. Los ataques se suceden. Hostigan por todas partes. El barrio de Amara vibra bajo el efecto de las explosiones y el fuego intenso. Perplejos por esta resistencia, los rebeldes se retiran de nuevo hasta los jardines de Amara. Ahora van a intervenir nuevos medios de combate. Instalan en estos jardines, frente a la calle Urbietta, dos morteros. El silbido de los obuses, seguido del estallido, da al combate más densidad. El cuadrilátero lo bombardean sin tregua. Una barricada vuela con los adoquines. Afortunadamente los defensores ya se habían retirado de ella. La que corta el camino directo a los sindicatos se mantiene sólidamente pese al bombardeo ininterrumpido. Se desalojan dos barricadas más. Los defensores se abrigan por los portales.

Esta preparación preludia nuevo ataque. Los rebeldes avanzan ahora con más precauciones. En fila india, rozando las paredes, saltando de puerta en puerta, se aproximan cada vez más. Se les deja que avancen hasta tenerlos bien cerca. Un pequeño cartucho de dinamita explota en medio de la calle Urbieta frente a la huevería de los Rivera. Es la señal de fuego a discreción. Las explosiones retumban sordamente dominando las detonaciones de las armas de fuego. En el humo el enemigo se vuelve invisible. Un olor acre sube de la calle. Reina un silencio dramático. Los rebeldes se han retirado comprendiendo la inutilidad del ataque directo. Los obreros se adaptan mejor a la lucha de calles que los atacantes.

Por una claraboya que da a una de las terrazas de la manzana de inmuebles en donde está el sindicato de la CNT aparece una cabeza de niño. Con precipitación y espanto grita:

- ¡Que suben por la escalera!

Acude Roque en su ayuda. Le coge por el brazo, le levanta y le parapeta detrás de una chimenea. Con calma, se vuelve a la claraboya y se desliza al ático. Lleva dos granadas de mano. Por la escalera, a la altura del tercer piso suben tres soldados. Por lo menos llevan guerrera y pantalón de paisano. Lanza en su dirección y se tumba en el suelo. La caja de la escalera amplifica las explosiones. Polvo y humo suben hasta Roque y se escapan por la claraboya. Unos juramentos y unos ayes de dolor indican que hay algún herido.

A Roque el silencio le parece más impresionante pensando en

los habitantes de los pisos que no dicen esta boca es mía. El niño tiembla de miedo. Roque corre a consolarle mostrándole el Alto de San Bartolomé y las verdeantes colinas de Ametzagaña. Cogiéndole en brazos:

- ¿Por qué te has ido de casa?
- Busco a mi papá. Mamá estaba llorando.
- ¿En dónde vives? Voy a llevarte.

Señala la claraboya por donde sale aún algo de polvo en el preciso momento en que aparece la cabeza de una mujer joven. Alocada, gemía:

- ¡Mi chico!

Al verla a punto de la crisis de nervios, Roque se le acercó con el niño en brazos:

- Se lo voy a pasar.
- No; hay un soldado en casa. La cerradura de la puerta ha saltado y entró a refugiarse. Está herido en un brazo.
- ¿Que piso?
- Tercero.

A un compañero que se acercaba a ellos le conmina:

- Ven conmigo. Vamos a buscar a ese rebelde.

Abandonando al niño en brazos de la madre, ambos corren escaleras abajo. El piso está vacío. El rebelde herido ha podido huir.

Las explosiones, el tiroteo, los obuses, resuenan por la ciudad. Los habitantes se percatan que la gran explicación está en marcha.

Y aquellos que cercan a los rebeldes en sus guaridas del hotel María Cristina, el Casino, la Equitativa, el Gobierno Militar, escuchan los estruendos que vienen de Amara, a veces como una esperanza, otras con inquietud. ¿Aguantarán los sindicatos de la CNT el choque que procede del cuartel de Loyola? El teléfono no cesa de llamar. Unas veces Tatxo del Estado Mayor, otras del Antiguo o de Ategorrieta, todos siguen el proceso intervenido en Amara. Yo daba ánimos a todos, viendo cómo reaccionaban los defensores del perímetro. Pero el combate se iba alargando y los explosivos no eran inagotables, ni la munición.

Al verle aparecer a Liqui con cara inquieta, comprendí la realidad de la situación. Si los ataques persistían iba a ser difícil contenerlos por falta de medios. Liqui, de acuerdo con Universo y Roque, había decidido salir para Trintxerpe con objeto de recoger toda arma, toda munición y todo explosivo. No importa que con tal que hiciese ruido.

- Hay que obrar rápidamente. Este silencio no augura nada bueno –le dije.

- Sí, no tardaran en atacar de nuevo. Si tuviéramos armas haríamos una salida y los rechazaríamos hacia Loyola.
- Eso es imposible. Me voy a toda velocidad.

Ante la persistencia del ataque contra los sindicatos de la CNT, el comandante Garmendia instaló su puesto de mando en Easo, 47, pretendiendo maniobrar con algunos guardias civiles y de asalto y ayudarnos en nuestra defensa.

El teléfono llama de nuevo. A Liqui le hago señas de que espere mientras descuelgo.

El Estado Mayor desea informarse sobre la realidad de nuestra situación, el espíritu de lucha y sobre los medios que emplea el enemigo durante sus ataques. A Tatxo le dije concretamente:

- Enviadnos municiones y hombres armados. En las terrazas y en las calles empezamos a carecer de medios. Ya ves que el enemigo insiste contra nosotros, contra este fuerte que hemos levantado en la ciudad. Si aquí nos jaman la tostada, vosotros ahí y en la parte vieja seríais aplastados más tarde.

La gravedad de mis palabras ejerce su efecto en Tatxo. El silencio que se instituye manifiesta que está estudiando la manera de ayudarnos. Poco después oigo:

- Estáis ahí, Manu.
- Sí. Habla.

Sus palabras van ejerciendo en mí gran esperanza. La cara se me va volviendo risueña, pues Liqui insiste:

- ¿Qué te dicen?
- Que nos mandan veinte carabineros con su dotación, al mando de un teniente. Los carabineros se habían puesto a la disposición del gobierno Republicano después de saber que treinta carabineros en la frontera navarra habían sido ejecutados por los navarros.
- Claro. Los rebeldes necesitan la frontera de Dantxarinea. Que vengan pronto los carabineros. Salgo para Trintxerpe a recoger cuanto pueda.
- Voy a llamar también al Antiguo. Que nuestros compañeros vengan a ayudarnos.

Los morteros empiezan a escupir. Además, los tiros aislados, los pacos, hacen daños en nosotros. Son buenos tiradores los apostados en balcones y encrucijadas. Se había generalizado el tiroteo por toda la ciudad. Acosan a las fuerzas populares los enemigos desde una terraza o desde un balcón en diferentes sitios estratégicos. A lo largo de la calle Prim hasta el cruce con la calle San Martín la actividad se intensificaba. Los paisanos, cómplices de los militares que estaban a la puerta de San Sebastián, mostraban su actitud belicosa. Aislado y solitario en el sótano hervía yo ante el trajín callejero. Por eso, al verle bajar la escalera a Antxon Vivar, al hijo del jefe de los guardias municipales, entregado a nosotros desde hacía algún tiempo,

me alegró sobremanera. Estaba defendiendo el colegio religioso que estaba frente al sindicato. Aprovechando la corta tregua venía a verme y a comentar la situación. Había recibido el bautismo del fuego y de la cintura le cuelga un Colt. Le expliqué las últimas conversaciones con Liqui y Tatxo. Comentó gravemente:

- ¡Vaya jaleo! Desde esta mañana estoy esperando que el genio militar haga su aparición. Los rebeldes poseen morteros, granadas, fusiles y son incapaces de entrar aquí. No me lo explico.

- Quizás quieran economizar hombres. ¿No temes que nos bombardeen ahora con la artillería del quince y medio que tienen en el cuartel?

- No lo creo. Algo no pita en la actitud de los rebeldes. He reconocido elementos civiles entre los militares. Creo que han decidido no emplear los soldados de quintas. No están seguros de ellos.

El teléfono una vez más. Descuelgo.

- Sí. Hable.

Era el teniente de carabineros que me llamaba desde el bar de los Arcos, sito en la Plaza del Buen Pastor.

- No podemos pasar. Desde los balcones de la plaza nos tirotean y mi gente no quiere seguir adelante.

Yo me agitaba como un azogado en el asiento. Por fin exploté:

- Pero ¡hombre! No tienen más que seguir la calle Fuenterrabía y encontraran un paso libre para llegar hasta aquí.

Antxon cogió un auricular y se quedó estupefacto al oír de la boca del teniente:

- Mis hombres ya no quieren avanzar.

- ¡Me cago en Dios! Sus hombres no tienen cojones. Espere usted en el bar. Voy a mandar a diez hombres a coger los fusiles de ustedes, más interesantes que ustedes. Aquí nos jugamos la piel todos.

- Es imposible. No podemos abandonar las armas.

- Es usted un cobarde y un canalla –le insulté fuera de mí.

- Pero...

- ¡Mierda! Si no saben servirse de las armas por lo menos entréguenlas a quienes hierven por emplearlas.

El teniente calló unos instantes. ¿Iban a surtir efecto mis invectivas? ¡Qué idiota! A media voz me indicó:

- Volvemos a la Diputación. Llamen allí para el caso de los fusiles.

- Vete al carajo.

Colgué el aparato violentamente. Irritado le dije a Antxon:

- Es desconcertante. Los carabineros llegan a trescientos metros de nosotros y se vuelven porque les tiran desde los balcones de la Plaza del Buen Pastor. ¿Te das cuenta?
- Querían hacer la guerra sin enemigo.

Luego seriamente:

- Creo que han tenido un reflejo negativo. Me explico. No han querido frotarse con los anarcosindicalistas y el tiroteo les ha venido de perillas para retraerse...
- ¿Crees eso?
- De todos modos, tendremos que acomodarnos sin los carabineros. Voy a subir a la terraza, ya que Liqui se ha marchado. Con tal de que vuelva antes de que nos ataquen, si no...
- ¿Dónde está la «Casi»?
- La he visto correr de un lado a otro animando a la lucha. Tiene temperamento esa mujer. Fuera los morteros prosiguen. Estallan los obuses a ritmo regular, como la gota del condenado cae sobre la cabeza. Me quede solo y preocupado. No bastaba ser combativo y tener entusiasmo descomunal. Los medios eran tan necesarios como lo otro. Nervioso, descolgué el aparato y llamé al Antiguo. Había que defender la calle Larramendi por encima de todo.

- Buscadme a Luis Segura –solicité.

Oí cómo una voz llamaba al compañero que tantas veces nos había deleitado con su charla y su sabiduría.

- ¿Qué hay? –me interroga desde la otra punta de la ciudad.

Aquí Manu. Esto se está poniendo malo, ¿me comprendes? Busca armas, hombres y bombas. Traer lo que podáis cuanto antes.

- ¿Tan mal estáis por ahí?

- Sí. Por la falta de medios.

- Entonces me voy volando hasta Oria. Le sacaré a Valentín lo que pueda.

Luego llamé a los socialistas, comunistas y al Estado Mayor. Yo quería recuperar los fusiles de los carabineros. Todos debían meterse en la cabeza que la suerte de San Sebastián se estaba jugando en nuestro perímetro.

V. VICTORIA POPULAR

Quien desee que España entre en un período de consolidación deberá contar con los demás, aunar fuerzas y, como Renán decía, «excluir toda exclusión».

Ortega y Gasset.

A nueve kilómetros de San Sebastián, hacia el sur, Oria, pueblecito industrial. Sito a la entrada del paso entre los montes Buruntza y Gárate, a orillas del río que lleva su nombre, no tiene nada de un pueblo vasco, excepto el frontón. Lo componen cinco grandes edificios que alojan a trescientos cincuenta obreros con sus familias. Tiene enfrente el delicioso valle de Zubieta. Colinas áridas y un tanto inhóspitas a la izquierda. Alegres, verdeantes y esmaltadas de caseríos típicamente vascos a la derecha. El río cruza el valle cortándolo en dos y refrescándolo con sus aguas torrenciales. La carretera general Irún-Madrid lo bordea durante kilómetros y kilómetros.

El coche de Segura corre rápido por ella. Atraviesa Añorga,

dormido y enterrado bajo la capa de cemento. Deja atrás Rekalde, insignificante aldea situada en una bifurcación peligrosa. Un poco más lejos, a la derecha, aparece la carretera que lleva a Bilbao. Gira a la izquierda y sigue la carretera de Madrid. Desde lo alto de la cuesta de Teresategui, Segura distingue el valle de Zubieta y a sus pies el burgo de Lasarte, conocido por los gastrónomos y bebedores de sidra gracias a las sidrerías que lo rodean, por los aficionados a los caballos que acuden al hermoso hipódromo de pistas enarenadas y céspedes de verde risueño sembrados de macizos floridos, por los automovilistas en busca de emociones fuertes en su célebre circuito tan accidentado. La aldea de Zubieta se le aparecía tranquila.

No pudo por menos que recordarla como abrigo del ayuntamiento de San Sebastián durante los días funestos del gran incendio que los ingleses no tuvieron el menor escrúpulo en alumbrarlo y así quemar la ciudad casi enteramente. El paso de San Sebastián de manos francesas a las aliadas había costado muy caro a los habitantes. Los ingleses trataron a la ciudad como si fuera enemiga. Desde Zubieta, desde ese rincón anónimo, a orillas del Oria, surgió la protesta digna, entregada al duque de Wellington por la execrable conducta de sus tropas. En Lasarte, Segura tuvo que declinar su identidad en el puesto de vigilancia de la carretera.

Luego se lanzó a toda velocidad por la larga línea recta que la separaba de Oria. Ante él, pinares inmensos cubrían colinas elevadas con su verde sombrío tan característico. Los montes y los pinares pertenecían a la sociedad Brunet y Cia., propietarios

del pueblo y de la fábrica de hilados y tejidos que le daba vida. Esta sociedad aplicaba una política de repoblación forestal inteligente. ¡Ah, si en toda España se hiciera lo mismo! La plaga de la sequía pertenecería al pasado. Los hilados representaban la única fuente de riqueza del pueblo, como el cemento en Añorga. Oria, unido a Urnieta, no tenía ayuntamiento, ni autoridad, ni policía, salvo un alguacil que trabajaba como zapatero remendón y se ocupaba de la huerta y de los cerdos. Tampoco tenía iglesia, –detalle casi increíble en el mismo riñón del pueblo vasco–.

Tuvo una capilla, hoy desafectada. Servía de frontón a los alumnos de la escuela que dentro de la misma se construyó. ¡Pueblo feliz que se permitía desdeñar los beneficios de la civilización policíaca!

Ya en el pueblo, los habitantes le espían desde las ventanas. La fábrica está en huelga desde el primer día del levantamiento. Sólo el taller mecánico trabaja día y noche. Se le ha transformado, sin grandes dificultades, en fundición de granadas. El coche, seguido de la curiosidad general, penetra en el vasto recinto. Los dos banderines rojos y negros, flotando al viento a cada lado del motor, choca los espíritus. Distingue a Valentín en medio de los hornos encendidos, con el torso desnudo, empapado de sudor, el pelo pegado a la frente, cansado, casi extenuado. No ha dormido desde que emprendió la tarea del armamento tan capital en esas circunstancias. Al verle a Segura, le grita:

- Quieres granadas, ¿no?

- Sí.
- Todos las quieren. No se puede hacer más. Estamos extenuados.
- Nuestro sindicato ha sido atacado a las cuatro y media de la mañana.
- Manu me ha llamado urgentemente pidiendo ayuda. Ya no tienen municiones ni bombas para defenderse. Hay que llevar les algo.
- Valentín, haciendo un gesto de desánimo, le anuncia tristemente.
- Larrañaga, en nombre del Frente Popular, acaba de llevarse cuanto hemos fabricado durante la noche.
- Pero a las otras fuerzas no les atacan directamente como a nosotros.
- Me ha hablado de atacar al hotel María Cristina y de reforzar la defensa de la parte vieja. Segura, en su decepción, le gritó enfadado.
- Haberle dado la mitad, ¡hombre!

Desconcertado y apenado, Valentín reflexiona. Claro, todos necesitan armamento y munición, pero es su propio sindicato que es atacado y que se encuentra en dificultad.

Decide, con afán de sacrificio, seguir el destino de los defensores del sindicato.

- Me voy contigo.
- Y todo esto.
- Ya no tienen necesidad de mí. Estos compañeros se han adaptado inmediatamente a la fabricación de granadas.

El coche devora el trayecto a la inversa. La impaciencia de sus ocupantes ha lanzado el vehículo a velocidad de pista por la carretera desierta. Al llegar al barrio del Antiguo se enteran de que todos los guardias civiles no se han sublevado. Algunos se han quedado en el cuartel y se han sometido a la autoridad civil para luchar contra los rebeldes. En esto llega Larrañaga. Saltando del coche se dirige a Valentín:

- Te iba a buscar a Oria.
- Pues... Pero antes, ¿dónde tienes las granadas?
- Ya están camino de la parte vieja.
- Debías haber enviado la mitad a la calle Larramendi. Allí la situación se agrava.
- Ya lo sé. Pero hay un medio de enviarles otras. Los guardias civiles leales me han dicho que hay en el cuartel granadas defensivas.

- ¿Qué tiempo dan?

- No sabemos. Iba a buscarte para que hagas el ensayo. Parece que explotan rápidamente.

- Vamos.

Segura, Valentín y Larrañaga saltan al coche. Atraviesan la calle Matía y, abriendo los gases, atacan la empinada cuesta que lleva al cuartel de la guardia civil. Entran en él en tromba. En el portal, sentada, una joven madre está dando de mamar a un recién nacido.

- ¿Dónde está el depósito?

- En el fondo del pasillo.

Se precipitan. Valentín, al ver las cajas de granadas, no puede por menos que gritar:

- ¡Salvados! Se llevan dos granadas para ensayar. Al abrigo de una pared, en un solar, verifican el tiempo de explosión después del lanzamiento:

Tres segundos. Verdaderas granadas defensivas –grita Valentín frotándose las manos.

Cargan en el coche varias cajas. Ahora se trata de transportarlas hasta la calle Larramendi. En lo bajo de la cuesta se apea Larrañaga en busca de su coche. Segura y Valentín se fían en su buena estrella para atravesar el Paseo de la Concha,

batido totalmente por el enemigo desde el Casino, el Club Náutico y alguna villa de Miramar. El corazón les da un vuelco de alegría. Cerca de la iglesia del barrio, a punto de entrar en el túnel, ven acercarse a uno de los camiones blindados precisamente por Valentín, quien salta al centro de la calle para detenerlo.

Los del camión atemperan. El conductor, orgulloso como si condujera un arma de guerra invencible, no cabe en el volante de puro hinchado y dispuesto a las mayores hazañas. Desde por la mañana ha hostigado los reductos rebeldes ocupados la víspera por los sublevados.

- Escupen, ¿eh? –le dice Valentín cuando baja del blindado.
- ¡Cojones! Tiran por todas partes. Gracias, a las chapas...

Pues bien, escucha. Hay que llevar estas cajas de granadas a la calle Larramendi. Es muy urgente. El enemigo puede atacarles de nuevo y están «in albis».

- ¡No faltaba más! Venga muchachos –grita a los del interior. –Va a ver hule...
- ¿Cuántos hombres hay dentro?
- Ocho.
- Espera un poco. Vete a buscar seis hombres más. Y luego cargaremos las cajas. Ahora voy a telefonar.

Segura me telefoneó desde la farmacia. Cuando me comunicó lo que tenían proyectado le aconsejé:

- Dile al conductor que no entre por la calle Urbietta. Los morteros los tienen emplazados justo en la otra punta de esa calle. El camión les serviría de blanco. Dile que dé la vuelta por detrás de la iglesia del Buen Pastor.

Segura y Valentín entran en el blindado dejando el coche a un compañero. Quieren, a toda costa, participar en la defensa de los sindicatos. En el túnel del Antiguo, la bóveda amplifica los gemidos del blindado y los irradia en varios ecos que parecen salir de los odres de gaitas descompasadas. Vehículo insólito y bárbaro aboca al Paseo de la Concha. Ipso facto, el enemigo empieza a tirar. El elemental blindaje resiste a la penetración de las balas y el vehículo sigue adelante. El conductor enardecido por esa inmunidad, exclama:

- ¡Tirad! Tirad contra mi capullo.

El blindado toma la calle San Martín, totalmente desierta. Luego dobla en la calle Urbietta desdeñando mis recomendaciones.

Es una maniobra suicida. Y cuando Segura comprueba el cambio de dirección ya es demasiado tarde. Sus gritos ya no producen efecto alguno.

- ¡Bárbaro! Nos vas a matar.

- ¡Qué! ¿Tienes miedo?

La respuesta del conductor le dejó mudo.

El camión se va acercando a las escuelas de Amara. Los silbidos y las explosiones de los obuses de los morteros van bordando esta carrera loca frente al enemigo. El chofer exulta:

- Ya veis. Ya llegamos. Ahora media vuelta a la izquierda y ya está.

De pronto el camión es sacudido violentamente y algunas planchas se quedan medio desprendidas. Acaba de recibir un mortero en la parte alta. El chofer frena y los ocupantes ruedan unos contra otros. En ese instante nuevo mortero ha estallado en pleno motor. Casi instantáneamente empieza a arder. Alocados, los pasajeros se deslizan del vehículo y arrastrándose por tierra, bajo el fuego nutrido de los rebeldes, unos van a refugiarse en las escuelas, otros en el colegio-convento. Entre éstos, Segura y Valentín. Del colegio pasan a verme. Sabedor de la desventura, tomo las disposiciones para recuperar las granadas del blindado antes de que el fuego no llegará a alcanzarlas. En ese instante, llegaba Liqui de Trintxerpe con frágil cosecha: unas botellas incendiarias y algunos cartuchos de dinamita con la mecha preparada. El plan de recuperación era simple. Se abriría una cortina de humo con unos petardos, mientras algunos hombres se encargarían de recoger las granadas. Entre ellos Segura. Valentín y Liqui querían ser de la partida, pero yo me opuse resueltamente. No podíamos derrochar los hombres de iniciativa y de creación. Dicho y hecho. Simples cartuchos de pólvora estallan en la bifurcación Urbieta-Larramendi. Humo denso quita visibilidad a

los rebeldes quienes, creyendo en un golpe o una salida de los defensores, responden con fuego seguido. Las balas van desconchando las fachadas. Protegidos por la cortina de humo, ocho hombres han podido trasladar las cajas. La mitad entre el colegio y las escuelas y la otra mitad se ha distribuido por los tejados. Yo me sentía aliviado. Ya podían venir los rebeldes a atacarnos.

Durante unos instantes, Liqui me contó cómo atravesaron el puente de Santa Catalina bajo el fuego de los rebeldes.

Están bien instalados en la Equitativa y en el María Cristina. Piaroa, que es conductor suicida, apretó el acelerador del potente Rolls-Royce a la entrada del puente. No veíamos más que la luminosidad de la playa en el fondo. Las balas silbaban por todas partes, pero Piaroa con el pecho tocando el volante y la boca con rictus rabioso sólo atendía al coche. Tuvimos suerte. Cuando nos vimos protegidos por los primeros inmuebles de la Avenida, nos dimos cuenta de que había intenso tiroteo entre los rebeldes y nuestras fuerzas estacionadas del otro lado del Paseo de los Fueros y en las esquinas de las calles que dan a ese perímetro. Nos paramos en la calle Vergara. Vi caer a dos romanones cerca del café Kutz, dos viejos guardias que siguieron fieles al gobierno.

En esto, los morteros redoblaron de furia. Las explosiones sacudían balcones y ventanas. Abrían brechas en las fachadas. El encarnizamiento de los rebeldes no decaía. Liqui subió corriendo a la terraza y a mí me vinieron a comunicar que habíamos tenido varios muertos, entre ellos Gallurralde, el

albañil, y Asarta, hermano del conocido comunista, que vino a ayudarnos en el combate. – Y los que van a caer aún –pensé.

Los morteros se callaron y la tensión de los combatientes se agudizó. El ataque iba a ser inminente. Liqui y Casilda les animaron con fuertes gritos:

- ¡Animo, muchachos! Tirad hasta el último cartucho.

Ya los rebeldes, unos saltando de árbol en árbol, otros pegados a las paredes ejecutan pasos de danza trágicos. Por los tejados se oyen los gritos de:

- ¡Fuego!

La calle de Urbietta resplandece de reflejos chispeantes. Vuelan adoquines, árboles y cristales. Algún balcón se desprende. Sin embargo, el enemigo avanza: Entonces un grupo con una granada en cada mano bajan a la calle. Y se apostaron en los portales. La calle Larramendi está sembrada de adoquines. Los morteros han desagregado las últimas barricadas. El enemigo ya está cerca de la bocacalle Urbietta–Larramendi. De las escuelas de Amara les acogen debidamente. Los rebeldes se excitan gritando:

- ¡Viva el fascio! ¡Arriba España!

Un grupito de militares avanza disparando sin cesar los naranjeros. Dos rebeldes llegan incluso a doblar la calle Urbietta y adentrarse en Larramendi. Tiran en abanico.

Los que han bajado del tejado lanzan las granadas sin exponer el cuerpo. La pirotecnia ha surtido efecto. Los militares retroceden bajo el fuego de los de las escuelas. El tiroteo cesa y ya sólo se oye un paco que otro. Se ha rechazado el ataque a costa de los últimos cartuchos. Ya estábamos de nuevo desprovistos de todo. Liqui, con el Rolls–Royce, salió de nuevo para Trintxerpe, en donde a falta de dinamita, las mujeres llevaban al sindicato de pescadores «Avance Marino» botellas para llenarlas de gasolina y fabricar bombas incendiarias rudimentarias. En poco tiempo se juntaron varios cientos de cascos. Hacían más ruido que mal, pero el efecto psicológico era indudable. Durante el asedio que llevábamos de más de cinco horas, yo me había insensibilizado. La muerte y la sangre esparcidas arriba y abajo eran incentivos para vencer.

La voluntad de poder se desarrollaba en mí a medida que el tiempo transcurría y que los obstáculos estaban de pie frente a nosotros. La punzante realidad no admitía más que la razón del más fuerte. Por eso temía nuestra inferioridad por falta de medios. Estaba comprobando que una ametralladora bien provista de balas simbolizaba la razón. Esta, en sí, no era sino derecho estéril. El timbre del teléfono me sacó del pesimismo:

- Diga.
- Aquí el Estado Mayor. ¿Tiene buena moral la gente? ¿Están en condiciones de resistir a nuevos ataques?
- ¿Qué sucedió en mi espíritu? ¿Telepatía, premonición o clarividencia? Presentí en el tono de las preguntas que eran los

militares los que llamaban. Oculté mis sospechas y con la mayor naturalidad le exigí:

- Que se ponga Otero, nuestro representante.
- ¿Quién es?

Mi interlocutor se calló, cortado por una exclamación cuyo tono denotaba el error cometido con la pregunta. Entonces, yo, con voz firme y segura, exageré la fuerza defensiva del perímetro:

- Tenemos cien hombres por las terrazas, bien armados con las granadas de la guardia civil.
- Muy bien; resistid –me dijo imperceptiblemente la voz desconocida.

Poco después de esta conversación, un coche de turismo surgió por la Plaza del Centenario. Se adentró por la calle Urbietta a toda velocidad. A la altura de los restos de la primera barricada que impedía la entrada a la calle Larramendi tiró varias ráfagas de ametralladora en carrera vertiginosa. Nadie le respondió.

- Nos están tanteando –pensaron los defensores, impotentes y coléricos.

Roque bajó corriendo a exponerme sus inquietudes. Su fuerte humanidad y su decisión le daban gran personalidad, pero en ese instante su voz carecía de firmeza.

- Creo que en este mismo instante se está jugando nuestra suerte. Ahora podrán entrar aquí paseándose.

Yo me callé. ¿Qué podía decir? Las palabras no tenían ninguna virtud en ese instante dramático. La realidad me impedía todo esbozo retórico y sentimental. Poco después, desde la secretaría, oímos nuevas ráfagas del coche que en dirección contraria ametrallaba.

- ¡Vamos a caer en el cepo! –exclamó Roque levantando los puños de rabia-. Voy a plantarme en la misma esquina Larramendi y si el coche vuelve le lanzaré la última granada que nos queda.

Los defensores que se habían comportado tan bien durante toda la mañana, temiendo nuevo ataque de los rebeldes y encontrarse en la imposibilidad de rechazarlos, iban perdiendo la moral.

Ya no eran los mismos. Tenían miedo de caer en manos del enemigo. Así se justificaban del abandono de los puestos de combate:

- No quiero que me cojan cagando –decía uno.
- No podemos esperarles con los brazos cruzados –decía otro.

Y con la cabeza gacha, un poco sálvese quien pueda, se marchaban hacia el centro de la ciudad.

Nosotros seguíamos impotentes el desfile de la gente. ¿Cómo detenerles a infundirles una moral férrea? A quienes vinieron a explicarse a la secretaría, les aconsejaba:

- Id a la parte vieja. Allí hay todavía posibilidades de defensa.

Y dirigiéndome a Roque:

- Estate al tanto del teléfono. Voy a subir a la terraza para echar una mirada sobre el teatro de operaciones.

Arriba todo estaba desierto. Sentí una sensación de angustia que me anudaba la garganta. No la del vencido, sino la del impotente. Durante toda la mañana resonaron allí los gritos de entusiasmo defendiendo la libertad dando mayor dimensión al silencio. Sería el preludio del fanatismo y de la esclavitud.

El ambiente, saturado de elocuencia sintomática, resquebrajaba mis esperanzas. Parecía que me profetizaba el fin de todo: de la vida, del hombre y del universo.

La voz cascada de una vieja me hizo estremecer:

- ¡Se han marchado los pobres, hijo mío!

Me volví. En estrecha claraboya, un rostro arrugado y fatigado de vivir observaba mis movimientos. Bajó aún más la cabeza y contesté a media voz:

- Si, se han marchado.

- ¡Dios lo ha querido así!

Iba a soltar un juramento, pero la llegada de «El chatillo» lo ahogó en la boca. Era un muchacho de quince años escasos, simpático, que se había ilustrado en la lucha por el lado de las escuelas. La desilusión le daba una cara de entierro.

- ¿Qué te pasa, peque?

- Ya no queda nadie en las escuelas. Todos se han marchado. Vengo a prevenirte. Abajo me han dicho que estabas aquí.

- Bien, peque, bien.

Ante aquel crío que todavía creía en nosotros me negaba a aceptar la derrota. Una esperanza insensata me embargó: la de que mi mentira telefónica daría que pensar a los rebeldes y que no se vería el sindicato hollado por la codicia de los militares.

- Ven conmigo –le dije.

Ya abajo decidimos salir por el patio trasero, pasar a otros sótanos de los inmuebles vecinos y buscar refugio en una bodega conocida por Roque. Y cuando la muerte en el alma íbamos a salvar la primera reja de separación de los patios, oímos intenso tiroteo.

Dimos media vuelta instintivamente. Sin saber por qué creímos que venían a sacarnos del atolladero. El eco de las detonaciones nos daba fuerzas para subir corriendo las escaleras de la terraza. Los tiros venían del llano de Amara, por

la parte del Gas. Me asomó a la cornisa. La calle era una desolación. La voz segura de Roque, la que yo le conocía, resonó alegremente en mis oídos:

- Es un verdadero combate y por las colinas.

Ambos queríamos adivinar lo que pasaba. El fuego nutrido se proseguía sin cesar. Hubiéramos querido tener alas para volar al lugar del combate a inclinar la balanza por el lado del pueblo. Escrutábamos el horizonte de Amara viviendo ansiosamente minutos densos y sofocantes.

- A los militares los han atacado por detrás. No veo otra explicación, pero ¿quiénes? –le decía más esperanzado que nunca.

- ¡Qué importa! Ha sido providencial para nosotros. ¿Qué hacemos? Vámonos para allá.

En esto el tiroteo cesó. Nos quedamos indecisos, aunque palpitaba la esperanza en nuestros corazones, como sentimiento oscuro que nos hacía presagiar victoria próxima. Y nuestros deseos se vieron cumplidos. Un rumor lejano, aunque confuso, se iba transformando en zumbido alegre cada vez más cercano. Eran notas de música revolucionaria, acompañadas de gritos y vivas.

- ¡Viva la revolución!

Ese grito invocador dado por una voz estentórea nos llegó claramente. Nos abrazamos riéndonos. El minuto decisivo

acababa de desaparecer en la marcha del tiempo. El porvenir, provisionalmente, se revelaba justiciero. Enloquecidos, bajamos la escalera a todo correr para acoger a nuestros salvadores. El mismo reflejo obró sobre los habitantes del barrio. Y cuando aparecimos por la calle los balcones estaban cogidos por inquilinos alegres y por las calles la euforia colectiva se expresaba casi histéricamente. Las mujeres aplaudían con gesto instintivo y gritaban de balcón a balcón:

- Hemos ganado.

Por las distintas bocacalles procedentes de la estación de Amara van llegando grupos de obreros cada vez más numerosos. Claman la victoria a los cuatro vientos. Al verles armados comprendí la fuerza que íbamos a representar frente a los rebeldes. Desde la pistola, la carabina y los naranjeros, cuyo cañón apuntaba el cielo sobrepasando los hombros del propietario, simbolizaban la nueva fuerza que entraba en liza en el banquete nacional. Al frente de otro grupo descubrí a Pancorbo, Beluche, arrastrando los dos morteros abandonados por los rebeldes en el llano de Amara y que tanto daño habían causado tirando contra los sindicatos de la CNT. Los primeros versos del himno proletario:

*Arriba los parias del mundo
En pie los esclavos sin pan*

Cantados en esas circunstancias hacían estremecer las fibras de la multitud. El delirio se iba apoderando. Se abandonaban las casas para juntarse al regocijo general. ¡Vaya contagio colectivo!

Un centro magnético –el del triunfo y el de la fuerza– atraía irresistiblemente. Era lo propio de la psicología colectiva. Yo también estaba muy emocionado. Jamás el himno proletario despertó en mí esa sensación de plenitud y posibilidades. Sacudido por la fuerza de los hechos, por el porvenir favorable, vibré, como si de mis entresijos atávicos hubiera surgido un soplo de religiosidad.

Y para mayor goce, por el extremo de la calle Larramendi, viniendo de la Plaza Easo, bajo el gigantesco muro que sostiene al Alto de San Bartolomé, distinguí a diferentes jóvenes de las juventudes Libertarias que a buen paso venían al sindicato. Y al llegar a la calle Urbieta se pararon.



La calle Larramendi tras terminarse la batalla por San Sebastián

El hermano de Valentín, haciendo de jefe de orquesta, atacó las primeras notas de «Hijos del pueblo»:

*Hijo del pueblo te oprimen cadenas
esa injusticia no puede seguir
si tu existencia es un mundo de penas
antes que esclavo prefiere morir.*

¡Coro impresionante! La muchedumbre está electrizada. Luego reacciona lentamente y se pone a acompañar con fervor que parece profundo y eterno. Canta ingenuamente el fin de las penas y la victoria del proletariado. Las horas fatídicas parecen desaparecidas para siempre dejando el puesto a la alegría y a la evolución feliz de los acontecimientos. Yo canté como el primero. No podía escapar a esa resonancia que hacía vibrar las células, la sangre y los músculos.

El sindicato fue asaltado por una marea humana pidiendo armas. Este primer combate favorable al pueblo había animado a los vacilantes. Quienes ni de lejos, ni de cerca, pensaron en formar parte de las filas de la CNT, se preparaban para la lucha, excitados por el ejemplo de determinación de un puñado de hombres.

El valor atraía, era indudable. El inconsciente colectivo entraba en juego, bajo el constreñimiento de oscuras sensaciones brotadas de la intimidad de las células. Éramos permeables a cuanto es violencia y espíritu gregario.

Pasado este instante de borrachera, al bajar a los sótanos del sindicato, nos dimos cuenta de que allí era imposible organizar nada. Casi no se podía andar, no se podía discutir. Todo había sido cogido por asalto. Entonces, entre unos, pocos, decidimos

instalar a la organización en el colegio–convento de enfrente. Allí podríamos separarnos del número creciente de obreros que venían a ponerse a nuestra disposición. Pusimos a una chica en el teléfono del sindicato para que anunciase a toda llamada que estábamos al lado. El colegio tenía un gran patio interior y diferentes aulas en la parte baja. Ancha escalera subía al primer piso. Una barandilla de madera rodeaba al corredor por toda la vuelta y al cual daban otras aulas bien ventiladas y claras. Yo me instalé en una pieza estrecha, cuyas paredes estaban llenas de mapas y en donde estaba instalado el teléfono. Allí tuvimos la primera reunión algunos militantes para hacer el balance de la situación. Yo comenté:

- Esta salida inútil de elementos del cuartel de Loyola hará reflexionar a los rebeldes sobre el espíritu del pueblo de San Sebastián. Había imitado las duras batallas libradas contra las fuerzas de Sancho el Fuerte de Navarra y contra la expansión de los Reyes Católicos.

Anselmo me cortó. Yo le estimaba mucho por su espontaneidad e inteligencia.

- Déjate de eso, Manu. Ahora veamos la manera de dislocar los focos de rebeldía que existen aquí dentro. Pongámonos en contacto con el Estado Mayor y veamos cómo podemos destruirlos.

Era de cajón y el acuerdo fue unánime. Había que volcarse contra el hotel María Cristina y el Casino, los dos focos más duros. Con más armas que veinticuatro horas antes nos fiamos,

sintiéndonos titanes. Al ponernos de pie me asomé a la ventana. La calle era una riada de gente dinámica, agitada y ruidosa. No pude por menos de contrastar ese ambiente con el silencio y la tristeza de las terrazas, abandonadas poco antes. Este pensamiento fugitivo, felizmente, no llegó a hurgar hondamente. Lo que contaba en resumen era el resultado. Al diablo la amargura de aquellos instantes. Mis pensamientos cambiaron de perspectivas. Me di cuenta de que hacía un día espléndido y que el sol cantaba un gran himno a la vida. Dejando la ventana de par en par pregunté, como quien se ha escapado a una pesadilla:

- ¿Qué hora es?
- Las once y cuarto.

La lucha había durado desde las cuatro y media de la madrugada. Nos habían atacado paisanos, guardias de asalto y municipales. ¿Cuántos? En aquellas bajadas y subidas por las casas, en aquel reptar por las calles, era difícil calcular. Los menos numerosos, sin duda, los militares en ese ataque mañanero.

VI. LA LLEGADA DEL TREN DE ÉIBAR

Al negarse los patricios a ciertas reformas reclamadas por la plebe, ésta emigró en masa al Monte Sagrado para crear una segunda Roma, la Roma de los pobres de corazón rico y justas ambiciones.

Maurice Muret.

Cuando todos se retiraban para ocupar los puestos correspondientes, le dije a Beluche, medio poeta y zapatero remendón que me contara sus aventuras desde que salieron de San Sebastián para armarse en Éibar. Con su lengua medio tartaja se explayó:

- Cuando llegamos a Éibar reinaba gran agitación, producida por la llegada de gente a ser armada. La cosa no era tan fácil como nos parecía. Los socialistas eran los amos del cotarro. Nosotros nos presentamos en nombre de la CNT. Éramos un

grupo importante. Nos respondieron con buenas palabras y que esperásemos.

Hacia mediodía comenzaron a correr los rumores de que era indispensable ayudar a las izquierdas de Vitoria, camino de ser vencidas. Decidimos formar parte de la expedición. El Frente Popular de Éibar decidió armar lo que se llamó la columna de Mondragón con la finalidad de enfrentarse con los alaveses. Nos presentamos voluntarios a formar parte de esa columna y nos armaron con armas de diferentes calibres y poca munición. Salimos de noche en dirección de Beasain con la pretensión de adentrarnos hacia Álava o, de entrar en contacto con los imaginarios alaveses que nos atacasen. Se había organizado esta caravana a toda prisa, fiándose de informaciones de evadidos de Vitoria, por lo tanto, carente de un plan y de una estrategia, pues el enemigo no daba señales de vida a lo largo del trayecto.

Al amanecer corríamos por un cuadro digno de una composición bucólica en el que los valles, las colinas pobladas de esencias variadas, los picos elevados, los caseríos desafiando a la naturaleza, daban vigor y carácter. Estábamos, pues, metidos en una aventura que, a medida que tragábamos kilómetros se iba volviendo chusca, digna de un filme paródico. ¿Dónde estaba el enemigo? Nadie lo sabía. ¿A dónde íbamos? Vagamente a Vitoria. Solo los mejor informados señalaban las altas y lejanas crestas. Caminábamos como fantasmas por lo desconocido.

Pasado Mondragón nos comunicaron que los militares se habían levantado en San Sebastián y que mejor sería que

diéramos media vuelta y regresáramos a Éibar. No nos hicimos rogar.

El hecho de que en la capital se estaban batiendo el cobre mientras nosotros corríamos tras algo invisible nos daba alas. En Éibar, mientras tanto, hacían bien las cosas. Preparaban un tren para nosotros los donostiarras.

Y, en efecto, hacia las nueve y media salimos de la ciudad industrial. En el convoy reinaba una inquietud mitigada y un entusiasmo relativo. El coco militar nos hacía pensar en que, ellos y nosotros, habíamos cruzado el Rubicón.

- ¿Y los nacionalistas?
- Brillando por su ausencia. Muy buenas palabras, pero no quieren dar el callo. Mucho te quiero perrito, más pan poquito.
- No obstante, su posición política nos favorece.

En el tren estábamos ciertos de una cosa. Íbamos a afrontar a hombres y no a fantasmas. En todos los pueblos que atravesábamos se nos ofrecía el mismo panorama.

Grupos reunidos discutiendo el panorama nacional. Nadie se interesaba al paisaje, tan atractivo por lo accidentado y pintoresco. Ni los puertos de pesca, tan típicos, conseguían acaparar nuestras miradas.

En Lasarte el jefe de tren nos consultó sobre la conveniencia de detenernos aquí y seguir el camino a pie. Sería una medida

prudente –decía– si los militares se han apoderado de San Sebastián. Hubo un grito unánime.

- Hay que llegar cuanto antes.

La locomotora silbó alegremente y emprendió de nuevo la marcha. Pasado Añorga, el tren avanzaba lentamente, casi al paso, vigilando el terreno. En cada curva centenas de ojos escrutaban los bosques y los campos. Ya estábamos a la altura de la fábrica de gas y desembocábamos al llano de Amara cuando fuimos recibidos por ráfagas de ametralladora. Volaron cristales, chirriaron frenos, hubo gritos y juramentos. Antes de que el tren se parara completamente la mayoría habíamos saltado y parapetado en el talud de la vía o detrás de un accidente de terreno. Nosotros también empezamos a tirar y el cruce de balas se volvió intenso.

- Ahora comprendo. Al veros armados, los rebeldes se han creído menos seguros de sí mismos. Vuestra llegada ha tenido un valor psicológico que ha desmoralizado al adversario.

En efecto, no tardaron en abandonar el terreno en cuanto vieron que avanzábamos adelantándonos a salto de mata por el llano en dirección de ellos. No se mostraron sumamente combativos. Abandonando los morteros y algunos fusiles se corrieron hacia el cuartel de Loyola por la orilla del Urumea.

- Está claro –concluí. Han estimado que no podían seguir el combate callejero con el refuerzo que vosotros representabais en su espíritu. Y se han ido dejando en la estacada a los que

están encerrados en los edificios. Seguramente que esta vuelta al cuartel ha debido producir mucha confusión entre los conjurados. ¿Por qué no les perseguisteis?

- Porque queríamos llegar aquí y volver al sindicato. Por lo que veo ha habido hule de primera.

- Y tan de primera –le dije alegremente. Gracias a vosotros estamos ahora aquí. Ya nos disponíamos a abandonar los sindicatos.

- ¿Serán menos valientes de lo que pensamos?

- No, eso no. Todos nos parecemos en esta piel de toro brava y dominadora.

- Sigo creyendo que hay entre ellos algo que no pita. No hay unanimidad.

- ¿Y dónde está Liqui? ¿Y los otros?

- Félix se ha marchado como un desesperado a Trintxerpe. No podía tragar que aquí estuviéramos con las manos en el bolsillo. Y se ha ido para traernos botellas de gasolina. Los otros andarían sitiando a los rebeldes...

En esto apareció la magnífica estampa del Piaroa. Al verle en mangas de camisa, despechugado, la piel encendida, con los cabellos despeinados y su eterna sonrisa de animal pletórico, le pregunté:

- ¿No te has ido con Liqui?
- No. Me quedo frente a Cristina para entrar en el cacao. Están bien armados, aunque no parece que sean muchos. Universo le llevó a Liqui.
- Voy a buscarles –se brindó Beluche. Voy a darles la sorpresa padre. Ellos que nos creían en la agonía...
- Ten cuidado al atravesar el puente –le aconsejé.
- Yo iré contigo –propuso el Piaroa. Sé dónde hay un coche rápido. Vamos a cogerlo y jadelante!

Al verlos marcharse me quedé pensativo. Todo iba adquiriendo tonos diferentes a la realidad conocida. Íbamos entrando en un nuevo mundo cargado de ambiciones sociales. El entusiasmo de la gente me hacía vislumbrar a los hombres y a las cosas bajo un ángulo más abierto, más vital y más trascendental.

El dinamismo, el jugar con la muerte de los hombres me daba cierta embriaguez. Y recordaba con fruición las previsiones de Félix cuando salió con la amnistía de 1936. Me había pintado con imágenes tan realistas, tan verídicas, la marea humana lanzándose contra los viejos soportes de una sociedad que ya no convenía a los tiempos modernos.

Mis pensamientos me los cortó Otero, nuestro representante del Estado Mayor que venía a enterarse de todas las peripecias de la mañana.

Desde el umbral, un tanto hinchado por el puesto que ocupa, con gesto olímpico, característico de su carácter, nos felicitó:

-¡Salud, héroes del día! Batiéndoos como bravos habéis salvado a San Sebastián. Este es el pensamiento de Tatxo y de Sasiain, el ex alcalde.

Estas palabras sonaban a rancio, a una época pasada. Todos habíamos cumplido con nuestro deber. Sin embargo, su presencia nos obligaba a estudiar el porvenir. Yo tenía la intuición de que el perseverar en el combate nos obligaba a abandonar cargas sentimentales no por debilidad, sino por sernos inútiles en esas circunstancias. Otero, después de escuchar las explicaciones mías me dio a conocer la situación exacta de la ciudad. El enemigo está parapetado en el Gran Casino y en el Gobierno Militar vecino, así como en el Circulo Easonense, justo a la entrada de la parte vieja por el lado final de la Alameda.

Cerca del río conserva el hotel María Cristina y el edificio de la Equitativa. Estos últimos son los bastiones más sólidos. El hotel, verdadera fortaleza, lo defienden fuerzas rebeldes que van a crearnos graves problemas. Yo le interrumpí:

- La lucha no ha hecho si no comenzar. No olvides que los rebeldes tenían una ventaja inicial y un plan bien definido. Aquí hemos colocado granos de arena en ese engranaje. ¿Que se piensa en el Estado Mayor?

- No hay otra solución que la de lanzarse contra esos

reductos. Mientras estén a la defensiva no es excesivamente peligroso. Están bien armados y costara caro el desalojarlos.

- ¿Y el cuartel?

- Ese es el hueso. Representaba el peligro más grave. Situado en un hoyo, defendido por el río y las colinas, a priori parece inexpugnable.

- Duro, duro de roer ese hueso –confirmó, pensando en la difícil tarea que se nos presentaba.

La moral elevada contrasta con las dificultades para tomar las posiciones enemigas. La falta de material empaña el optimismo popular. La llegada del tren de Éibar, con hombres más o menos armados, ha mejorado nuestra situación, pero no nos hagamos ilusiones si tenemos que atacar el cuartel. Los edificios de la ciudad son, a pesar de todo, accesibles. Por eso hay que apoderarse de ellos. De esta manera podremos aislar completamente el cuartel. Pero hay otro factor que nos es favorable por su valor psicológico.

- ¿Cual?

- El resto del país. La guerra civil devasta el país por los cuatro costados.

Era verdad. Al vivir las horas dramáticas en la calle Larramendi nos habíamos olvidado del resto. La más corta victoria contaba mucho en el tablero nacional. Había, pues, que acabar con los focos de rebelión cuanto antes.

- ¿Qué dice el gobierno?

- Estamos desconectados. Vamos a tratar de establecer el contacto Vía Bilbao. Vamos a pedirles armas y abastecimiento. La prolongación de la lucha hasta la rendición de los rebeldes será larga. Las victorias de Barcelona, Madrid y Valencia son sensacionales. No en balde son las tres ciudades de importancia nacional. Y nuestra pequeña victoria aquí tiene alcances considerables: la posibilidad de conservar la frontera de Irún. De Zaragoza sólo sabemos que están luchando todavía en las calles y en los tejados.

- ¿No se ha presentado algún militar, guardia civil, al Estado Mayor?

- Hemos nombrado, precisamente, jefe de operaciones al comandante Pérez Garmendia.

- ¿Es seguro?

- Sí. Hombre de honor, leal y valiente.

Le acompañé a Otero hasta la puerta de la calle. Larramendi se había transformado en objeto de curiosidad de los donostiarras y venían a oler la pólvora que impregnaba las calles. De boca en boca se exageraba la realidad. Y querían comulgar con el sortilegio de los actos valientes y honrosos. La fama de la CNT, como foco de hombres violentos e impugnadores gratuitos, ha sido barrida en una mañana. Y al ver en la gran puerta del colegio una gran pizarra con una calavera

y dos tibias entrecruzadas dibujadas con tiza blanca y entre grandes signos de admiración: ¡Atención! ¡No fuméis! ¡Peligro de muerte!, la gente cree hallar en esa alegoría la fuerza y la esperanza. Otero y yo nos quedamos mirándola también. A uno de los que guardaban el colegio le pregunté:

- ¿Quién ha hecho esto?
- Es el hermano de Valentín Álvarez, Jesús.

Otero y yo nos miramos. Hicimos mentalmente su fotografía. Bajito, delgado, más nervioso que un filete de a real, era intrépido y dinámico. Con jóvenes libertarios de este temple podíamos preparar cosas importantes. José Luis se fue sin despegar los labios asegurado del espíritu que reinaba en el barrio. Así se lo haría ver al Estado Mayor. No obstante, yo subí al secretariado muy pensativo. Medía las dificultades que nos esperaban y que nos sería necesario guardar la cabeza fría, tanto en los reveses como en las victorias. Yo la perfilaba la lucha llena de trampas, larga y agotadora.

Por eso no tardamos en reunirnos unos pocos militantes con el secretario del sindicato de la Alimentación para tratar del problema de cómo dar de comer a los combatientes. La idea del comedor popular tan anclada en nuestra propaganda la íbamos a poner en práctica. De ahí nació el comedor popular de las Escuelas de Amara y el alma de él fue el panadero, Julio Gómez. El viejo Marculeta, viejo liberal y anarcoide, se puso a nuestra disposición para que en su panadería se elaborase el pan necesario. ¿Quién no recordará en San Sebastián a Marculeta,

su hijo, el jugador de fútbol que tanto renombre dio al Donostia F. C.? ¿Y cuánto pan no había repartido gratis esta familia a los parados? Ya dábamos los sindicatos las primeras muestras de nuestra capacidad de organización.

VII. LA CNT EN EL ESTADO MAYOR

Guerra y piedad no concuerdan.

Refrin.

¡Estado Mayor Popular! Título rimbombante que ocultaba la falta de conocimientos militares por parte de sus miembros, salvo los comandantes Pérez Garmendia y Larrea.

Sus componentes no tienen sino la confianza de las organizaciones políticas y sindicales. No representaba más que un embrión de autoridad militar, salido de la necesidad de aunar las operaciones. Pretendía poner orden en el caos, tratando de sujetar a una voluntad la formidable fuerza expansiva de miles de individuos que se aprestan al combate, a un combate donde no hay jefes, ni plan, ni directivas. Sólo del crisol de la lucha y del sufrimiento brotará el sentido común.

De este caos y de este dinamismo del pueblo –todas las formas de autoridad anteriores han desaparecido– surgen las

ideas y las iniciativas, como de una afinidad selectiva. El Estado Mayor planeaba, indicaba adónde había que dirigir los esfuerzos, pero todo quedaba en el dominio de la improvisación y del hervor de ideas.

En nuestro campo de acción sindical sucedía un fenómeno digno de mención. Por mi secretaría pasaban ciudadanos que me proponían diferentes trabajos y hasta fórmulas de fabricación de nuevas armas:

- Puedo fabricar bombas de calibre regular... Tengo posibilidades de reparar toda clase de armamento... Soy capaz de fabricar granadas y bombas incendiarias... Desde el año pasado estoy pensando en una bomba que destrozaría a los hombres por la carga de balas o clavos estriados que contiene.

Había que discernir en el conjunto de proposiciones y de ideas las que eran francamente constructivas y eficaces, abandonando cuanto pertenecía a la imaginación o a lo imposible. En los sótanos del colegio montamos en un santiamén un taller de reparaciones de armas y de fabricación de bombas. Tornos, bancos, herramientas, han surgido por varita mágica. Yo estaba extrañado de este poder de improvisación. La necesidad y la voluntad hacían milagros. Claro que todo ese trabajo no es perfecto y que el funcionamiento deja que desear. Pero es un comienzo prometedor. La iniciativa personal se expresa por el canal de la creación.

El Rolls-Royce de Liqui bajaba como un bólido del Alto de Vinagre. A lo lejos distinguió un coche que subía por Ategorrieta.

De pronto le vio desaparecer en una nube de polvo y acabar en la cuneta. Cuando llegó a su altura, vio salir a sus amigos que iban a buscarle. Contentos con haber salvado la vida los ocupantes del coche se burlaban del chofer improvisado. Liqui, en lugar de preguntar si había algún herido, se limitó a gritar:

- ¿Qué cojones pasa?
- Que los sindicatos están libres. La porquería que llevas en el coche ya no servirá.
- Serviría para otra cosa –replicó mosqueado Liqui.

Se preguntaba cómo Larramendi pudo ser liberado, dada la situación crítica en que lo dejó. Pero las caras alegres de sus amigos no permitían la menor duda. Agarrándole del brazo a Beluche le interpeló:

- ¿Se han rajado los rebeldes?

Beluche le contó la llegada providencial del tren de Éibar y la retirada de los militares. Piaroa le animó:

- Si vieras cómo está ahora la calle Larramendi y la gente que viene a los sindicatos no lo creerías. Es una riada popular.
- Vámonos.

Los dos coches bajaron la cuesta y enfilaron la calle Miracruz. Antes de llegar al puente de Santa Catalina doblaron a la izquierda y por la calle Isturiz atraviesan el corto espacio a

descubierto antes de guarecerse detrás de las casas de la Avenida de Francia. Las balas silbaron encima de sus cabezas sin alcanzarles. Poco después salvaban el puente de la estación. Liquiniano se quedó emocionado ante la muchedumbre que ocupaba la calle Larramendi. Se apoderaban de él sensaciones maravillosas: el placer del triunfo, la excitación de la vida, los enigmas del porvenir.

Ahí estaba el pueblo tal y como se había imaginado durante sus visiones ardientes de presidiario. La vieja sociedad se caía bajo el peso de mezquinas contradicciones y de estúpidos privilegios fundados en el dinero o en el pasado.

El barrio despedía un vapor que embriagaba, seguramente por presentarse virgen de combinaciones políticas o diplomáticas.

¡Qué pueblo magnifico el de San Sebastián! Ahí estaba al servicio de quien pudiera marcarle objetivos de progreso. Su propio dinamismo se decupló. Acercándose a Beluche que acababa de apearse del coche, exclamó:

- ¡Fantástico! Nadie me creía cuando predecía este momento. Y ya veis.

Félix quiso dirigirse a los sótanos. Piaroa, satisfecho de anunciarle el cambio dijo:

- Eso también se ha acabado. Ahora estamos en el colegio.

Y dirigieron los pasos a mi secretaría, seguidos por las miradas entre curiosas y admirativas de la gente.

Apareció Liqui en la puerta. Con grito de alegría me saludó en vasco

- Egunon, laguna.

A las dos de la tarde nos fuimos a comer. Nos encontramos buen número de jóvenes libertarios en las Escuelas de Amara. Reinaba una atmósfera de camaradería entre los servidores, el personal de cocina y los consumidores. Todos estábamos satisfechos de que los sindicatos se responsabilizaban de una tarea social. Hablábamos de otras tareas que nos esperaban, como el de la producción.

Pero la conversación no tardó en derivarse hacia la situación militar de la ciudad. La idea común era que si no recibían los rebeldes ayuda exterior, no resistirían al empuje popular, pese a la falta de organización frente al enemigo.

- Están cogidos en el cepo. No podrán escapar, sobre todo los del María Cristina—pronosticó Universo.

- Y cuando los cojamos les aplicaremos la ley con todo rigor. No les haremos el regalo que se le hizo al general Sanjurjo. Se acabó la filantropía.

Roque intervino con más realismo.

- El castigo representa un aspecto secundario del problema. Sajemos el divieso cuanto antes para asegurar la posesión de la ciudad. Con esos focos en la retaguardia no podemos atacar el cuartel de Loyola. Este es nuestro asunto.

Y mirádonos cara a cara, magnánimo

- Yo no tengo espíritu de venganza.
- Yo tampoco –dijo Piaroa–. Pero tienen que pagar la grave falta cometida.
- La primera victoria popular permitía considerar las futuras operaciones con sólidas amarras morales.
- Si, el cuartel de Loyola era un hueso, era la dura verdad, pero hasta ahora el desarrollo de los acontecimientos no favorecía a los rebeldes. A plazo corto sería lo mismo. Nuestro optimismo era, pues, de cajón. A alguien se le ocurrió preguntar:
 - ¿Y qué haremos con nuestro semanario «Crisol»?

Salté picado como por una víbora:

- Nada. Tenemos otras tareas más urgentes. Además, en el Frente Popular se ha tomado la decisión por diversos motivos de publicar un solo diario: «Frente Popular». Tenemos que cumplir el compromiso.

Liqui insistió violentamente –Nada de literatura. Todo por la lucha. Cuando hayamos vencido al enemigo, entonces...

Después de la comida –patatas con bacalao y salsa de tomate–, volví al secretariado. Los demás se marcharon hacia los focos rebeldes a unirse con los sitiadores y tratar de buscar el fallo de los defensores. Me estaba esperando Ruiz. Fatigado,

con los ojos rojos de falta de sueño –era el rasgo característico de todos los militantes–, sin afeitarse, todo recordaba en él las graves preocupaciones que le atormentaban. Venía a discutir conmigo de mi situación, que no teniendo un cargo oficial actuaba como tal. Yo le había comunicado por teléfono mis escrúpulos. De buenas a primeras, pues, me habló de ese problema:

– He consultado con González Inestal y con Julio, así como con Barriobero, de tu deseo de correrla con el grupo de Liqui. Todos coinciden en que tienes la confianza de los jóvenes y de todos en general. Además, activo y diplomático, cumples a la perfección las cualidades que hacen falta en este puesto y que, no cabe duda, a la luz de los acontecimientos, tendrá mayor importancia. Vamos a un cambio de régimen, hacia una sociedad más perfecta. Por mi parte, creo que en España vamos a construir un modelo original.

Echando una mirada circular a las cuatro paredes de la secretaría le interrumpí:

- Luego... tengo que seguir aquí...
- Serás más eficaz aquí que no corriendo por las calles con un arma.

Le miré fijamente. Su sinceridad saltaba a la vista. Con voz queda acepté:

- De acuerdo.

Hasta nosotros llegaba el bullicio de la calle. Una gran sonrisa iluminaba el rostro de mi interlocutor. Melancólico, con pena sentida.

- ¿Qué diría nuestro viejo compañero Zulaica ante esta efervescencia? ¿Recordaría aquella fría mañana de diciembre -1930- que quisimos asaltar el gobierno civil para apoyar el movimiento revolucionario de Jaca...? Éramos un puñado de socialistas, republicanos y sindicalistas. Nos trataron de locos. Fue el comienzo de la serie que nos ha conducido a saber resistir a los ataques de la reacción.

Luego hablamos de la situación.

- En el Frente Popular reina un acuerdo prometedor. Las viejas querellas del partidismo se han desvanecido ante el peligro. Claro, por fuerza, pero contentémonos con el resultado.

Yo le opuse mis temores.

- El ver las orejas al lobo nos vuelve más modestos y menos exigentes. Esperemos que el acuerdo dure. Sólo así seremos fuertes frente al enemigo. Tanto más cuanto que debemos combatir en dos frentes: el de la lucha armada y el de la organización social en la provincia. El levantamiento ha desorganizado todo: los transportes, el abastecimiento y los servicios urgentes.

- Hay que dar la prioridad a la lucha armada...

- Claro que sí. El Frente Popular está en contacto

permanente con el Estado Mayor. Es más la gran parte de los miembros del Frente Popular están con las armas en la calle.

- ¿Y el gobierno central que dice?

- Hemos podido establecer el contacto con Madrid por radio. Se nos ha felicitado por haber conservado San Sebastián en el regazo de la República.

- ¿De la República? De otra más justa por lo menos. Las uvas están todavía muy verdes para hacer una profecía. ¿Que saldría de las ideas entremezcladas en el crisol del Frente Popular actual, activo, dinámico y con el poder en la calle? El pueblo no querrá volver a la misma situación del 16 de julio.

Ruiz me habló de otra decisión interesante:

- Hemos cambiado todo el personal de Radio San Sebastián. Ahora la estación hablará un lenguaje más republicano, digámoslo así. Los fascistas se habían infiltrado. El pachucho Molina personificaba esa tendencia.

El secretario me dio dos espaldarazos antes de marcharse. Esta prueba de confianza y afecto me supo a gloria. Despidiéndose:

- Llámame cada vez que quieras aconsejarte. Deja de lado el aspecto oficial de tu trabajo. A la excepción hay que saber adaptarse.

La jornada del 20 de julio transcurrió defendiéndose los

rebeldes en los reductos. Tiraban bien y producían bajas en cuanto se pretendía acercarse. Algunos cadáveres yacían por los alrededores, sobre todo en la calle Oquendo, cerca del hotel María Cristina, y en el boulevard, junto al Gran Casino.

En el barrio de Amara tomamos precauciones para la noche. Doblamos la guardia en las terrazas de los inmuebles. Se rehicieron algunas barricadas. Y patrullas recorrían el llano de Amara hasta la misma entrada de Loyola.

Noche tranquila. Cuando amaneció el día, los rebeldes no intentaron forzar los acontecimientos. Los jefes militares no estaban seguros de la tropa y consideraban que los adeptos de la rebelión no eran bastante numerosos para efectuar nueva salida desde el cuartel. Sin duda, una segunda hubiera sido más encarnizada y sangrienta que la primera. Prefirieron tomar posiciones defensivas; en las colinas que corren a lo largo del cuartel por el lado de Polloe y de Ametzagaña instalaron estratégicamente un cañón y dos ametralladoras. Además, el río Urumea les sirve de defensa natural. Dejan, pues, a sus compañeros facciosos abandonados a sí mismos.

El torpedero «Xauen», anclado en el Puerto de Pasajes, tiene que servir a la República se dicen los pescadores del sindicato anarcosindicalista «Avance Marino». Unos hombres decididos, armados con pistolas y bombas, saltaron a bordo del torpedero. La tripulación no ofreció la menor resistencia y fue desarmada rápidamente. Luego se dirigieron a la cabina del comandante en donde entraron en tromba:

- ¡No se mueva!
- Soy republicano –responde tranquilamente el jefe del torpedero.

- ¡Que te crees tú eso! Tu casta es de mala uva.

Clavado en el asiento, el comandante calla.

Ejecutan un registro rápido y superficial. Le retiran una pistola. La gente de mar habló rudamente:

- Se quedará usted a nuestras órdenes. El barco tendrá que servir a la revolución.

- Sigo siendo fiel a la República.

Nosotros también, pero a una República revolucionaria. Esta claro. Nadie abandonara este barco sin nuestro permiso. No le hacemos prisionero, sino que le dejamos libre de circular por el barco.

- No puedo abandonar a mis hombres ni al navío.

- Usted hará lo que le digamos y nada más.

No ha habido la menor violencia al contrario de los sucesos terriblemente aleccionadores que se han producido en otros puertos militares, en donde jefes y oficiales de navíos de guerra han sido masacrados por los marinos. Esta masacre muestra hasta qué punto los sin grado estaban hasta la coronilla de

soportar a jefes antirrepublicanos y que a la primera ocasión se hubieran pasado al enemigo. En este hecho instructivo se trataba de adelantarse a los revoltosos potenciales.

Al grupo de Liquiniano se le ocurrió sacar partido de este torpedero con objeto de que desempeñara un papel en la rendición de los facciosos de San Sebastián. Una vez más se fue a Pasajes y con los pescadores de «Avance Marino» discutió la necesidad de bombardear con los cañones del «Xauen» los edificios rebeldes. Puestos de acuerdo se dirigieron todos al barco.

El comandante se asustó ante el alud de hombres armados. Sin más preámbulo:

- Rumbo a San Sebastián. Hay que bombardear el Gran Casino y el Gobierno Militar.

- Los cañones tienen poco alcance. Podrían tirar sobre el Gran Casino y más lejos sin ninguna garantía.

- Eso es cosa nuestra.

Evasivo, el comandante:

- Para zarpar tengo necesidad de una orden. Una operación no se ejecuta al azar.

- ¿Una orden? La nuestra. La marina ha sido disuelta por decreto gubernamental. Somos los amos. ¿Es que lo ha olvidado?

- Entonces que alguien se responsabilice de la operación.

- Yo mismo –dijo el secretario del sindicato. El comandante abrió el cajoncito de la mesa y le alargó una hoja de papel. El secretario escribió:

«Yo, Juan Varela, secretario provisional del sindicato «Avance Marino», salgo responsable del bombardeo de San Sebastián por el torpedero «Xauen» Pasajes, 21 de julio de 1936».

El comandante leyó el documento en voz alta. Luego exigió otra formalidad

- Hay que poner el sello.

Sus interlocutores ya empezaban a perder paciencia. Pero Liqui no quiso violentar las cosas. Hizo señas a Universo de que fuera a buscar el sello junto con un pescador apodado «Besugo» a causa de los ojos exorbitados. Varela les dijo:

- Lo tiene el vicesecretario.

Con el papel firmado y sellado, el comandante se hizo a la mar. La tripulación, aunque se dice republicana, es vigilada por varios pescadores armados. Por primera vez, estos rudos marinos abandonan el puerto como responsables de un barco y de una operación naval. ¡Quién lo hubiera dicho cuarenta y ocho horas antes! Experimentan orgullo legítimo: el de colaborar estrechamente en los acontecimientos. La revolución les sacaba del anonimato y les procuraba nueva personalidad. Las revoluciones no sólo eran pasiones desencadenadas, sino

también un crisol de caracteres y fuerzas morales. Bajo el cielo radioso, la travesía se desliza favorablemente por el mar pacífico. Entran por la bocana del puerto y el torpedero ancla en la bahía de la Concha. Visibilidad excelente. Los pescadores siguen con interés vigilante los preparativos del bombardeo. El comandante está presente y ordena él mismo las maniobras. El torpedero tiene un cañoncito. Aplican el primer obús. Y sale disparado contra el Monte Urgull. El segundo toca al Casino y produce daños escasos. El calibre es casi insignificante.

Otros obuses lo tocan. Entonces, los pescadores deciden que se bombardee el hotel María Cristina, invisible desde el centro de la bahía. Hay errores de tiro monumentales. Los obuses caen en el barrio de Gros y en el teatro Victoria Eugenia. De aquí las fuerzas populares acosaban el reducto faccioso.

El Estado Mayor se logró comunicar con los pescadores para que cesasen el bombardeo. Militarmente hablando ese bombardeo era ineficaz, pero tuvo gran efecto desmoralizador. Los rebeldes del Gran Casino distinguían detrás de los ventanales del edificio el torpedero que simbolizaba la fuerza leal al gobierno republicano. Y otro efecto desmoralizador, para ellos, fue el de ver entre los nuestros algunos guardias civiles, fieles a la República, atacándoles. La gran verja de hierro protegía bien el edificio con gran desesperación nuestra. Fueron estos guardias civiles, justamente, quienes animaron la toma del Gran Casino, efectuada al día siguiente, al mando del comandante de la Guardia Civil, Ezcurra. Eran poco numerosos, pero de calidad. Daban un ejemplo de valor y de serenidad. Sabían desplazarse bajo las balas enemigas, saltando de tronco

en tronco para acercarse cada vez más a la verja protectora del Gran Casino. El asalto fue dado creyendo que la mayor parte de los rebeldes se habían marchado a refugiarse en el cuartel de Loyola durante la noche. La resistencia fue débil. En el Gran Casino, defendido por soldados de artillería, sólo quedaron catorce guardias civiles, al mando de un cabecilla fascista, cuyo nombre nos era desconocido. El Casino pasó a nuestras manos, así como el Gobierno Militar y el Círculo Easonense. El Club Náutico ya sabíamos que estaba abandonado, pero no nos interesaba entrar en él, dado que estaba batido por los otros edificios colindantes. Toda esa parte de la ciudad quedaba libre de facciosos. Ya sólo quedaba en manos de los rebeldes el hotel María Cristina, pues los de la Equitativa se habían dado el piro. Aprovechando el factor sorpresa durante los primeros momentos del levantamiento, hicieron prisioneros y los guardaban como rehenes y se servían como medio de presión sobre el Frente Popular. El María Cristina estaba defendido, especialmente por la gran parte de los guardias civiles, guardias de asalto y policías. A los carabineros los tenían desarmados y prisioneros. Desconfiaban de ellos. Este reducto se estaba volviendo en grave peligro si continuaba resistiendo. Era un tumor que había que sajarlo rápidamente. Por eso el 22 por la noche se tomó la decisión de asaltarlo al amanecer. Y a los albores del 23 se atacó frontalmente sin éxito. A pecho descubierto la empresa iba a ser costosa. Los blindados de ocasión entraron en acción por la calle Oquendo, pasando y volviendo a pasar delante del edificio y aplastando los cadáveres yertos en la calle. Sus ocupantes tiraban a quemarropa contra los defensores. Los morteros cogidos a los militares se

emplearon también, pero la falta de municiones les impidió ser efectivos. Se les acosaba por todas partes. Pero la gran verja, de casi tres metros de altura, representaba un obstáculo difícil de franquear. Pese a todo, el número de asaltantes engrosaba y terminaría por hallar el fallo en el dispositivo enemigo. Por fin, en contra de los irreducibles que lo habían impedido hasta ahora, el Frente Popular había establecido contacto por teléfono con los rebeldes. Se les invitó a la rendición. Los duros rompieron el hilo telefónico y la comunicación fue interrumpida. Sabíamos que los heridos rebeldes gemían en estado lamentable por falta de medicinas y cuidados. Este factor favorable había que explotarlo redoblando de ardor en el combate. Los jefes rebeldes veían que el fin de la resistencia se acercaba inexorablemente. No habían supuesto bien los datos del problema. Entonces, desesperados, tomaron una medida inhumana: colocaron a los prisioneros en las ventanas y delante de la verja del gran patio de entrada. Así cayeron algunos cogidos entre dos fuegos. En la última conversación telefónica se les amenazó con quemar el hotel. Ante esa actitud con los prisioneros, empezamos a rociar con gasolina algunas partes del edificio, lanzando botellas llenas, seguidas de algodón inflamado. Algunos incendios localizados se provocaron así. Entonces, creyeron que efectivamente las fuerzas populares ejecutarían la amenaza. A la hora del crepúsculo, los sitiados arbolaron la bandera blanca. Los rebeldes habían apostado por la llegada de socorros de Loyola. Desvanecida esta esperanza, la resistencia ya no tenía motivación.

Hubo orden en la rendición al Frente Popular. El pueblo asistió a ella dignamente. Buscaba únicamente las armas automáticas

que tiraban tan bien y que tantas bajas ocasionaron en sus filas. Estas armas motivaron el primer disenso, nada grave, entre el Frente Popular y la CNT.

Nosotros pedimos que las armas cogidas se distribuyeran a las organizaciones. Larrañaga, en el mismo jardín del hotel, respondió que el Frente Popular resolvería este problema según las necesidades de la lucha. Nos callamos. Sabíamos que no se nos daría un arma más a los cenetistas y a los anarquistas y que, por lo tanto, teníamos que procurárnoslas nosotros mismos. El triunfo acalló esta querrela. El último reducto de la ciudad había caído y con él una pesadilla. Ahora San Sebastián podría organizarse y seguir en pie de guerra la marcha de los acontecimientos.

VIII. GOBIERNO Y REPÚBLICA

Objetivo número 1 de los nacionalistas desde el 22 de julio: la batalla de las comunicaciones.

R. Brassilach.

La libertad debía ser viril, ardiente y atrevida. La indecisión y la flojedad representaban la enemiga en el umbral de la guerra civil. La historia de los pronunciamientos –pesadilla del político– daba a entender que en España no se podía practicar la política del avestruz y situarse al margen frente a fuerzas siempre al acecho de un paso en falso del gobierno. Los diferentes equipos gubernamentales no reaccionaron eficazmente frente a los preparativos militares del golpe de estado. Si eran casi un secreto de polichinela.

Se subestimaron las repercusiones que originaría el asesinato de Calvo Sotelo, el hombre de confianza de las derechas. Los gobernantes se contentaron con vagas declaraciones sin ningún alcance. ¡Trágicos instantes en que se comprometen los

destinos de un país! ¡Cuántos minutos ciegos ante el fatal complot!

Inepcia política y debilidad, he aquí el gobierno Casares Quiroga en el momento del gran enfrentamiento. España se encontraba en la encrucijada y necesitaba hombres aptos para inspirar una nueva concepción de la vida. ¡Cuántos personajes fatídicos –medianías doradas– desempeñaron los primeros papeles durante estos episodios históricos! Mientras el destino de la nación se estaba jugando para más de cincuenta años, los gobernantes actuaban a lo bachiller Trapazas. Mecidos en una hamaca beata o durmiendo la mona triunfal de febrero, fueron incapaces de enfrentarse seriamente contra la trama de la rebelión militar. Que la República era tierna, que no tuvo tiempo de mostrar sus posibilidades, admitámoslo. Pero su terrible e irremediable fracaso fue su carencia de valor. A semejante situación trágica, esos personajes hallaron un remedio: un gobierno efímero –duró unas horas únicamente– para entrar en contacto con los rebeldes y fomentar un emplasto. ¡Qué falta de lucidez política! Todavía no habían captado los relieves fantásticos de la guerra civil que iba a descuajeringar al país. Creían ingenuamente en nube de verano el humor de los militares. En lugar de defender enérgicamente la primacía del régimen y su legitimidad, quisieron caminar hacia la duplicidad y el vergonzante compromiso. Cuando nos enteramos de que Martínez Barrios, jefe de ese gobierno fantasma había entrado en contacto con el general Mola, uno de los personajes más interesantes del levantamiento y, por consiguiente, uno de los enemigos más feroces del Frente Popular, y que este había rechazado el compromiso con un gobierno en las últimas pese a

la reciente aparición, nos pareció mas digno y fiel a la palabra de conspirador. Y se sintió más fuerte que nunca. El final de esa conversación telefónica refleja curiosamente el pensamiento del cardenal Pla y Daniel:

- Excelencia, las tropas han salido de los cuarteles. Dejemos la palabra a las armas.

La confusión de Martínez Barrios fue mayúscula. Se hallaba frente a la realidad de la guerra civil. No le bastó que el general Franco se apoderara de las islas Canarias en nombre del orden y de la patria y de la paz cristiana y que tomara el avión para aterrizar en Marruecos con vistas a organizar la invasión de la península al mando de las tropas insumisas. Y que las guarniciones de Burgos, Sevilla y Valladolid se rebelaran a su vez. Le fue preciso que la indomable Navarra, la de la raza fuerte y fanática, la de las viejas nostalgias monárquicas, para que la gravedad del golpe de Estado se le mostrara con cruel desnudez. Toda Navarra en pie contra la República. El general Mola tenía a su disposición no sólo las guarniciones de la provincia, sino también un ejército de voluntarios de varios miles de hombres, dispuestos a luchar por su profesión de fe carlista al grito de:

- ¡Por Dios, por la Patria y el Rey!

Además, en el feudo navarro emergía siniestra la sombra de la Iglesia, cómplice de esta marea humana que exigía la guerra en nombre de Dios y de don Carlos. Los sacerdotes se alistaban al frente de los jóvenes. Los conventos distribuían armas. Surgían capitanes en potencia entre ellos, como el cura Mónico,

dispuesto a mandar una columna. Se moría de ganas por imitar los actos de curas tristemente célebres de la guerrilla española. Los recuerdos de las guerras carlistas exaltaban a los navarros. Los días de gloria estaban a su alcance. Los rebeldes no encontraron oposición en Navarra. El puñado de demócratas nada pudo contra esa ola fanatizada que se expandía con pasión de frustrados. Y se dejó inmolar pasivamente. Cayó bajo el fuego de un pelotón de ejecución a orillas de un cementerio o a la sombra de la de un calvario en una cuneta. Desde Navarra, los requetés se lanzaron sobre las orillas del Ebro y sobre la meseta central con el optimismo de una primera victoria obtenida sin resistencia. En esas condiciones, ¿Cómo el general Mola iba a dignarse a discutir con Martínez Barrios?

En cambio, el pueblo captó, de una forma general, la realidad de la situación. La guerra civil llamaba a la puerta, la tragedia iba a tramarse, el gran drama se perfilaba con contornos miserables y horribles. Desconfió de las declaraciones gubernamentales difundidas por Radio Madrid a lo largo del día: «El gobierno es dueño de la situación». Entonces busca apoyos, se agrupa, se une codo con codo, quiere defenderse, pues intuye que el gran agonista será él. Y que se veía metido hasta el cuello en la vorágine. Ya la rebelión ha saltado el estrecho de Gibraltar, se extiende a la península y hora tras hora adquiere proporciones inquietantes. No hay un minuto que perder. Por fin, el nuevo gobierno Giral admitió la gravedad del levantamiento. Al amanecer del 19 de julio tomó una decisión tardía: disolver el ejército. Cuarenta y ocho horas antes esta decisión hubiera tenido efectos muy importantes. ¡Ay, era ya demasiado tarde! Y, naturalmente, esa decisión acarrearía otra: la de invitar al

pueblo a armarse. Afortunadamente, este ya estaba inspirado por el mismo deseo.

Había comprendido la responsabilidad histórica que le recaía y que era el único baluarte contra el movimiento. Y lo demostró el día fasto del 19 de julio. Resistió los ataques de los militares en las ciudades. En numerosas capitales salió vencedor.

Y de golpe el éxito del levantamiento se volvió precario y aleatorio. El desastre de las guarniciones de Madrid y Barcelona significaba que la rebelión era impopular. En este 19 de julio sólo una sombra cubre la piel de toro: la derrota gubernamental de Cádiz en donde los rebeldes se hacen los dueños rápidamente. Dos hechos simbolizaron el precio de la libertad obtenida a base de lucha y sacrificio: la toma de los cuarteles de La Montaña y Atarazanas en Madrid y en Barcelona respectivamente. La pasividad acarreaba el desdoro. Había que tomar partido instantáneamente. Y así se hizo poniendo en evidencia que la idea de violencia y la de justicia tenían raíces profundas en los españoles. Se acabaron los equívocos. Y había que demostrarlo con actitud combativa.

Durante los años de República se produjeron acontecimientos que sacudieron la conciencia colectiva y de ahí que tuvieran repercusión en este instante álgido. Entre ellos los planes y las rebeliones de los marinos en los barcos de guerra ocasionando un gran impacto en la opinión pública. La justicia republicana sancionó esa actitud para defender la disciplina de la marina.

Sin embargo, hubiera sido político haber hecho concesiones al

marino, al sin grado, al eterno paria. La secuela de estos castigos fue terrible. Las tripulaciones de las unidades navales, en cuanto tuvieron la sartén por el mango mataron a jefes y oficiales en venganza horrible. Sólo así pudo flotar el pabellón republicano en lo alto de los mástiles.

¡Que lección sangrienta para la historia! Su motivación en el contexto brutal de una España volcánica aparecía clara. Se la incriminara o justificara, pero ahí estaba como, lección viva para los sicólogos y sociólogos. ¡Cuán lejos se hallaba España de aquel 14 de abril en que se proclamaba a los cuatro vientos que la República advino sin derramar una gota de sangre! Se loaba el civismo y el progreso político de los españoles.

El 23 de julio se fijó provisionalmente el mapa de la guerra civil en toda la península. Muchos de nosotros nos inclinábamos sobre mapas más o menos completos. Con lápiz rojo y una regla íbamos trazando la línea que separaba a los dos campos. En el intrincamiento de las provincias se había dibujado un perfil de diferentes frentes simbólicos no guarnecidos todavía por hombres. Establecida la autoridad republicana en San Sebastián, la noche del 23 nos reunimos todo el grupo de Liqui y yo en la secretaría. Antes de nada, echamos una mirada a la situación general. Era evidente que la superioridad geográfica de las fuerzas populares no dejaba lugar a dudas. Los militares dominaban la parte del litoral cantábrico, desde los confines de Asturias hasta Galicia, y bajando por esta región tocaban la frontera de Portugal. Siguiendo la frontera bajaban hasta cerca de Badajoz. Esta línea fronteriza la cortaban las fuerzas republicanas durante un centenar de kilómetros. Y más abajo los

rebeldes campaban en Huelva y Cádiz hasta el río Guadalete. Tenían también en su poder a Sevilla. Sólo pasando por Portugal podían establecer contacto las dos zonas rebeldes. La complicidad de Salazar se reveló enseguida, no en balde el general Sanjurjo había establecido en Portugal su campo de operaciones. La misma complicidad surgió entre alemanes, italianos y españoles para que los rebeldes pudiesen desembarcar en España desde Marruecos. Pero el contacto por Portugal no les bastaría. Se echarán sobre Extremadura para formar un bloque unido de toda la zona rebelde en el oeste. Y hablando de comunicaciones la frontera de Irún les es necesaria por dos motivos: uno, para asfixiarnos a los que nos hemos quedado separados en el Norte de la extensa superficie republicana del Centro y del Este; otro, para tener un pulmón sobre Europa, pues la frontera navarra de Dantxarinea está separada de todo centro de comunicaciones...

El entusiasmo de Universo concluyó el cuadro:

- Pero nosotros tenemos casi toda Andalucía, Castilla la Nueva, Cataluña, Levante y gran parte del litoral cantábrico. Tenemos más probabilidades por nuestro lado.

A la mayoría no se nos escapaba que el cuartel de Loyola esperaba refuerzos por parte de los navarros. Y que pronto sufriríamos los asaltos de estos rudos montañeses. Por eso había que acelerar el proceso de la rendición del cuartel. Así se evitaría la unión de ambas fuerzas. Había que insistir acerca del Estado Mayor por intermedio de Otero y, por nuestra parte, estudiaríamos sobre el terreno la forma de entrar en el cuartel.

A mí me dieron manga larga para defender los intereses de la CNT. Ellos se marcharon al cementerio de Polloe que domina un poco más adelante el valle del Urumea. El cementerio suponía buen abrigo contra las balas tiradas por los rebeldes.

El primer cruce de armas favoreció a la República. En su zona, la retaguardia se quedó vacía de enemigos capaces de enfrentarse con nosotros, salvo algunos reductos como los cuarteles de Gijón, de Loyola y algún monasterio en el Sur. El pueblo proclamó la República el 14 de abril de 1931, reincidió el 16 de febrero de 1936 y, por fin, con las armas en la mano, frente al golpe de estado. Estas tres fechas simbolizaban a la España progresista.

Pero el pueblo, después de modificar el curso de la rebelión; destruyéndola en gran parte, cometió un error trágico. Creyéndose dueño de su destino modelando instantáneamente un movimiento revolucionario original pecó de ingenuo. Error fatal que frisaba en la inconsciencia. Con calma olímpica, abandonó el gobierno nacional a aquellos mismos que quisieron entenderse con los responsables del alzamiento unos días antes. Hablar de que el pueblo asesinaba y saqueaba para justificar la pasividad gubernamental no se daba cuenta de que el destino del país se estaba jugando para muchas décadas. ¡Que contraste! Un pueblo en armas y un gobierno asustado por la pugna.

Nadie creyó en esta reacción vigorosa del pueblo y todos se equivocaron, sobre todo los llamados grandes políticos y hombres de estado. Todos los planes urdidos en las oficinas y en

los cuartos de banderas se desvanecieron. Todo quedaba por hacer. Había que contar con el pueblo empezando por el gobierno y terminando por los militares.

En los dos campos, casi simultáneamente, comenzó la depuración de los enemigos políticos. Los rebeldes no mataban a golpes de citaciones latinas o de incensario, sino con balas mortíferas. Los gubernamentales lo mismo.

La historia política de los pueblos civilizados nos enseñaba que durante las guerras civiles las monstruosidades, los asesinatos viles ajenos a la condición humana, era moneda corriente. Las luchas inglesas y francesas lo testimoniaban. ¿Cómo olvidar las guerras fratricidas de Italia?

Y más cerca el ejemplo ruso, en un país sacudido por ondas de fantástica conmoción social. El alumno de sicología colectiva menos dotado sabe que esos actos proceden del miedo y de la debilidad. Claro estaba que, si no se pone en esos instintos un freno, la depuración puede transformarse en sadismo o en sistema. No cabe duda de que el gobierno de Madrid vivía un complejo de inferioridad lamentable. Se comportaba en fantasma. Parecía que le repugnaba mezclarse con los acontecimientos y más aún vivirlos. Esta pasividad facilitaba las maniobras de los fascistas. El gobierno republicano representaba un factor negativo en el conjunto de la guerra civil. Y otro grave también fue el despertar político tardío del anarcosindicalismo español. En éste, el deseo de emancipación le había hecho olvidar el aspecto político del enfrentamiento.

A pesar de todos los inconvenientes, la vida se iba organizando valientemente, con los medios de a bordo, en la zona republicana. La lucha contra el adversario se emprendía partiendo de cero. Y como todo había quedado descoyuntado, ya nada se organizaba con las estructuras anteriores.

De ahí que se perfilara ya en el horizonte la sombra de las potencias europeas con la pretensión de dominar el conflicto español y darle una solución a su gusto. El pueblo español iba a tener que luchar contra un mundo hostil, pues sólo recibía simpatía de eunucos o ayuda interesada por concesiones políticas. Europa vivía en ese instante una atmósfera internacional de cobardía ante el empuje del fascismo italiano y del nacionalsocialismo alemán.

El gran agonista era el pueblo y podía reivindicar la Revolución con la cabeza alta. El pronunciamiento no hubiera sido más que una mascarada sangrienta sin la intervención extranjera. Un juego de dados cuyo secreto pertenece al ejército español. El pueblo se pronunció por la Revolución, cuyo origen procede de la lenta evolución de las sociedades. Se transformó en erupción volcánica que quemaba y aplastaba el pasado, en explosión de los humildes sostenidos por espíritus progresistas. Fue la brutalidad del paria frente a una fuerza organizada. Fatalmente tuvo que ser improvisación. La zona republicana luchaba, reformaba, trabajaba, en medio de gigantesca renovación.

IX. HECHOS POPULARES

De verdad, el culto de las imágenes, tan favorable al arte, nos revela bien la cualidad de los dioses, pero adula la propensión de las masas a la idolatría.

Fred Berenice.

Muchedumbre delirante. Una voz tímida. Incendio de pasiones soterradas. Creencia en la buena fe de los hombres. Una y otra, dos grandes almas que descubrían su nobleza. El pueblo obedecía mejor al mesianismo revolucionario que a la mística republicana. Las minorías activas supieron inculcarle el gusto o el sueño de la utopía y la generosidad del ideal. La moraleja de la respuesta de San Sebastián al levantamiento aparecía sencilla: un pueblo en marcha hacia nuevo destino en medio de la confusión y agitación frenética. No se sabría explicar doctamente cómo iba a dirigir las nuevas estructuras de la sociedad futura, pero sabía que quería eliminar la miseria de, la

escena nacional. Creía en un mundo mejor tejas abajo, digno de las que los católicos describen para después del Juicio Final. En el alto de San Bartolomé erigía su arquitectura uniforme un convento. Durante los combates callejeros en el barrio de Amara, los revolucionarios creyeron haber sido atacados desde ese lugar sagrado. Para castigar tal acción, se disponían a tirar desde la Plaza Easo por elevación, trazando un ángulo cerrado sobre la horrible y elevada muralla –ese horror que estropea esa zona– húmeda y asquerosa, con uno de los morteros abandonados por los rebeldes. Torpes, no sabían utilizarlo convenientemente. Durante los diferentes cambios de posición, el mortero apuntó al convento de carmelitas, situado cerca de la estación de Amara, llamada de La Costa. Parecía que iba a tirar contra ese convento moderno y acogedor. Entonces, un anciano se adelantó del grupo de curiosos que seguían, divertidos a interesados, los tanteos de los inexpertos jóvenes y se les acercó emocionado.

- ¡No tiréis! ¡Por favor, no tiréis!

Su voz suave no tenía el menor acento de reproche. Y se colocó delante del mortero. Con aire amenazador, un joven despeinado le gritó rudamente:

- Quítate de ahí, viejo. Nos estas jodiendo.

El viejo, tranquilamente, sostuvo la mirada. Insistió:

- No son malos.

- Pero, ¿qué nos cuenta este viejo? –se mofó otro muchacho.
- Los carmelitas no han tirado contra vosotros –dijo humildemente.

La humildad desconcertó a los jóvenes. Y lo interrogaron:

- ¿Quién eres tú?
- Soy el portero de la casa contigua al convento de los carmelitas.

Volviéndose hacia el edificio sagrado, agregó:

- Venid. Hablad con los monjes. ¡No tiréis!

A todos se les ocurrió lo mismo: y ¿si tiraban de ese convento y no desde el Alto de San Bartolomé? Se interrogaron con la mirada y quien tenía más ascendencia sobre los otros decidió bruscamente:

- Vamos allí. Quizás haya militares escondidos.

El anciano iba satisfecho de su éxito. Había evitado el que tirasen con el mortero contra el convento. Una sonrisa apenas esbozada se le dibujaba en los labios. De cuando en cuando se volvía para ver si el grupo de los seis hombres le seguía. Valentín Álvarez que había ido a casa –vivía allí cerquita– vio el apelotonamiento de gente y se acercó a informarse. Al verle, los jóvenes le gritaron:

- Vamos al convento de carmelitas. Nos parece que hay algo secreto allí.

Valentín se fue con ellos. Las puertas del convento estaban cerradas. Se dieron golpes violentos sobre la madera maciza y claveteada. Resonaron sordamente. Silencio. Insistieron. Silencio. ¿Qué papel estaba representando el viejo? –pensaron de repente. Con rabia le cogieron del brazo. Él les hizo señas de que le siguieran hasta su portería. Por unas escalerillas les hizo subir a un tejadillo. La aventura se estaba volviendo interesante. El viejo se detuvo delante de una trampa bien disimulada. Con los nudillos dio una serie de golpes concertados, una especie de código. Luego justificó el silencio de los carmelitas.

- Tienen miedo.

Luego con voz sonora:

- Padre Juan, padre Jerónimo.

Una voz temblorosa:

- ¿Quién es?

- Soy yo, Jorge, el portero.

La trampa de madera se levantó. La cabeza de un viejo carmelita parecía surgir de las tinieblas. Al ver a los revolucionarios con caras de pocos amigos se persignó y exclamó espantado:

- ¡Dios mío! Los demonios...

El portero sirvió de diplomático. Con voz tranquilizadora:

- No, padre, no... Nada de demonios. No se asuste. Estos chicos tienen buen corazón. Querían tirar con el mortero contra la casa y ya ve, no lo han hecho...

El viejo carmelita no las tenía consigo. Nervioso, observaba la actitud amenazadora del grupo. Ante él se hallaban los monstruos de la revolución que no respetaban ninguna ley divina ni humana. En su rostro se reflejaba el miedo inculcado con una propaganda sabiamente endilgada contra el comportamiento de los obreros durante las huelgas y los motines. Aquellos chicos eran capaces de todo –pensaba. Los jóvenes se impacientaban. Uno de ellos, agazapándose para entrar por la trampa, le dijo brutalmente:

- Déjame pasar, vieja momia.
- Entre, por favor. La invitación, pronunciada con tono aflautado, estaba teñida de miedo y de cortesía. Separándose, ceremonioso, repitió:
- Entren, por favor.

Unos peldaños de escalera fortuita daban a un desván limpio. Guiados por el monje, pasaron al convento y atravesando varios corredores bajaron por una escalera estrecha, bien encerada, para caer en una salita sobria, meticulosamente cuidada. Colgado en el muro, un gran crucifijo.

- Esperen un momentito. Voy por el superior.

Aéreo, desapareció como una sombra. Los revolucionarios se quedaron paseándose nerviosos en aquella atmósfera de calma y silencio absoluto. La penumbra, el olor de la cera, las ventanas cerradas a cal y canto, despertaban en ellos deseos insatisfechos. De pronto, el más inquieto preguntó:

- Pero, ¿qué hacemos aquí? Somos los amos y estamos haciendo antesala. ¡Qué cojones!

Valentín se había puesto a hojear un libro religioso. Se volvió hacia él y le replicó fríamente:

- Justamente por eso. Porque somos los amos no debemos atropellarles. Seamos pacientes. De todas las maneras están en nuestras manos. ¿Qué temes?

- ¿Y si se trata de una encerrona?

- No seas niño. Los carmelitas no son tan idiotas.

Valentín se había acercado a la puerta por haber oído un ligero ruido. En efecto, el superior apareció en el umbral, inquieto, aunque trataba de disimular el miedo con forzada sonrisa.

La espera había exasperado a los jóvenes y su actitud no auguraba nada bueno. Frotándose las manos cada vez más nervioso, preguntó la razón de la visita con tono afectado:

- ¿En qué puedo servirles?

- En nada. Vamos a registrar el convento. Después hablaremos.

Mostrándoles la puerta hizo profunda reverencia. El registro comenzó por las celdas, habitadas por monjes en mayoría jóvenes. Arrodillados, rezaban con fervor. Los intrusos se preguntaban si aquello no pertenecía a un plan. Probablemente no. Eso debía de formar parte de la vida religiosa. En la última celda encontraron a un viejo monje, apergaminado, tan flaco como el fideo. Tenía aires de loco pacífico. Sonrió a los visitantes dejando ver una boca desdentada.

De vuelta de las celdas le preguntaron al superior:

- ¿Cuántos son ustedes?
- Quince.
- ¿Tienen armas?
- Ninguna.
- Bien. Vamos a mirar la iglesia y la sacristía.

Esta indiferencia de los carmelitas frente a las contingencias humanas, esta búsqueda de la perfección interior en tales circunstancias, hicieron que la actitud de los visitantes fuera menos violenta. Casi estaban convencidos de que los rebeldes, aunque estuvieron a las puertas del convento, no recibieron ayuda de los frailes. Las vidrieras dejaban filtrar los rayos con suficiente luminosidad para descubrir todo el conjunto. Los

cuadros, las estatuas, tomaban un vigor que la penumbra ocultaba de ordinario. Echaron una mirada rápida en los confesonarios. Nada. Se detuvieron unos instantes delante del altar mayor. Uno de los jóvenes se adelantó para mirar detrás de él. En la sacristía removieron mucho ropaje empleado en los ritos. Los armarios no encerraban armas. Todo parecía en regla. Entonces rodearon al superior y con rudo lenguaje le presentaron la situación sin equívocos:

- Escuche. La revolución ha triunfado. No sabemos lo que les puede ocurrir a los eclesiásticos. Más bien malo que bueno. Le aconsejamos que abandonen el convento. Ya sabe que la Iglesia estaba al lado de los ricos y de los poderosos...

El rostro del superior se fue iluminando. Los interlocutores no parecían tan salvajes como se decía. ¿Se confiaría? Reflexionaba. Finalmente:

- En nuestra comunidad seguimos ciertas leyes. No tengo autoridad para tomar por mí mismo tal decisión.

- ¿Entonces se quedan? No se dan cuenta del peligro que están corriendo... Otros podrían venir a registrar el convento y comportarse de otra manera.

- Toda la comunidad debe decidir.

- ¿A que espera usted? Reúnanse. Le esperaremos aquí. Pero que no sea largo.

En el superior nació una duda. ¿Querían echarle del convento?

¿Buscaban verdaderamente evitarles trastornos mayores? No obstante, ante la comunidad reunida defendió la segunda tesis. El padre Juan, más viejo que un carcamal, se había quedado con ellos en la sacristía. Se decía que a cada instante iba a saltar el diablo del cuerpo de alguno de los visitantes. Unos extraños se permitían registrar el convento, luego encarnaban el mal. E imploraba la ayuda de un Cristo esquelético y lívido, colgado cerca de una ventana alta.

Reunión relámpago. La comunidad se había reunido junto al altar. Desde la sacristía se le oía defender al superior la salida, como mal menor. Terminó su discursito así:

- La situación llegará a ser más peligrosa aún. Los militares no han ganado la partida.

Nadie replicó. Seguramente la mayoría de los monjes desconocían los asuntos públicos. Entonces el superior propuso:

- Quienes quieran marcharse que levanten el brazo. Todos lo levantaron, salvo el viejo monje, extraño a la situación. El superior volvió a la sacristía casi corriendo. Dirías que tenía prisa en abandonar el edificio. Deshecho en sonrisas y dulzuras:

- Aceptamos evacuar el convento. Sin embargo, formulamos una reserva.

- ¡Cuidado! No impongan nada.

- No es imposición. Quisiéramos llevarnos las reliquias.

- Bueno. Pero sáquelas pronto.

Un fanático intervino brutalmente:

- Nosotros nos jodemos en sus reliquias. ¿Para qué nos servirán en un mundo igualitario? No son sino el símbolo de la opresión e ignorancia.

Esta intervención precipitó la marcha. Los monjes corrían de un lado a otro. Componían enfebrecidamente la lista de amigos que les alojarían provisionalmente. Ya preparada, el superior pidió:

- Quisiera telefonar.
- Hágalo. Pero tenemos que escuchar la conversación.

Así se hizo. Cada persona llamada respondía afirmativamente. El superior iba colocando en cada familia a uno o varios miembros de la comunidad. Acercándose al grupo:

- Estamos a su disposición. Fue entonces cuando a los revolucionarios les ganó una duda: ¿Estaban haciendo bien o mal? Y para mayor seguridad me llamaron. La organización debía tomar la determinación definitiva. Valentín me puso al corriente de lo sucedido. ¿Qué me parecía lo hecho?

La conducta ejemplar de nuestros afiliados en una región más bien beata me sedujo. Les felicité por su intuición política y su sangre fría. Es más, les facilité la tarea enviándoles dos coches para trasladarles a los domicilios escogidos. A Valentin le dije:

- Hacedlo discretamente.

Los carmelitas se llevaron con ellos las reliquias de valor. Salieron primero los jóvenes guardianes del tesoro. Cuando llegó la vez del más viejo, se negó a abandonar el convento. Con sonrisa deformada, cruzándose las manos al pecho, murmuró:

- Me quedo aquí con Dios, padre. Le pido esta gracia.
- De acuerdo, hijo.

El superior se volvió hacia el grupo para obtener la aquiescencia. Nadie reaccionó, salvo el más fanático que refunfuñando y apretando los dientes se burló:

- Que se quede y reviente. Ser mártir lleva a la gloria eterna.

Los visitantes habían comprendido que el anciano no tenía más que el convento, la celda, la capilla, los usos rituales y que desafiaba, inconscientemente, la furia revolucionaria. Peor para él si le sucedía una desgracia. A medida que los carmelitas iban llegando al destino, comunicaban al padre superior el recibimiento de las familias. Y llegó su turno. Recibió el beso de sumisión del anciano. Al pisar la acera se quedó un instante perplejo.

Se fijó en el banderín rojo y negro de la CNT que arbolaba el coche. Se creyó bajo los efectos del espejismo. Iba a marcharse a un refugio a la sombra de ese símbolo revolucionario. No comprendía que los revolucionarios, por muy ateos que fueran, no eran enemigos de la religión, sino de la Iglesia, esa potencia

temporal mezclada estrechamente a la política española. Roncó el motor y el coche arrancó lentamente. El superior se volvió hacia los visitantes bendiciéndoles. El fanático, más irrespetuoso aún, se echó a reír al verse bendecido. Gritó:

- Ya te meteré yo la cruz en el culo.

Cuando el coche desapareció por la esquina, se volvieron al convento para ayudarle al viejo monje a echar la pesada barra de hierro de la puerta. En resumen, lo dejaron parapetado, como si fuera a sufrir un asedio. Y salieron por la trampa. En el momento de bajarla sobre la cabeza del monje, alguien dijo:

- Salud, estantigua. Que tengas suerte.
- Dios le guarde.

Valentín vino a verme y a contarme todas estas peripecias entre cómicas y trágicas. Comentamos lo que pensarían nuestros jóvenes que fueron al convento con ideas de dominio y terminaron por ponerse al servicio de los monjes.

X. LA IGLESIA DEL BUEN PASTOR

Hay que prestarse a los asuntos temporales y cuidarse de la salvación del alma.

J. J. Boileau.

Yo sabía que en materia religiosa había que andar con pies de plomo en el País Vasco. Teníamos que evitar en lo posible toda suspicacia con respecto al Partido Nacionalista Vasco. Este, aunque incorporado al Frente Popular, no se daba con entusiasmo a la lucha, no intervenía en las peripecias del combate callejero. Por eso cuando vinieron a comunicarme que sería conveniente hacer un registro en la iglesia del Buen Pastor, pues en la mañana del 20 de julio la clásica plaza donde está situada fue teatro de fuerte tiroteo, yo recordaba la conversación que sostuve con el teniente de carabineros que me hablaba del bar de los Arcos, diciéndome que no podían venir a ayudarnos en el combate porque era imposible atravesar la

plaza de tan batida. Decidí, pues, ir con unos compañeros armados para hacer un registro de la iglesia. El edificio estaba apenas a trescientos metros del sindicato. Las puertas estaban de par en par. La iglesia vacía. Subimos primeramente a la torre. No hallamos el menor indicio en el suelo, ni en las troneras, ni en los apoyos de los huecos del campanario. No había la menor traza de que desde allí hubiesen tirado. Nos detuvimos a contemplar unos instantes la plaza. Se nos ofrecía bonito golpe de vista con los macizos de flores, las palmeras exóticas, los arcos señoriales de una época en que San Sebastián se interesaba por la arquitectura. La escalinata para subir al atrio daba majestad al conjunto. Las ramas rotas y estropeadas no nos mostraban que el campanario había servido de fuerte a los rebeldes. Luego fuimos a recorrer las naves, las laterales, la sacristía. Nada. Entonces bajamos a los sótanos de los que se contaban misterios e historias que daban miedo. Cerca de la escalera nos encontramos con un viejo cura, tan viejo, que tuvimos la curiosidad de preguntarle cuantos años tenía.

- Ochenta y uno. Dios no me quiere en su regazo y estoy bien contento.

- No le gusta el paraíso, ¿eh? –ironicé.

El cura sonrió. Descubrí en esa sonrisa la alegría de vivir del vasco, que sea eclesiástico o deshollinador. Ni se me ocurrió preguntarle si había visto a algún rebelde por allí. Nos acompañó en nuestra peregrinación por las criptas subterráneas.

Desde el primer recodo de la escalera, un aire húmedo que

olía a moho nos pegó en plena cara. En el fondo la visita la ejecutábamos más bien por compromiso.

Nos encontramos con un recinto vasto casi en oscuridad total. Marchábamos en la penumbra, aclarada a veces por ligera luminosidad cuyo origen desconocía. No tocamos nada. Hubiera sido necesario violar tumbas y arrancar losas para registrar hasta el menor rincón. No. Allí no había el menor ser vivo y nada hacía suponer que el lugar sagrado hubiera servido de fortaleza a los facciosos. Las sospechas estaban mal fundadas sobre la trayectoria de las balas o eran interesadas para enfrentarnos con los nacionalistas. Yo me sentí impresionado vivamente por el lugar: sepulcros, losas con inscripciones, cruces, me hablaban de supersticiones difíciles de arraigar y de temores inscritos en el alma de los hombres. El subsuelo aquel abrigaba con sus tinieblas el espíritu miedoso y cobarde frente a lo desconocido. Reviví mentalmente las escenas de los entierros, los cánticos fúnebres invocando la misericordia divina en una atmósfera de recogimiento, los cirios proyectando sobre los muros el féretro, y los sacerdotes, como sombras chinescas, en procesión macabra salida del cerebro de Poe. No admitía yo candidez en los acompañantes del cadáver, sino más bien evasión en lo irreal. Sus imploraciones confesaban profunda y dolorosa confusión del espíritu. Nosotros estábamos lejos de todo eso.

Con nuestros pasos tumultuosos y gritos agudos, habíamos roto el silencio y expulsado momentáneamente lo tétrico del ambiente. Mis acompañantes, insensibles a las voces de ultratumba, se reían y comentaban:

- Que queréis, la muerte necesita misterio y lugares tenebrosos...

El viejo cura seguía silencioso. Comprensivo, no se indignaba al escuchar lenguaje tan irreverente. Las había visto gordas durante la tercera guerra carlista y la primera República.

Cuando ya nos disponíamos a subir nos encontramos con una losa mal colocada sobre una tumba. Vacilando, nos preguntamos:

- ¿Qué hacemos?

Finalmente decidimos no tocarla, pues nada denunciaba reciente paso de alguien. Me volví hacia el cura.

Para sorprenderle y observar su reacción. A quemarropa le solté:

- Júreme que nadie ha tirado desde la torre.

- Lo juro –replicó sin afectación.

Luego se arrodilló. Sollozando, abrió los brazos en cruz, y se puso boca abajo gimiendo:

- Lo juro sobre la tumba de un obispo.

Y besó varias veces la losa. Los gemidos y sobresaltos del anciano dramatizaban el instante. Alguien dijo:

- Sirven para esto los viejos curas. Para recibarnos y ablandarnos con su comportamiento piadoso. ¿Cómo meterse con un hombre que está a las puertas de la muerte?

Otro agregó:

- Dejémosle aquí. Alguna vieja beata vendrá a hacerle compañía sin tardar. Estoy seguro que estará espiando desde un balcón nuestra salida.

Y nos marchamos. Ya en el atrio, en plena luminosidad, respiramos profundamente, como si hubiéramos expulsado algo que nos oprimía. A manera de conclusión de la visita les dije:

- Este lugar de penumbra y foco religioso tiene una historia que nos concierne y que forma parte de nuestra propia historia. El espíritu místico o simplemente el espíritu religioso entran por mucho en el comportamiento psicológico de los hombres.

- ¡Bah!, ¡Bah! ¡Vaya silo que podríamos instalar aquí! ¡Cuánto dinero perdido! –exclamó uno, descontento de que no tomáramos ninguna medida para cerrar la iglesia.

- ¿Y qué haríamos de nuestras almas? –le repliqué riéndome.

Nos separamos en el atrio. Ellos se fueron al cementerio de Polloe y yo me volvía al sindicato. El triunfo popular no había estropeado las fortalezas de la religión, ni asaltado los conventos para violar a las monjas, ni confiscado las riquezas del patrimonio religioso. Solo y por necesidad nos apoderamos del colegio de los corazonistas en el barrio de Gros. En este barrio,

en la calle Birmingham, tuvimos instalados nuestros sindicatos en los albores de la República y dejamos sembrado el grano de nuestras ideas. Era mejor que tuviéramos allí un centro que recogiera a nuestros adeptos y simpatizantes. En realidad, Larramendi ya era pequeño. El hecho, pues, de que se dejara intactas las iglesias tenía sus orígenes en antecedentes sociológicos. No era puro azar. La iglesia vasca no era ultramontana. Casi se la calificaría de popular y progresista. Se mezclaba con el pueblo para vivir con él las mismas tribulaciones. En el País Vasco no existía la aristocracia propiamente dicha –esto es, una casta, como la española–, ni la espantosa miseria del campo español, pues la iglesia vasca no tenía que servir de freno a las reivindicaciones populares. Felizmente, en este rincón del planeta, las anarquías biológicas sufrieron pequeña corrección en el transcurso de los siglos, en la historia, en las condiciones telúricas y, claro está, el cura vasco entraba también en esta evolución. Este, se ataba la sotana a la cintura sin afectación para jugar a la pelota con los fieles de la parroquia. Corría las montañas siguiendo los pasos ágiles de los antepasados que se anunciaban con los «irrintzis» por barrancos y cimas. Seguía apasionadamente las peripecias de los contrabandistas en los pueblos fronterizos, aunque hubiera hecho diez años de teología en Roma. En resumen, era humano y amaba a su pueblo. La iglesia supo adaptarse al ritmo de la época. Predicaba la paz social y colaboraba. Pretendía resolver los conflictos entre el capital y el trabajo, introduciendo el espíritu cristiano –no de palabra y superficial– en todos los aspectos de la vida. Discute con sus enemigos en el pulpito. Don Rosendo Recondo, vicario de Lasarte, sostenía debates sociales

dentro de la iglesia con nuestros compañeros. Nadie olvidará tampoco las ardientes controversias con la CNT y la UGT del enérgico sacerdote Aristimuño. Capillas e iglesias servían de punto de reunión, allí donde no había local con capacidad suficiente. Las discusiones, hasta las más encarnizadas, se desarrollaban con respeto. Muchos curas vascos experimentaban la tragedia del proletariado español, pero el del vasco en particular, transformado en elemento productor de la riqueza nacional en provecho de un Estado abusivo y de un capitalismo cerril.

Añádase a todo esto la influencia del Partido Nacionalista Vasco y el instinto popular un tanto agudo de los donostiarra le instigaba a no perder ese aliado. Era la mano tendida a ese partido, el cual, pese a sus reminiscencias burguesas, se planteaba valientemente los problemas sociales y trataba de comprender las reivindicaciones proletarias. En España, representaba el partido precursor de nuevas corrientes sociales del cristianismo. Por lo tanto, es falso, refalso y estúpido decir que los militantes de este Partido defendieron las iglesias de San Sebastián contra los ateos y los vándalos. Los maketos se preocuparon únicamente de luchar contra los rebeldes y aplastar sus primeros ataques. Sólo más tarde, muy espectacularmente, aparecieron las banderas vascas en las torres de las iglesias, ¡vanidad de vanidades!, y hombres bien armados las guardaban. Cuanto mejor hubiera sido que los emplearan en los diferentes frentes. El respeto de lo sagrado se debía al civismo de una ciudad y al comportamiento de la iglesia vasca. Lo que demuestra que, si la iglesia española hubiera tenido las virtudes cristianas que le faltaban, los terribles

saqueos de iglesias y conventos, la profanación de las tumbas en las criptas de los lugares sagrados, el asesinato de sus ministros y otros desordenes, no se hubieran producido en el conjunto del País. El que siembra vientos...

XI. EL CONVENTO DE LAS ARREPENTIDAS

La imposición de la penitencia pública remonta al siglo IV. Está impregnada de espíritu de austeridad y humildad que parecería espantoso a nuestra generación.

F. X. Weiser.

¿Qué decir de las jóvenes encerradas en las Arrepentidas?

¿El desfacedor de entuertos? Existe, sin ninguna duda. Personaje entusiasta, quiere imponer el bien y la justicia. Nuevo don Quijote, se lanza a las más extrañas aventuras para mitigar la maldad de los hombres. El espectáculo del dolor engendra dos tipos de idealistas: el místico-pasivo y el desfacedor-activo. En el caos social y político, el desfacedor hace su aparición dispuesto a ostentar sus ideas justicieras. Se lo facilitaba la red de torpezas e infamias impuestas por la sociedad.

España era uno de los raros países que conservaba, como una institución, el convento de corrección para chicas jóvenes. Ser

encerrada en las arrependidas era una expresión que removía las fibras del corazón más duro. Se contaban escenas de sadismo y espanto –entre verdad y leyenda– dignas de la literatura de horror. Si el desfacedor sufrió personalmente un encarcelamiento político o social comprende, más aún que don Quijote, la necesidad de liberar a esas muchachas de una prisión ignominiosa.

Durante las horas solitarias de celda, el desfacedor fue torturado por el conjunto de males que agobiaban a los hombres. Y tomaba su desquite, primero, en la misma celda. Su alma angustiada se refocilaba en visiones paradisíacas de reformador de la condición humana. Todos los dolores e injusticias desaparecerían en el planeta gracias a su acción determinante. Esas visiones dejaban huellas en su naturaleza y a pesar del tiempo transcurrido, no cesaba de recordar a esas muchachas castigadas duramente por haber cometido un pecado amoroso o saltado a la torera algún convenio social. A veces las internaban por simple orden familiar para doblegar una voluntad que se negaba a ciertas artimañas familiares. Si ya en prisión, el desfacedor se felicitaba por liberarlas de los conventos–prisiones, permitiéndolas así correr tras sus ilusiones juveniles con la alegría y el vigor de sus cuerpos enérgicos. Y en esos corazones, a veces secos por una realidad despiadada o apagados por sorda conspiración del silencio y del aislamiento, pretendía sembrar la llama del ideal con frases que despertarían sensaciones soterradas. En el prisionero, desfacedor platónico, la abstención sexual, como en Alonso Quijano, no era extraña a esas visiones irreales. El sexo, el dolor, el ideal, se confabulaban para proyectar esas imágenes de felicidad dudosa sobre una

pantalla invisible. Yo acababa de recibir una comisión de tenderos que deseaba la garantía de los sindicatos para abrir las tiendas y asegurar el abastecimiento. El Frente Popular había dado ya por radio esta orden, pero a ellos les interesaba la salvaguardia sindical. Yo les aseguré de nuestro apoyo y que castigaríamos duramente a quienes asaltasen los comercios, sobre todo ahora que funcionaban los comedores populares. Poco después entró en la secretaría un joven de unos veintidós años, sólido y bien vestido. Se me presentó francote y seguro de sí mismo.

- ¿Qué quieres?

- Vengo por un asunto personal que sale de lo común. Me han dicho que sólo vosotros me escucharéis. Te declaro que no soy de la CNT, ni de ningún partido, pero tengo un problema.

- ¿De dónde eres?

- De Hernani.

- Desembucha.

- Se trata de mi novia, encerrada en las Arrepentidas por la voluntad de sus padres. No me quieren a mí por haber escogido a otro para casarle con ella. Yo nada tengo contra mi rival, pues eso es asunto de Soledad.

Pese al interés del asunto, no seguí todos los detalles del relato. Pensaba en la facilidad con la que el andamiaje jurídico-milenario fue barrido y cómo la justicia se había

polarizado provisionalmente en los sindicatos, cuyas prerrogativas aumentaban fabulosamente. La ingenuidad popular creía en formulas simples para hacer reinar los principios del derecho y de la justicia. Durante este periodo dramático, creado por la rebelión militar, el sindicato representaba el poder por estar cerca de él y por poder consultarle en todo momento. Y claro es, en él veía concentrada la moral de la nueva situación social o del embrión del mundo nuevo que cada quisqui forjaba a su manera en las brumas de su conciencia. La ironía fácil de juristas y sociólogos no tenía rigor científico en semejante caso. Yo le observaba al joven, simpático espíritu alerta.

- ¿Qué quieres exactamente?

- A Soledad la amo. Quisiera su libertad y entregarla a la familia.

- ¿Después de lo que ha hecho con ella?

- Sí. Vosotros tenéis la autoridad de reprocharle su conducta poco paterna. Soledad me gusta, pero no insisto para no causarla más daño.

Yo le creía sincero. Sus sentimientos nobles me hicieron plantearle el dilema:

- ¿La libertad de Soledad contra el amor?

- ¿Por qué no? Primero ella.

Yo sabía que desde el 20 de julio ya no había aparato judicial, barrido por la tormenta, que no había tiempo para discutir sobre los procedimientos penales, que se trataba únicamente de vencer en la lucha. Francamente, yo no sabía que decirle. Él leyó en mi cara las dudas y la falta de determinación. Insistió:

- El sindicato representa ahora el espíritu de la voz popular, el de la calle también. Si supierais cómo se habla en Hernani, en Lasarte, de la CNT. Habéis salvado a San Sebastián...

Aquel joven sabía lo que quería y empleaba argumentos que parecían salidos del asfalto ciudadano y de la hierba campestre. ¡Vaya concepto elemental de la justicia! No pudiendo eludir más el problema, concedí:

- Escucha. Nos informaremos sobre el estado y la situación de Soledad. En cuanto a ponerla en libertad es harina de otro costal. Habrá que dirigirse al Frente Popular.

- Crees que se ocupará de mí..., ciudadano de tercera que no posee carné sindical ni político...

- Probablemente –le dije mintiendo piadosamente, pues sabía pertinentemente que esos problemas había que dejarlos para más tarde.

El corazón me decía: haz justicia y busca a la joven. Manda al diablo los procedimientos legales. Pero, ¿cómo? Yo estaba desbordado de trabajo. A la puerta de la secretaría esperaban otras gentes con otros problemas.

Además, el cuartel de Loyola significaba el peligro mortal, aunque neutralizado provisionalmente por un asedio casi perfecto siguiendo las colinas del teatro operacional. Y eso nos paralizaba para organizar debidamente la vida de la provincia.

En esto aparecieron Liqui y Casilda. Acababan de abandonar la trinchera de Polloe para venir a informarse y cambiar impresiones conmigo. Además, quería visitar a unos heridos que se hallaban en el hotel de Londres, convertido en hospital. Al joven le rogué:

- Pase a esa sala contigua. Ya lo llamaré. Y a los recién llegados les pregunte:

- ¿Qué tal el cerco?

- Parecemos enanos rodeando a un gigante –replicó Félix de buen humor, poniendo en relieve la desigualdad del armamento.

- El cerco será largo, ¿no?

- Ya es mucho que les impidamos salir del cuartel.

Félix Liquiniano se mostraba seguro de sí mismo. El hecho de mandar a hombres, de desempeñar un papel en los acontecimientos, le habían dado mayor capacidad de análisis y más personalidad. Bajo el peso de las responsabilidades iba adquiriendo madurez de buen augurio. Y a mí me sucedía lo propio. Heme recibiendo a toda clase de gente que me venían a plantearme los problemas más inverosímiles. Tenía que velar

por sostener un mínimo de disciplina orgánica y dirimir numerosos litigios de carácter político. Y mi conciencia se despertaba a los diferentes problemas planteados por la vida en sociedad. En resumen, mi nueva actividad creaba en mí reflejos rápidos para hallar una solución y mayor profundidad para analizar la situación. Cada vez que nos encontrábamos los dos comentábamos alegremente la subida en flecha de la CNT. Los indiferentes, los vacilantes de la víspera se ponían a nuestra disposición para respaldar las actividades sindicales. El sindicalismo entraba en nueva etapa que necesitaría hombres advertidos y analíticos. Hablamos de la situación en Bilbao, muy favorable a los republicanos, pues los militares se habían abstenido de mostrarse. En Santander, las fuerzas populares se habían adueñado de casi toda la provincia. En Asturias la situación era diferente. Después de la revolución de octubre de 1934, el desquite de los asturianos fue brillante. La izquierda dominaba casi por todo. En Gijón, el pueblo luchaba como nosotros por apoderarse del terrible cuartel de Pelayo, considerado casi inexpugnable. En cuanto a la capital, Oviedo, estaba en manos de los militares. Echamos una mirada al mapa. La costa del mar Cantábrico estaba en manos de los republicanos desde Fuenterrabía hasta la desembocadura del Navia, casi en los confines de Asturias.

Era larga línea de 370 kilómetros, cuyo punto débil residía en la falta de profundidad –70 kilómetros máximo– y su punto fuerte en la geografía escarpada y difícil para las maniobras militares. La frontera con Francia estaba cortada en dos. En manos de los Republicanos desde Fuenterrabía hasta el límite navarro; luego trozo muy corto en el que se encuentran los

pasos de Behobia y de Irún. Los rebeldes tienen la frontera desde cerca de Dantxarinea hasta cerca de Benasque, luego el ferrocarril de Canfranc y el camino vecinal de Dantxari que serpentea por terreno montañoso. Los republicanos conservan la frontera desde Benasque hasta el Mediterráneo.

Saltaba a la vista que la primera operación en el Norte por parte de los militares sería la de cerrarnos la frontera de Irún para asfixiarnos aislándonos y, además, tratar de salvar a sus colegas del cuartel de Loyola. A nosotros nos correspondía primero entrar en el cuartel y suprimir ese peligro para poder defendernos más libremente. En Liqui dominaba, como una obsesión, el problema navarro. Había que lanzarse contra esa provincia con todas las disponibilidades, pero comprendíamos que por el momento no era posible.

A todo esto, yo me había olvidado del joven, quien esperaba pacientemente mi llamada. Exclamé:

- ¡Qué cretino! El joven de al lado...

A Liqui y a Casilda les expliqué someramente el problema que me había planteado el joven. A Félix se le transfiguró el rostro.

El destino parecía favorecerle en su tarea de desfacedor de entuertos. Revolucionario, creía en la Revolución como fuerza potente que debía establecer nuevos valores humanos y barrer los casos de conciencia que una moral absurda había creado. Lo de las arrepentidas le venía al pelo.

Recordó las visiones de presidiario en celda, los sueños impregnados de toda la savia del quijotismo. Sintió removerse en su cuerpo la sed de justicia por encima de todo. Allí donde había un dolor moral él debía estar presente para aplacarlo. Decidido:

- Déjame a mí. Eso lo arreglo yo a punta de pipa.
- Vamos a tener historias con el Frente Popular.
- Arréglate para defender la tesis de que la libertad de esas chicas ha sido el hecho de un aislado.

Me callé. ¿Cómo oponerme a la liberación de esas, desgraciadas? ¡Que le iba a hacer! La CNT haría frente a las protestas, si las hubiera. No nos planteábamos como vivirían esas chicas si no podían unirse a las familias. Nos decíamos que siempre estarían mejor en la calle que en el convento–prisión. Félix, ante mi aire serio, me doró la píldora en vascuence:

- Ikusiko ek; dana juangora nai bezela. Agur. (Ya verás, todo irá de perillas. Hasta luego.)
- Coge gente para ayudarte. Y llévate al joven.

Las Arrepentidas se encontraba cerca de la Plaza de Toros, en el dédalo de calles y villas de Ategorrieta.

El convento tenía aire sombrío con la mayor parte de las ventanas enrejadas –una verdadera prisión–. Entristecía el verlo.

En plena ciudad y entre conciencias inmaculadas tenía carácter sórdido y anacrónico. Cabía preguntarse cómo semejante edificio, vergüenza de una sociedad bien pensante, encerraba a muchachas que en realidad no habían cometido delito alguno. Todo parecía deshabitado.

Las villas tenían las persianas bajadas, aislando aún más a los moradores –en gran parte acomodados– de los acontecimientos, cuya marcha hacía presagiar momentos difíciles para ellos.

Querían pasar desapercibidos. En cambio, en los jardines, las flores se abrían en sinfonía de colores. El convento no daba señales de vida. Ni una voz, ni un grito, ni una risa. Parecía dormido bajo el fuego del sol de mediodía. Llamaron desde abajo. Había que subir unas escaleras por en medio de un jardín no muy extenso. A los campanillazos bajó un viejo jardinero que se quitó la boina respetuosamente. Los jóvenes irrumpieron en el interior seguidos por el jardinero.

- Esperen. Hay que entrar por ahí.

Y les mostraba un corredor estrecho. Se encontraron en un zaguán espacioso, limpio, encerado, amueblado con cuatro sillas. Ellos eran cinco.

- Voy a buscar una silla –dijo el jardinero.

- Vaya a buscar a la superiora y que no tarde mucho. Tenemos muchas cosas que hacer.

Pronto oyeron unos cuchicheos cerca de la puerta. La vacilación debía ser grande y las monjas no sabían cómo comportarse con los intempestivos visitantes. Olían a peligro inminente. El joven de Hernani tendió el oído y oyó que el jardinero decía:

- Hay uno sobre todo..., lleva barba de varios días y que mirada...

- ¡Oh, Jesús! –exclamaron todas las monjas al unísono.

En aquel consejo conventual, la madre superiora decidió con voz firme:

- Voy a recibirles. No tenemos que demostrar que la visita nos molesta. Cumplamos nuestro deber social. Rezad mientras estoy con ellos.

Y apareció sonriente. Mujer de carácter, alta y digna, no dejaba entrever las inquietudes que la roían. Los visitantes no tenían aire de fiesta. Con voz materna:

- ¿Qué queréis, hijos míos?

- Señora, queremos liberar a las chicas que están bajo su guarda...

Suave, benevolente, la superiora le interrumpió a Casilda:

- Pero, hija mía, eso no es posible... Las chicas están aquí por la voluntad de sus padres, no por la nuestra. Son ellos los que

tienen que venir a buscarlas.

- Lo que queremos es reparar el crimen de los padres.
- ¡Dios mío! Cómo os atrevéis a tratar de esa forma asuntos tan delicados... Son muy graves.

Liqui estaba un tanto molesto por la serenidad de la madre superiora. Pero poco a poco el tono materno de que se servía para rechazar las exigencias de los visitantes, considerándolos como a niños, le fue excitando:

- Escuche, madre...
- ¿Qué quieres, hijo mío?

Ese hijo mío ocultaba en realidad a una mujer difícil de maniobrar, ya que la brusquedad del joven no la hizo efecto. Félix la atacó duramente:

- Ha triunfado la revolución. Viene a reparar las injusticias sociales. Entre ellas, este espectáculo medieval de las chicas arrepentidas. Tiene usted triste privilegio de aceptar muchachas de madres corrompidas que no vacilan en encerrarlas aquí. Eso pasó a la historia.

La superiora iba cediendo paso a paso.

Empleó otro medio para resistir a los visitantes; confiando en el temor de las pensionistas. Inteligente, conservando su expresión cándida, les propuso:

- Venid, hijos míos, vais a conocerlas.

Tomaron un corredor oscuro. En el fondo se hallaba una monja. La superiora le ordenó:

- Acompañe, sor María, a estos señores a la gran sala.

La madre se fue a buscar a las chicas. A los visitantes les introdujeron en un género de salón de fiestas. En un rincón dominaba la imagen de la virgen. En su zócalo un tiesto de rosas encarnadas perfumaba la atmósfera. Pronto llegaron en fila india las pensionistas: una veintena. Se pegaron a las paredes blancas y desnudas.

Vestidas con batas grises sin corte, medias negras calzadas con alpargatas blancas, constituían los elementos de un uniforme voluntariamente inestético. Guardaban los ojos bajos. Parecían momificadas. A Félix ese uniforme le recordó el de los presidiarios. No cabía duda, aquello era una prisión.

El espectáculo le pareció aún más deprimente. Sin personalidad, los rostros inexpresivos revelaban un embrutecimiento avanzado. Las manos enlazadas a la altura del vientre parecían muertas. Ningún gesto de nerviosismo, impaciencia, interés, venía a sacudir ese rebaño bien domado. Varias monjas las habían seguido con paso aéreo y silencioso. Plantadas en medio de la sala velaban sobre el rebaño con mirada ausente, pero de hecho amenazadora. A poco vino la superiora. Con tono acariciador se dirigió a las muchachas:

- Queridas siervas de Dios, estos visitantes han venido creyendo que estáis mal aquí, que se os maltrata, que somos malas con vosotras. Quieren enviaros a vuestras casas. Sabed que si os vais quebrantáis las leyes y que os puede costar caro.

Tímida reacción hizo levantar los ojos de las chicas. Sus miradas iban de las monjas a los jóvenes. Los bajaron inmediatamente al oír a la madre expresarse con dignidad ofendida:

- Aquí no se guarda a nadie por la fuerza. ¿Quién quiere marcharse?

Se miraron entre sí, volviendo la cabeza. Los ojos les brillaban. Era una súplica muda y angustiosa. Buscaban la compañera que hablase la primera. El joven de Hernani, acosado por el deseo de acercarse a Soledad, de cogerla del brazo y salir con ella, no pudo resistir al malestar confuso e indefinible que le ganó. Consideró a los revolucionarios excesivamente humanos.

¿No veían la cara enfermiza y entristecida de Soledad, una chica que vendía salud unos meses antes? ¡Cómo había envejecido! Dando un salto se abrió paso entre dos chicas y la agarró de la mano y la sacó fuera:

- ¿Quieres irte a casa, Soledad?

Bajó los ojos y dijo sí con la cabeza. Su novio le miró a Félix. Este le hizo señas de que se fuera con ella. Cogidos de la mano, como si fueran a dar un paseo, la pareja salió a la libertad. Esta

marcha originó algunas reacciones. Las reclusas parecían dispuestas a romper el silencio, echando abajo la máscara impersonal que les ocultaba el verdadero rostro. Aquello era demasiado. Casilda comprendió que el terror las volvía mudas. Y comprendía que Liqui no quería forzar las cosas para que yo pudiera defender mejor el hecho al no haber ninguna violencia. Por eso les habló de manera directa y espontánea:

- ¿Estáis bien aquí? ¿No tenéis ganas de ver a vuestros amigos y a vuestras familias? ¿No queréis vivir en libertad? Hoy encontraréis un nuevo San Sebastián. Los privilegios han desaparecido. La justicia social va a reinar de hoy en adelante.

Las reclusas la miraban francamente. Sus caras se volvían expresivas y sus manos se desenlazaban. Alguna que otra se llevaba la mano al pelo para arreglarlo con esmero. Otras se estiraban las mangas de las batas para sentirse mejor vestidas. La sonrisa iluminaba los labios. Casilda prosiguió:

- Hemos ganado la revolución. Nadie se atreverá ya a encerraros en este cementerio. Salid; la vida y la libertad os esperan.

Cada una recobraba su personalidad. Con mirada nada favorable asaetaban a las monjas. Félix ya no pudo aguantar más:

- ¡Basta de comedia! Fuera de aquí todas las monjas y usted también, señora.

Las religiosas se evaporaron a toda prisa. Sólo la superiora salió con aire digno y majestuoso de matrona ofendida. Entonces la explosión fue general. Quejas amargas, cortadas de exclamaciones y lloros y desvanecimientos. ¡Vaya escena inenarrable! Las jóvenes volcaron el corazón afligido y denunciaron las horas terribles que vivieron en ese recinto. Los liberadores estaban emocionados ante tanto dolor. Abrazan a unas, secan las lágrimas de otras, calman con palabras suaves y gestos fraternales las amenazas contra las monjas. Estaban allí para ayudarlas y consolarlas. Una joven de dieciocho años, de cuerpo esbelto y rostro mono, se le acercó a Félix suplicándole:

- Llévame. Quiero salir de este infierno para gritar alto la injusticia cometida con nosotras.

- Y yo.

- Y yo.

Ya no lloraban. Excitadas por el acontecimiento, viendo próxima la libertad se volvían más emprendedoras.

Formaban un círculo compacto alrededor de los visitantes. Sus gestos y frases descubren la emoción que les va ganando. Una chica se acerca a Pedro, uno de los acompañantes de Liqui y Casilda:

- ¿No me reconoces?

Pedro la miró fijamente. La cara no le decía nada. La chica le refrescó la memoria:

- Soy Pepita, la hija de Emeteria, la viuda alegre, como le llamaban en el barrio. Mira lo que han hecho de mí.

Sollozando se echó en los brazos del joven.

- ¿Tu, Pepita? La chica que nos volvía locos a todos los chicos del barrio... ¿es posible?

Y la comparaba con la Pepita que él abrazaba, pálida, demacrada, con los ojos hundidos e inexpresivos. Los pómulos salientes como un personaje del Greco. ¡Qué pena! La cogió suavemente por el talle y escanció en sus oídos frases apaciguadoras. Luego, con rabia, agregó:

- El Consejo de Menores para la Moral ya no existe y no reverdecerá. La revolución acabará con esa inmundicia.

- ¿Qué es la revolución? –preguntó ingenuamente la chica que se había agarrado al brazo de Liqui. Casilda con gran sencillez:

- ¿La revolución? Amar a los semejantes, aceptar el trabajo con responsabilidad, como labor social. Una nueva vida que trata de aliviar los imperativos demasiado duros. Y para vosotras, en este instante, la libertad, la posibilidad de fundar una familia y amar a un hombre. No lo olvidéis.

Pepita –su acento denuncia el sufrimiento vivido –interroga secamente:

- ¿Y qué haréis de este convento?

Félix en lugar de contestar ordenó:

- Todos fuera. Las muchachas corrieron al almacén para cambiar de ropa. Sólo dos chicas se quedaron en la sala.

- ¿No queréis salir vosotras?

- No sabemos adónde ir. Somos huérfanas. Trabajábamos como criadas en una familia rica. Un día desapareció una joya. La señora declaró que fuimos nosotras las ladronas y nos metieron aquí sin comerlo ni beberlo.

Triste y lamentable historia. Casilda las abrazó. Las dos chicas lloraban a lágrima viva. El grupo descubría un dolor soportado inicualemente ante una sociedad indiferente. Casilda, horrorizada de pensar que iban a quedarse recluidas en el severo convento, les propuso:

- Nuestro sindicato necesita sirvientas en los comedores populares. Trabajaréis y viviréis. Venid.

En esto apareció la madre superiora. El desenlace no la alarmaba excesivamente. Dadas las circunstancias cabía esperarlo. Sin embargo, dirigió a los cuatro jóvenes algunas frases dictadas por el conocimiento del mundo y de los hombres:

- Habéis hecho mal. Serán desgraciadas lanzadas en el torbellino de la vida. No serán aptas para servir lealmente a la sociedad y menos aun sabrán resistir los tristes cebos que ella segrega.

Liqui hubiera dado unos tacos para mostrar su disgusto. Se limitó a decir:

- Ya lo veremos, señora. Estoy seguro que no volverán a pedirle hospitalidad.

Salieron. La mirada de la superiora, medio entristecida por la derrota y medio rencorosa por la desenvoltura y desprecio de las leyes divinas por parte de los liberadores. Luego concluyó sabiamente:

- El mundo está loco y no tiene remedio.

En la verja del jardincito, en el bajo de la escalera de piedra, con la boina en la mano, estaba el jardinero.

Había mirado sorprendido la salida de las chicas que se desbandaban por la calle entre risas y gritos. Liqui le dio un golpe amistoso en el hombro.

- ¿Está usted bien aquí?

- ¡Bah! Soy muy viejo. Sólo espero morir en paz –contestó humildemente, hundiendo la boina hasta las orejas.

XII. MORAL COMBATIENTE DE LOS MILICIANOS

Uno no nace soldado.

C. Simonov.

Mucho se epilogará sobre la indisciplina de la muchedumbre. Los calificativos más innobles recaerán sobre ella pasado ya el peligro. Ciertamente, el pueblo sobrepasa los límites en su afán de seguir los impulsos biológicos. Pero nadie habla, ni pone en evidencia, la desorganización creada por los dirigentes. La indisciplina no es sino el reflejo de la falta de organización y de autoridad. La élite se ha desmoronado por lamentable decadencia que la ha incapacitado para ponerse al diapasón de la evolución social. La historia demuestra que el pueblo vuelve a su cauce cuando ha encontrado nuevos dirigentes.

Cómo negar que la explosión popular de San Sebastián tuvo como origen la debilidad del gobernador civil Artola, incapaz de captar la envergadura del levantamiento. Sobrepasado por la situación y desamparado por su inepticia, no supo tomar las

medidas para mostrarse fuerte y con autoridad. Por otra parte, encarnaba perfectamente la debilidad del régimen, tan débil, que incitaba a ser echado por la borda y a montar combinaciones políticas de toda especie. Al régimen le faltaban hombres de categoría para enfrentarse con los potentes enemigos. Sus servidores estimaban aún, en plena explosión militar –hay que ser cretinos y ciegos–, que los acontecimientos vividos estos dos últimos años no eran más que sobresaltos de una atmósfera cargada, cuyas ondas no quebrantarían los cimientos del régimen republicano. De hecho, en los albores de la guerra civil, tres poderes o tres mentalidades querían encarnar la realidad nacional. Por una parte, los militares que se levantaban contra un estado de cosas incoherente y nefasto; por otra, la representación viva de los revolucionarios que luchaban por establecer un mundo nuevo y, finalmente, el gobierno de Madrid que, borrachos de legitimidad, querían resistir contra esto y aquello. En San Sebastián la autoridad republicana propiamente dicha había desaparecido. El Frente Popular tomó las riendas de la dirección. ¿Pero en qué estado? Nada existía. Ni policía, ni ejército, ni transportes, ni trabajo. En cambio, la lucha estaba presente en todos los compartimentos de la ciudad y sobre ella había que concentrar todas las energías. Pero como desde el primer momento de la pelea callejera, cada partido y cada sindical ha seguido sus directivas peculiares, se había acostumbrado a ejecutar actos y operaciones sin plegarse a un plan de conjunto.

Cuando se trataba de sobrevivir esta actitud era admisible, pero mejorada la situación interior, los valores sociales y morales de la colectividad debían aparecer para darle a la vida

ciudadana un carácter llevadero. Desgraciadamente, los diferentes componentes del Frente Popular no enviaron los hombres idóneos para imponer una acción coordinada. Cierto es que la tarea se presentaba sobrehumana. Había que salvar lo más urgente: el abastecimiento, los servicios de higiene y de hospital, coordinar la acción militar de las diferentes milicias de, partido o sindical. El Frente Popular se encontró de golpe con una tarea titanesca. Mientras tanto, el pueblo luchó como pudo. Nadie le indicó lo que debía hacer. Sólo había seguido a su instinto. Y por eso se acostumbró a fiarse a su iniciativa. Actuó con esfuerzo espontáneo. Por lo tanto, desconocía la constancia, la paciencia felina para cazar una presa. Sólo los reveses sufridos en su carne le harían admitir la necesidad de perder las prerrogativas ganadas los primeros días. De ahí que el cerco del cuartel de artillería de Loyola tuviera su nota pintoresca y sintomática a la par. El asedio surgió de la iniciativa popular y fueron las milicias, sin coordinación estratégica, las que lo sostenían. Se argumentará que no existían la disciplina y el orden, que los sitiadores abandonaban el puesto con cualquier pretexto, que le gustaba descansar mejor en la cama que en el duro suelo de la trinchera. Todo eso es verdad. Pero también es verdad que gracias a ellos los militares no se atrevían a salir.

El cerco hervía con agitación frenética. Quizás esta misma agitación haya equivocado a los militares. Los coches circulaban entre la ciudad y las colinas que rodeaban al cuartel en movimiento constante. Se vaciaron los garajes de automóviles y se improvisaron conductores a ritmo loco. Nada de código de la carretera. Los coches pasaban las encrucijadas sin tener en

cuenta prioridades ni reglas. Se apretaba el acelerador por gusto de la velocidad.

Los vehículos provistos de banderines políticos o sindicales llevaban inscritos graffiti relacionados con los acontecimientos. Este vaivén, este desorden amable daba aires de fiesta a la actividad guerrera. ¿Cómo imponer la disciplina a la masa de sitiadores cuando se les debía el sobrevivir? Las personas dichas sensatas dirían que el cerco necesitaba guarniciones permanentes en todo el círculo. Tanto en la carretera de Loyola a la salida de Eguía, en la cumbre de Polloe, en las colinas que dominaban la parte posterior del cuartel, en la zona de Txomin-Enea, como en los verdeantes altozanos próximos del asilo. Cerco poco ortodoxo, sin duda. ¿Su significación? Fantástica. Ese alud de hombres alrededor del cuartel minaba la moral de los asediados y les impedía toda veleidad ofensiva. Y por eso los militares optaron por la defensiva. En su espíritu, la ciudad había perdido carácter prioritario y la reclusión voluntaria obedecía a medidas de espera. Los jefes del golpe estaban descontentos de sus cómplices de San Sebastián. Les trataban casi de cobardes y traidores. Aunque la frontera de Irún les era necesaria no se apresuraron en ayudarles y, llegado el caso, liberarles. Solo una avioneta de Mola lanzó proclamas loando el levantamiento y profetizando el triunfo de los militares. Los jefes se interesan más bien por la manera de salvar el estrecho de Gibraltar, coordinar la estrategia guerrera de todas las provincias en un solo bloque con vistas a lanzarse sobre Madrid. Tomada la capital, la guerra ya no sería más que una formalidad. Por eso los navarros fueron lanzados en las pendientes del Guadarrama. Ocuparon las trincheras

preparadas para una eventualidad de ese género por el Estado Mayor que ya preparaba el golpe de estado desde varios meses atrás. Sólo el 27 de julio el coronel Beorlegui, con trescientos hombres, fue enviado hacia la frontera de Irún con el objetivo de liberar a la guarnición asediada. La defensa del cuartel, a causa de la pasividad de los superiores, carecía de nervio, entusiasmo y valor. Faltaba en ellos desde el primer día un hombre de dirección. Más bien parecía que la fe ardiente en la rebelión no les hirió y que habían optado por el levantamiento por deber y no por simpatía. Y el envío de directivas por medio de la avioneta no exacerbaba ese deber. Para ello, lanzaban los papeles en un tubo envuelto en una toalla mojada. Los asediados necesitaban acciones concretas y no ayudas morales. Además, las disensiones entre los militares y los civiles –estos refugiados en el cuartel después de los combates callejeros– eran profundas. El lado anecdótico del cerco mostraba la debilidad de los sitiadores. La gran parte no sabía manejar las armas. El único medio de ejercitarse era tirar sobre el cuartel. Torpes, herían involuntariamente a sus propios compañeros. Eran a veces pérdidas sensibles, por ejemplo, el caso de Otero, catapultado miembro del Estado Mayor. Me llamaron del hotel de Londres comunicándome que a nuestro compañero le habían herido en un atentado y que nos diéramos prisa en buscar al culpable. Como mucha gente veían fantasmas fascistas y enemigos imaginarios yo no hice caso a la hipótesis del atentado y me fui a verle en un salto. Sonriéndome tristemente, de lado en la cama, me anunció:

- Estoy echando plomo por todos los costados.

- ¿Qué te ha pasado?

- ¡Qué sé yo! Un tipo me hizo señas de que lo cogiera en mi coche cuando subía al cementerio de Polloe. Le hice montar, pero en el momento de cerrar la puerta –él se había sentado detrás– salió un tiro de escopeta que me ha transformado en tamiz la espalda. Me hace un daño terrible la herida. Menos mal que los plomos eran pequeños.

- Pero, ¿quién era?

- Un anónimo, uno de los miles que tratan de hacer algo.

- ¿Lo han detenido?

- No. Yo mismo dije que le dejaran tranquilo.

- Has hecho mal. Por lo menos hubiéramos debido conocer su identidad.

Otero encogió las espaldas haciendo muecas de dolor. Fatalistas, cerró los ojos confesando su impotencia contra el destino.

Los tiradores ineptos de las filas milicianas contrastaban profundamente con los tiradores del cuartel. Entre éstos los había excelentes, auténticos campeones que, por casualidad se hallaban en San Sebastián para participar en un concurso de tiro. Con su puntería implacable nos causaban pérdidas sensibles. El miliciano que surgía de detrás de un árbol, un muro o matorral, pese a la distancia, era abatido.

Una bala en la cabeza le dejaba fuera de combate para siempre. Nuestra ignorancia de armamentos y municiones era flagrante. Un grupo de compañeros iba a tomar posición por la parte de Martutene. Al llegar cerca del Asilo de Uva, le rodeó otro grupo y le obligó a deponer las armas.

- ¿Estáis locos? –protestaban los cenetistas.
- Sois vosotros los que tirabais. Estabais detrás.
- Estábamos detrás y ¿qué?
- Habéis tirado contra nosotros.
- Habláis como fascistas.
- ¡Basta! ¡Los papeles! –exige brutalmente el jefe de grupo.

La discusión se iba envenenando, pues los recién llegados no querían ser conducidos al Frente Popular para verificar su cualidad de antifascistas. De pronto nuevas balas explotan muy cerca con chasquido peculiar.

- Siguen tirando...

Uno de los cenetistas se echó a reír:

- Sois grandes mamelucos. Los militares nos tiran con balas explosivas. El chasquido característico da la impresión de que el tiro viene por detrás.

- ¡Qué tontos! –exclaman riéndose como locos.

Y el grupo siguió su camino procurando no ser visto por el enemigo. El cañoncito del «Xauen», desmontado y puesto en posición de tiro, creó muchas esperanzas.

Se hablaba de inconsciencia: bombardear un cuartel de artillería con ese cañoncito cuando en el interior había varias baterías del quince y medio. Sería una provocación... Otros impacientes, aconsejaban el asalto a pecho descubierto olvidando las magníficas condiciones de defensa del recinto militar. ¿Cómo atravesar el cauce del río? Atravesar el puente que daba al centro del cuartel sería presentar un blanco demencial. Echarse colina abajo por detrás otro tanto. Y, por si fuera poco, las tapias que lo rodeaban eran altas. En realidad, todos se impacientaban: el Estado Mayor y los militantes en general. Y pese a las enormes dificultades del asalto esa idea se iba abriendo camino.

Día espléndido. El cielo azul pintaba el anfiteatro de Loyola con vivos colores. Las aguas glaucas seguían la cadencia de las mareas hasta el fondo del valle. Las tapias rojas del cuartel parecían encendidas. El patio, bajo el efecto de los rayos ardientes, reverberaba con luminosidad blancuzca. El cuartel era un horno. La vegetación denunciaba la pesadez de la atmósfera. Se aplastaba y se adormecía. Al acercarse el crepúsculo revivía. Durante las horas más soleadas un verde dorado encantaba los ojos. A lo lejos, hieráticas, las montañas elevadas que separaban las provincias de Guipúzcoa y Navarra. Los hombres, agobiados por el exceso de calor, buscaban la

sombra protectora. Afortunadamente, las ondulaciones del terreno, los árboles, el monte bajo, se presentaban acogedores. Los milicianos se acostaban en la hierba bajo la mirada alerta del camarada de posición. Los sitiados parecían enterrados en su fortaleza. La torridez del día concentraba en ese perímetro de piedra y ladrillo su ardor bochornoso. Observado desde las posiciones enemigas desprendía un vapor de ebullición a la que los rebeldes resistían cada vez más desmoralizados. No obstante, la voluntad de vivir, una vez más, se evidenciaba. Bajo ese sol ardiente, diríase que el cerco era una quimera. Nada indicaba que cientos de hombres estaban amontonados en tan poco espacio. De vez en cuando un tiro rompía el silencio para recordar que las fuerzas en presencia estaban despiertas.

En el fuerte de Guadalupe sucedieron hechos de interés. Lo mandaba el capitán Graja, quien simpatizaba con los sublevados y se dispuso a ejercitar las órdenes de la Comandancia rebelde bombardear San Marcos y Txoritokieta. Fue detenido con las manos en la masa gracias al sargento Ángel Blanco. Graja fue detenido y más tarde ejecutado. En nuestras manos el fuerte, se nombró a Blanco jefe del mismo. Así se pudo transportar uno de los cañones del 27 y medio con cuatro enormes obuses, todo de un peso de 12 toneladas, al cerco de Loyola. El emplazamiento y preparativos del bombardeo los dirigió el sargento Blanco, secundado por elementos civiles: Nieva, factor de estación; Macho y San Vicente. Se esperaba mucho de la acción de este cañoneo. Por fin se largó el primer obús que se quedó corto. El segundo se perdió más allá del cuartel.

El tercero y el cuarto cayeron dentro, con la consiguiente

emoción de los asediados quienes no se esperaban semejante acción por parte de las fuerzas populares. Se les demostró que estaban a merced de un bombardeo implacable y sin defensa contra él. En las ventanas de los edificios interiores habían emplazado sacos terreros contra las balas, pero contra los obuses de gran calibre no estaban armados. Esos cañonazos relajaron aún más la moral de la mayoría de los cercados, en baja ya por la falta de tabaco, de agua –tenían que lavarse con agua sucia– y de luz. El bombardeo no causó graves daños. Fue más bien una demostración de fuerza que arrastraría a la reflexión a los jefes de la sublevación.

Pues bien, fue capital en la conducta futura de los asediados. Los jefes ya no podían acallar los argumentos de quienes, menos comprometidos, podían discutir con las autoridades leales al gobierno de Madrid. La poca unanimidad que existió desde el principio se resquebrajó hondamente. Los socorros tan esperados de Navarra no llegaban. El coronel Beorlegui estaba aún lejos. Además, su progresión quizás la pararan al acercarse a San Sebastián. El oportuno bombardeo del cañón traído del Guadalupe sería la base del episodio que iba a empujar más tarde a los rebeldes a rendirse. Ya no tardaría el teniente coronel Vallespín, jefe del levantamiento en San Sebastián, a decidirse a parlamentar. En los militares existía un complejo psicológico, digno de estudio. No reconocían la autoridad del Frente Popular, más sí la de los diputados elegidos en 1936. Los enemigos del parlamento preferían discutir con los diputados en lugar de verse frente a hombres que el pueblo acababa de nombrar para dirigir las actividades de la provincia. El cerco tuvo una gran virtud.

Nos demostró que la victoria en la ciudad quizás fuera efímera y que nos debíamos preparar a un combate largo y difícil. No había otra alternativa que la de crear industrias de guerra, organizar el abastecimiento militar en regla y no de manera fantasiosa. De todos modos, lentamente, el pueblo iba penetrando en los entresijos dramáticos de la guerra civil. Los aires de fiesta y de alegría, patrimonio de los primeros días, se habían acabado. Toda la provincia se puso en pie de guerra. Ahí comenzó la fabricación de municiones, de cartuchos, de cartucheras y cinturones y, al mismo tiempo, la expropiación de industrial necesarias a proseguir los combates.

XIII. LA FUERZA GOBIERNA A ESPAÑA

Al reprobar el espíritu, según la pureza de su esencia, cuanto le parecía pequeño, mezquino, monstruoso, discordante y deforme, concibe lo Bello y lo Sublime, en una palabra, el Ideal, lo que le condena a perseguirlo siempre, sin alcanzarlo jamás.

P. J. Proudhon

La fuerza gobernaba a España. Toda consideración subjetiva y sentimental representaba, en ese instante un despropósito. La viabilidad de los hechos sociológicos residía en la imposición de una ley en detrimento de los componentes españoles. Cada uno dejaba parcelas de su personalidad, de su yo, para que el conjunto gozara de un funcionamiento más o menos aceptable. En esa sociedad violenta el ideal solo servía de biombo para esconder la historia de las fechorías humanas a través de las épocas y para contentarse con esperar un mundo mejor.

Era el engaño inteligente que daba abrigo moral al hombre,

blanco de la brutalidad. Significaba el sostén del instinto de conservación para soportar la angustia del presente, denunciado por aplastar al individuo bajo la miseria moral y física. En nombre del ideal, vilipendiado a menudo por el régimen político en el poder, se atacaba a los gobernantes. Si la sucesión de los acontecimientos políticos permitía a los de la oposición tomar la palanca del mando, a su vez, se volvían opresores. El círculo vicioso se cerraba como maldición de la naturaleza humana. El revolucionario, sediento de justicia social, mientras era extraño a los cuidados del poder, se mezcla en un universo de bellezas inmarcesibles, cuyo carácter utópico denunciaban sus detractores. Una de las ideas motrices del revolucionario –el pueblo la acogía sentimentalmente– consistía en creer que se podía vivir sin injusticias y sin opresión. En ese universo soñado, al corazón sólo lo alimentarían nobles sentimientos. La gama de actos innobles, patrimonio de las sociedades corrompidas, se desvanecería barrido por los vientos puros de nuevas ideas constitucionales. El asesinato aparecería como triste recuerdo de tenebrosas épocas. El verbo matar se borraría del diccionario. No quedaría ningún vestigio de barbarie y menos aún su horrible ostentación. El idealista se evadía de la realidad, se ilusionaba con los progresos materiales y los conocimientos del mundo exterior, creyendo en el progreso moral. Pero el hombre no cambiaba aun cuando profesara la más noble filosofía. Ayer, como hoy, hubo místicos que casi rozaban la perfección moral, idealistas que bullían de sentimientos nobles, sacrificados en honor de algún macabro orden de cosas. Hubo también aprovechados de las dificultades diarias, ladrones no sólo de bienes materiales sino también

espirituales, asesinos para quienes el crimen era una necesidad o una alegría que les permitía bárbaramente desembarazarse de los enemigos. Las fuerzas negativas ¡ay! del individuo resistían victoriosamente a todas las invasiones intentadas por los sentimientos nobles. La revolución triunfante ¿se hundiría en la tenebrosidad de la opresión? Las fugas ideales, ¿se derrumbarían como castillo de naipes ante una realidad implacable? Ante nosotros se perfilaban hechos históricos que en ese instante adquirirían relieve singular.

Si no era dura con los enemigos, sus partidarios serían masacrados como durante las revoluciones de esclavos, esencialmente la de Espartaco, en carnicería generalizada, como durante la noche de San Bartolomé, matanza digna de mentalidades político-criminales, como durante la Comuna de París, ahogada en mar de sangre ante una Europa cómplice, como durante la Revolución rusa que transforma el régimen zarista en hecatombe de vidas humanas y en una desorganización sin igual que conduce más tarde a imponer una opresión mortífera, como durante la revolución de 1934 en Asturias y en Viena, aplastadas por bombardeos salvajes. El idealista, pues, se encontró mezclado con esta actividad destructora. En nombre de su ideal quisiera resistir a esta pasión primitiva. Pero lentamente entró en el engranaje, ya no resistía y enmudecía. Su fuerza moral se agazapaba bajo la necesidad: estaba vencido. Era una víctima de la revolución. Finalmente, no tardaría a acomodarse con nueva conciencia que le permitiría contemplar fríamente la muerte del adversario. Imita a la planta que cambia de color según la hora. En espera de que las aguas vuelvan a su cauce, la institución del «paseo» ejerce su barbarie

sobre el impotente. El ojo por ojo y diente por diente se va imponiendo y comprueba que se vive muy lejos de la justicia excesivamente mirífica de su ideal.

En una villa del barrio de Gros habíamos montado un gran taller para la fabricación de granadas, munición y proyectar la de morteros, basándonos en los cogidos a los militares. En el colegio de la calle Larramendi ya abandonamos esa producción y quitamos el cartel con la calavera con las tibias cruzadas que tanto respeto causaba en la gente. Valentín Álvarez fue el alma de estos trabajos y ejercía gran autoridad en esta materia.

Pasé yo por el taller para ver cómo se habían instalado y aun cuando todos trabajaban hasta el agotamiento, se tenía el temor de que todo sería poco frente a las necesidades. Del taller, como me cogía de paso, seguí mi viaje hasta Irún. Nuestros compañeros de la ciudad fronteriza tenían dificultades con las otras fuerzas del Frente Popular. Hasta esos días en Irún no había habido CNT y al antifascismo le costaba ceder posiciones frente a nuestra organización. Fui, pues, a limar asperezas y a defender nuestras posiciones legítimas. En Irún ciertos partidos antifascistas no habían comprendido que el precedente equilibrio de fuerzas de las izquierdas se había roto y que nuevas ideologías entraban en el juego político del instante. Mal que bien armonicé aquello y me volví a San Sebastián. Al llegar a la calle Larramendi distinguí a un grupo de milicianos que escoltaban a un prisionero, un joven de unos veinticuatro años, de mirada serena, grande, robusto, de pelo negro bien cuidado, nariz aquilina. El traje negro hacía destacar más la palidez de la cara. Digno, desdeñaba las muestras de hostilidad de la gente

que pedía su muerte. Esfinge viva, no dejaba traslucir sus sentimientos. Cuando llegué sin aliento al descansillo del primer piso, ya lo habían encerrado en una sala y un miliciano se quedó guardando la puerta. En la secretaría estaba el resto del grupo. Antes de que pudiera abrir la boca me facilitaron la identidad del detenido.

- Es uno de los Iturrino, el jefe de los jóvenes fascistas. Con Liqui entramos en una de las casas desde donde nos habían tirado, no muy lejos de aquí. Nos encontramos con cuatro tíos que nos parecieron reunidos o quizás fuera el Estado Mayor de los jóvenes. Conocíamos a Iturrino y al medio tonto de Seijas, el hijo del fiscal. Poco después llegó Pancorbo con otro grupo, ya sabes que nuestro compañero es bastante teatral. Echando una mirada al reloj de pulsera, dirigiéndose a Seijas:

- Te doy dos minutos para que declares donde tenéis las armas.

Y le plantó la pistola en la sien. A medida que la aguja corría la lividez de Seijas tomaba caracteres trágicos.

Pasados los dos minutos, Pancorbo bajó la pistola mientras decía despreciativo:

- Una bala es cara para los tontos.

En esto llamó el teléfono. La atmósfera dramática de la habitación pareció congelarse.

Todos miraban cómo sonaba el timbre.

Unos por miedo de que de manera intempestiva un rebelde hablase más de lo conveniente. Otros por sacar ventaja de la situación. Pancorbo se plantó delante del teléfono y apuntándole con la pistola a uno de los rebeldes le conminó:

- Contesta únicamente ¿Qué hay?, como si no pasara nada.

Pancorbo cogió el auricular y escuchó lo que anunciaban los otros rebeldes. Decían que todo iba bien, que en Andalucía habían ganado y que tuvieran paciencia. El joven se despidió con voz desfallecida. Así se supo otro rincón escondite que valió otra redada. Las circunstancias nos iban a favorecer para dar con quienes movían el hilo político y diplomático de la rebelión en San Sebastián. Los otros han ido a buscarlos. Ya ves el teléfono es la gran alcahueta en estos momentos. Los que están escondidos se entregan a él para respirar oyendo la voz de algún amigo. Habían preparado bien la lucha urbana. Diferentes inmuebles y pisos estaban unidos por boquetes y planchas en las ventanas interiores, lo que les permitía gran movilidad corriéndose de un punto a otro. Ahora comprendíamos la dificultad de atravesar esa zona el día del levantamiento. Además, mira el naranjero que le hemos encontrado, brillante, engrasado y cargado. Y si a todo eso se añade su personalidad...

- ¿Por qué le traéis aquí? Llevadle al Frente Popular.

- No. Este hombre nos pertenece y es el sindicato que le juzgara. Responderá de la muerte de dos compañeros que cayeron a nuestro lado, acribillados, tirados desde esas casas.

A mis oídos llegaban los gritos dados por la gente en la calle:

- ¡A muerte! ¡A muerte!

Otro miliciano, nervioso, vindicativo:

- No tenemos confianza en el Frente Popular. En él están los nacionalistas vascos que son de la misma cuadrilla que los fachas.

- No digas tonterías. Están con nosotros.

- Escucha, compañero. En nuestro sindicato nos conocemos todos y nadie nos traicionará. Hay que terminar con los fascistas. Son ellos quienes han removido la mierda. Que lo paguen. El Frente Popular les meterá en la cárcel y luego buenas tardes. No y no.

Delante de mí tenía a los hombres armados que con aspecto simplista y expeditivo de la justicia la traspasaban al sindicato. Nada de papeleo, ni de discursos, un género de Tribunal de las Aguas en materia de insurrección y nada más. ¿Para qué un cuerpo jurídico? ¿Para cumplir unos requisitos legales? Aquel caso era clarísimo y para que dar tantas vueltas buscando la condena. En el espíritu de esos hombres y de otros que ya iban invadiendo el colegio, sólo contaba la realidad del sindicato, aglutinando todas las actividades de la ciudad, incluso la aplicación de la justicia. Desconfiaban de otros organismos. El sindicato les había defendido y sostenido en la lucha social y en los momentos difíciles. Justo era que el sindicato sirviera de

fiscal por una vez. Yo siempre he sido enemigo del asesinato político, porque lo consideraba como una cobardía y una debilidad por parte de quien tuviera la sartén por el mango. Sin embargo, el atentado político, según determinadas circunstancias políticas, me había parecido justificable. ¿Los propios jesuitas no eran partidarios del regicidio cuando el rey no llenaba el cometido con rigor de gobernante?

Los gritos de la gente me crispaban y tenían la virtud de que mi propio sentido de la justicia vacilara, como si algo interior me anunciara la fatalidad de ciertos hechos. Pero me molestaba grandemente que el sindicato se quedara mezclado en ellos. En esto, sabedores de la detención, entraron varios militantes, muy conocidos, y me dijeron que le iban a interrogar para saber si conocía depósitos de armas. Volvieron poco después. Me dijeron que el detenido había fumado con ellos y que le creían que no existían depósitos de armas en la ciudad, pues los civiles confiaron en la acción de los militares.

De pronto sentí deseos de hablarle. Yo nunca había hablado con un fascista. José Antonio me había parecido siempre un señorito que halagaba al pueblo todo y detestándolo. Quería dominarlo, modelarlo intelectualmente según los principios ideológicos, como se lo enseñaba Hitler en Alemania. Yo no lo creía un orador de talento que supiera manipular las figuras de retórica, presentar imágenes y, sobre todo, expresar ideas. Iturrino le seguía. ¿Tendría talla? En ese instante crítico de la vida de un hombre entrar en su intimidad, conocer los primeros pasos en la acción política, la actitud para con los demás, incluso su universo intelectual, no dejaría de ser aleccionador. Entré en

la gran sala. Estaba sentado y al verme se levantó. Nos miramos sin el menor odio. Tenía el nudo de la corbata un poco suelto y se había desabrochado el botón del cuello. Mis ojos sólo buscaban conocerlo. Probablemente él lo mismo. Pero mi posición era sumamente ventajosa. Yo representaba al vencedor y él al vencido. Le tuteé enseguida:

- Puedes sentarte, si quieres.
- Gracias. Estoy muy cansado.
- Sobre todo, ahora en situación tan incómoda.
- Peor aún.
- Habéis puesto en marcha un mecanismo terrible.
- Hacía falta.
- ¿Has tirado contra nosotros?
- –Sí, no quiero atenuar mi acción en la lucha.
- ¿Te acusas tú mismo?
- Soy un revolucionario y nada más. No pido gracia de ninguna clase. Nosotros, los falangistas, queremos también cambiar el destino de España.

Hablaba sin afectación. Razonaba al margen de la detención y, eso me gustaba.

Trataba de probar que era un hombre que deseaba cambiar el orden de las cosas a su manera.

Este estado de espíritu yo lo conocía, pues había pasado por ello durante los interrogatorios policíacos, esto es, demostrar que me habían guiado consideraciones de tipo colectivo en busca del bien común.

Le repliqué con bastante dureza:

- Con materiales usados jamás haréis la revolución. Sería una caricatura. La única, la verdadera, es la del proletariado, la que nosotros preconizamos.

- Es posible. Ya sé que no os falta alma. Sois generosos en la lucha social. ¡Cuántas veces hemos comentado el desacuerdo que existe entre vosotros y nosotros!

- Eso es imposible. Habéis mamado leche absolutista y tenéis concepción de casta.

- Como todo buen español –observó seriamente.

- Tenéis la energía de lo que es nuevo en el país, pero tenéis aliados tradicionalistas que os comerán la tostada. En España hay demasiada tradición y sin luchar contra esta la revolución es una quimera.

- Los abandonaremos en cuanto tengamos el poder, ya lo veras.

- Habiendo perdido hablas de poder...
- Aquí sí hemos perdido...
- ¿Y aún?
- El cuartel os va a plantear problemas. Pero es el ejército de África y algunos regimientos de provincias quienes llegarán a dominaros. La guerra no ha hecho más que empezar.
- Te atreves a hablar de los moros como fuerza nacionalista...
- Se lucha como se puede.

Y sonrió forzosamente. Una pausa. Luego el preso comprobó con amargura no fingida:

- ¡Que destino irónico! Siempre defendí el acuerdo con vosotros y voy a morir en vuestras manos. He jugado y he perdido.

Pronunció estas últimas palabras con acento casi chancero. Dominaba los nervios con voluntad feroz. Quería desempeñar el papel hasta el último instante, no dejando aparecer el menor síntoma de debilidad. Insistí:

- ¿Creíste verdaderamente en la posibilidad de acuerdo entre cenetistas y falangistas?

Le ofrecí un cigarrillo y se lo encendí. Dando una chupada me contestó:

- ¿Por qué no? Ha habido alianzas políticas más incompatibles.

Afuera, la gente se impacientaba. Golpes sonoros sacudían las puertas de la sala. Trataban de forzarlas. Se oían las amenazas.

El prisionero, resignado, se puso a recorrer la sala. Apoyaba la cabeza en la palma de la mano. Amargo, grave, ganado por pensamientos realistas, pronunció lentamente:

- Es la hora de la puntilla.

Antes de que forzaran la puerta salí. Doblé la guardia en cada puerta. Precaución inútil. Hice señas a unos militantes que se hallaban entre la gente que llenaba en toda la vuelta del corredor de arriba y el patio de abajo. En el momento que íbamos a entrar en la secretaría uno del sindicato de la piel que había perdido un hermano en los combates, seguido por un grupo armado y vociferando como locos, no nos dieron tiempo a nada. Exigieron blandiendo sus armas:

- Lo queremos. Venimos a que pague.

- Que pase por lo menos por un tribunal –me aventure sin convicción.

- Y eres tú un revolucionario –me espetó uno de los milicianos. ¡Vaya, muchachos, cogedlo! La comedia ya ha durado bastante. Si no nos lo dais lo mataremos aquí mismo.

- Eso no.

Los guardias no opusieron resistencia. Desde la puerta le gritaron al prisionero:

- ¡Anda, vamos!

Le vi pasar delante de aquella multitud. Su mirada había perdido el brillo. Instante dramático. El prisionero, en su debilidad pasajera, buscaba a alguien amable en quien depositar una mirada esperanzadora. Me vio y me gratificó con un gesto amistoso y una mirada indefinible. No supe discernir si el gesto y la mirada eran aun una imploración tras una salvación imposible. Yo experimenté una gran decepción y una amargura profunda. Todo el andamiaje moral contenido en los ideales sufría rudo ataque y comenzaba a resquebrajarse. Los acontecimientos hacían mentir a los apóstoles y a sus seguidores. La purga por el «paseo» entraba en los anales de la guerra civil, como durante las guerras carlistas. Recordaba yo esos pueblos en la Rioja que conservaban aún dos cementerios episódicos: uno de carlistas asesinados y otro de liberales que sufrieron la misma suerte. La tradición pasional se implantaba. Y en el campo enemigo –terrible coincidencia– el mismo sistema de eliminación se había establecido ya desde la aurora del levantamiento.

XIV. EL CASO DEL FISCAL SEIJAS

Por la libertad me desprendo a balazos de los que han revolcado su estatua por el lodo, y me desprendo a puntapiés, a puñetazos, a...

Miguel Hernández.

Esa noche caí enfermo. Me volvió la tos y la fiebre. Además, tenía un cansancio que no podía con él. Durante esos días no había dormido, salvo alguna cabezada sobre la mesa de la secretaría o yendo en coche a alguna parte.

Vivíamos en pleno delirio de actividad. Se tocaban mil puntos, se estudiaban mil planes. Encima mismo del sindicato viejo, una sindicada tenía las llaves de un piso de una familia riojana que se había marchado a su tierra a pasar unos días. Me lo prepararon y me acosté. No tardó en venir un médico que me aconsejó reposo total, la famosa tintura de ajo, pero esta vez no artesanal como la de mi padre, sino farmacéutica, un jarabe y, eventualmente, unas inyecciones. Y que comiera bien. Era tanto

como pedir peras al olmo en aquellas circunstancias. Además, tenía poco apetito. Pese a la tos esa noche dormí como un bendito y me desperté muy avanzada la mañana. Consuelo, con quien ya tenía intimidad total, se encargó de hacer de ama de casa y de evitar que me molestasen mucho con las visitas. A media mañana la fiebre había bajado a solo unas decimillas. La tos también perdió virulencia. En resumen, según el médico, mi juventud y una buena herencia harían el resto. No obstante, seguí acostado ese día y el día siguiente. Al cuarto día me personé en la secretaría. Durante el reposo me tenían al corriente de los hechos. Desde la caída del hotel María Cristina la caza a los rebeldes se instituyó rápidamente. Diferentes grupos actuaban al margen de lo oficial, cometiendo algunos desaguisados reprobados por todos. Las venganzas personales entraban en juego. Yo conocí dos casos concretos. Una mañana vino a verme una tía mía. Me soltó a quemarropa: –Han matado al Duque y dicen que sois vosotros, pues los asesinos llevaban pañuelos rojinegros al cuello. –Entonces no son los nuestros –le dije–. Todavía no he visto a ningún militante nuestro con ese pañuelo. –En efecto, esas bandas de aprovechados y de vengativos las motivaban otras razones que las de la lucha cruenta en que nos hallábamos mezclados.

El Duque, pariente de mis abuelos, tenía el contrato de descarga de carbón en el muelle y, seguramente, algún obrero despedido sería el autor, con la complicidad de otros, creyendo en la impunidad.

Nuestro secretario me llamó del Frente Popular para comunicarme la aparición del cadáver de Vergara, viejo

administrador de la cárcel. Por si yo tenía algún indicio. Pues solo nos podíamos enterar de esas fechorías porque los autores se jactaban o se confidenciaban a algún conocido.

Yo le conocí al oficial de prisiones Vergara, mientras estuve en Ondarreta. Era un hombre amable, nada sanguinario. No se ocupaba de cuestiones disciplinarias. Quizás aumentara su peculio personal con las sisas que hiciera del presupuesto carcelario, como administrador que se respetara a si mismo. Pues bien. La motivación de su muerte no había que buscarla con ojos de lince. Uno o unos de los tantos que pasaron por la cárcel se vengó por algún hecho vivido en prisión. Estando en mi puesto comprendí lo cobarde que es la gente. Continuamente, sea por teléfono o por notas dejadas a los plantones, nos llegaban denuncias de todo género. De lugares donde estaban escondidos hombres de derecha, de hechos que se habían cometido anteriormente por personas consideradas como honradas, a veces se denunciaban cosas que habían pasado hacia más de veinte años. Todo eso no tenía nada de metafísico, sino el producto del más tenebroso realismo de la condición humana. Todo eso no hacia sino representar el carácter de abismo que era y es el hombre. Este seguía su evolución sobre una cuerda floja que a veces le hundía en las profundidades de sus fuerzas agresivas de donde resurgía con gran trabajo. Y un hecho más vino a darme razón en mis soliloquios.

Unos gritos hicieron aguzar mi oído. Se iban acercando y pude captar por fin el sentido:

- ¡A muerte! ¡A muerte!

Me asome a la ventana. Por medio de la calle Larramendi avanzaba un grupo compacto detrás de un hombre ya mayor, corpulento, vestido con un pijama listado de azul y blanco, una bata de casa de seda, calzado con zapatillas de fieltro. Andaba despacio con la cabeza gacha. Le insultaban y algunos llegaban a empujarle rabiosamente. Las mujeres se comportaban histéricamente con gritos y amenazas.

Algunas, verdaderas arpías, se echaron sobre él y le arañaron la cara, injuriándole bajamente. En esto una mujer que frisaba la cuarentena se plantó delante de él, con las manos en las caderas, obstruyéndole el paso. Despeinada, mal vestida, encarnaba a la diosa de la fealdad y del rencor. Con risa histérica, apuntándole con el índice, se dirigió a la gente:

- Miradle ahora... No tenía esa cara de Cristo cuando condenaba a los revolucionarios... ¡Ja, ja, ja! Entonces le reconocí. En efecto, era el fiscal de la Audiencia de San Sebastián. Esa mujer acercó su cara horrible a la del fiscal, y le recordó:

- ¿Y mi marido? Acuérdate. Le condenaste a veinte años de cárcel. ¿Por qué? Porque hizo una huelga revolucionaria en 1934 sin probarle ningún delito. ¡Canalla! Toma.

Y le asestó dos bofetadas sonoras. Luego se carcajeó. La gente hizo lo mismo. En esto tres jóvenes, armados de escopetas, subieron a un camión parado. Con gritos y signos, invitaban a la gente a que se pusieran de lado. Sus intenciones consistían en matarlo allí mismo. El público obtemperó mientras gritaba:

- Si... ¡matarlo!

El fiscal, roto, vencido, parecía una marioneta trágica en medio de la calle. Ya no se atrevía a moverse al ver cómo se alejaban sus seguidores. Luego miró a los balcones, buscando testigos de aquella ignominia. No pude contenerme. Salte al alféizar de la ventana y grité con toda la fuerza de mis pulmones:

- No tiréis. Ya bajo...

Los jóvenes del camión bajaron las armas que apuntaban sobre la víctima. Repetí mi orden cada vez con más autoridad. Bajé corriendo y me acerqué al fiscal. Era bien Seijas. Le cogí de un brazo y eché a andar camino de la secretaría. Con trabajo. Pues la gente me cerraba el paso, temerosa de que se les escapara la presa. Al silencio sucedieron los gritos:

- ¡A muerte! ¡A muerte! La gente me siguió por el patio, por la escalera hasta las mismas puertas de la secretaría. Tuve que calmar la excitación popular con una arenga:

- Compañeros. No temáis nada. La revolución sabrá hacer justicia. Aquí vamos a interrogarle con objeto de que nos explique sus actividades. No olvidéis que se pueden admitir los procedimientos expeditivos, pero no debemos caer en los actos irresponsables.

La gente gruñó, pero yo pude arrancarle el prisionero. Cerré las puertas con gran alivio de ambos. El fiscal se sentó en un banco de escuela que cogía todo lo largo de una pared y se

apoyó contra ella. Sangraba de los labios y de la cara. Con un pañuelo sucio trataba de restañar las heridas. Angustiado aun por los momentos que acababa de pasar, repitió:

- Gracias. Gracias.

Luego, señalando con el brazo a la gente que se hallaba al otro lado de la puerta, me declaró:

- Yo me someteré a la justicia del pueblo; pero, por favor, no me dejen ustedes en sus manos.

Con un signo de la cabeza se lo acordé. Por una puerta lateral salí en busca de la enfermera. Ya de vuelta con ella, vimos con satisfacción que las heridas eran superficiales. Desinfectado, limpio, cubierto de esparadrapos, parecía otro hombre. Y se calmó. Miraba con curiosidad los grandes mapas que decoraban las paredes. Y se preguntaba en qué lugar se hallaba. Yo seguía sus reacciones desde el fondo, detrás de la mesa de trabajo. Me hubiera gustado conocer los pensamientos que le embargaban viéndose prisionero del huracán revolucionario. Una pregunta vino a ayudarme:

- ¿A quién pertenece este edificio?
- Ahora a la CNT.
- ¡Ah! –exclamó sorprendido–. ¡La Confederación Nacional del Trabajo!

Seijas me miró. Luego dejó errar su mirada por el vacío. Su cara

reflejaba sensaciones fugitivas relacionadas con declaraciones y procesos de revolucionarios. De pronto acalló ese tumulto de recuerdos y me declaró con voz firme:

- Yo soy republicano...
- Lo sabemos. Pero el pueblo ve en usted al representante de las condenas injustas y no al funcionario que aplica la ley.
- El código penal y las leyes de excepción eran mis herramientas de trabajo. No podía hacerlo de otra manera. Además, yo no soy revolucionario y estimo que las leyes republicanas permitían una evolución moderada de la sociedad española...
- Bien –le corté. Pero sucede que quienes fueron condenados por usted piensan de forma diferente. Un poco de humanidad en la aplicación de la ley evitaría aventuras como la que está usted viviendo. Provocar la cólera popular no significa nada bueno. Y menos aún aplastarla con la guardia civil y el ejército.
- No tengo miedo de la justicia del pueblo. Puedo defenderme, pero por favor no me deje a merced de él.

El fiscal conoció otras borrascas populares y, en cierto modo, las justificaba. Pero la última había sobrepasado todas las previsiones. A su espíritu vuelven en verdadero álbum los rostros de algunos condenados reflejando la angustia al oír las exorbitantes sentencias. Se quedó pensativo, triturado por el

hervor de los recuerdos. La gente, un tanto tranquilizada por mis palabras, volvía a removerse y a gritar:

- ¡Al paredón! ¡Verdugo!

La comedia no se había acabado todavía. Así lo comprendimos ambos inmediatamente. El fiscal se revolvía agitado en el asiento. Yo me apretaba los labios buscando una salida a tan desconcertante y problemática situación. El timbre del teléfono vino a cambiar el curso de nuestros pensamientos. Cogí automáticamente el receptor:

- ¡Diga!
- Oye, soy Inestal. ¿Han llevado al fiscal a nuestros sindicatos?
- Sí. He conseguido arrancarlo a la gente. Le querían matar en medio de la calle. Pero los ánimos están soliviantados.
- Voy a ayudarte. Tenemos que sacarlo de ahí. Seijas es republicano.

El procurador se había acercado lentamente a la mesa. Acodado, sorbía literalmente nuestra conversación. Esperanzas palpitantes renacían en él. Colgué el aparato lentamente. Le mire detenidamente. Distinguía en sus ojos reflejos contradictorios: esperanza y angustia. Le animo:

- Haremos lo imposible por salvarle.

- Se lo agradezco –me dijo humildemente Seijas–. Son momentos que unen a los hombres por encima de las ideologías. Si por azar salvo la vida, jamás olvidare este edificio y menos a sus hombres.

Con tono sentencioso, como viejo filósofo, concluí:

- La vida es desconcertante. Hemos aquí unidos pese a nosotros mismos.

El fiscal bajó la cabeza. No pudo sostener mi mirada. Su pasado se lo impidió. Poco después, Inestal se abrió camino entre la gente amenazadora y dispuesta a pasar a la acción. Cuando le abrí la puerta algunos adelantaron la cabeza para asegurarse de que la presa estaba aún allí. Gritan:

- Ahí está el cochino.

Las primeras palabras del recién llegado, llenas de buen sentido, situó de golpe la situación contradictoria en que nos encontrábamos como organización:

- Amigo mío, con este hombre aquí nos estamos jugando nuestro prestigio. Será una demostración de que estamos en contra de los actos irresponsables. Yo he prometido llegar con él al Frente Popular. Cumplamos la palabra.

Escamotear una presa al pueblo no es tarea fácil, cuando él esta pendiente de cuanto sucede.

Había que emplear el tacto y la audacia: Operar como una

secuencia de filme: gestos y movimientos automáticos y estudiados. Se trataba de llegar hasta el coche situado en la calle Sánchez Toca. Inestal ideó el plan:

- Tú, como más hombre de autoridad en este instante, abrirás camino. Seijas te seguirá muy pegadito. Y yo cerraré la marcha. El grupo no debe detenerse un solo instante y debe andar sin la menor vacilación. La sorpresa debe jugar en nuestro favor.

Nos acercamos a la puerta y nos colocamos según el plan. La abrí con fuerza y osadía, exclamando a la gente apelotonada:

- ¡Dejad pasar! ¡Vaya, dejad pasar!

La gente se retiró, pero al ver al fiscal intentaba cerrar el paso, cosa que impedía deslizándose como una ardilla Inestal. Se oían protestas:

- Sí... queréis liberarlo. ¡Vendidos!

En plena marcha grite muy fuerte:

- Os garantizo que será juzgado hoy mismo por un tribunal popular.

Mientras abría paso, yo le tenía cogido por un brazo a Seijas para ayudarle a andar. Las veleidades de los asaltantes iban decreciendo. El fiscal olvidaba sus sesenta años bien cumplidos y se plegaba, como un muñeco, a las exigencias de la carrera hacia la libertad. Cada metro recorrido en el estrecho pasillo nos

acercaba a la meta. Y cuando salimos a la calle un grito unánime nos acogió:

- ¡Verdugo! ¡Canalla!

Pero ya la presión era menor. Nuestros movimientos más sueltos. Nuestra decisión se imponía. Por fin llegamos al coche. Abrí la portezuela mientras el conductor ponía el motor en marcha. Y volviéndome casi empujé al interior a Seijas, bañado en sudor. Inestal le siguió. Y cerré la puerta con gesto brutal. El coche arrancó lentamente para no atropellar a quienes se habían colocado delante del coche, más bien ya por curiosidad que por hacer mal. Poco después desaparecía por la esquina. Y me encontré muy solo entre la gente. Volvía al colegio pensando que momentos de tal intensidad dramática y humana marcaban para toda la vida. La tensión nerviosa agotaba mis acumuladores de energía.

Arriba me esperaba el médico. Había sido testigo en parte de la escena. Me tomó el pulso y meneaba la cabeza con desaprobación. Seriamente:

- Vas a caer de nuevo. Prohibido terminantemente velar por la noche. Arréglate como quieras, pero descansa por lo menos de noche. A ser posible diez horas. El corazón no late debidamente y tu respiración es deficiente. Peligras una grave enfermedad.

Siguiendo, pues, su prescripción, por la noche me fui al hotel Hispano–Americano, fuera de la agitación sindical y de la calle

Larramendi. En el teléfono dejé a un hombre de confianza con la consigna de que sólo por un asunto grave dijera dónde me encontraba. Este hotel se había requisado para que los milicianos pudiesen descansar de las penas, sea de la lucha callejera, sea del cerco de Loyola. La caricia de las sábanas limpias, la voluptuosidad de estirarme completamente desnudo en la cama, produjeron en mí una distensión nerviosa que me hizo prisionero del sueño en un santiamén. Insensible como una roca, el mundo desapareció para mí, así como los terribles acontecimientos que sacudían a España por los cuatro costados.

XV. EL VERDUGO DE FERRER

Es muy cierto que el vuelo ideológico que empuja a las colectividades a abrir nuevas vías no asegura necesariamente la victoria deseada y, aunque se obtuviera, sus frutos pueden a menudo no corresponder a lo que se esperaba.

Jerôme Gringas.

Allá a la una de la mañana alguien alumbró el cuarto donde yo descansaba. Tan a gusto me encontraba que no reaccioné. El intruso se acercó a mi cama y me sacudió el cuerpo inerte anunciándose:

- Soy Pepe Iglesias.
- Déjame dormir. Estoy cansado y enfermo.
- Traigo malas noticias. Patrullas de requetés han hecho su aparición cerca de Oyarzun. No tuve necesidad de frotarme los

ojos para despertarme. Pegue un salto y ya estaba de pie. La llegada de los navarros se perfilaba en el horizonte y con ello la complicación de los problemas. Esas patrullas eran los signos precursores de que una fuerza militar había sido expedida desde Pamplona.

- ¿Son numerosos?
- No lo parece. Sólo se sabe que a su cabeza se halla el coronel Beorlegui.
- Poca gente para atacar a nuestra ciudad.
- Claro, pero los militares del cuartel resistirán sabiendo que han enviado fuerzas a socorrerles. La resistencia se prolongará más de la cuenta. He aquí el peligro.

Esta llegada de los navarros complicaba nuestra tarea. Un nuevo frente aparecía en el horizonte. Había que apoderarse del cuartel costase lo que costase. El armamento que poseía en sus almacenes nos daría gran vigor.

Así podríamos enfrentarnos con los navarros. Me asediaban estos pensamientos mientras me vestía. Luego le dije a Pepe, en quien tenía confianza absoluta:

- Vamos a ver a nuestra gente para ver que piensan de la situación creada del lado de la frontera.

Pepe tenía treinta y dos años, relativamente mayor que yo. Era hijo de un pequeño industrial, pero su espíritu de aventura le

había llevado por el mundo y conocía perfectamente el continente sudamericano. Antes del levantamiento ya me presentaron a él, pero nuestras relaciones no pasaron de una amistad frívola. Pero desde el primer día del levantamiento se puso a nuestra disposición. Era hombre de experiencia, un tanto frío, y de inteligencia clara. Nos había servido mucho sobre todo en los contactos con los medios no obreros. En cuanto subimos al coche me dijo sonriendo:

- Liquiniano tiene ideas insensatas, salidas de la impotencia frente al cuartel. Habla de fabricar catapultas que pudieran lanzar bombas potentes sobre el cuartel, como única manera de terminar con la resistencia.

Sonreí. ¡Ah Félix y sus ideas estrambóticas! Pero de repente, cogido por esa idea loca, argüí:

- ¿Con qué ataduras tirarían los hombres?
- Las tirarían los bueyes. Entonces me reí francamente. Harían falta catapultas monstruosas. No. La idea carecía de viabilidad. Volviendo a los navarros.

- ¿Qué piensas?
- Que no tardaran en atacarnos. En cuanto concentren más hombres en los alrededores de la frontera. Ya sabes que de Oyarzun a Loyola no hay mas que diez kilómetros.

Y ambos nos quedamos pensando en los días difíciles que nos esperaban. Subimos la empinada cuesta de Eguia y dejamos el

coche a la puerta del cementerio. Nos corrimos por un lado, pasamos una brecha abierta en el muro y caímos sobre un fuerte grupo de compañeros. Me quedé rezagado para contemplar el valle del Urumea. El relieve del cuartel aparecía sombrío y bien delimitado. Algunos rayos lunares se infiltraban por las nubes e iban a reflejarse en las aguas del río. El anfiteatro del cerco parecía más lejano bajo el cielo oscuro y entrevisto a través de las gotas de lluvia que caían, generosamente, para refrescar la atmósfera. Cuando me junté a ellos, dejaron una guardia bien alerta y nos dirigimos todos a guarecernos del agua en un panteón. Todos estaban hasta la coronilla de la inactividad. Alguien, con verbo gráfico, comentó:

- Monotonía y monotonía. Para no aburrirnos hemos cavado unas trincheras que, bien es verdad, nos protegen de la certera puntería de los rebeldes. Pero esta lluvia nos cabrea.
- Si los navarros vienen numerosos, ya me hablaras de monotonía. Vamos a bailar el vals de la muerte. Son más duros que la pata de un santo.
- Que ataquen de una vez. Sino, nos vamos a fosilizar en estas colinas malditas y, sobre todo, en esta: un cementerio. ¡Que ironía! Los muertos nos protegen...
- Para hacer la guerra qué importan los muertos –subrayó Roque, siempre realista y pragmático–. A propósito de muertos dirigiéndose a mí–, ¿sabes a quien ha matado el grupo de Tximista? Ni te imaginarás siquiera.

Encogí los hombros. Entonces, con acento de revelación, aclaró:

- Al oficial que mandó el piquete de ejecución de Francisco Ferrer.

Mi sorpresa no tenía límites. Al cabo de tanto tiempo... ¿Era posible?

- Sí, compañero. A casi treinta años de distancia. Pensé en cómo los hombres entran en los acontecimientos, a veces forzándolos, otras siendo juego de ellos. Meditativo:

- Alguien guardaba memoria fiel...

- Los recuerdos colectivos persisten pese a todas las contingencias –subrayó Pepe.

El hecho me parecía tan extraordinario que rememoré la época de la ejecución –1909– de Ferrer, el apóstol de la Escuela Moderna, esa época en que el espíritu de la generación del 98 y el de los internacionalistas comenzaban a dar los primeros frutos. Hubo un despertar del país que no quería quedarse demasiado lejos de las otras potencias europeas. Por eso, la tradición negativa yuguló y aplastó el deseo de renovación. La guerra civil tenía una trama honda y complicada de factores múltiples. He aquí un nuevo hecho que haría hablar a los historiadores y a los novelistas. Fidelidad y venganza se titularía esta ejecución. La primera, constancia firme hacia un hombre y una idea. La segunda, discutible. ¿Discutible, por qué? Por

inoportuno. Pero, ¿no fue también la sentencia discutible y discutida? La ola de protestas y manifestaciones por el mundo contra la actitud del gobierno de Maura al fusilar a Ferrer, demostraba la iniquidad de los gobernantes. Sentirme vejado por el hecho del grupo de Tximista me parecía traicionar el espíritu de aquellos que murieron en París o en América defendiendo las ideas de Ferrer. Y por concatenación de ideas se me ocurrió preguntarle a Roque:

¿Sabes cómo ha muerto el militar?

Yo deseaba comparar las dos muertes. Si el comandante supo afrontar la muerte tan valientemente como Ferrer. En este episodio, cuanto más se profundizaba, se hallaba toda una lección de moral, de sociología, de sadismo y de demostración de que los acontecimientos que se fijan en la mente colectiva influyen más a los hombres que los personales.

Lo del inconsciente colectivo era una realidad después de lo que yo había visto en las calles de San Sebastián los días atrás. El freudismo y el psicoanálisis, me eran desconocidos, pero no se necesitaba ser un lince para descubrirlos. Roque me contestó:

El grupo Tximista se presentó en casa del comandante por los informes facilitados por un viejo matrimonio que conocía perfectamente la personalidad del militar.

La criada, asustada, les abrió la puerta y les introdujo en un vestíbulo bastante lujoso en donde había diferentes armas en las paredes. La indumentaria de los visitantes no incitaba al

optimismo a la criada y se fue a anunciarles. El comandante no tardó en aparecer en el umbral inquiriendo:

- ¿Qué desean ustedes?

No parecía inquieto. Casi treinta años le separaban de los trágicos acontecimientos para suponer tal motivo de la visita.

- Venimos a reparar una injusticia.

Estas palabras le inquietaron. Palideció ligeramente, se desabrochó la chaqueta, se pasó la mano por la frente sudorosa. Luego se apoyó en el quicio de la puerta, mientras decía:

- No comprendo.
- La injusticia fue la muerte del revolucionario:
- Pero quién les ha dicho que yo...

Tximista le cortó rabiosamente:

- Usted se presentó voluntario para mandar el fusilamiento. ¡Sanguinario! Usted sabía que ese hombre era inocente, que la reacción aprovechó el atentado contra el rey para eliminar a un hombre que luchaba contra el espíritu retrógrado de los españoles.

- Escuchen, yo no me interesaba a los asuntos políticos. Yo era un militar y nada más. De lo de la ejecución...

- Usted recuerda cómo murió el mártir. Lo recuerda, ¿no? Clamando su inocencia y afrontando la muerte valerosamente. Tendrá usted que seguir el ejemplo.

La prestancia del militar desapareció. Se empequeñeció bajo el peso del destino. No sabía defenderse aplastado por la terrible perspectiva. Tximista insistió:

- Prepárese y venga con nosotros.

- ¡Nere jaungoikoa! –exclamó la vieja criada, una vasca que a duras penas comprendía el castellano. Gemía detrás de su patrono.

Lívido, quería hablar, pero ligero temblor de las mandíbulas se lo impedía.

- Yo... yo...

- Acabemos. Usted tiembla porque va usted a morir sin defender una causa. Nosotros respetamos al adversario que lucha por un ideal. Despreciamos a quien se presenta voluntario para matar y subir así en el escalafón. Aplanado, vencido, el militar se volvió hacia la vieja criada que no hacía más que gemir:

- ¡Nere Jaungoikoa!

Tximista aceleró el desenlace. Cogiéndole del brazo:

- Vamos.

El militar se dejó llevar dócilmente hasta el coche. Roto, pegó la cabeza contra el pecho y ya no la movió. Ya no pertenecía a este mundo. En el puente de hierro se bajaron todos. Era casi medianoche. Reinaba un silencio cósmico. Ni coches, ni trenes, ni un tiro en el cerco tan cercano. La luna aclaraba a los protagonistas de esta escena patética. El condenado echó una mirada indiferente al estrecho espacio del Puente. Andaba pesadamente. Se mantenía de pie por milagro. Sólo pronunció:

- ¡Que soledad, madre mía!

Este final nos dejó emocionados. Frente a la muerte el hombre descubre su propio fracaso. Y yo pensaba en Unamuno cuando se preguntaba si más allá de la muerte había algo y que si no lo había representaba una gran injusticia. Me dirigí a Roque:

- ¿Cómo se llamaba ese militar? ¿Se llamaba el general Escrín?

- No lo sé.

- Pues tengo que saberlo. Escrín mandó el pelotón de ejecución. Marín Rfales fue el fiscal inexorable. El teniente coronel Aguirre presidió el tribunal de la muerte.

Y lo pensé sinceramente. Me interesaba conocer cómo la leyenda Ferrer resistía al tiempo. Pero la situación militar empeoró. Tximista y su grupo se fueron a la montaña a combatir con los navarros y la mayoría desaparecieron. Y con ello la imagen del militar también. Las exigencias del combate eran

más que tiránicas. Pepe Iglesias, muy oportuno, sacó a colación los diferentes cercos que llegaron a ser célebres en la historia, cortando así los pensamientos que nos embargaban:

- Nos haría falta un hombre imaginativo, capaz de encontrar el medio de salvar los muros que rodean el cuartel, como los griegos lo hicieron con el célebre caballo de Troya.

Liqui replicó fulminante:

- Si tenemos que esperar diez años como entonces para entrar en Ilion, por muy poco que podamos entraremos antes. Y tendremos un pequeño Homero para contar este cerco que tanta importancia tiene para nosotros con los navarros a la puerta.

Pepe continuó:

- La descripción del sitio y de los lugares es un monumento literario. La seriedad con que trata esta guerra se armoniza con la gravedad de las guerras entre los hombres. A mí, personalmente, me gusta el sitio contado por Alejandro Dumas de La Rochelle de forma tan sabrosa, truculenta y anecdótica. Hay críticos que consideran este relato como otro monumento, aunque no tiene la seriedad del anterior.

Estos propósitos volvieron los ánimos a la realidad del cerco. Sin embargo, dichos en un panteón familiar nos situaba en algo irreal.

Diríase que los que hablaban eran cadáveres resucitados y

que, con gran desenvoltura, en la oscuridad se movían de un lado a otro, aclarados por el fuego de los cigarrillos. Yo remaché el clavo de los cercos recordando el de Numancia, trágico y emocionante, digno de un cuadro áspero a inhumano, inmortalizado por Cervantes. Entonces todos se me echaron encima, diciendo que no se podían comparar con el de Loyola, pues en el valle los militares la estaban pasando no del todo mal, mientras que los numantinos soportaron las más penosas vicisitudes.

Y me trataron de patriota. Numancia no era España todavía y estaba lejos de producirse el fenómeno de la unidad española.

La necesidad de acabar con el cuartel y de acuerdo con los militantes que nos representaban en diferentes organismos, me fui a Bilbao para interceder acerca de nuestros compañeros en favor de San Sebastián, ya que en Bilbao la situación indicaba calma chicha. Hable con Foyos y García, miembros del Comité Regional de la CNT. La organización de su parte nos enviaría gente y plantearía en el Frente Popular la necesidad de enviar gente y material a los frentes de San Sebastián. Cuando volví, los rayos solares casi herían horizontalmente.

Se anunciaba el crepúsculo con serenidad olímpica. Al entrar en el colegio, hallé animación inusitada: grupos en el patio y en los corredores. Subí a la secretaría. Allí estaba el secretario general, cuya cara reflejaba gran severidad.

- ¿Qué pasa, Pablo?

- Vamos a juzgar al «Bilbaíno». Era un sindicato doblado de borrachín. Llevaba siempre una gabardina de algodón mugrienta. La barba hirsuta de varios días le daba un aspecto animal. Encorvado, cual bestia perseguida, mirada de reojo. Su voz aguardentosa dejaba en los oídos una sensación áspera. Analfabeto. Mientras íbamos a la sala del juicio le puse en antecedentes de mis conversaciones en Bilbao y que los resultados no se harían esperar. Nos reunimos en la gran sala del colegio y la presidencia la ocuparon el secretario y dos miembros del sindicato a que pertenecía Arteché, el «Bilbaíno». En los bancos, militantes muy conocidos por su probidad y algunos milicianos que estaban descansando junto al estrado del acusado, sentado en una silla. Alrededor de él un espacio libre. Su mirada fugitiva de animal acosado recorría la sala. En mangas de camisa, llevaba parte del equipo militar. El secretario, grave y solemne, habló:

- Compañeros: Debemos deliberar sobre un caso penoso para nosotros. El acusado, ya lo conocéis, ha cometido varios delitos graves: ha matado a un hombre, cuya identidad nos es desconocida y él no quiere darla; ha confiscado arbitrariamente en nombre de nuestra organización sindical, valiéndose de que entraba en nuestra casa del barrio Gros a la oficina y se apoderaba del sello orgánico y establecía bonos que firmaba con el pulgar humedecido en el tampón; ha transformado el colegio del barrio de Gros en un centro de fechorías, traicionando lo que para nosotros significa la revolución. Nos la ha manchado. Estamos aquí para pedirle cuentas, juzgarlo e infligirle el castigo que se impone. Dirigiéndose al acusado:

- ¿Has matado?

El acusado se reía y se burlaba del secretario.

- ¡Responde! –insistió el secretario.

- Si. ¿Y qué?

Se volvió hacia todos nosotros con mirada desafiante.

Agresivo:

- Todos matan en este momento. ¿Por qué no yo?

- ¿Quién era?

Silencio obstinado, lo que evidenciaba de que se trataba de una venganza personal.

- ¿Cuántos bonos has firmado con tu pulgar? Lo hemos cogido gracias a un casero en cuyo caserío se presentó Arteché con un bono para una vaca.

- Bastantes, pero siempre lo he hecho para darle a la organización lo que le faltaba.

- ¿La vaca también?

- Para carne.

Una voz grave, la de Galo Diez, que había venido de Tolosa, se dirigió a los reunidos:

- Ya lo habéis oído. El caso no deja dudas. Dejemos de lado reservas y vacilaciones para castigar tal inconsciencia. No permitamos que semejantes individuos mancillen el gran trabajo que han realizado nuestros sindicatos.

Ni un solo hombre defendió al culpable. Por unanimidad se pronunció la pena de muerte. El secretario concluyó:

- Si somos duros con nuestros enemigos, con más razón lo debemos ser con nosotros mismos.

A la luz de estos hechos, las campanas contra la pena de muerte parecían sensiblería mórbida –me decía volviendo a la secretaría–. La piedad de los apóstoles religiosos y la de los sociólogos y utopistas se quedaban enterradas por una realidad desconcertante. La naturaleza de los hombres quizás no permita el idilio social... Las bellas teorías humanitarias iban en dirección del cementerio, como los hombres... Allí me encontré con Félix que me estaba esperando. Algo nuevo debía pasar en el cerco.

Así era, pues me anunció que la resistencia de los rebeldes disminuía. A los disparos de los milicianos no respondían con la energía y el ahínco de los primeros días. Estimaba mi amigo que pronto cederían los militares. Cuando terminó de darme esas noticias alentadoras, me dijo:

- Pero no he venido por eso. He venido para ver si puedes enterarte de la verdad. Han matado al padre de Antxon y eso ha supuesto en nuestras filas un choque.

- Cuéntame.

- Se habla de que han sido los socialistas o los comunistas. Ya sabes que el padre era el jefe de los guardias municipales de San Sebastián. Dicen que si Vivar estaba de acuerdo con los rebeldes. Eso había que probarlo. Entérate, si puedes.

- ¿Antxon lo sabe?

- Sí.

- ¿Y cómo ha encajado el golpe?

- Bien. Fue Juan quien se lo comunicó con bastante brutalidad. Se retiró del grupo para ocultar la pena. Al volver de nuevo nos dijo con orgullo.

- Por lo menos ha muerto como un bravo, defendiendo la piel como se debe hacer.

Antxon Vivar me era muy simpático. Había venido a nuestras filas unos meses antes, cuando ya la situación se iba decantando hacia la gran explicación entre las dos Españas. Yo le recordaba cuando en la terraza de los inmuebles de Larramendi lanzaba los petardos imitando a los andaluces:

- ¡Jezú! Qué ruido va a *jasé*.

- Para ocuparlo, lo hemos mandado del lado de Uva con el grupo de Germán.

XVI. SEXO Y REVOLUCIÓN

¿Es compatible una sociedad civilizada con la liberación de los instintos sexuales? –Sí– dirá Marcuse.

¡La tiranía del sexo! Sortilegio, goce, abismo, dolor, se hallan en la liberación del instinto sexual. Ley biológica que imprimía al individuo reacciones indomables y le descubría metas inaccesibles. Para satisfacerla las especies jugaban con la muerte. El hombre la seguía pese a las cortapisas, por encima del ridículo y del constreñimiento. Podía escapar por un género de castración voluntaria o por prohibición social. En este caso el fruto más legítimo se aparentaba a la frustración, creadora de tantos problemas psicológicos. Rotas las barreras morales en una explosión revolucionaria o social, como en el caso de las orgías carnavalescas que servían de válvula precisamente a ese instinto durante unos días, el empuje de las fuerzas biológicas se liberaba súbitamente. La noción de amor libre, la no menos célebre de «huelga de vientres» entre los iniciados a una demografía moderada, explotaban en el tumulto de las jornadas épicas y en la alegría de ver desaparecer un mundo arcaico,

basado en los privilegios de casta o de clase, únicos juicios de valor. Era un fenómeno digno de estudio, lo que demostraba la realidad de la represión sexual por la sociedad, en las diferentes revoluciones vividas por los hombres; el del aborto, por ejemplo. Al principio, el aborto se aceptaba y se volvía clínico y social, autorizado. Confusamente, el pueblo comprendía que había una relación entre la liberación económica y la liberación sexual. La pareja moderna salía ya del cuerpo social. Este, pues, trataba siempre de gobernar la formidable carga creadora de la actividad amorosa.

Y, claro está, el cuerpo social orientaba estas relaciones en el sentido del conservatismo dejando de lado la afirmación individual. De ahí que todas las leyes sobre la pareja y el matrimonio se hayan transgredido. La ley es barrera insuficiente para la sexualidad. La revolución –carga explosiva– acarreaba la exaltación sexual, rica en bienes culturales, en sentimientos reprimidos que se desencadenaban en la necesidad de intercambio que cada individuo conlleva; rica sobre todo porque no está mandada ni supeditada a una rigidez social. La sexualidad aparecía sin artificios en toda su desnudez. Esta exaltación la favorecían nuevas costumbres, la promiscuidad de los sexos durante el dinamismo revolucionario, el abandono de la mujer que perdía el apoyo de la familia o de los padres, el temor de morir en todo momento. La inestabilidad social no hacía sino acentuar la misma inestabilidad del instinto sexual, abotargado aun por la represión. La guerra favorecía el acoplamiento por la desaparición de ciertos obstáculos morales. Incluso las virtudes probadas vacilaban y se dejaban invadir por la ola amorosa que barría el campo revolucionario. A menudo,

el histerismo del triunfo o de la desgracia se terminaba en una fiesta nupcial. En resumen; esta exaltación demostraba el carácter efímero de las leyes sobre esta materia y el vigor y la continuidad de las leyes biológicas. Claro es, estábamos lejos del amor inefable –misterio, belleza, grandeza– con que nos lo disfrazan los poetas, los filósofos y *tutti quanti*. Seguramente que no lo encontraríamos en la cuneta de la carretera, en un foso o al abrigo de un talud, ni en los encuentros furtivos a la sombra polvorienta y humeante aun de las ruinas de una casa después de un bombardeo. Bajo las estrepitosas explosiones de bombas y obuses, el amor no hacia sino mostrar su vitalidad. Habría en esos acoplamientos un despilfarro de energías, pero era mucho más enriquecedor que el despilfarro permanente de las parejas que se acoplaban con resignación rozando las fronteras de la frigidez y de la impotencia. Así, muchas chicas se ponían pantalones y entraban en la danza de la acción.

Mucho se ha discutido sobre el papel desempeñado por la mujer en la revolución española, unos con ironía, otros con burla, otros con desenfado.

Yo digo que la mujer española marcó un paso adelante en su deseo de que no la considerasen mujer–objeto. Llevando pantalón mil rayas, una blusa y un jersey, esas chicas encarnaban las fuerzas de una raza femenina que fue enterrada por una civilización refinada y decadente y por la educación judeo–cristiana. El pelo ondulado al viento, recordaban a las heroínas que en la historia nacional supieron brillar por actos de bravura. No desmerecían en nuestros grupos, cuya divisa consistía en ofrecer las reservas físicas e intelectuales al país

para salvar el periodo agonizante subsiguiente a larga catalepsia gubernamental. Y entre esas chicas, Casilda había desempeñado el papel de miliciana con mucho valor a la sombra de Félix, quien la aconsejaba y la dirigía en los meandros de la acción. Casi influía sobre muchos jóvenes con su voz de mando empujándoles al combate. Muy desinteresada, se había entregado a la vida dinámica del miliciano, compartiendo las mismas vicisitudes que los hombres, por considerar que servía más a la causa en la calle. Liqui tenía entera confianza en ella, incluso en los momentos más cruciales. Casilda era su compañera desde que ambos fueron liberados del presidio por la amnistía de febrero de 1936, en donde purgaban severas penas por actos revolucionarios. La primera amistad se convirtió en sentimiento más tierno e íntimo. Nunca ostentaban sus lazos con besuqueos o manos entrelazadas. El sentimiento aparecía más bien en los momentos difíciles de un ataque o situación peligrosa. Allí estaban para respaldarse mutuamente.

Mientras tanto San Sebastián necesitaba la provincia; normalizarse, organizarse, crear el organismo de dirección que acabase con la provisionalidad del Frente Popular, heredero del incapaz gobernador Artola. Mal que bien, los partidos políticos y las organizaciones sindicales hicieron frente a la situación. Hubo severas agarradas, fricciones que rayaban la ruptura, ante los «paseos». Todos comprendían que el «paseo», justicia primitiva y brutal, debía acabar. Cada partido y organización debía dominar a sus huestes, para luego acabar con los incontrolados que satisfacían instintos ocultos en las células humanas. Así nació...

La Junta de Defensa

... el 26 de julio. La CNT y los anarquistas entraban por primera vez en un organismo oficial para dirigir la política de guerra y de organización social. Representábamos la savia ardiente de la innovación a la impugnación. ¿Sería canalizada debidamente en las nuevas estructuras que nosotros prefigurábamos en nuestras actitudes precedentes? El primer acuerdo consistió en lanzar el periódico «Frente Popular», órgano oficial de la junta. Sería respetuoso con todas las ideologías y no trataría de envenenar los desacuerdos, ni las rencillas, entre partidos y organizaciones. El primer número apareció el 27, poniendo en relieve la constitución de la Junta de Defensa con sus correspondientes Comisarías. En cada Comisaría había un representante de partidos y sindicales. Y cada uno de éstos era Presidente de una de ellas. Defensa recayó en el Partido Comunista quien nombró a Jesús Larrañaga, el ex seminarista. Cabe decir que la personalidad de éste, por carácter y dinamismo, fue la que decantó hacia la obtención por el Partido Comunista de esta Presidencia tan importante. A la CNT la representaba Falomir, ferroviario muy conocido por sus dotes oratorias y actividad sindical, huésped circunstancial en nuestra ciudad por aquellos días. La Diputación Provincial la cobijaba. La Comisaría de Abastos no sólo se encargaba del abastecimiento de la ciudad, sino que se ocupaba, de acuerdo con los sindicatos, de dar comer a quienes asediaban el cuartel de Loyola. Fue el hotel Central el encargado de este menester. Abastos nombró un delegado, quien se entendía con los enlaces del cerco,

quienes a su vez comunicaban las necesidades presentadas por los jefes de grupo de milicianos. También daban comidas en las Escuelas del Ensanche Oriental (Aldamar), diferentes bares conocidos por sus ideas progresistas como Jáuregui, Inchausti, El Riojano, etc. En las Escuelas de Amara, la CNT se ocupaba de alimentar a sus militantes. Asimismo, ocupó algunos hoteles, como el Hispanoamericano, para que descansaran quienes venían del cerco. Abastos prohibió la venta de carbón para necesidades domésticas. Prohibió asimismo la venta de ropa y calzado.

Todas las existencias debían servir para vestir y calzar a los milicianos. A fines de mes las colas hicieron su aparición delante de las tiendas de comestibles. Comenzaron a escasear el azúcar, el café y otros artículos, si no de lujo, menos indispensables en la alimentación humana. El gobierno de la República había puesto una suma a disposición de la Junta de Defensa para que pudiera hacer compras en Francia con vistas a abastecerse. Gracias a ese crédito San Sebastián pudo alimentarse sin grandes apuros. En esta Comisaría nos representaba Patricio Ruiz, nuestro secretario. Si se conseguía abastecer convenientemente era un buen punto en el devenir dramático de la ciudad. Esta Comisaría se instaló en la Casa Consistorial. A la Comisaría de Transportes le recayó la responsabilidad de hacer un censo del parque automóvil y de abrir algunas líneas de tranvías y autobuses, poniendo coto al desorden en el uso del transporte rodado. La presidía José Aguado, republicano. En ella nos representaba Pancorbo, el ex legionario, militante, después de una vida aventurera en diferentes países. Nos cupo a nosotros la presidencia de la Comisaría de Comunicaciones,

encargada del control del periódico y, claro está, de las comunicaciones. Se encargaba también de los mensajes familiares. El levantamiento militar había separado muchas familias y por medio de la radio se buscaba la manera de soldarlas. La Comisaría de Orden Público, la más difícil dadas las circunstancias, con la rebelión de los militares y policías, vivita y coleando en el cuartel de Loyola, creaba tensiones constantes, pues cada partido y organización se creía poseedor de la justicia. Se vivía en estado de guerra y la ley marcial la imponían las circunstancias. Recayó la presidencia en el Partido Nacionalista, partido que quería presentarse más allá del bien y del mal. Lo más difícil para ella no era los interrogatorios en busca del culpable, sino que el sospechoso no desapareciese en la vorágine de la venganza, puesta en libertad por el execrable levantamiento. La presidía Telesforo Monzón, ex diputado, el que asistió a la reunión habida en San Sebastián el mes de abril entre los militares y otros conjurados del golpe de estado. Era ya una referencia para aquellos que seguían de cerca la posición claroscuro del Partido Nacionalista.

En nuestra jerga irreverente de jóvenes dispuestos a romper con todos los tabúes de la sociedad española, le llamábamos el poeta, el niño bonito, el beatón, pues era una debilidad suya demostrar sus creencias religiosas. A mí siempre me han sido sospechosos todos aquellos que exhiben sus ideas sin ton ni son. Nosotros nombramos a Julio Gómez, panadero, viejo militante respetado, pero a quien una voz afeminada no le daba la autoridad para enfrentarse con militantes de otras fuerzas. La Comisaría de Finanzas nombró a José Imaz de presidente. A nosotros nos representaba José Iglesias. Me propusieron a mí,

pero Inestal y Ruiz echaron el grito al cielo y se opusieron rotundamente. Donde está ahora «lo está haciendo bien». Dejémosle tranquilo. Entonces, yo mismo propuse a Pepe por su seriedad y sus conocimientos. La Comisaría nombró un delegado en cada Banco. Había que evitar excesiva corriente fiduciaria y, sobre todo, la evasión de los capitales. Y ejercer vigilancia estrecha sobre las operaciones bancarias y un control serio. Sin embargo, garantizaba la salida de fondos a todo veraneante, casi sin cortapisas. Los altos cargos de la Banca no fueron molestados.

Esta vasta reorganización de la vida social y militar se vio animada por un hecho importante. El cerco del cuartel de Loyola entraba en nueva fase. Ante los ojos atónitos de los milicianos vieron salir una tanqueta que se dirigió al fielato. Llevaba bandera blanca.

En el fielato mismo se bajó un ocupante que se dirigió a las filas republicanas. Se trataba de Ignacio Aramendi, guarda rural, prisionero desde los primeros días de los militares. Era portador de unos pliegos correspondientes al cuartel y de las condiciones en que los militares aceptarían discutir la situación. Reunida la junta, acordó proponer estas condiciones:

Rendición incondicional.

Respeto de las vidas hasta el sumario.

Aconsejar el indulto en el caso en que los tribunales les condenaran a la pena de muerte.

En cambio, la Junta aceptaba que la representaran los diputados, pues paradójica a la altura del absurdo comportamiento de los militares, estos sólo aceptaban la discusión con los representantes del parlamento, con aquellos mismos contra quienes se sublevaban. No querían saber nada con quienes ahora dominaban en San Sebastián. Sabían que con estos la negociación sería más difícil. Restablecido el contacto con los militares, hubo sus dimes y diretes para llegar a un acuerdo en el sitio en que se encontrarían las dos delegaciones. Los militares se mostraron muy reacios en cuanto a alejarse excesivamente del cuartel. Por fin, la junta aceptó que diputados y militares se viesen cerca del Puente y a la vista de los sublevados y bajo el fuego de sus ametralladoras. Le interesaba ante todo acabar con el cerco y, para ello, no había que mostrarse quisquillosa. El día 27 tuvo lugar la primera entrevista entre cinco diputados y tres militares. El jefe del cuartel, Vallespín, se mostró intransigente, brutal, con frases como «el ratón imponiendo condiciones al gato». Carrasco en lo poco que habló se mostró favorable al acuerdo con la junta, siempre que los acuerdos se cumpliesen. En cuanto al comandante Erce se mostró francamente en disposición de concordia y, en cierto modo, de *mea culpa*. El gobernador militar, coronel Carrasco, había rogado a los diputados que acogiesen a un oficial enfermo y que le hospitalizasen. Se comprendía perfectamente que en el cuartel había dos corrientes: la de la capitulación y la de la resistencia. Vallespín insistía en que las condiciones de la junta no estaban de acuerdo con la relación de fuerzas. El cuartel tenía muchos hombres a echar en la batalla y mucho armamento. Desde ese instante él haría lo necesario para que los que

quisieran resistir fueran hasta el extremo. Pese a esta profesión de fe en la sublevación, Vallespín tuvo que admitir, en razón de la opinión de Carrasco y Erce que los militares estudiarían las proposiciones de la junta y que, al día siguiente, a la misma hora, darían la respuesta. Vallespín no dejó de mostrarse desdeñoso hacia sus compañeros. La atmósfera no dejó de ser leal, pero sin la presencia de Vallespín las conversaciones hubieran seguido un desarrollo más rápido. Y seguramente la cordialidad entre hombres hubiera, ganado y el sentimiento humano de la comprensión y del error hubiera abierto la brecha de una franca explicación. Probablemente, los militares hubieran salido ganando.

Es por eso que los diputados mostraron intransigencia y no salieron de los acuerdos. Pero pronto se dieron cuenta que los militares estaban en situación de inferioridad y que, por lo tanto, tendrían que plegarse a la ley de la necesidad. Sin agua, sin tabaco, sometidos a una higiene lamentable, no podrían aguantar mucho tiempo. La realidad de la situación, pese a la superioridad del armamento, les obligaba a parlamentar y con toda seguridad a rendirse más o menos pronto.

Reinaba en el cerco, como en el cuartel, un silencio absoluto. Los ojos estaban fijos en la entrevista que a la vista de todos se estaba efectuando. Separadas las dos delegaciones, los milicianos se preguntaban cuáles eran el tono y los resultados de estos contactos. Entre ellos, Liqui y Casi. En cuanto se marcharon los diputados, tres libertarios, desde la última villa de la aglomeración en donde habían pasado la noche, cogieron el Fordingo que les permitía pasar por los sitios más

intransitables. En un dos por tres se personaron en el puente que daba entrada al cuartel. Lo estaban atravesando el coronel Carrasco, con capa militar, y Erce. Vallespín ya se había retirado, completamente desolidarizado de sus compañeros de armas. Al crujir los frenos del Fordingo, Carrasco se volvió y acogió a los jóvenes con frialdad de tímpano:

- ¿Qué pasa, muchachos?

Con simplicidad rayana en ingenuidad, Liqui le contestó:

- Somos el pueblo.
- Ya, ya.
- Mire alrededor. No hay escapatoria.
- Sí. Tenemos que entendernos. Hemos decidido estudiar las condiciones de la Junta de Defensa.
- Es lo mejor para todos. Salud.

Los jóvenes dieron media vuelta. Se dirigieron a Eguia. El último puente, frente a las marismas de Amara, se quiso volar con objeto de aislar totalmente por carretera a los del cuartel, pero por falta de pericia o de carga, la explosión dejó el puente en pie, aunque bastante estropeado. El Fordingo lo pudo atravesar con mil precauciones. Y a toda mecha atacó la cuesta que conducía al barrio de Eguia. Los milicianos que guardaban la enorme barricada levantada en la encrucijada de Loyola y Polloe se quedaron viendo visiones al acercarse a toda velocidad un

coche con dos banderas rojinegras. Desde lo alto de la barricada, a la altura de un segundo piso, lo apuntaron creyendo en una encerrona. El Fordingo frenó violentamente y del interior saltaron los libertarios haciendo señas de calma. Liqui y Casi fueron reconocidos. Mix, con la autoridad de estar al tanto de los acontecimientos y de la aureola ganada en los hechos de la calle Larramendi, gritó, adelantándose a los acontecimientos:

- Hay que abrir paso. Los militares van a tener que aceptar. Están dando las últimas bocanadas. Abajo todo esto.

Aquello fue prodigioso. Se formó una cadena de seres que en poco tiempo dejaron el paso libre a la circulación rodada. La «vox populi» se encargó de hacer llegar a los oídos de San Sebastián que los cuarteles estaban en la agonía.

El rumor corrió tan rápido que llegó a mis oídos antes de que me lo comunicaran oficialmente y antes de que viniera a verme Liqui con un plan tan audaz que me dejó al principio entre admirado y asustado. A la luz de la probable rendición de los militares, me propuso la necesidad de apoderarnos del armamento del cuartel, con objeto de que las armas no fueran a parar a manos poco seguras. Según él no se debía repetir lo sucedido con las armas recogidas en el hotel María Cristina. El Frente Popular no distribuyó a la CNT ni una simple pistola. Larrañaga se las arregló para entregarlas a los suyos, a las M.A.O.C., Milicias Antifascistas de Obreros y Campesinos, y a los nacionalistas. Con habilidad, Larrañaga tiró el ascua a su sardina: No protestamos, pero la guardábamos bien presente. La caída del cuartel nos iba a permitir una revancha con creces.

Liquiniano justificó su plan:

- Tiene que salir la revolución triunfadora. Nada de política de partido, sea la del socialismo, del comunismo o del nacionalismo vasco.
- Tienes razón. Pero si hacemos eso, imagínate las secuelas. Todos se van a echar sobre nosotros. Sin embargo, el juego lo merece.
- Es ocasión única para afirmarnos como gran fuerza y como garantía revolucionaria. Conozco bien el cuartel, pues, como sabes, ahí hice el servicio militar y ahí fomenté un plante que me costó años de presidio militar. Tú encárgate del aspecto técnico del transporte. Con tres camiones nos bastará.

Yo sopesaba los meandros de la lucha política de los que Liqui se burlaba republicanamente. Yo conocía las reservas, las discusiones, entre unos y otros. Íbamos a incurrir en grave responsabilidad, incluso frente a la organización. Por fin accedí y me encargué de enviar los camiones detrás del cuartel, junto a la puerta de servicio. Luego consulté con Pepe Iglesias. Aunque salido de la pequeña burguesía, Pepe navegaba en el medio anarcosindicalista como pez en el agua. Le gustaba nuestro espíritu fraterno, nuestra generosidad y el olvidarnos de nosotros mismos. Además, nos admiraba por la osadía y las perspectivas nacionales que defendíamos. Recíprocamente, los jóvenes veíamos en él al espíritu maduro y al espíritu crítico justo. Con su seriedad acostumbrada, no vaciló en considerar nuestro plan conveniente. Y esa noche nos fuimos a pasarla en

el cerco Pepe, Consuelo y yo. Eran ya las once de la noche cuando llegamos arriba, al alto de Polloe. Andábamos en la oscuridad total y a tientas buscamos la trinchera que defendían nuestros amigos. Yo sentía cerca de mí a Consuelo quien ejercía una atracción cada vez más devoradora. Las vividas horas críticas, la autoridad ejercida sobre tantos hombres, borraron en mí el complejo adquirido a lo largo de mi encierro en diferentes presidios de querer con ganas a una mujer y, sin embargo, evitarla para demostrar el dominio sobre mí mismo. La miraba con arrobado interesado cuantas veces podía, sobre todo cuando dormía. La respiración regular del sueño justo me hacía desearla más.

Su pobre madre que vino a vernos cuando yo estaba enfermo unos días atrás se quedó de piedra cuando comprendió que su hija dormía conmigo en aquel piso. No se atrevió a reñirla, pero la mirada fue elocuente. Andando en la oscuridad, ella se juntaba más a mí, como si comprendiera mi estado de ánimo respecto a ella.

En el fondo no hacíamos sino repetir lo que ejecutaban las parejas desde los tiempos más remotos. Ya habíamos tejido la telaraña que nos envolvía visiblemente. Felina se apoyaba en mí. Nuestras miradas se cruzaban cargadas de mensajes biológicos. La pasé la mano por los hombros y así llegamos a la trinchera de los amigos.

El optimismo reinaba en el grupo. Los militares entraban por la vía de la capitulación. Entonces, la ciudad podría ocuparse seriamente de los navarros. Había mucha gente en la trinchera.

La tregua permitía esa reunión. Incluso nos encontramos con Valentín –había abandonado el taller– que quería, saborear los prolegómenos de la rendición.

Ver salir a los militares después de los días de sitio no era un espectáculo corriente. Cuando nos juntamos todos, Valentín estaba contando un espectáculo que le había extrañado:

- Tres de las muchachas que liberasteis de las Arrepentidas iban con un grupo de milicianos.

Iglesias, didáctico:

- Servirán de pasto a la ola sexual que va a cubrir el país. Una vez más la ley del péndulo se aseverará. El tabú sexual en nosotros tenía casi carácter hereditario.

- ¿Quién lo impedirá? –dijo Casilda. Está inscrito en la naturaleza de las cosas pese a todos los moralistas.

La noticia de Valentín dio en el blanco, pues Félix rumiaba las consecuencias de la liberación.

Por eso escuchó con atención las palabras proféticas de Iglesias. Le ganaba terrible contradicción.

Se preguntaba si esa liberación estaba bien fundada, como paradoja curiosa del hombre de acción. Las reflexiones de la madre superiora le servían de contrapunto. Y expresó sus dudas:

- Veis, me pregunto si no obramos a la ligera. Los impulsos

del corazón a veces nos hacen equivocarnos sobre la realidad de las cosas.

Casilda se enfadó:

- Siempre las teorías. Nuestra acción valía la pena. Eso cuenta. En su incultración forzada esas muchachas se hallaban moralmente en un estado lastimoso.
- No es eso, Casi. Me es difícil...

Pepe le socorrió:

- Quiere decir que hubo, además del impulso generoso, otro cómplice, oculto y materialista: el sexo, por ejemplo. Ese motor oscuro obró sobre ellas a pesar suyo.
- Quizás –concedió. No lo sé. Nunca me ha gustado reflexionar oficiosamente. Sin embargo, hoy dudo sobre la eficacia del acto.

Iglesias quiso alejar del espíritu de su amigo la posibilidad de un conflicto íntimo:

- Hicisteis bien en lanzarlas al mundo. La contemplación conviene a la gente que busca la perfección comulgando con el infinito. Para las chicas la existencia con todas las vicisitudes presenta mayor atractivo.

Valentín dio más detalles:

- Una de ellas, al verme, me saludó con el puño levantado. Quería decirme que estaba con el pueblo. Graciosa y alegre, se cogió al brazo de un joven.

Pepe concluyó:

- Lo que pasa es que ya comienza a fabricarse la generación de la guerra. Las incubadoras naturales se preparan a crearlas enfebrecidamente.

Piaroa parodió clínicamente una escena de amor:

- ¡Ah! esas mujeres que cortan el hipo. ¿Cómo no sucumbir? Son una tentación constante. Quitarle eso a la vida y decidme lo que queda. A lo sumo lo insulso.

- Calla con tus chorradas –protestaron muchos. Se hubiera dicho que cada uno se vio retratado en esos comentarios. Roque luchaba interiormente, preguntándose si debía descubrir un sabroso secreto. Por fin se decidió a hablar. Enfático:

- Sí, Pepe. Me parece que tienes razón con eso de la generación de la guerra. Aquí hay uno que se ha entregado a ese juego y que enmudece como una carpa.

- ¿Quién?

- Si se calla... yo no me atrevo... –dijo hipócritamente.

- Yo –confesó Valentín bajando los ojos como una doncella.

Sorpresa y alegría general en la trinchera.

- ¡Olé! –exclamó Piaroa dando un pase de torero.

Valentín, un conquistador, ¡formidable!

El místico aprovechándose de los placeres terrestres. Había sucumbido como el más vil de los mortales. Roque machacó aún más:

- No tiene mal gusto, no. Una rubita de cara virginal. Dentro de la mística, claro. Una chavala de pómulos sonrosados y línea esbelta. Manjar delicado, creedme, manjar de festín místico. Piaroa bromeaba:

- Pero Roque, estas torturando al pobre Valentín. No te burles así.

- ¿Cómo se llama?

- Mariquita. Valentín pronunció el nombre en un suspiro.

- Mariquita... de mi corazón –entonó Piaroa el estribillo popular. Grotesco, se arrodilló y se pegó el pecho y cerró los ojos. Alegría general. Incluso Valentín se reía a carcajadas.

XVII. ¡AH, LA MUJER!

Evolución de los hechos. Persistencia de las ideas.

Emile Roche.

Era difícil retrotraer esa evasión juvenil en una trinchera a la realidad. Quise exponer el motivo de mi visita, pero se me echaron encima gritando:

- Deja para luego, ¡hombre!

No insistí por el momento, tanto más cuanto que Roque, esa noche pretendía revelar las confidencias que sus amigos le habían hecho durante las horas de tedio en las malditas colinas que rodeaban el valle de Loyola. Sin duda, la tregua le daba pie a que sacara a colación ese juego divertido. Con tono misterioso:

- Hay aquí todavía alguien...
- ¡Aún! –le cortó Piaroa–. Se trata de una epidemia amorosa.

- ¡Y vaya mujer! Rostro clásico de rasgos regulares de virgen italiana, cuerpo escultural y vibrante. Arrogante, da la sensación de intocable. Pero nada detiene a los revolucionarios...

- Que se denuncie... –exclaman algunos.

- Yo –confiesa Juanito. Su mirada desafiaba a todos.

- Se sacrifica en el altar de Venus a toda pompa –gritó Piaroa, encantado del giro que tomaba la conversación.

- Explícate, ¡hombre! –le ruega Roque–. No les hagas sufrir.

- Una aventura extraordinaria, incluso increíble. Sólo en situaciones únicas pueden producirse tales cosas.

- ¡Vaya novedad! –se burla Piaroa–. Todos dicen lo mismo. La más bella, la más... Claro, un universitario ha sabido valorizar sus conocimientos...

- Estás lejos de la realidad, alcornoque.

- ¿Yo alcornoque porque digo las verdades?

- No os peleéis y cuenta, Juanito, tus aventuras –intervine yo para calmar los ánimos.

Juanito reflexionó algunos instantes. Después con tono natural:

- Corría yo por el Paseo de los Fueros, seguido por un grupo

de jóvenes del barrio de Amara, el día... el día de la toma del hotel María Cristina. De una de las villas salía una mujer, la mujer descrita por Roque. Lloraba con aflicción profunda. Vestida de negro, como una viuda, desamparada, debió descubrir en mí no sé qué potencia, pues me abordó:

- Usted es un jefe, ¿no?
- Yo, mujer...
- Sí, usted es uno de ellos. Haga algo por mi hermano. Le han detenido esta mañana.
- Tengo mucha prisa...

Nos rodearon todos los que me seguían. Sus miradas me invitaban a enviarla al diablo con sus historias familiares. Una frase me contuvo.

- Entonces la justicia revolucionaria es un cuento.

Quiso pronunciar al fin con rabia, pero la pena se lo impidió. Fue una protesta afligida y se puso a llorar de nuevo. La palabra mágica de justicia, invocada en esos momentos, me impulsó a escucharla. Me hubiera enfadado conmigo mismo si la hubiera abandonado en su desamparo.

- ¿Su hermano tenía actividades políticas?
- Ninguna.

- ¿Su nombre?
- Víctor Calatrava.
- No le prometo nada. Iré al gobierno civil y ya veremos.

En el gobierno civil, con nuestro representante sindical, consultó la lista de los detenidos. Allí estaba. ¿Qué delito? Ninguno. Fue recogido en un registro general de esa zona. Entonces, nuestro compañero le interrogó sobre su identidad, su situación social y sus actividades. Acaba de terminar sus estudios de ingeniero y pertenecía a una familia rica. Su padre, accionario de diferentes bancos y miembro de varios consejos de administración. Víctor y Encarna su hermana, se habían adelantado a los padres para pasar el verano en Donostia. ¿Su domicilio? Madrid. Consultamos con los otros colegas de gobernación y nada permitía creer en la culpabilidad del detenido. Entonces, decidieron ponerlo en libertad. Nuestro compañero me aconsejó:

- Acompañale hasta casa, no vaya a tener un mal encuentro por la calle.

Salimos juntos. Se parecía mucho a su hermana. Simpático, optimista ante la vida, pese a los malos momentos que acababa de atravesar. Al llegar a la villa me rogó que entrara. Y me encontré delante de Encarna. ¡Y de qué manera!

Sin ningún complejo se me echó al cuello y me plantó dos besos en los carrillos que me dejaron aturdido. La dureza de sus

carnes fue también cómplice de mi turbación. Y exclamó medio riendo y medio llorando:

- He aquí un hombre que cumple la palabra. ¡Qué alegría, Dios mío! Entre, por favor.

Yo estaba confuso. El zaguán lujoso contrastaba con mi mono sucio, mi barba de varios días, mi pelo despeinado y, mis botas polvorientas. Yo me sentía desplazado. Encarna adivinó mi pensamiento. Espontáneamente:

- Todo es suyo. Haga lo que le plazca.
- Sí. Está usted en su casa –agregó Víctor–. Tome un baño, aféitese. Le hará mucho bien. Quite unos minutos a su tarea.
- Me esperan los amigos –me justifiqué sin gran convicción.
- Sería una ofensa –intercedió Encarna simulando una mueca de enfado.

Y acepté...

- ¡Bravo! –exclamó Consuelo–. Hay que demostrar que no somos ogros.

Me acompañó al cuarto de baño. Ama de casa diligente me trajo jabón, alcohol y abrió el grifo. ¡Qué delicia! Cada célula del cuerpo suspiraba de placer. En el agua tibia me parecía flotar, perdido en fabulosa ingravidez. Volvió varias veces para traerme las toallas, la bata, sin prestar atención a mi desnudez. Yo,

amigos, a cada aparición la encontraba más apetitosa. Espiaba sus movimientos y os aseguro que no había nada místico en mis miradas. Cuando me vio afeitado, peinado, limpio, me dijo burlona:

- Ahora tiene los aires de ser alguien.

Me cogió del brazo con brío y me acompañó al salón. Víctor nos esperaba.

Sentados alrededor de una mesita guarnecida con tres copas y una botella de anís, ella escanció y al llenar la tercera copa me mostró el agradecimiento que la embargaba:

- No bebo alcohol. Hoy haré una excepción.

Brindamos en nombre de la Revolución. Su sinceridad se evidenciaba. Víctor me preguntó muy interesado por la situación social:

- ¿Cree usted que el gobierno republicano llegará a dominar la situación?

- ¡Cómo! –protesté–. El pueblo en la calle salvará la República, aunque se haya mostrado mezquina con él. Nada se opondrá a la marcha victoriosa en cuanto reunamos todas las fuerzas.

- Aquí, está el problema del cuartel de Loyola; allí, hay ciudades en las que los enemigos son vencedores.

- El cuartel caerá como el hotel María Cristina, recuérdelo. Todos los enemigos de la Revolución volverán a la vía de la comprensión.

Después de esta declaración contundente me despedí, no sin antes ser invitado a cenar aquella misma noche.

- Nos estás contando una página de novela –ironizó Iglesias–. Por lo menos tú no has escogido la sombra de los panteones, el cuadro fúnebre a lo dAnnunzio, para jurar amor eterno. Piaroa tosió para aclararse la garganta. Declamó bajo la mirada benevolente de los amigos:

- Pues a mí me gusta el cielo como tejado y los muertos como testigos de los amores, teniendo como cama la tierra, nuestra madre nutricia, respirando el aroma de los campos cercanos, símbolo de la multiplicación, experimentando las delicias del amor vivido lejos de la alcoba, lugar vergonzoso en donde el sublime sentimiento es humillado por el perfume barato y por el cuadro poco insinuante...

Consuelo le cortó:

- ¡Anda, cállate! Y dirigiéndose a Juanito:

- ¿Fuiste a cenar con ellos?

- No. No olvidéis que era el día de la rendición del hotel María Cristina y yo quería estar presente en el desarrollo de la ceremonia y las consecuencias.

Aunque Encarna se me aparecía como mujer deseable, el sentido de las realidades hizo que hasta el recuerdo se me desvaneciera.

- ¡Qué ingrato! –exclamó cómicamente Casilda.

- ¡Ah!, pero el destino, cruel y delicioso, me la envió al sindicato. El paso dado por Encarna debió ser violento. Tenía las mejillas encendidas. Me quede cortado. Más aún cuando con tono guasón me envió una andanada:

- ¿No tiene la burguesía derecho a algún miramiento?

- No he tenido tiempo –me excusé torpemente–. La lucha embriaga...

- Ya lo sé. ¿Y el teléfono? Es usted un ingrato.

La entrevista fue corta. Se marchó con la promesa de que iría a verles al día siguiente. Rehusar la amistad que me brindaban tan generosamente hubiera sido digno de un patán.

Llegué a las nueve de la noche, casi al crepúsculo. Una mesa bien provista. Acogida afectuosa. Nada de hipocresía. Encarna quiso agasajarme y darme confianza en ese cuadro, cuan diferente de la realidad brutal de la lucha emprendida por los militares contra el país, al comentar:

- Noté gran movimiento en sus sindicatos. La CNT atrae a la gente.

- Al pueblo le gusta la fuerza. Cree ver en nosotros el poder que liquidará el pasado. No le defraudaremos.

- Luchar por un ideal, dominar el escepticismo, vivir con una fe, llena la vida del hombre. Nada más triste que sentirse al margen de la corriente vital –se expresó con acento nostálgico Víctor por su ineficacia. Calló unos instantes y prosiguió:

- Entonces lo áspero y lo árido de la vida desaparece. Las aristas mortales, limadas por el espejismo del futuro, pierden la aridez de los ángulos. Les admiro a ustedes, quizás más por la acción que por el ideal que sustentan.

- Qué sería la acción sin el ideal, Víctor... Tiene que basarse en el espíritu.

- Acepto gustoso su explicación. No crea que le interrogo, pero me gustaría saber si piensan ustedes en ir lejos en sus afirmaciones revolucionarias. Ustedes pertenecen a una organización apolítica. Actualmente hacen política, ya que intervienen ustedes en los organismos de dirección de la ciudad. ¿Por qué? ¿Por pretender a su revolución libertaria o por temporizar?

Estas preguntas candentes me catapultaron al dominio de nuestra acción política que, por el ardor de la lucha, la había omitido completamente. Era verdad. Nos echamos a la guerra para oponernos a los militares y, ¡tente tieso!, nos encontrábamos mezclados íntimamente a la nueva realidad social. Calatrava miraba todo eso como espectador y calculaba

nuestras posibilidades de triunfo en la coyuntura. Confesé, pues, un tanto desconcertado:

- Iremos hasta donde podamos. Ellos lo han buscado... Peor para ellos.
- Y para todos –rectificó Encarna.

Piaroa protestó con vehemencia:

- Pero dónde está el amor. Yo, la política, ya sabéis, me la pasó por la cruz de los pantalones.
- Hice un canto a la Revolución. ¡Ah la Revolución! Cuán difícil era ceñirla. Forjadora de sueños la veía acometer los destinos del país. Yo me sentía avanzar en columna cerrada hacia Pamplona, ciudad que respira el incienso y el absolutismo.

No vibraban los pamplonicas sino dos semanas al año, durante las fiestas de San Fermín, bajo los vapores del vino, en una evasión tumultuosa de cincuenta semanas apagadas, neutras, agonizantes. Conquistar a Navarra sería quitar a los rebeldes una fortaleza. Esa tarea nos esperaba, aún cuando los navarros daban muestras de actividad por Oyarzun. Por eso lo imperioso de la caída del condenado cuartel de Loyola. Las montañas que nos separan de Navarra encierran un maleficio –concluí– y tenemos que acabar con él.

- ¿Por qué? –interrogó, impresionado, Calatrava.
- Ocultan la fuerza y la obstinación, el fanatismo y la voluntad

de vencer de los navarros. El primero que las salve victoriosamente ganará la primera parte.

- ¡Pues adelante! –exclamó Víctor ganado por mi idea–. Yo también seré de la partida. Mi saber y mi honor me pondrán a la disposición de aquellos que han sabido oponerse a la fuerza bruta. ¿Nuestro pueblo? Grande por su valor. El único que en Europa se ha atrevido a afrontar los designios del fascismo, forma política degradante.

- ¡Bravo! –aplaudió la hermana.

- ¿Y los padres? ¡Qué dirán!

- Lo sentirán y nos excomulgarán. Es clásico en estos casos. No importa. Le aseguro, nuestra neutralidad en esta ocasión nos producirá gran amargura. Puestos a escoger, nos quedamos entre ustedes.

Entonces Encarna me aclaró algunos puntos del pensamiento del hermano:

- No crea usted que en las palabras de Víctor sólo hay agradecimiento por el gesto en nuestro favor. Hacía ya varios días que discutíamos seriamente sobre la realidad española. Llegamos a la conclusión de que el mundo en donde habíamos vivido –al cual le debíamos nuestra educación– era una falsificación de la vida y una rémora para el progreso.

Yo comprendía el dilema en que se encontraban. El acento sincero no podía engañar a nadie. En el fondo, se pasa por ese

estado dialéctico cuando se plantea en cada uno de nosotros el problema ideológico. Roque no pudo por menos que ironizar:

- Nuevos adeptos en perspectiva. ¡Qué locura! Hasta los burgueses se sienten influenciados por las jornadas revolucionarias. Pronto ya no encontraremos enemigos.

- ¿Y el amor? –insistió Piaroa.

- A eso voy. Llegó a su debido tiempo. Cenamos. Encarna nos trajo un café humeante y perfumado y los licores. Poco después Víctor se levantó diciendo:

- Voy a visitarle a un colega. En estos tiempos tenemos que respaldarnos mutuamente.

- Ten cuidado, Víctor. No lo pasees demasiado por las calles.

No insistía. Estaba visto que quería dejarnos solos. Y así llegó el amor, imperioso, con la vitalidad de dos cuerpos jóvenes que se buscaban y se entrelazaban.

Cantó un himno triunfal cabalgando la flecha que hiere y no mata. Transformó nuestros sentimientos y reavivó nuestra savia. Y lo respire hasta hartarme. Al abandonar la casa con la nostalgia del enamorado, me murmuró al oído:

- ¿Volverás?

- Soy tu esclavo.

- Ya está el español –dijo riendo–. Hiperbólico e imaginativo...

- Eso es todo, amigos míos.

Iglesias, después del desenlace, comentó sabiamente:

- Esos amores prueban la unión de la reacción con la revolución. La duquesa de Alba y Goya en pequeño. Aquello produjo «La maja desnuda», según las malas lenguas. Veremos lo que nos producirán esos...

- El amor –aclaró Consuelo–. Es lo bastante.

- No lo sabemos –dudó Pepe–. Pudo haber curiosidad o gratitud. De todos modos, Encarna se ha burlado majestuosamente del tabú sexual.

Juanito concluyó seriamente:

- Yo os digo que Encarna es afectuosa, bella y que me gusta. No os preocupéis de lo demás.

Satisfecha, pues, la curiosidad y la necesidad de descansar para estar frescos al día siguiente, favoreció el que yo pudiese intervenir y explicar cómo dejaría los camiones cerca de la tejería de Eguia para realizar los planes de la recuperación del armamento del cuartel. El entusiasmo fue general. Luego nos volvimos a la ciudad, Iglesias, Consuelo y yo.

XVIII. LOS CUARTELES DE LOYOLA

La moral del más bravo general se queda minada. No es extraño, pues, que el desgraciado, en cuanto las circunstancias se prestan, busca en el golpe de Estado –legal o no– las satisfacciones profesionales que se le niegan.

Robert Scarpit.

¿El levantamiento de San Sebastián? Una caricatura. ¿El rasgo más característico? La desorientación, motivada por una vacilación inicial que pesaría después en el comportamiento de los rebeldes. Las medias tintas eran peligrosas para un pronunciamiento. Se rumoreaba que un general no acudió al llamamiento. De ahí la falta de unidad de acción indispensable para dirigir la lucha. Con o sin general, cuando se tiene fe en una causa se lucha sin reservas. No era extraño, pues, que sus colegas del resto de la península se hayan burlado y las hayan execrado, pese al fin trágico. A esta indecisión de origen se alía el desaliento. Sin los socorros de Navarra los rebeldes no podían

resistir el cerco. Este estado derrotista lo evidenciaba las inscripciones: «Urgen refuerzos», «Situación crítica», «Digan situación Beorlegui», escritas en el suelo con letras colosales para ser distinguidas desde un avión. Llamamiento patético y revelador. Desde el 16 de julio los rebeldes no obtuvieron una sola victoria importante antes del mes de agosto. Sin ayuda extranjera estaban completamente perdidos. Según los frentes de guerra, los rebeldes buscaban un objetivo primordial: cerrar la frontera a las fuerzas populares en Badajoz con Portugal, en Irún con Francia.

Pero sobre todo era el dominio del estrecho de Gibraltar que les era indispensable para acarrear el material, el armamento y los hombres, pues los frentes eran vastos y extensos.

El estrecho lo guardaban un acorazado, tres cruceros, varios torpederos y ocho submarinos. La marina, en su conjunto, se mantuvo republicana gracias al valor de las tripulaciones. Por eso, por esta presencia, los rebeldes comenzaron a enviar refuerzos a la península por los aires, primero con medios de fortuna, luego con la ayuda de los italianos que aportaron aviones de combate y de transporte. Las dos primeras semanas, los rebeldes no pudieron forzar el bloqueo de la marina republicana. Los encuentros entre la aviación italiana y las unidades navales republicanas fueron cada vez más frecuentes. Incluso ya la aviación italiana penetró en la península para bombardear Guadix y Badajoz. El primer paso se había dado ya para la internacionalización del conflicto. Y un hecho sintomático se produjo. La escuadra republicana iba a abastecerse de mazut a Tánger. De esta manera podía

bombardear las costas marroquíes. Franco protestó por la violación de la neutralidad del puerto internacional: Las potencias firmantes del estatuto de Tánger–Francia, Inglaterra, Italia, Portugal –enviaron navíos de guerra para respetarla. Franco ganó este primer pase de armas internacional, ya que las unidades republicanas no pudieron abrigarse más en ese Puerto. No hay que olvidar la presencia de las tropas franquistas en la frontera de esa zona internacional. El jefe de control reclamó de Madrid la retirada inmediata de la escuadra. Esta obedeció. Aprovechando el envío de aviones italianos con su tripulación, Franco decidió forzar el bloqueo. Un convoy protegido por los aviones y por las pequeñas unidades navales sometidas a su autoridad, así como el cañonero «Dato», salió el 5 de agosto de la costa africana para llegar a Algeciras con tres mil hombres y material. Cinco barcos mercantes de la Compañía Mediterránea descargaron, demostrando así que podía establecerse el enlace necesario entre el protectorado y la península. El día 6, Franco trasladó su cuartel general a Sevilla. Ya estaba seguro del apoyo italiano. Todo esto lo seguíamos por la prensa extranjera que nos llegaba de Hendaya. La guerra tomaba el aspecto de ser larga y compleja. Y en San Sebastián seguíamos teniendo la pesadilla del cuartel de artillería de Loyola.

Amaneció. La segunda entrevista entre los diputados y los militares iba a celebrarse a las siete de la mañana. Todo estaba preparado. Gran bandera blanca frente al cuartel por el lado de las fuerzas populares y otra en el recinto militar. Un cielo nuboso escondía las crestas elevadas, pero permitía la aparición del sol por intermitencias, acariciando el valle del Urumea e iluminando

el teatro guerrero. La noche había transcurrido entre la angustia de un avance navarro y la esperanza de un acuerdo con los sitiados. Los diputados Lasarte, Amilibia e Irujo se presentaron en el mismo sitio que la víspera, cerca del puente. Dos diputados faltan: Picavea e Irazusta. En cambio, los militares son más numerosos que el día anterior. Entre ellos el oficial enfermo. Y una ausencia de marca: el teniente coronel Vallespín. Traen una carta escrita de la mano de Vallespín en la que trata de salvar los muebles de los rebeldes. Esta ausencia favorecía un acuerdo rápido. Al oficial enfermo lo trasladaron al hospital.

Y entonces los diputados, para ganar tiempo, exigieron que los militares devolviesen al gobierno de la República el cuartel con todo el armamento y el dinero. Los militares vencidos, aceptaron rendirse dos horas más tarde, el tiempo indispensable para hacerlo ordenadamente y con garantía de la vida de ellos.

- ¿Dónde está Vallespín?
- Se ha escapado durante la noche. No quería rendirse. Creemos que ha sido la mejor solución.
- ¿Ha ido a encontrarse con Beorlegui para tratar de salvar el cuartel?
- No lo sabemos. De todos modos, ya es tarde.
- Prepárense a entregar el cuartel a las nueve.
- Conformes.

Los militares se volvieron al refugio tristes y resignados. El comandante Erce se quedó unos instantes contemplando las aguas del río. Pensaba probablemente que era su último paseo de hombre libre. Pero estaba orgulloso por haber contribuido a evitar el choque entre los militares y el pueblo. Nosotros pusimos en marcha nuestro plan. Los tres camiones nuestros, por la carretera de Hernani, en lugar de pararse junto al río, como los demás, se apostaron en la puerta lateral. Mientras tanto, nuestros hombres, deslizándose por las abruptas pendientes que iban casi a tocar los muros del cuartel, se acercaron. Liquiniano conocía perfectamente los lugares por haber hecho el servicio militar allí. Vivió meses de celda penosos, condenado a diez años de prisión militar, como organizador de un plante en ese cuartel contra la mala alimentación, pues las celdas sumamente pequeñas se aparentaban a tumbas. Era una tradición en el ejército que los oficiales de semana sisasen del presupuesto alimenticio por turno. Todo se desarrolló a pedir de boca.

Los soldados subían a los muros y les hacían signos de que saltasen. La mayor parte estaban en mangas de camisa, algunos llevaban boina, creyéndose ya libres de la carga militar. Fueron estos soldados los que abrieron la puerta lateral para que nuestros camiones entrasen los primeros. Así, pues, nos hicimos los dueños del cuartel. Nadie se había percatado de nuestra maniobra. Los sitiadores habían abandonado el cerco y esperaban cerca del cuartel, unos en la carretera que venía de Eguía, otros delante del cuartel o en las colinas próximas. Para los libertarios el espectáculo fue edificante. Los oficiales retiraban sus galones, ponían las guerreras abandonadas por los

soldados, trataban de parecer simples reclutas. Liquiniano reconoció a algunos que durante su proceso se mostraron benevolentes. Simuló que no los conocía. Los libertarios no estaban allí para castigarlos, sino para armar al pueblo. Un hecho vino a favorecer la adquisición de las armas en la persona del sargento Vázquez que apareció gritando:

- ¡Liquiniano! ¡Liquiniano!

Le había reconocido el sargento cuchara que a fuerza de años había llegado a ser sargento instructor. Abriéndole los brazos, como quien encuentra a un salvador, se le acercó:

- Acuérdate, Félix, cómo lo dejaba salir de la celda a pasear cuando lo condenaron en contra del reglamento. A Liquiniano le interesaba otra cosa que recordar tiempos pasados. Autoritario:

- ¿Quién tiene las llaves del depósito de armas?
- El capitán Conrado.
- Dile que lo de las llaves en seguida y sin réplica.

Vázquez desapareció encantado de ponerse al servicio de los ganadores. Encontró al capitán en el cuarto de banderas. Aquí jefes y oficiales estaban preparándose a la rendición.

- Mi capitán, ¿quiere darme las llaves del armamento?
- ¿Para qué?

- Para dárselas a los revolucionarios. Están dentro y con los naranjeros dispuestos a meternos mano.
- El Frente Popular va a llegar de un momento a otro.
- Deme las llaves, va a ser mejor si queremos salir vivos de aquí.

El capitán accedió. Después de todo ya no le concernía el depósito. Los revolucionarios se las arreglarían con las autoridades republicanas. Vázquez volvió con las llaves. A todo correr entraron en el almacén y se quedaron deslumbrados ante lo que consideraron como Eldorado del armamento. En esto, unos soldados abrieron la puerta lateral y los camiones avanzaron. Liquiniano ordenó:

- Todos a cargar. Pronto.

Soldados y tres o cuatro sargentos se encargaron de la tarea. Mientras tanto, la larga fila de coches que representaba el cortejo oficial se paró en el puente medio dinamitado. Luego se adelantó a pie para apoderarse del cuartel en nombre de la República. Entre las personalidades conocidas el diputado Amilibia, Larrañaga, comunista que representaba a Guerra, el comandante García Larrea que sustituyó al comandante Pérez Garmendia después de la desaparición de éste en los alrededores de Oyarzun, pese a los esfuerzos que hizo González Inestal, nuestro compañero que le acompañaba en la incursión por traerlo hasta nuestras filas pese a la grave herida del comandante. Se hallaba también Leizaola, secretario de la

Diputación de Guipúzcoa. Había periodistas y fotógrafos. La rendición iba a ser inscrita en la película para la posteridad. Este lado protocolario favoreció la realización de nuestros planes. Abiertas las puertas de par en par, las autoridades republicanas se presentaron ante los jefes y oficiales en un género de la rendición de Breda, de Velázquez. Instante solemne y patético. La transmisión de poderes se hizo con sencillez. Mientras tanto, a las órdenes de Liquiniano se iban cargando los camiones. Los libertarios se creían encontrarse en un arsenal de tipo jauja.



Los cenetistas salen del cuartel de Loyola tras el golpe de mano que les permitió hacerse con el armamento

Y cuando en uno de los almacenes estaban ocupados en cargar la munición para las ametralladoras y los naranjeros, apareció Larrañaga, seguido de Leizaola. Al verlos, Larrañaga se percató de la realidad. No hubo necesidad de explicaciones.

Cerrando los puños se cagó en Dios. Larrañaga siempre me fue simpático. Enérgico e inteligente, no es extraño que en el Frente Popular jugase un papel preponderante. Antiguo seminarista, había conservado ciertas fórmulas clásicas de la enseñanza religiosa. Se dio pues media vuelta jurando como un carretero. Se daba cuenta de que la relación de fuerzas tomaba otro carácter y que a la CNT habría que tratarla con guante blanco. El Frente Popular se encontraría dueño de los cañones y de los obuses únicamente, y algunas ametralladoras que no tenían munición. A esta escena muda, pero cuán dramática para los oficiales, asistió Leizaola en espectador también mudo. La verruga que le afeaba a este la nariz parecía vibrar de cólera dominada y no blasfema, como la de Larrañaga. Así se terminó este episodio que tanto iba a dar que hablar, como me lo imaginaba. Los camiones se dirigieron a Bidebieta, en donde los pescadores de Trintxerpe habían instalado el cuartel general. Las autoridades se encargaron de los prisioneros y dieron la libertad a los elementos civiles que fueron hechos prisioneros por los rebeldes durante el ataque a San Sebastián. Estos saltaban de alegría después de haber visto el cielo oscuro durante el cerco. Entre los detenidos había:

Artillería: 3 comandantes, 5 capitanes, 12 tenientes y 7 alféreces. Zapadores: 1 comandante, 5 capitanes, 3 tenientes y 6 alféreces.

Carabineros: 1 coronel, 1 teniente coronel, 2 comandantes, 2 capitanes, 2 tenientes y 2 alféreces.

Guardia Civil: 1 coronel, 1 comandante y 1 capitán.

Había también 21 policías y 12 paisanos pertenecientes a diferentes partidos de derecha. En total, 86.

Rodeados de milicianos armados, el impresionante grupo de prisioneros fue conducido a pie hasta el puente. Aquí arrancó el cortejo camino de la ciudad. Carrasco, tratado con muchos miramientos, ocupaba un turismo. Le acompañaba el comandante García Larrea. Los otros presos montaron en camiones.

Caras dramáticas las de aquellos hombres, las del vencido que se plantea el terrible dilema del porvenir incierto. El uniforme arrugado y sucio recuerda su antigua condición. En la Plaza de Guipúzcoa fueron recibidos hostilmente, pero nada grave pasó gracias a la autoridad de los dirigentes de partidos y sindicales. Amilibia habló al público desde el balcón de la Diputación y anunció que los prisioneros serían procesados y conducidos a un tribunal cuanto antes, con todas las garantías de defensa para ellos. Recomendó paciencia y serenidad. Nada de cometer actos injustos con hombres desarmados. El pueblo se retiró y se esparció por la ciudad creyendo en la justicia popular.

El cerco había producido graves daños a los caseríos del Alto de Eguia, particularmente a Txukoena, Moscotegui, Udamberri, Etxetxo, Sibili, Tunis, Lorencienne, Sibili. La junta tuvo que

ayudar a sus moradores para que pudiesen albergarse y proseguir las faenas del campo. Pero la gran polvareda del cerco fue el hecho de que los jóvenes libertarios se hubiesen apoderado de las armas del cuartel. Hubo un griterío cacofónico. Nuestros representantes oficiales fueron los primeros sorprendidos y tuvieron que arrostrar una responsabilidad que, en realidad, no les incumbía. A todos quienes invectivaban a la CNT por semejantes procedimientos prometían que las armas se repartirían debidamente entre todos los elementos de la junta.

Fueron los nacionalistas y los comunistas los que calificaron de traición. Entonces comprendí verdaderamente que ese hecho representaba mucho más que la simple toma de las armas. Paletos en política no comprendíamos aun que la relación de fuerzas era el abc del equilibrio favorable o desfavorable. Los partidos políticos en seguida captaron la importancia política y económica de la nueva situación. Para mí significaba una revelación, pues en el ambiente de combate y de sobrevivir no mirábamos ese aspecto político. A poco, Patricio Ruiz y González Inestal me llamaron para que les pusiera en antecedentes de lo ocurrido. Cuando les conté hicieron algunos remilgos, pero en el fondo estaban contentos de que hubiéramos obrado así. En el Frente Popular se decía que habíamos dado un golpe de estado los de la CNT y que el Frente Popular estaba a la merced de los anarcosindicalistas. El secretario vino a verme. Había que preparar la parada de las discusiones del Frente Popular en donde nos atacarían continuamente. Sabía que para la buena armonía del conjunto antifascista era necesario calmar a los partidos y a las organizaciones obreras.

- ¿Por qué habéis hecho eso?

- Muy simple. En la distribución de las armas siempre hemos sido los de la CNT la cenicienta. Y eso se ha acabado. Es muy bonito escuchar continuamente, todavía me lo decía ayer Sasiain, el ex alcalde que la CNT había salvado a San Sebastián. En, cambio, se nos impedía reforzarnos con armas.

- Es que la habéis hecho gorda. Si hubieras visto nuestras caras delante de los otros miembros del Frente Popular... No sabíamos cómo capear el temporal.

- El secreto era la clave del éxito. Ahora vosotros, amigos míos, porque pertenecéis a un Comité extrasindical, no vais a ser mas papistas que el Papa. Que los otros protesten. Nosotros estamos en posición de fuerza.

- Seamos razonables, Manu. Debemos cohabitar con todo el mundo.

- De acuerdo si todos se comportan lealmente.

- Bueno. Háblame del botín. ¿Cuántos fusiles?

- Están haciendo el inventario. Se calculan alrededor de mil cuatrocientos fusiles.

- ¿Ametralladoras?

- Pocas.

- ¿Munición? –Bastante, pero habrá que fabricarla en nuestros talleres.

El teléfono. Estaba al aparato Tatxo Amilibia, el diputado socialista. Me habló sin preámbulo:

- Oye, hay urgente necesidad de enviar gente armada a Rentería, unos ciento cincuenta hombres. Parece que los navarros se acercan a la villa. ¿Podéis armarlos?

- Claro que sí. Nosotros pondremos la mitad de los hombres y la otra mitad que venga aquí a ser armada.

- Muy bien. Te enviare ocho camiones y que desde la CNT salgan todos camino de Rentería.

- Vale. Entonces me dirigí al secretario:

- Ya ves, el armamento será distribuido en función de las necesidades. Mientras sea empleado nunca diremos que no a nadie. Se ha acabado de que las armas vayan a la basílica de Loyola para engordar a los nacionalistas que únicamente están pensando en sus planes políticos.

Todavía no han tirado un tiro. Eso de que hemos dado un golpe de estado, como están diciendo los nacionalistas, es una broma. Amilibia sabe muy bien que nosotros no somos capaces de guardar las armas para un museo y menos aún Larrañaga. Puedes contar a tus colegas del Frente Popular la conversación que he tenido con Tatxo.

- Ahora voy comprendiendo mejor lo que habéis hecho sin contar con la organización. Te dejo y preparad bien la operación de Rentería.

Hacia las seis de la tarde salieron de la calle Larramendi los ocho camiones con ciento cincuenta hombres, dotados con sendos fusiles y munición a defender Rentería ante el empuje de los navarros. La expedición despertó curiosidad en el vecindario. Gritos y juramentos. Órdenes y contraórdenes. Y cuando se instaló una ametralladora pesada con su alto trípode, vivas y aclamaciones acogieron aquella presentación, en un camión, la gente se creyó más segura de sí misma. Esos hombres llevaron a Rentería un aliento que falta le hacía. Al verles armados la idea de la resistencia se afirmó. Al enemigo le costaría llegar al mar cortando Irún de San Sebastián. La gran ametralladora se colocó en la torre de la iglesia desde donde batía buena extensión de campo.

Se puso a escupir para ensayarla y para hacerle ver al enemigo invisible que la caída del cuartel de Loyola había cambiado los datos del problema en la frontera. Rentería se defendería contra viento y marea. Desde Oyarzun, desde las alturas que dominan la carretera nacional, los navarros cortaban la circulación. Se salvaba esta dificultad pasando por Lezo y circulando por la carretera vecinal a lo largo del monte Jaizkibel. Luego se volvía a la nacional hasta Irún. Claro está, la ciudad fronteriza se preguntaba como resistir a los navarros. Los S. O. S. se multiplicaban. En la frontera sólo había algunos carabineros inconscientes de lo que se ventilaba en la batalla. En cambio, los rebeldes, vencidos en la provincia de Guipúzcoa, gracias a la

bella resistencia de San Sebastián y la habilidad demostrada para terminar con el asunto de Loyola, comprendieron la necesidad de atacar Irún y Behobia. Pronto se iba a librar la primera batalla del Norte con fuerte aparato militar.

XIX. AHORA, LA GUERRA

La necesidad, vaya violenta maestra de escuela.

Montaigne.

El refuerzo de las posiciones en Rentería acarreó la confianza y la calma en San Sebastián. El peligro navarro ya no parecía inminente. Corriendo por las alturas próximas a Oyarzun, Félix y su hermano José Antonio que trabajaba en una farmacia en Hernani, con un grupo de reconocimiento, se preguntaron por qué no se les atacaría a los navarros por detrás. Dominando las crestas fronterizas se podía cortar la cuna que presentaban los rebeldes en la zona de Oyarzun. Vueltos a las posiciones discutieron entre ellos la viabilidad de una operación que demostrara el espíritu de iniciativa en el dominio desconocido de la guerra. Con mucho optimismo se contestaron que sí. Al ver entrar a Liquiniano, acompañado de Iglesias, me dije que algo serio me iban a presentar. Varias personas estaban haciendo antesala para presentarme mil dolencias propias de la situación excepcional en que vivíamos. Yo hacía todo lo posible por

sacarlas del atolladero. Sobre todo, cuando se trataba de detenciones. Yo había pasado por ello y sabía la amargura. Les dije que me esperaran o que volviesen por la tarde. Iglesias me dijo:

- Deja todo eso. Tenemos que discutir.

Pasamos a una salita en donde podríamos hablar tranquilamente. Nos sentamos en los bancos de clase como para escuchar una lección. Fue Iglesias el introductor:

- Venimos a proponer a la organización un plan de ataque que descargara a San Sebastián. Ya que tenemos las armas demostraremos que podemos hacer operaciones contra el enemigo en plena montaña.

- Es peligroso. Nada sabemos del arte de la guerra.

Liqui intervino:

- ¿No recuerdas las excursiones que hacíamos a las Peñas de Aya? Pues bien, se trata de salir de Irún hasta dar con el camino del abastecimiento de las tropas rebeldes en Oyarzun y cortarlo.

Hacía cuarenta y ocho horas que el gobierno republicano nos había enviado dos militares: el coronel San Juan y el capitán Montaut, para dirigir las operaciones dichos militares y eventualmente la defensa de San Sebastián. Les dije que sería conveniente consultar con ellos antes de emprender nada. A mí me parecía el plan viable, pero sería mejor si en la expedición pudiéramos contar con algunos caseros andarines que

empujaran a los componentes de ella, la mayoría sin duda marinos de Trintxerpe.

Decidimos que Iglesias y yo propondríamos el plan a los militares, a tiempo que les pedíamos un buen mapa de la frontera, y que Liqui iría a Irún para que en el «batzoki» le dieran algunos jóvenes vascos conocedores del terreno y buenos montañeros.

El Círculo Mercantil formaba parte de la atmósfera de la ciudad. Hermoso edificio, buen emplazamiento en Alameda frente al Casino. Numerosas familias ardían por pertenecer. Era el centro de la pequeña burguesía. Conferencias de pretensiones intelectuales querían mostrar el interés acordado al arte y al espíritu, pero en realidad el Círculo servía de distracción y de diversión con bailes y fiestas. Los jóvenes de la clase media tenían horror a mezclarse con los asiduos de La Perla. Estimaban que en la Perla se frotaban al pueblo y que en el Círculo Mercantil la atmósfera se conformaba mejor con sus pensamientos y fines nada elevados. Las chicas de cara mona pensaban en cazar a un petimetre, pájaro abundante en ese medio y acudían esperanzadas. Presuntuosas, lo eran mucho más que Sancho en busca de la ínsula. En los sótanos de este Círculo tenían las oficinas los dos militares recién llegados de Madrid. Entramos como Pedro por su casa. Varios mapas en las paredes, dos mesas –una para el jefe y otra para su ayuda de campo– llenas de papeles dibujados. Dos hombres estaban examinando un mapa extendido sobre una mesa en el que algunas banderitas rojas marcaban los frentes del sur y del norte que defendían a San Sebastián. Al oírnos entrar se incorporaron

y nos interrogaron con la mirada. San Juan llevaba una chaqueta de cuero, camisa militar y corbata verde, cuyo nudo pretendía esconderse bajo el cuello de la camisa, un pantalón de paisano completamente arrugado. Bajo, delgado, no parecía tener personalidad enérgica. Se diría un militar honrado, leal a la República por el juramento y nada más. En cambio, Montaut impresionaba más. Más inquieto también. Se veía en él que deseaba subir el escalafón y la ocasión se presentaba a pedir de boca, pues en el campo republicano los militares de carrera escaseaban. Hablador, había descubierto el punto débil de los paisanos en materia guerrera y les hacía comprender las grandes virtudes de los hombres educados en las Academias Militares. En resumen, un ambicioso.

Un mes antes una irrupción de este género en una oficina de Estado Mayor hubiera sido inconcebible. Ahora se admitía todo en una sociedad democrática y revolucionaria. Nos presentamos Iglesias y yo en nombre de la CNT. Abrí el fuego:

- Venimos a exponerles un plan de defensa de Irún.
- Uno más...

La sonrisa irónica de Montaut y la mirada dirigida al jefe decía más de la cuenta. Esta acogida burlona nos estimuló. Iglesias replicó masticando las palabras:

- Uno más o uno menos... Sepan que no nos gusta perder el tiempo.

Mordaz, intervine:

- El deber de ustedes es escucharnos. Sean francos. Son ustedes figuras decorativas. Nadie sigue sus consejos. Sin embargo, nosotros, los anarcosindicalistas, venimos a explicar nuestras intenciones en la frontera y a que nos las rectifiquen, si hay lugar.

San Juan, confuso, accedió. Sobrepassados por los acontecimientos, parachutados en la ciudad sin el menor conocimiento de la atmósfera reinante, chocados por la indisciplina natural, dadas las circunstancias, no sabían cómo ejercer su cometido.

- Hablen.
- Se trata de llevar fuerzas a Irún enviadas desde Pasajes.
- Sigán. Ambos militares se interesaron súbitamente. Husmeaban algo serio.
- Hay que pedir a Irún el abastecimiento de estas fuerzas, cuya misión consistirá en atacar el flanco enemigo para cortar la curia avanzada de Oyarzun. Según los resultados se estudiaría la necesidad de penetrar en Navarra.

Instintivamente los cuatro nos inclinamos sobre el mapa desplegado en la mesa y estudiamos el recorrido propuesto. Puntxa, Endarlaza, Erláiz, Pikoketa, Pagogaña, Peñas de Aya, se presentaban como los puntos que había que defender para conservar la frontera irunesa y, claro está, San Sebastián.

San Juan objetó:

- ¿Y los medios? El plan, teóricamente válido, comporta la incógnita de las posibilidades para obrar.

Prepararemos varios camiones. Los pescadores de Trintxerpe se unirán a esta expedición. Podremos contar con un centenar de hombres.

- Muy bien, pero sería mucho mejor que se transformaran en guerrilleros, en acosadores más que en soldados. Harían mucho mal por esas montañas –comentó Montaut.

- Ya lo hemos pensado y para ello un amigo nuestro está en Irún para ver si puede en el «batzoki» arrastrar a varios jóvenes montañeses. No estamos seguros de que lo obtengamos, pues ya sabe que el Partido Nacionalista Vasco no ha entrado aún en la batalla. De todos modos, la operación la llevaremos a cabo con nuestra gente.

San Juan rectificó inmediatamente:

- Los problemas políticos no me conciernen. Claro, yo estoy por la concordia, pues si no nos unimos todos el enemigo se encargará de destrozarnos uno a uno.

Montaut nos miraba fijamente. Pertenecíamos a los anarcosindicalistas que le habían pintado como terribles aguafiestas y peligrosos. Y comprobaba que de quienes se habían acercado a ellos, los desplazados de Madrid, éramos nosotros los más cooperativos y lucidos. No nos quería, pero

reconocía que gracias a nosotros, quizás, se podría guardar la frontera. Su jefe tenía razón. Ellos no estaban allí para juzgar las fuerzas políticas y sindicales.

San Juan se abrió a nosotros:

- Debemos salvar Irún. Tarea esencial. Mientras guardemos la frontera podremos esperar la llegada de armamento y de abastecimiento. Miren el mapa. La situación de la costa cantábrica es desfavorable. Se trata de una banda de terreno frente a gran extensión del enemigo. Él tiene libertad de maniobra. Mientras que nosotros...

Después de corta pausa:

- Puedo certificarles que el Gobierno de la República esta dispuesto a enviarnos armas, incluso quitándolas a otros frentes menos estratégicos. Ha comprendido el valor de la frontera.

- Da gusto oírle.

Nuestra espontaneidad hizo sonreír a ambos. Civiles y militares nos acercamos de repente. La entrevista salía a pedir de boca. A esta euforia puso fin Iglesias:

- ¿Cómo se abastecerá a esos hombres?

- Ya haremos lo necesario con el Frente Popular de Irún.

Esto nos pareció muy vago e insistimos:

- Hay que considerar la organización de la intendencia militar. Con esta pequeña operación se va a abrir un nuevo frente en la montaña con todas sus consecuencias. Este esfuerzo nuestro, ya veremos si los demás lo respaldan. Lo tendrán que hacer pues nos une un destino común.

- Ciertamente. Estoy con ustedes –nos dijo San Juan. Pero lo que ustedes hacen no basta. La guerra nos obliga a mostrarnos menos políticos y más guerreros.

Examinamos de nuevo el mapa fronterizo. San Juan marcó con tinta las posiciones que convendría tomar para evitar nuevas infiltraciones hasta Rentería y jugando con la pluma auguró:

- Si logran ustedes cortar el camino del abastecimiento de los navarros, la lucha tomará otro carácter más violento e importante.

- Sin duda –confirmó Montaut. Para mí esta operación tendrá otra virtud. El pueblo tendrá que aprender a hacer la guerra. Se acabó la lucha en las calles.

San Juan se puso a zaquear por la oficina. La necesidad de nombrar un jefe de esa expedición le acosaba. Y por fin lo declaró.

Nosotros sonreímos y nos cruzamos una mirada cómplice. San Juan desconocía la psicología reinante entre los milicianos. Hablar de jefes era hablar del diablo. Sólo aceptaban el jefe consentido deliberadamente. Iglesias se lo hizo comprender:

- No conviene herir la susceptibilidad de nadie con títulos y otras mandangas. A ese jefe le considerarían como impuesto y, por lo tanto, arbitrario. Nos las arreglaremos como podamos...

San Juan no insistió. Los jóvenes sabían mejor que él de qué pie cojeaban los combatientes. Además, el tabú militar se había desvanecido en la tormenta. Todavía no había llegado el momento de volver a imponer la disciplina. Mas tarde, si la guerra continuaba, se impondría por la fuerza de las cosas la voluntad militar. Y salimos del Círculo contentos con haber obtenido el aval de los militares y un mapa. Si la cosa salía mal nadie diría «ya está, otro golpe de esos revolucionarios aventureros». Iglesias y yo nos separamos en la Avenida de la Libertad. Él se marchó para Trintxerpe y yo volvía a los sindicatos.

XX. UNA OPERACION MILITAR CNT

Primero la Guerra. Luego la Revolución.

Diarios de la época.

Estábamos a uno de agosto. Los acontecimientos seguían su curso inexorable. El levantamiento militar se estaba transformando en conflicto europeo, sino mundial. Por el puerto de San Sebastián pasaban barcos de todas las nacionalidades con objeto de interesarse por la situación de los extranjeros y por conocer la situación de la ciudad después del descalabro de los militares. Dos barcos alemanes nos visitaron con ínfulas de matamoros, dispuestos a bombardear si no se les entregaban determinados personajes alemanes y nacionales. Tres barcos ingleses nos aportaban una ayuda moral equivocada. Un barco norteamericano con sus correspondientes palabras de simpatía de eunucos. Y el barco francés que venía a diario a saber noticias y a mostrarnos el interés del gobierno francés por nuestra contienda. Todos sin excepción se lamentaban de los muertos sin proceso, pero se quedaban mudos cuando se les decía que

en el otro lado de la barrera sucedía lo mismo y si les hubiese gustado que los militares nos hubiesen fusilado o encarcelado. La dura ley de combate a muerte había exigido esos procedimientos nada humanos idealmente, pero muy humanos biológicamente. La Junta de Defensa tenía que tener en cuenta estas visitas para que los extranjeros no fueran molestados y para salvaguardar ciertas personalidades que iban apareciendo al creerse protegidos por estas visitas extranjeras. Debido a esto, se dispuso que el Hotel Continental serviría de domicilio a los diplomáticos y el hotel Ezcurra para los nacionales que podrían ser intercambiados o recogidos por esos barcos. Y mientras en las tiendas de comestibles se iban formando las colas para obtener los artículos de base, en esos hoteles se servía al mediodía: sopa, garbanzo y pescado y por la noche: sopa de arroz y salteado de ternera. El puertecito de La jarana pescaba poco y fue Trincherpe el que enviaba varias parejas a la pesca con objeto de abastecer los hospitales y enfermos. Asimismo, creó dos turnos de treinta hombres cada uno en la Pysbe para que el bacalao en existencias pudiera ser consumido por la población.

El sindicato Avance Marino organizaba el trabajo y entregaba la producción a las autoridades. Se decidió que algunas líneas de tranvías funcionasen; que los guardias urbanos canalizasen la circulación y que comenzase el trabajo parcial en la alimentación, autobuses, metalurgia, Banca y Bolsa y oficinas. Se había establecido un control diario de Entradas y Salidas en Abastos con vistas a evitar el despilfarro y la escasez. Hubo un nombramiento importante, el del comandante de la Guardia Civil Mariano García Ezcurra como jefe de la Guardia Cívica. Este

nombramiento calmó las protestas de quienes se alarmaban por las ejecuciones sumarias. Y así fue. Por una parte, el espíritu de venganza se desvanecía y, por la otra, la autoridad de la junta se hacía sentir en esta materia. Y tanto mejor para una sociología de la justicia popular en la que se tendría en cuenta el trastrocamiento de la sociedad donostiarra. El 1° de agosto era ya muy diferente del 20 de julio.

Por otra parte, se movilizó el personal afecto a los garajes. Había que establecer un parque móvil con garantías de seguridad por las carreteras, dada la cantidad de chóferes que se crearon en un santiamén, pero que estropeaban rápidamente los coches. Abastos tomó también una decisión importante: no vender ropa ni calzado para guardarlos en favor de los milicianos. En el hotel Central se habían establecido cuatro turnos de seis horas en donde trabajaban camareros y cocineros, así como zapateros y peluqueros. La villa se iba organizando mal que bien, pese a las dificultades de la guerra, de la improvisación y de nuevas estructuras que iban a modificar la vida donostiarra profundamente.

El primer artículo en vasco apareció el 29 de julio y desde ese día hasta la pérdida de San Sebastián, diariamente se honraba el *Frente Popular* de insertar en lengua vernácula un artículo. El diario no gustaba a mucha gente por anodino y excesivamente oficial. La necesidad de mantener un equilibrio entre las fuerzas republicanas y el no favorecer a unas o a otras hacía que la realidad de la vida donostiarra escapara a los periodistas que lo tiraban. No expresaba el fundamento de una transformación, sino la voz oficial que carecía de vitalidad y de enjundia.

También, atando hilos y conversando con los protagonistas, se iba obteniendo un balance de las pérdidas de mandos durante los diez primeros días. El capitán Arana, rebelde, murió en las primeras escaramuzas. Y también un teniente de carabineros. Amén de guardias de asalto y de guardias civiles. Precisamente, hubo una gran manifestación de duelo por la muerte del teniente de asalto Rafael Conde. Fue un entierro popular, deseado por la junta, para jugar con los sentimientos dramáticos del pueblo: En cuanto a los heridos los hubo numerosos. En el Euskal Billera se curó a más de doscientos, hospital provisional de la parte vieja de la ciudad. En cuanto a los botiquines de urgencia que actuaron casi en los focos de combate se hicieron numerosas curas. Los médicos, de una forma general, respondieron a la llamada del pueblo en armas. El problema de la Sanidad era uno de los mejor organizados. A los médicos se les dejó vara alta para establecer una medicina social y guerrera. La junta tomó la decisión de incautarse de una avioneta particular, pues habían aparecido tres aviadores dispuestos a entrar en favor de los republicanos: San Vicente, del Río y Bellido.

Una avioneta que servía en sus vuelos para animar el entusiasmo de la gente, pero sin ninguna eficacia. Se hablaba de que llegarían aviones atravesando el Pirineo desde los confines de Huesca hasta Guipúzcoa. Deseos que se tomaban por realidades. A fines de julio –el 29–, publicó una nota *Gipuzkoako Mendigoizale Batza*, diciendo que se había entrado en contacto con el Frente Popular y pidiendo que se alistasen en sus fuerzas quienes sentían el fervor republicano y la causa vasca. La Comisaría de Finanzas tomó importante decisión: pagar vales y

facturas de deudas contraídas con los comerciantes. Al mismo tiempo se abrió una suscripción en favor de la junta. En resumen, se pedía a los particulares que ayudasen a financiar el gran esfuerzo económico de una guerra fratricida. En cuanto a...

La situación guerrera

... la situación de San Sebastián hasta la caída del cuartel de Loyola nos había ocultado la situación en el frente Norte, esto es, la zona de Beasain. Villafranca, Tolosa. Los navarros, sin grandes fuerzas aun, progresaban a paso de tortuga. Hubo episodios dignos de una película del Far-West, con descarrilamiento de trenes y todo. Eso ocurrió en Olo, no lejos de Andoain, en la accidentada línea de ferrocarril de Plazaola, cuyo perfilado de curvas cerradas y túneles sucediéndose unos a otros, acortaba la distancia entre Pamplona y San Sebastián. En una zona montañosa en donde no hay el menor valle, un tren de navarros no pudo seguir su viaje hasta Andoain gracias a la iniciativa de unos milicianos mal armados y poco protegidos. Empleando piedras y aprovechando las pendientes empinadas en las que el tren las subía a paso de burra, lograron finalmente que la expedición fracasara. Los navarros se perdieron por las montañas y volvieron luego a sus bases. También se apresaron unas decenas de requetés en la zona de Gaztelu, Leaburu a Izaskun y en las inmediaciones de Lazcano. En esta zona la resistencia republicana era más débil por falta de medios y de iniciativa popular. El P. N. V. no supo galvanizar esos pueblos industriales haciéndoles vibrar la fibra nacionalista. Se ve que

todavía no había conseguido sus deseos en Madrid y que, por lo tanto, seguía pasivo el desarrollo de la lucha armada, aunque no la lucha política.

En Irún, Liquiniano no consiguió nada del «batzoki», vacío totalmente. Sólo un hombre viejo, antiguo marino, le acogió. Al hablar en vasco, el representante del P. N. V. se abrió algo, aunque Liqui notó gran desconfianza hacia él. El libertario le explicó la idea del ataque en la montaña. Al nacionalista le pareció estupenda y sus ojos brillaron por las posibilidades abiertas. Por eso transmitiría los deseos a las autoridades superiores del partido. Tenía que volver al «batzoki» al día siguiente. Iglesias y Liqui decidieron aplicar el plan proyectado. Se explicaron delante del comité de pescadores. Argumentaron que tal operación tendría gran resonancia y que en ella se jugaba todo el porvenir del Norte.

El lema de Liqui «defender las montañas para salvar los valles» hizo efecto en los hombres de mar. Y para eso necesitamos los hombres más jóvenes, porque la sorpresa la tenemos que dar con la marcha rápida.

- Armados, ¿no?
- Claro. Con lo que tenéis aquí.

El secretario, silencioso hasta entonces, apoyó la petición de los amigos:

- Trintxerpe tiene que pagar su tributo a la guerra. Tendréis

los hombres. Todos serán voluntarios, ya lo veréis a nuestro llamamiento. El compañero Lerchundi armará los hombres para la expedición.

Liquiniano se fue a Rentería en busca de un fuerte grupo de compañeros para retirarlos de allí en cuanto yo le enviase otros tantos desde San Sebastián. Iglesias salió a pasear, buscando algo de soledad, por el bosque que rodeaba el nuevo domicilio del sindicato «Avance Marino». Árboles esbeltos mostraban copas tupidas encendidas por los últimos rayos del sol a punto de esconderse detrás del monte Ulía. Las flores comenzaban a doblar los tallos, disponiéndose al descanso nocturno. La tierra quemaba y exhalaba el aroma de la hierba seca en las partes descubiertas. Detrás de la pantalla arbórea distinguía la masa sombría del Jaizkibel, recorrida por bandas violáceas. La limpidez de la atmósfera permitía abrazarlo con nitidez de líneas. Daba la impresión de un gigante que fuera a dormirse apaciblemente. Iglesias, devorado por la pasión del dinamismo percibió en ese instante sereno y mágico la sencillez del platonismo revolucionario. Nada de lo que se estimaba en las charlas, en las lecturas y en las conferencias, como el abc de la Revolución se había producido. La toma del poder costaba muy caro. ¡Qué de sangre y qué traiciones a la idea! El revolucionario y la idea sufrían de rebote la imposición de una realidad feroz en la que la lucha y el instinto de combate dejaban de lado las argucias ideológicas. Quien soñase en el advenimiento de la Revolución por vías mágicas iba a despertarse trágicamente, como estaba ocurriendo en San Sebastián. El Jaizkibel evocaba las montañas que tendrían que trepar por la frontera para salvar cuanto fue adquirido duramente los días precedentes.

Una vez más se verían enfrentadas en las montañas limítrofes de Navarra y Guipúzcoa las banderas del Progreso y del retroceso. ¡Pobre país! Siempre condenado a luchas fratricidas, porque una fracción poderosa era partidaria del inmovilismo. Luego se interfirió en sus pensamientos una silueta femenina, la de Clara, la enérgica maestra de escuela del barrio de Gros en cuyas relaciones hallaba un refugio que le alejaba de la acción, tan exclusiva y tan indispensable. La muchacha se le aparecía prometedora de oscuras e inciertas esperanzas. Esta silueta venía oportunamente a disfrazar la realidad compleja y grave en la que estaban insertos. Se acogió a ella y se divirtió armando un andamiaje de escenas paradisíacas. Ambos, en un rincón de Euzkadi, en una cresta milenaria y solitaria, vivirían un idilio vigoroso en plena comunión con la naturaleza cercana. Sus ojos ya no reflejaban el escepticismo amoroso; mucho tiempo dueño de sus sentimientos. Clara y él no se quedarían al margen del mundo exterior, sino que se compenetrarían para asegurar mejor su asociación.

Treparían juntos las más abruptas montañas y gozarían maravillosos panoramas, llamada a la conciencia del hombre. Dormirían apelotonados bajo la manta, al abrigo de una roca, para saludar al crepúsculo y al primer rayo de sol.

Un tumulto cortó su visión arcadiana. Iban llegando grupillos de pescadores discutiendo sobre las faenas del mar. Había en ellos la fiereza de sentirse útiles en un momento crítico. Gestos rudos, miradas nobles. Sin comerlo, ni beberlo, se hallaban mezclados en una aventura que les sobrepasaba. El vigilante del armamento les recibió, quien les dejó entrar cuando explicaron

que Juan; el secretario, les había comunicado que se presentasen en Bidebieta.

- Bien. Podéis pasearos por el jardín en espera de que se agrupen todos.

- ¿De qué se trata?

- No lo sé.

A las diez de la noche volvió Liquiniano con un grupo bastante numeroso. Quiso que los pescadores tuvieran confianza en la empresa que iban a llevar a cabo. Se sirvió de corta arenga:

- Compañeros: Estamos aquí reunidos para una expedición contra el fascismo. Los navarros atacan por las montañas y quieren borrar los efectos de nuestra revolución. Los rebeldes quieren dorar sus armas aplastándonos e imponiéndonos su triste divisa: Dios, Patria y Rey. Les gustaría volver a la época del absolutismo, en la que el pueblo sólo servía para dar gusto a los poseedores. Como lo hemos demostrado en la calle, lo tenemos que hacer por las montañas, esto es, que el pueblo cuenta para algo en la gran aventura de nuestro país.

- ¿A dónde hay que ir?

- Vamos a embarcarnos para Fuenterrabía e Irún. Luego cogeremos el camino de la montaña para ejecutar una maniobra que pueda destruir las intenciones del enemigo. La expedición no será un juego, ni una excursión. Ya lo sé. Vosotros no estáis acostumbrados a correr por los montes, pero la CNT os pide ese

sacrificio. Nuestra organización, símbolo de la revolución donostiarra, tiene que dominar el porvenir político demostrando su fuerza y su iniciativa. Sólo de esta manera nos acercaremos a la meta revolucionaria.

- ¡Viva la Revolución!

- Bien están los gritos. Ahora vamos a cenar en las escuelas y nos acostaremos tempranito para estar mañana preparados a las cuatro de la madrugada. Saldremos del muelle.

Donostiarras y gallegos simpatizaron rápidamente. El mismo ideal les unía. Discutiendo se dividieron en grupos, camino del comedor. Pepe, Félix y Juan cenaron juntos. La cena fue alegre. Hubo vino también. Liquiniano habló de la revolución rusa para hacer comprender cuán diferente era la revolución donostiarra. En ningún momento tuvo que tomarse el acuerdo de apoderarse de las bebidas para que el pueblo no se refocilara en una borrachera general, como en Leningrado. Los sindicatos sabían darle a la nueva vida un aspecto grave y responsable.

¿Que hubo desmanes? ¡Quién lo duda! Todos esos preparativos le daban a la lucha un carácter despiadado. A los milicianos se les había hablado de la Revolución, ahora se trataba de la guerra. La sociedad ideal con que soñaban iba a nacer entre los dolores de un parto difícil, en el que los fórceps serían más que necesarios. Al día siguiente, descansados, salió la expedición del muelle, saludado por amigos y familiares de los de Trintxerpe. Una mujer y dos niños se despedían del jefe de familia en la incertidumbre y en la esperanza. Iglesias no quitaba

los ojos de ese grupo, cuyas formas brotaban en las brumas del amanecer. Simbolizaban la aventura humana de esas jornadas inestables y cargadas de emoción combativa. Y pensando en esos tres seres, Pepe estimó que la Religión y la Filosofía se hallaban lejos de tal realidad sociológica. Su corazón de combatiente comprendió la gran significación de esa despedida. Oyó un llamamiento patético:

- ¡Papa!

Emocionado se mezcló a las operaciones de embarque. Por fin, en un turismo que se colocó en cabeza iban él, Liqui y Rivera, quien guardaba el mapa de la frontera. Los camiones con los hombres armados de fusiles seguían detrás. Pronto se enfrentaron con la ruda realidad. Los navarros habían colocado unos cañones en Arkale y desde allí tiraron contra la expedición. Como los obuses explotaban bastante lejos de la carretera, los expedicionarios no hicieron más que acelerar la marcha de los vehículos. Desde ese momento quedó cerrado el paso por la carretera general entre Irún y San Sebastián. Afortunadamente quedaba la posibilidad de pasar por Lezo, tan conocido por su basílica milagrosa, y salir a Gainchurizqueta y Ventas. Este paso, saludado por los rebeldes a cañonazos, enardeció a la tropilla. Desde el Paseo de Colón de Irún columbraron Hendaya. La villa dormía aun con sueño tranquilo. Aparecía un tanto brumosa en la lejanía. Lugar de veraneo, los bañistas seguían en la playa francesa gustando de las delicias del baño. A ellos les parecía un sacrilegio y un desafío. ¿No se daban cuenta los obreros franceses que los españoles se defendían contra el fascismo? Nadie habló. Cada uno rumiaba a su manera el rudo contraste

de dos vidas diferentes en ese instante histórico para España y para Europa.

En Irún los madrugadores les vieron pasar preguntándose hacia dónde se dirigirían esas fuerzas populares. Su entrecejo se arrugó previendo nuevas situaciones en la frontera. A la izquierda los combatientes distinguieron el fuerte de San Telmo de Fuenterrabía, el palacio de Carlos V, majestuoso e impasible, el campanario de la iglesia; a la sombra del Jaizkibel, cuya vertiente este se presentaba más acogedora que la marina. Los ataques impetuosos de los vientos marinos no azotaban al estrecho valle que tenía la sonrisa amable de los venteros. Y como límite costero, en la desembocadura del célebre Bidasoa, el cabo Higuer, característico de la costa cretácea, acantilada y rocosa. Pronto iban a entrar en contacto con las asperidades quebradas y montuosas de la frontera.

XXI. EL CORONEL CARRASCO

¿Quiénes sois para matarme? Sí, ya lo sé, los enemigos trágicos de una España ilustrada.

Palabras, ante el tribunal, de un libertario fusilado en el fuerte de San Cristóbal.

El pueblo veía en el coronel Carrasco el arquetipo del militar sedicioso e impugnador. A lo largo de los siglos XIX y XX el ejército se había visto mezclado en todas las soluciones políticas azarosas de una España sin audiencia en el extranjero. De esta forma salvaguardaba el presupuesto exorbitante que la nación concedía a un ejército que, por sus estructuras, estaba lejos de convenir a las posibilidades económicas. El pueblo veía en él modelo típico para el pronunciamiento. En esta palabra, vacía de todo contenido sociológico y doctrinal, se resumía su valor intelectual. Bastaba pronunciarse para tomar el poder y borrar de la vida nacional toda crítica y todo impulso intelectual. En las esferas gubernamentales se decía que el obrero practicaba la acción directa, característica del hombre que no ve sino el

triunfo y el botín del instante entre el menor número posible. Sin embargo, este ejemplo nos venía de los de arriba. Hay que ver ese siglo XIX empañado por el brillo negativo de la actividad militar o política que actualizaba el dicho: «quítate de ahí para que yo me ponga». Y fueron esas mismas fuerzas que en 1936 se levantaron contra el poder civil para imponer el orden, suprimir los atracos e implantar la paz social, según lo decían en sus primeras proclamas. Para establecer esos fines, no vacilaban en pegar fuego a la nación. Ya Ramiro de Maeztu calificaba a la derecha española de estulta en un artículo publicado en 1897 y reproducido en 1899 en «Hacia otra España». No habían comprendido que sus intervenciones habían hecho perder ya treinta años de la evolución normal. De ahí nuestro gran retraso sobre los otros países europeos. En 1936 volvían a la carga con el mismo espíritu. Nada en sus proclamas busca el dar un paso adelante. Al contrario, pues las ideas admitidas por la República son colocadas en el índice. ¡Cómo, pues, el pueblo de San Sebastián no vería en la persona del coronel Carrasco el representante legítimo de unas clases sociales más que aberrantes! La muchedumbre llenaba la Plaza de Guipúzcoa. En uno de sus lados se yergue el edificio clásico de la Diputación. Ahí fueron conducidos los prisioneros de Loyola. El secretario de la CNT, junto con Torrijos, se paseaban debajo de los arcos en espera de la llegada, dispuestos a intervenir si la muchedumbre intentaba pasar a los actos. A la vista del cortejo se elevó inmenso clamor. Toda clase de gritos surcaban los aires liberando así el odio concentrado en el curso de generaciones contra los militares.

Desde los otros arcos, aceras y jardines, la gente se echaba

hacia los coches llenando la calzada, dejándoles un paso estrecho. Gritaban, amenazaban, golpeaban los vehículos, trataban de abrir las portezuelas y saltar el cerrojo de la tabla trasera de los camiones. Se detuvo la caravana. Entonces los dirigentes corrieron a evitar que linchasen a los prisioneros. La gente, movida por oscuros resentimientos, deseos de vengar las docenas de muertos y los centenares de heridos, por la psicosis propia de un pueblo exaltado que se sentía ahora dueño de su destino. Fue un instante crítico. Qué cólera caótica, desencadenada. En un desorden, pese a todo satisfactorio, en el que las amenazas de las armas y los palos, se mezclaban, los dirigentes y los miqueletes lograron impedir que se aplicase la ley del Talión. Estos hombres desempeñaron el papel de los mansos en un rebaño de toros: recibir los golpes irritados de las bestias. Los prisioneros, descompuestos ante la reacción popular, comprendieron que en San Sebastián habían hecho de aprendices de brujos. Habían puesto en marcha un mecanismo cuyas consecuencias eran imprevisibles. La perspectiva del futuro se les aparecía dramática. Algunos, rabiosos, sentían haber capitulado. En el espíritu, el castigo se les perfilaba con contornos más que amenazadores. El mundo había cambiado de cara para ellos. Solo existía ese pueblo que exigía justicia ejemplar. Otros quisieron mostrarse fuertes, esconder sus pensamientos lúgubres. Pero el rostro lívido, la mirada de fiera acosada, traicionaban la tormenta interior y la desolación ante la impotencia. Otros, herméticos, con cara de palo, confesaban más de la cuenta los sobresaltos del corazón pese a que los dominaban. Poco después, el secretario me comunicaba la salvación de los prisioneros frente a la vindicta pública. En el

fondo los incidentes fueron menores y la cólera explosiva calmada con algunos empujones y palos. Y con su gravedad acostumbrada, agregó:

- Si hubieras visto a la gente. Nos trataba de vendidos al capitalismo internacional.
- Son reflejos, no digo condicionados, pero casi.

Este hecho mostraba que el Frente Popular haría todo lo posible porque los militares fueran juzgados por los tribunales, teniendo en cuenta la gravedad de los hechos. Ya la actividad de los piquetes de partidos y de organizaciones, más o menos responsables, más o menos incontrolados, habíase conseguido eliminar casi totalmente. Las detenciones eran normales para asentar la autoridad del Frente Popular frente a los enemigos. Era una necesidad política. Asimismo, lo era el cumplir los compromisos de la rendición. Los militares serían juzgados debidamente a despecho de las circunstancias poco favorables para instaurar el derecho. El trastorno público fue general y las viejas estructuras se hundieron calamitosamente. Había que tener en cuenta esta realidad, como había que tener en cuenta que el enemigo estaba a las puertas de la ciudad. La retaguardia debía limpiarse de enemigos con objeto de combatir al enemigo cara a cara en los frentes. Nadie podía negar que en la represión hubo abusos y venganzas personales y robos característicos. Sin embargo, San Sebastián podía envanecerse de haber reducido a lo mínimo este aspecto innoble. Raramente en una tormenta social y política los dirigentes pudieron establecer un balance tan favorable de esa ingrata tarea. De ahí que se llegara a dar un

género de extraterritorialidad a dos hoteles, uno el Úrsula, con objeto de cambiar prisioneros por medio de la Cruz Roja.

Yo intervine directamente en el proyecto de canjeo entre el industrial Ajuria, detenido en San Sebastián y nuestro compañero el doctor Isaac Puente, detenido en Vitoria. A este efecto recibí una carta manuscrita de él, fechada en agosto sin el día, sin sobre. Cuantas veces me he lamentado por no haberla conservado, pero en la vorágine de los tres años de combate uno fue perdiendo todo. Tenía dos caras de página de cuaderno escolar. Nos decía que le trataban bien y que estaba esperanzado en que las negociaciones serían favorables. Nuestra emoción fue enorme al saberlo en vida. Su influencia, grande, en el movimiento libertario. La última vez que le vi fue en Bilbao, en la Federación Local, en 1932, quince días antes de que me detuvieran. Amable y generoso, he aquí el retrato. Pero también nuestra decepción fue mayor, pues ante nuestra insistencia para llevar a cabo el canjeo se nos comunicó que le habían pasado por las armas. La idea de los canjes surgió a causa del incidente del submarino alemán. Un buen día ancló en la bahía. El comandante exigió que se le entregaran determinado número de personas. La lista era bastante numerosa. Nos amenazó con las represalias del Gran Reich. Se le dieron algunas y de ahí nació la idea de juntar sin ruido ni alharacas a personas conocidas del mundo de las derechas en sitios digamos neutros. Todos estos planes humanitarios fueron barridos por los acontecimientos que se burlaban de los hombres y de las ideas. La lucha tomó tal intensidad poco después que todo eso quedó relegado en el furgón de las buenas intenciones.

El Partido Nacionalista Vasco no tomó parte en la lucha contra los militares y sus militantes no murieron ni fueron heridos. Se jactaba de que no poseía piquetes de represión. Muy probable. Su posición fue entre Pinto y Valdemoro, una adhesión de principio al Frente Popular. Se mantuvo con fuerza neutra que buscaba únicamente aprovecharse de una situación confusa y explosiva, Hasta la caída del cuartel de Loyola, no hizo sino crear piquetes de defensa de las iglesias, omitiendo el lado combativo contra los militares. Quizás por no haber cortado enteramente las amarras con la reacción española. Por lo tanto, no había que comprometerse excesivamente con el otro lado de la barrera. Nadie sabía lo que el día de mañana pudiera deparar. Sabía, eso sí, que para discutir con los unos y con los otros, derechas o izquierdas, había que ser fuerte. De ahí el apetito súbito de fuerzas militares vascas concentradas en la Gran Casa de Loyola, tierra natal del fundador de la Compañía de Jesús. Había que armarse, buscar apoyos con objeto de perseguir la idea fundamental: la autonomía del País Vasco. Gracias a la victoria de las izquierdas aparecía la dicha autonomía con carácter posibilista. Su juego de defender y salvar algunos hombres comprometidos en la rebelión no estaba basado únicamente sobre fines humanitarios, sino también con fines políticos. Atraerse otras fuerzas para consolidar una barrera contra las izquierdas que, súbitamente, parecían imponerse.

El hecho que todos temían se produjo.

El Partido Comunista, poco influyente en la ciudad, sobre todo después de la escisión de la Federación de Sindicatos Obreros Autónomos, quiso adular al sentimiento de venganza de la

gente. Un piquete de ese partido quiso apoderarse del coronel Carrasco para ejecutarlo sin ninguna forma de proceso. Presentó a la guardia encargada de vigilarle, una orden firmada y sellada para ser transferido al fuerte de Guadalupe en el lomo del Jaizkibel. La guardia sospechó la maniobra. La orden se la pasaban de mano en mano. Por fin el jefe decide:

- Voy a consultar.
- ¿Estás loco? ¿No le basta la orden? ¿A ver si eres más, fascista que el coronel?

Los milicianos armaron los naranjeros. La guardia se sometió. Al fin y a la postre poseía el papel que justificaba la entrega del prisionero. En el corredor, el piquete se topó con el diputado Irujo. Siguió fuerte discusión. Por fin Irujo consiguió recuperar al coronel, quien fue encerrado en el mismo cuarto que le servía de celda. Luego siguió una discusión de aúpa entre Larrañaga e Irujo. Se cambiaron propósitos vivos y nada amenos. Larrañaga le trató de fascista. El gesto de Irujo no hizo sino retardar la suerte del coronel. La noche acababa de caer. La diputación, centro nervioso de la acción política y militar se recortaba en la oscuridad total de las calles casi tenebrosa. Nubes de verano se preparaban a transformarse en tormenta veraniega. De pronto el trueno rompió el silencio lúgubre e iluminaron los relámpagos la plaza. La atmósfera tan eléctrica como los hombres se volvía sofocante. Un coche, con los faros apagados, se acercó prudentemente al palacio. Luego un segundo. Se aparearon unos milicianos. Después de comprobar que los alrededores estaban desiertos, el jefe les hizo seña de que le siguieran. Entraron en

tromba y se dirigieron directamente al lugar donde estaba detenido el coronel. La guardia comprendió en seguida el estado de ánimo de aquellos hombres y no quiso chocar con ellos. Carrasco retrocedió frente a ellos. La alerta anterior, tan reciente, no le permitía conservar grandes esperanzas.

- Venga con nosotros.
- Quiero ser juzgado. No quiero morir sin explicar mis razones y mi conducta dura en el levantamiento.
- Aquí nadie habla de matar ni de morir. Le llevamos a la cárcel de Ondarreta.
- Un pretexto como el de esta mañana. Queréis aplicarme el «paseo».
- Ande y no sea cobarde.
- ¿Yo cobarde? Estoy listo.

De repente Carrasco había aceptado el destino cruel impuesto por una situación crítica creada por ellos mismos. Digno, salió por su pie. Este golpe fue ejecutado con las reglas del arte: rapidez, audacia y sangre fría. El Frente Popular no pudo impedirlo. La muerte, vuelta al universo mineral y a las combinaciones químicas infinitas se presentaba una a indivisible. Las maneras de morir, en cambio, numerosas. Una, la del ser resignado, impotente, frente al destino. El coronel Carrasco fue víctima de la fatalidad y de las pasiones humanas indomables, víctima también de la convulsión revolucionaria.

Los acontecimientos vividos, densos, emotivos, preparaban a los hombres a todas las situaciones, incluso para la muerte en un género de vorágine que ocultaba el irreversible fin.

¿Era culpable? ¿Fue prisionero de subordinados fanáticos y ambiciosos en el cuartel? Sin embargo, esta muerte no serviría de ejemplo, como la de otros hombres frente al destino trágico, esto es, la muerte heroica que vive y se transmite a través de generaciones. Bajo ciertos aspectos, aparecía más instructiva la muerte del miliciano desconocido que violó a una joven durante un registro, por lo menos, más humano. Frente al pelotón de ejecución, el miliciano mostró su fiereza aullando:

- ¡Cobardes! Apuntad bien a la punta del haba.

O la de otro miliciano fanfarrón que durante el sitio del cuartel de Loyola contaba maravillas de su valor personal en la batalla de San Sebastián. Un día le atajaron brutalmente:

- Si tan valiente eres acércate a las tapias del cuartel. Así veremos la reacción de los sitiados.

- Eso y más.

- Entonces lárgate. Así podrás contar otra historia, esta vez delante de testigos.

Cogido por su propia jactancia hizo honor. Claro que si vaciló y hubiera vuelto atrás. De cuando en cuando miraba hacia los compañeros en espera de que le llamaran. A unos cien metros del cuartel murió acribillado por las balas, víctima de sí mismo.

Para quienes respetan el derecho ante todo y su aplicación, la ejecución del coronel Carrasco se asemejaba a un crimen. Para quienes se penetraban de la atmósfera dramática en que la ciudad estaba envuelta, las circunstancias atenuantes eran de rigor, pues el alzamiento de los militares no tenía nada de romántico. Las ramificaciones del golpe de Estado con Roma y Berlín aparecían palpables. San Sebastián no podía olvidar la audacia del submarino alemán exigiendo personalidades comprometidas en el levantamiento y amenazando con terribles represalias caso de negarse. Todos estos hechos, en una capital de provincia ponían los nervios a prueba. En el Frente Popular la discusión fue tormentosa entre moderados y extremistas. Es un crimen –decían los primeros. No; justicia expeditiva, pues según las leyes en vigor merecía la muerte –alegaban los otros. Estamos a merced de cualquier piquete de partido –insisten los primeros. Exageráis, no podéis compararos a los militares, ¿no? –argüían los segundos. Finalmente se decidió que los otros militares fuesen encerrados en la cárcel de Ondarreta con objeto de que no se renovasen tales maquinaciones. Había que respetar el derecho contra viento y marea. El traslado se hizo casi al alba en atmósfera de nerviosismo y temor.

La guerra se volvía más total. La ciudad y la provincia podían conocer situaciones difíciles. Aislado del gobierno de Madrid, se vería obligada a tomar decisiones capitales para la conducta de la guerra. Todavía no se había comprendido por parte de todo el Norte que su porvenir se estaba jugando en las estribaciones de los Pirineos.

La gran tarea consistía en enfrentarse con el enemigo que se

iba acercando por el sur de Beasain y por la frontera. En esas malas condiciones había que combatir en plena montaña con milicianos que desconocían el arte de la guerra, pero que poseían buena voluntad. Se epilogará mucho sobre el valor militar de los milicianos. Se les ridiculizará, se les atacará por indisciplinados, pero gracias a ellos estaba San Sebastián de pie y en el campo republicano y que los navarros tendrían que emplearse a fondo, allí donde creyeron dar un paseo militar. En aquel momento no existía el sentido de los valores ni organización militar. Todo era improvisación y empirismo. Los grupos de combatientes se organizaban por simpatía y por afinidad, al mando del más valiente o del más conocido en la lucha social. No concebían la guerra de posición, la de estar pegados a una colina por si el enemigo atacaba. Obraban con la mayor desenvoltura y la mayor libertad. Iban a apagar la sed allí donde les parecía mejor, pues la intendencia no existía aún. No sabían aun la importancia de vigilar durante la noche en un parapeto o en una trinchera y sucumbían al deseo de acostarse en la cama y, quizás, en generosa compañía. Todavía se vivía bajo el efecto de la victoria urbana. Románticos, la habían saludado como un hecho definitivo. Hacer desaparecer esta mentalidad no era la menos penosa de las tareas. Fueron los mismos acontecimientos que iban empujando a la creación de batallones con mandos no experimentados a incompetentes, pero en los que la disciplina comenzaba a implantarse. Se iba dando un paso hacia la militarización, tan necesaria, para hacer la guerra contra un enemigo bien disciplinado. De ahí que se levantaban voces que expresaban gravemente la necesidad de crear el ejército popular. Arreglar las cuentas por envidias,

querellas, odios íntimos o clasistas, entraba en la normalidad. La Junta de Defensa obtuvo gran triunfo moral eliminando de hecho la imposición del «paseo», recuerdo de historias sangrientas, forma primitiva de hacer justicia personalmente. Nada era simple y trivial tras el proceso psicológico de tales hechos que comunicaba con las complejidades sociales y administrativas. Nadie se mecía en ilusiones al conocer a la sociedad española. Las clases sociales, tan dispares, significaban resentimientos hondos, envidias feroces. El proceso inconsciente primero va tomando carta de naturaleza a través de los acontecimientos sociales volcánicos. La conciencia domina mal que bien al individuo en tiempo normal. Esa barrera durante una explosión social, como la española, se resquebraja y los sentimientos reprimidos a duras penas por las leyes brotan en verdadera erupción. Esta trama emocional y psicológica pide venganza, cual fatalidad biológica. Los odios político, social y religioso a veces reunidos en la misma persona destruyen toda parcela de sensibilidad y compasión para con el enemigo. Pero, paradoja excitante, esos mismos individuos se juegan el pellejo y se sacrifican por sus amigos o por desconocidos. Basta que estos militen en su campo político.

El Frente Popular había nacido espontáneamente por la presión de los acontecimientos. Era un Comité que, pese a todos los errores, tuvo que afrontar una situación poco común y a la cual nadie, ni partido político ni organización sindical estaba preparado. Entre las numerosas decisiones sabias que tomó antes de su desaparición, sustituido por la Junta de Defensa el 27 de julio, fue la aparición del Diario «Frente Popular», defensor de la política del Comité. Fue un acuerdo tácito de

tregua entre los componentes. Salud, pues, periódicos burgueses «El Día», «Las Noticias», la «Prensa», «La Voz de Guipúzcoa». Por primera vez los partidos obreros y las organizaciones sindicales tuvieron voz y voto en la prensa gubernamental.

El camino recorrido en dos semanas representaba una fábula sociológica. El comercio abrió las puertas. El mercado abastecido. La situación interior se mejoró a pesar de la proximidad de los frentes. Se eliminó la confiscación intempestiva de los coches. Los primeros días cada ciudadano se tomó el derecho de ir a un garaje, poner en marcha el primer motor, llenar el depósito en la primera gasolinera y correr por la carretera a lo divo. Esta mejoría debida a la organización de los donostiarras fue favorecida por la buena voluntad del gobierno republicano que, desde Madrid, cubría con su tesoro las compras hechas en el exterior, particularmente las de alimentos, para que la ciudad pudiera sobrevivir en aquella atmósfera revolucionaria y guerrera.

XXII. EL FRENTE DE LA MONTAÑA

Suelo áspero, quebrado y montuoso. Geología de naturaleza caliza. Orogenia del terciario.

Geografía.

Del dicho al hecho hay un gran trecho. Un pequeño grupo de los expedicionarios de Pasajes se adelantó con objeto de reconocer el terreno antes de que el conjunto trepase penas arriba. Optaron por esta medida, pues en el «batzoki» sólo encontraron al interlocutor que conversó con Liqui anteriormente. Estaba más sólo que un hongo y estaba visto que los nacionalistas se interesaban más por la Junta de Defensa de Azpeitia que por defender el cuadrilátero estratégico de la frontera. De edad y para mostrar su buena voluntad les regaló un anteojo marino que, según él, favorecería el andar por terrenos buenos para emboscadas. Los nacionalistas no sabían cómo armarse y corrían Francia y Cataluña en busca de

armamento, a veces en nombre de todos y otras en nombre propio. Por esta causa hubo una serie de líos por unos fusiles y cañones llegados de fuera. Luego por otros motivos, como los de dejar marchar por los frentes a reaccionarios conocidos y quién sabe si cómplices de la sublevación a la zona rebelde.

Todo aquello era más que sospechoso. San Sebastián y Azpeitia se pasaban acusaciones, lo mismo que la junta de Éibar, dominada por los socialistas, acusaba a los de Azpeitia el poco caso que hacían de las cosas generales. La cosa estaba clara. El Partido Nacionalista Vasco llevaba una política única cuyos objetivos sólo ellos conocían. En cuanto al Frente Popular de Irún sólo pudieron ver con buenos ojos los objetivos de la operación, pero sin poder hacer nada en favor de ellos. Hasta entonces no se había imaginado siquiera la posibilidad de atacar a los navarros. Hechos estos preliminares, el grupo cogió la dirección de Endarlaza en donde encontraron al suboficial de carabineros Ortega, quien se alegró al verles armados hasta los dientes. Les escuchó explicar el plan. Ortega mandaba la zona fronteriza de Erlaiz y Endarlaza. Tenía pocos hombres a su mando y algunos ya mayores, incapaces de guerrear en la montaña. El puesto fronterizo lo defendería apenas. Para ello había colocado varias armas automáticas por los altos colindantes. El plan de los jóvenes le parecía temerario. Sería atraer las iras de los navarros sobre la frontera que hasta entonces se había mostrado en calma. Defender aquella zona necesitaba muchos hombres, bien armados y experimentados en la orografía fronteriza. El grupo se quedó viendo visiones cuando calificó de locura el crear un frente y un suicidio las veleidades de ofensiva. Los jóvenes creyeron comprender que

el suboficial Ortega no deseaba aventuras guerreras por allí y salvaba su responsabilidad manteniendo el puesto de carabineros para la República. Amoscado, Rivera contestó:

- Ya lo veremos. No atacaremos de frente, sino por detrás. No somos militares, pero es la única manera de eliminar la presión sobre Rentería. Hay que intentar.

- Yo no me opongo, lejos de ello –replicó el oficial afectando sonrisa afable. Sólo he querido presentar las dificultades de la empresa. – ¿Nos proporcionaría un buen guía?

- Sí; uno que conoce palmo a palmo las montañas a diez kilómetros a la redonda.

- ¿Y alguna ametralladora para equipar nuestro destacamento, cuando pase por aquí?

Dudó unos instantes. Por fin accedió:

- Si.

La conversación se volvió técnica y, a su vez, cordial. El suboficial les dio una lección sobre la forma de colocar las ametralladoras o los fusiles ametralladores para defender los pasos montañosos. Buscar buen ángulo de tiro y cruce de fuegos era aumentar las posibilidades de defensa de una posición. Acompañados del guía siguieron frontera adelante, ya a pie. La idea de, ellos era continuar el reconocimiento hasta dar con el camino del abastecimiento de las tropas de Beorlegui y del coronel Ortiz de Zárate. Así llegaron hasta el río Bidasoa, frente

a Articutza. El puente había sido volado y jamás pudieron saber si fueron los rebeldes o los republicanos. Nadie supo darles detalles de la voladura. Llegados, pues, a la orilla del río, pensando ya cómo iban a organizar la defensa del territorio, se encontraron con dos extranjeros, franceses, uno de ellos capitán de reserva. Al nombre que dio al presentarse nadie hizo caso. Ellos se interesaron de la forma de operar en el sector. Según esos franceses había que ocupar las penas de Aya y Pikoketa, defender los dos pequeños fuertes de Erlaiz, y desde ahí acosar a los navarros.

El grupo de reconocimiento se escindió en dos: Liqui se quedó con Jesús Álvarez y Patxo; Rivera con otros dos jóvenes libertarios. Liqui ojearía el terreno por abajo y Rivera por arriba. Los de abajo no tardaron en avistar la ermita de San Antón. Cuando se disponían a visitarla vieron salir de ella dos requetés. A cierta distancia se encontraron los adversarios cara a cara. Liqui ordenó, como le habían enseñado en la mili:

- Rodilla en tierra. ¡Fuego!

Los tiros se cruzaron. A Liqui le atravesó una bala la boina dejándole un agujero que, de haber dado un poco más abajo le hubiera matado. Otros requetés aparecieron. Liqui y sus compañeros tuvieron que salir pitando monte arriba, pues a Liqui se le encasquilló el naranjero. En la marcha agotadora, Liqui sufrió un infarto. Menos mal que llegaron Rivera y compañía que habían hecho dos prisioneros. Obraron con mucha cautela y se apoderaron de esos requetés que estaban de reconocimiento. Por ellos se supo que estaban esperando

una reata de mulos, unos ochenta, con vituallas y munición. En Oyarzun los requetés estaban faltos de un abastecimiento normal y se mantenían gracias a los chuscos y a las latas de sardinas. Claro está, el tiroteo alarmó a los navarros y enviaron enlaces para que el convoy esperara a que el camino estuviese libre. Liqui recobró sus fuerzas gracias a la juventud y pudo incorporarse y volver al punto de partida, esto es, a Endarlaza, a donde habría llegado el grueso de la expedición con camiones y taxis abastecidos de comida fría. Este primer contacto en plena montaña, con el adversario les dio a conocer las dificultades que les esperaban. No perdieron el optimismo aún, y sabiendo que en lo puramente militar, por el momento, no cabía esperar gran cosa, antes de que se despertara la realidad fronteriza de Irún y de los carabineros, salvo la organización del abastecimiento indispensable. Nadie se imaginaba que el objetivo perseguido por ellos iba a formarse por la fuerza de los hechos en una batalla que duraría cuatro semanas y que las primeras escaramuzas abocarían en rudos y encarnizados combates. Lo que parecía iniciativa arriesgada y alocada se mostró congruente y necesaria. Testimoniaba además aguda percepción de los movimientos guerreros. Así fue. Los primeros choques en las solitarias y abruptas pendientes obraron como plataformas en donde las fuerzas de los navarros giraron hacia Irún, abandonando momentáneamente la capital donostiarra. El mando rebelde se había percatado de que no podía apoderarse de San Sebastián teniendo a las espaldas las fuerzas populares. Aquella misma tarde la pequeña expedición, abandonando los camiones y taxis, progresaba lentamente monte arriba para formar un frente entre las Peñas de Aya y la frontera. Iba

adentrándose en un paisaje grandioso e imponente. Y ahí comenzaron las primeras dificultades. Los pescadores no estaban avezados a andar por la montaña. Torpes andarines, se fatigaban visiblemente por las escaladas y los descensos.

Rechinaban contra la picadura de la argoma y las culadas que les martirizaban el cuerpo. En cambio, los donostiarras, alpinistas, les alentaban en la marcha agotadora. Los pescadores, temiendo el despeñarse bordeaban los barrancos amarrándose a la maleza y a las piedras. Sus ojos perdían el brillo del entusiasmo al sentirse prisioneros de aquellas fantásticas masas montañosas que se erguían cual fortaleza inexpugnable. La fatiga, lo impresionante de la geografía, les desanimaba y comenzaban a temer emboscadas en cualquier hoz o vaguada. Aquellos hombres estaban vencidos de antemano. Así lo comprendieron Liqui e Iglesias y me enviaron un enlace para que hiciera lo posible en reforzar con hombres jóvenes y amigos de la montaña. Además, me pidieron bombas de mano para la defensa de las posiciones. Hablé con Valentín para que forzara la producción del taller de Gros y me consagré a enviar refuerzos a las Peñas de Aya y Pikoketa.

Mientras tanto, en su lenguaje materno, el pintoresco galaico portugués, los gallegos se lamentaban monte arriba:

- Eu no puede andar; Eu vuelve a casa.
- ¡Animo, muchachos! ¡Adelante! Ya pronto llegamos.
- Eu tiene los pies recalentados.

Era verdad. El calzado no era apropiado a la montaña. Algunos llevaban katuskas. Miraban extrañados la resistencia y la movilidad de los de tierra. Y al fijarse en las hieráticas cumbres, silenciosas y salvajes, las estimaban misteriosas. Y se achicaban como larvas frente a los monstruos altaneros. El suelo movedizo de los barcos les parecía más firme. Preferían la tempestad marina a una marcha en esos lugares escabrosos. Repetían las quejas como las criaturas:

- Eu no puede más; Eu vuelve a Irún.

Los donostiarras les comprendían. La caminata era dura, pero no podían detenerse a descansar sin comprometer las vidas campando en terrenos sin defensa. No se sabía exactamente dónde estaba el enemigo y la viabilidad del plan residía más bien en la sorpresa. Iglesias estaba inquieto y adelantándose con Liqui se lo hizo saber:

- ¿No habremos cometido un error al traer a los marinos? No saben andar y menos escalar.

- Ya lo estoy viendo. Si el enemigo atacara no sé cómo saldríamos.

Las Peñas de Aya con Pikoketa y Pagogaña mandaban la zona fronteriza. Eran holladas ordinariamente por los contrabandistas y los alpinistas. En tiempo de guerra serían objeto de la codicia militar, pues si el hombre era hijo de la geografía, más en guerra. Los elevados relieves dominaban vasta extensión. Ya en las crestas, aquellos hombres

contemplaban el inmenso panorama. Las montañas se sucedían encadenadas hasta perderse en horizontes brumosos. Acariciados por los declinantes rayos solares de los primeros días de agosto se sentían hipnotizados por la belleza salvaje exhibida en derredor. Ya en las cumbres escarpadas y ásperas, sentían un halito de fuerza. En las cercanías del mar las jorobas aparecían más redondas y verdeantes. Decidieron mandar al guía con un enlace para que este aprendiera los caminos y comunicara la ocupación de esos terrenos. Irún debía enviar el rancho y servir de placa giratoria entre San Sebastián y los combatientes.

Desde Irún debían enviar palas y picos para cavar unas trincheras. Después de cenar se prepararon a pasar la noche, aprovechando el hueco de las rocas o un agujero natural. Mientras no lloviera las condiciones climáticas no eran dificultosas. Al día siguiente, la primera patrulla se dirigió monte abajo inclinándose en la marcha hacia Oyarzun. Todavía no existía la carretera que rodea ahora las Peñas de Aya casi a media altura y que parte de la bifurcación a la salida de Oyarzun en dirección de Navarra, ni del túnel que permite el paso por esa zona con medios rodados.

El bajo monte estaba poblado de árboles y de argoma. Por el fondo corría un riachuelo, probablemente el Oyarzun. En esto, Roque, que iba en cabeza, se inmovilizó y se llevó el dedo a la boca pidiendo silencio. Avanzaron con mil precauciones. La base del monte estaba cortada a pico y en el fondo del barranco había un estrecho pasadizo por donde avanzaba un pequeño convoy de mulas cargadas con pertrechos. Ya habían dado con el paso.

Ahora ya llegaban claramente los gritos arreando a las bestias. Uno de la patrulla quiso tirar. Roque se lo impidió:

– Eso nunca. Hay que esperar un convoy más importante. Vamos a volver para preparar una buena emboscada. Van a creer los requetés que hemos caído de las nubes.

La patrulla fue reforzada aquella tarde. Tenía como objetivo dominar el barranco y cortar el abastecimiento de Oyarzun. Había, pues, que pasar al otro lado de la falla. Divididos los componentes buscaron el camino para salvar la garganta y coger entre dos fuegos al enemigo. Tuvieron que alejarse bastante y cuando ya llegaron abajo se encontraron con un caserío perdido en aquellas soledades. Al acercarse les recibieron a tiros. Por una de las ventanas vieron asomarse alguna boina roja. Retrocedieron y se parapetaron en un talud. En aquel mismo momento sus compañeros tiraban contra un convoy de diez mulos que avanzaba lentamente junto al riachuelo. Lo custodiaban diez requetés y un cura que venía montado a la cola. Los requetés se escondieron rápidamente en la maleza y árboles de la colina de enfrente, mientras que el cura dio un salto de hércules para ir a parar a un zarzal. Los mulos se escaparon, pero los jóvenes pudieron recuperar cinco. Batieron los alrededores para dar con algún requeté y tener una fuente de información. Fue inútil. Dada la alerta los rebeldes no insistieron en el abastecimiento por ese lugar. Se trataba para ellos de desalojar de toda la zona fronteriza a las fuerzas populares.

Los pescadores no se regocijaban de pasar una segunda noche

en condiciones precarias. Se sentían ajenos a aquella geografía ambiente, invadidos por la nostalgia del mar. El entusiasmo de los donostiarras apenas si les influía para no dar la espantada. Liqui esperaba con ansiedad la llegada de refuerzos de San Sebastián para contener los ataques de los navarros que ya no se harían esperar. La noche les envolvió. Cada cual se echo a dormir como pudo y solo los centinelas horadaban con los ojos las sombras de la noche.

Iglesias iba de una posición a otra con objeto de que la vigilancia no se perdiera. La soledad impresionaba. Llegaban rumores casi imperceptibles del fondo de los barrancos, susurros y suspiros de una naturaleza expansiva. Las montañas se recortaban caprichosas y evocadoras. De tanto en tanto rodaba alguna piedra o el grito de un animal fugitivo rasgaban el silencio...

La Comisaría de Trabajo

Al mismo tiempo, un nombramiento vino a modificar en parte mis actividades. La CNT tenía que nombrar un miembro a la Comisaría de Trabajo. Nombramos a Juan Frac, pero este se recusó diciendo que no tenía ganas de intervenir en política. En una palabra, quería mantener el purismo de la FAI. Compulsando nombres y actividades recayó en mí ese nombramiento. Hasta entonces conocía las actividades de la Junta por nuestros compañeros, ahora iba a hacerlo de visu¹. A

1 Con los propios ojos. [N. e. d.]

mí me parecía absurdo que cada comisaría estuviera compuesta por una docena de elementos. Y en la primera reunión propuse que la comisaría de Trabajo se compusiera únicamente de las centrales sindicales. Sin herir susceptibilidades insistí en que nadie mejor para organizar el trabajo y sus leyes que las sindicales. La Junta de Defensa aceptó mi proposición y aquella misma tarde nos reuníamos en una salita de la Diputación, Torrijos por la UGT; un joven solidario² llamado Azurza o algo así, no recuerdo bien, y yo. Primero nos distribuimos los puestos: propuse a Torrijos la presidencia; él me propuso para la vicepresidencia, cosa que rechacé. Me quedé de secretario, Torrijos de presidente y Azurza de vicepresidente. Discutimos sobre la necesidad de poner en marcha ciertas fábricas aparte de las actividades relacionadas con el armamento. Hablamos de confiscación de fábricas pertenecientes a conocidos antirrepublicanos, de colectivismo siguiendo a nuestros sindicatos de la Piel y de nacionalización. Torrijos hablaba de hacer inventarios, de hacer todo legalmente. Yo le corté la palabra y le dije que eso lo dejaríamos para más tarde. Lo que interesaba era hacer trabajar a la gente y que luego se resolvería el lado legal de la empresa. El solidario parecía sobrepasado por los acontecimientos y no decía esta boca es mía. Mis primeras visitas fueron a las cerveceras, chocolaterías, curtidorías. Torrijos se consideraba viejo para actuar activamente y pretendía descansar en mí. En cuanto al solidario se le veía raramente el pelo. Heme, pues, teniendo que compaginar los trabajos orgánicos y los de la comisaría de Trabajo que más bien era de industria. A Torrijos le interesaba más bien el lado político

2 De la STV, Solidaridad de Trabajadores Vascos. [N. e. d.]

de la cosa. Una noche me reconvino por no haber aceptado la vicepresidencia. Entonces comprendí lo poco que quería a los solidarios, consecuencia de la lucha permanente en la región de nacionalistas y socialistas desde tantos años. La CNT era relativamente joven en la cancha vasca. Te vas a ver metido en las querellas políticas a lo pesar –me dije más filósofo que nunca.

Al volver a la calle Larramendi me encontré con un enlace que me envió Liqui. Los pescadores se habían dado el bote dejándoles empantanados en la montaña. Me pedía que obrase, yo con urgencia. No me anduve con chiquitas. Fui a ver a San Juan. Este había trabado amistad con Falomir, el ferroviario, compañero nuestro y muy conocido por sus dotes oratorias y que había caído casualmente en San Sebastián antes de los hechos. Falomir y él salieron para las Peñas de Aya con objeto de inspeccionar el terreno.

Luego me fui a Bidebieta y al secretario del Avance Marino, Varela. Saqué trescientos fusiles y me los llevé a la Comisaría de Guerra, cuya presidencia correspondía a Larrañaga. Con éste tuve una discusión sobre el poco interés que se ponía en defender la frontera y en apoyar el movimiento que nosotros habíamos iniciado. El argumento de que no había armas ya no valía. Abajo le dejaba trescientos fusiles y que su espíritu antifascista no haría que fueran a parar a las M.A.O.C., o a Azpeitia a manos de Saseta. El reparto debía ser equitativo entre todos y emplearlos particularmente en la zona fronteriza. Larrañaga se echó a reír:

- Entonces, ¿por qué no entregáis todos los fusiles?

- Ahora he traído trescientos. Dentro de ocho días tendréis otros tantos, si vemos que esos fusiles van a la frontera. Cuentos no, querido amigo.

- Bien nos la habéis metido. Pero ya lo pagareis.

- Eso lo veremos.

Bajamos juntos. Al ver los fusiles que ya habían descargado los pescadores, me dio un golpazo en los hombros con el carácter espontáneo que le guiaba. A Larrañaga le conocí un poco íntimamente cuando, con su mujer, era pupilo de la madre de Frac en los Arcos del Buen Pastor, en un cuarto piso. Era hombre de vitalidad extraordinaria y nada de extrañar que el seminario no llenara la capacidad de gastarse que llevaba consigo mismo. Tenía facilidad de palabra y carecía de complejos. La disciplina marxista le imponía determinadas labores y las ejecutaba lealmente. Dándome, pues, una palmetada fuerte en los hombros –repito– me dijo:

- Estupendo. Nuestro partido, desde luego, no hubiera hecho eso. Hubiéramos pedido una contrapartida.

- Nosotros no somos políticos.

- A otro perro con ese hueso. Vosotros sois políticos natos. Lo que pasa es que no queréis mezclaros con la política burguesa. Pero ahora...

Ese día, 3 de agosto, el diario...

«Frente Popular»

... la toma de las Peñas de Aya por las tropas del teniente Ortega, como una batalla ganada al enemigo. Estaba bien que no se favoreciera a ninguna de las fuerzas que componían la Junta, pero que se callara la parte activa y creadora de la CNT me pareció verdaderamente injusto.

La expedición la habíamos ideado, preparado y ejecutado y ahora nos salían diciendo que Ortega era el campeón. Me pregunté si San Juan, con su manía de nombrar jefes, lo hizo así para seguir demostrando que las operaciones militares se ejecutaban gracias al Estado Mayor. Llamé a González Inestal, presidente de la Comisaría de Comunicaciones bajo cuyo control salía el diario. Me contestó que bajo el punto de vista orgánico era lamentable, pero que bajo el punto de vista de conducta de la guerra había que dar la impresión de buena organización militar con mandos y disciplina. En la guerra como en la guerra, ya no hay términos medios –me dijo. Su contacto permanente con los militares y el estudio de la situación le imponían una óptica diferente a la estimada hasta entonces por nosotros. Me hizo ver que una protesta nuestra en el periódico produciría un efecto desastroso y que lo dejáramos pasar. Consulté con varios militantes, particularmente con Gómez, Gaztambide y Barriobero, y llegamos a la conclusión de tragarnos la píldora.

Ese mismo día el diario publicaba una nota del Partido Nacionalista Vasco, la primera desde el levantamiento militar.

Parecía que iban saliendo del estado de durmientes, como dicen los masones de algunos de sus acólitos. El 29 de julio los «mendigozailes» pedían que se alistasen los vascos en sus tropas. Ahora, los nacionalistas nos hacían ver que entraban definitivamente, con los dos pies, con nosotros. Si la historia no es lineal, sino una serie de accidentes que nada ni nadie podía prever en sus dimensiones justas, la política y la diplomacia estaban mechadas de accidentes a veces imprevisibles. Al día siguiente, Finanzas anunciaba que se pagaban todos los jornales atrasados y el 6 garantizaba el pago de cheques en las taquillas de los bancos. El día 7 el diario pedía un día de haber de todos los trabajadores para completar la suscripción en pro de la guerra. Ese mismo día Madrid nombró...

Al teniente Ortega gobernador civil

...de la provincia de Guipúzcoa y, naturalmente, presidente de la Junta de Defensa. No sabíamos en virtud de que informes ni en virtud de qué capacidad militar o política el gobierno de Madrid había nombrado a ese oscuro suboficial. En una situación tan difícil hubiera sido mucho mejor haber nombrado a una persona conocida con capacidad política y personalidad sólida para enfrentarse con graves problemas. Ortega se encontró con un contexto laborioso, dramático e incierto. Fue en estas circunstancias que se celebró el primer consejo de guerra contra algunos de los militares rebeldes. Un coronel, tres comandantes, un capitán, dos tenientes y un sargento. En total ocho inculpados. Seis fueron condenados a muerte y dos a

cadena perpetua. Se levantaron voces humanitarias contra la ejecución. Se alegaban vicios de forma en el proceso. Algunas personas querían volver a la época de los picapleitos, omitiendo la terrible trama urdida contra el país por nuestros enemigos. Se apeló al gobierno de Madrid, el cual, sensible a la situación se lavó las manos como Pilatos, declarando a San Sebastián ciudad sitiada, luego dueña de sus propios destinos. Había que ver como sensibilizaban esos problemas. Los unos pedían que no se ejecutara la sentencia irreparable hasta más tarde. El día 15 de agosto fueron fusilados.

Todos los protagonistas –ejecutantes y ejecutados– sabían que el papel pudo ser a la inversa si la rebelión hubiera salido victoriosa. Algunos días más tarde se celebró el segundo consejo de guerra. Ya las circunstancias habían cambiado. Los rebeldes decidieron apoderarse de la frontera para dorar un poco sus armas bastante pálidas desde el 18 de julio. En esta ofensiva empleaban todos los medios disponibles. San Sebastián comenzó a ser bombardeada por mar y por aire. Los aviones «Caproni» sembraron sus bombas por los barrios populares, particularmente en Amara. Los barcos de guerra «España» y «Almirante Cervera» tomaron la costumbre de bombardear la ciudad a la caída de la noche. Era impresionante distinguir a lo lejos el fuego alumbrado por el disparo de los cañones en la cubierta de los barcos y oír luego el silbido y la explosión de los obuses. Estos bombardeos exasperaban a los habitantes. En estas condiciones la condena de los militares en este segundo proceso no sería clemente. Así fue. Los seis militares fueron condenados a muerte. Las mismas voces que durante el primer proceso se levantaron para defender a los militares volvieron a

protestar del fallo. Tales argumentos carecían de base política para que el representante militar, San Juan, conmutase la pena. Todo hecho histórico debe tener en cuenta el tiempo y el espacio, las corrientes dominantes en ese instante e incluso el gesto irracional de un pueblo que desconoce toda clase de reglas. Existe un conjunto, un núcleo de relaciones, en el instante histórico. Lo económico y lo político no son autónomos y se ven rodeados de otros elementos, incluso el sexual, o su rechazo. Viendo las pasiones que engendraban estos hechos era evidente que un elemento por sí solo no dirigía la historia. Los militares fueron fusilados y así desaparecieron los principales personajes del levantamiento en San Sebastián –salvo Vallespín, fugado– que crearon el caos, la revolución, el miedo y la venganza. El 19 de julio las conversaciones entre militares y civiles estaban impregnadas de cierta cordialidad y de no romper los puentes definitivamente.

Nadie duda que los condenados tenían a su favor un gran argumento: ricos en hombres y en armamento –centenas de fusiles, baterías del quince y medio, ametralladoras– no atacaron San Sebastián con todo ese complejo de armas. Su terrible drama lo creó la falta de convicción precisamente. La gran parte no eran fanáticos de la causa rebelde. Y, sin embargo, la apoyaron. Misterios del alma humana y del contexto social. Tuvieron al alcance de la mano las posibilidades de ser victoriosos y fueron vencidos más que nada por el aspecto suicida del pueblo desarmado. En su conciencia debieron producirse graves contradicciones.

XXIII. INTERÉS DE LA FRONTERA

Según el mariscal St. Cyr, la guerra es un arte para el general, una ciencia para el oficial y un oficio para el soldado. Pues bien, el ejército popular empleaba únicamente la espontaneidad y el sacrificio.

M. Ch.

A la hora del crepúsculo, bello sol poniente iluminaba con reflejos rojizos las cumbres cual inmensa chorrera. Las nubes, vestidas de rosa, presentaban la tonalidad de una decoración ingenua. Y cuando el sol, prosiguiendo su marcha por su órbita se ocultaba por la parte del mar, ajeno a la sensibilidad estética de los hombres, llegaron la treintena de jóvenes entre ellos varias muchachas que enviamos a las Peñas de Aya con objeto de paliar la deserción de los pescadores. Este hecho negativo fue motivo de discusión en la organización e hizo que se apuntara ya la necesidad de disciplinarse y de responsabilizarse lo mismo en lo militar que en lo civil. Se desparramaban demasiadas energías por la falta de gente capaz de definirse con capacidad

militar. La noticia, avanzada por mí, de que la Junta de Defensa haría lo posible por reforzar nuestras posiciones, satisfizo un tanto la esperanza de aquellos hombres perdidos en las alturas. Además, les expliqué que comunicaran las últimas noticias de Madrid. El gobierno central iba percatándose de la necesidad de salvar el Norte y de sacarle de aquella situación precaria. Los nacionalistas vascos trabajaban en la corte en una dirección: la de obtener la autonomía, o sea, el lado político del problema. A la CNT eso no le disgustaba. Lo que nos molestaba es que se despreocuparan del aspecto militar por incomprensión y, a nuestro juicio, falta de lucidez. El terreno perdido sería difícil de conquistarlo. Y si obtenían la autonomía sólo dominarían en una parte del País Vasco. El gobierno de Madrid no perdía de vista este segundo aspecto y comunicó a la Junta de Defensa que tomaría disposiciones para ayudarla militarmente.

La noche desplegó definitivamente la capa negra. Se doblaron los centinelas. Ante un enemigo avezado a la montaña toda precaución sería bienvenida. Y, sobre todo, en las avanzadillas del lado de Oyarzun recibieron órdenes rigurosas de no dormirse en las pajas. No obstante, antes de dormirse soñaron en que pronto habría más coordinación en los esfuerzos dejando de lado el lado esporádico en el que primaba la iniciativa de un grupo o de un hombre. Creían –quisieran creer– que todos comprenderían la necesidad de un sacrificio mayor y que ya no se trataba de largar discursos dialécticos más o menos elegantes y atrevidos. La letra menuda, como decía tan gráficamente Liquiniano estaba de más. Había que comprobar la nueva realidad. El frente estaba en plena montaña, tan diferente de la encrucijada callejera y que delante teníamos a un enemigo

pertrechado, fanático y disciplinado. La retaguardia debía reaccionar en consonancia. Ya se vivía en guerra y aunque era un hecho indigesto, penoso y detestable, había que digerirlo. Estas esperanzas anudaban más estrechamente a aquellos hombres y mujeres. Y tanto más que creían a Europa capaz de favorecer la causa republicana.

Ganados por el internacionalismo obrero, veían a España siendo uno de los baluartes contra el fascismo. El enemigo había cedido en la presión por Oyarzun. La vía férrea la aprovechábamos para tirotear las posiciones rebeldes por medio de lo que llamábamos pomposamente el tren blindado. La locomotora con su tender, bien protegidos, corría entre Irún y Rentería, demostrando que el enemigo no tenía capacidad ofensiva. La carretera nacional se podía aprovechar, pero por medida de precaución se daba la vuelta por Lezo para salir a Gainchurizqueta.

La noche transcurrió sin novedad. De las sombras iban surgiendo las crestas del relieve montañoso con aspecto rugoso y áspero. Los barrancos seguían aún en las sombras creando un claroscuro natural de pintor inconsciente.

A los primeros rayos de sol un grupito de los de abajo salieron de reconocimiento. En lugar de dirigirse por la cañada siguieron a media altura abriéndose paso por una naturaleza generosa. Al doblar un altozano divisaron a corta distancia un caserío. En derredor, la tierra cultivada estaba salpicada de frutales: cerezos, manzanas y nísperos. Por abajo corría un arroyuelo que en invierno se transformaba en torrentera, cuyas huellas visibles

lo demostraban. Era sorprendente ver en aquel lugar tan aislado una célula familiar trabajando la tierra lejos del mundanal ruido.

- ¡Increíble! –exclamó Iglesias sin quitar la vista de la casa de piedra dura y de tejas rojas y achatadas.

- Ya se ve que eres ciudadano –le replicó Liqui. No hay nada de increíble en eso. En la cumbre más puntiaguda y en el barranco más hondo hallarás ejemplos vivos de esta raza vasca. El mundo para ella es la familia, eje alrededor del cual giran todas sus actividades. ¡Qué apego al terruño! Carácter y voluntad son necesarios para organizar en este aislamiento, encajonados entre montañas.

- No obstante, hallar trazas de civilización en medio tan rudo e inhóspito, donde todo invita a la deserción, sencillamente parece fabuloso.

- ¿Qué es para el montañés una carrera de horas? Entra en sus costumbres.

- Pero tan lejos de todo y de todos...

- Mira, en mi niñez; acompañado de tío Teodoro recorría caseríos de las faldas de Escoriaza. Pues bien, los caseros estaban satisfechos de vivir así, con la tradición y el culto de la tierra. No puedo negarlo, les admiro por conservar la personalidad casi intrínseca a través de los siglos.

Un ciudadano más que sorprendido:

- ¿Y cómo llegan a construir estas casas tan estupendas en la soledad?

- Por solidaridad de tribu y espíritu de familia. Unos prestan los bueyes, otros los carros, los demás hombres y trabajo. Una organización primitiva, pero eficaz en esta geografía.

Un madrileño, recién llegado a la capital donostiarra:

- ¿No es una paradoja? Siendo marino audaz y temerario, cómo puede amar al terruño...

Aleccionados por el otro caserío, iban acercándose a él lentamente. Ya estaban a una cincuentena de metros. Divisan algunas macetas en las ventanas color de chocolate y en un ángulo una ristra de pimientos de rojo vivo. Por una puerta entreabierta salió una jovencita de pelo largo que le cae por la espalda en dos trenzas. Llevaba en la mano un balde vacío, sin duda para buscar agua.

- Egun on –gritó Liqui en vasco.

La niña se volvió amedrentada. Con cara de susto les hizo señas de que se alejasen.

- ¡Cuidado! –gritó instintivamente el madrileño.

Cuerpo a tierra ya, las balas pasaron silbando cerca de sus cabezas. Arrastrándose fueron a refugiarse detrás de un talud, de donde respondieron al tiroteo. Luego decidieron retirarse dejando a dos hombres con objeto de conocer las intenciones

del enemigo. Hicieron bien. Poco después de llegar a las avanzadillas, los dos patrulladores anunciaron que un grupo enemigo, bastante numeroso, avanzaba desplegado en guerrilla por las faldas y el barranco próximos. No tardo en establecerse el contacto. Siguió nutrido tiroteo. El enemigo no insistió. El eco de los disparos se prolongó por este anfiteatro salvaje e inhumano, donde la vida brotaba y moría sin adquirir el esplendor de un bosque denso ni ataviarse con rica gama de árboles y copas. Sobrevivía al amparo de algún agente favorable. Las altas crestas escapaban en su indómita arrogancia al triste suspiro de las gargantas.

Las intenciones del enemigo se perfilaban. Ya se movía por la parte de Villafranca de Oria y en Pamplona se hablaba de tomar San Sebastián en breve plazo y de vengar a los militares del cuartel de Loyola. Ahora tenía ocasión la Junta de Azpeitia de cortar el paso de los navarros hacia ese cogollo del País Vasco. El cambio del tiempo arrugó el entrecejo de los responsables. Las cumbres se envolvían con manto vaporoso. Todo el panorama se volvía plomizo y triste. Las nubes empujadas por altas corrientes se trasladaban veloces metamorfoseándose en figuras siniestras y amenazadoras. No estando preparados para pernoctar en malas condiciones de intemperie veían en la lluvia un cómplice del enemigo. Y cuando comenzó a llover cada cual se buscó un refugio a lo troglodita. El crepúsculo fue corto. La noche cayó rápidamente. Fuerte viento silbaba por los barrancos y cumbres la rabia por la resistencia ofrecida. Las notas inarmónicas, con sádico gusto, dejaban ecos prolongados. La borrasca preludiaba una noche toledana. Habría que abrir el ojo más que de costumbre.

Los primeros reflejos pálidos del amanecer auguraban un día gris. Todos estaban ateridos en las posiciones y literalmente mojados pese a las prendas de abrigo. Reaccionaban dando saltos y frotándose el cuerpo. De pronto:

- ¡Cuidado! Los requetés –grito un centinela.

Aprovechando las sombras de la noche el enemigo se había acercado a las posiciones. Atacó desplegándose en semicírculo. Dada su potencia de fuego era bastante numeroso.

Los jóvenes respondieron agarrándose a las rocas y defendiendo el territorio. El enemigo se acercaba cada vez más. Liqui envió a Roque con el fusil ametrallador a una loma que quedaba un poco por detrás de los requetés ordenándole:

- ¡Corre allá y descarga hasta la última bala!

Algunos requetés estaban ya cerca de las posiciones. Con sus boinas rojas presentaban buen blanco. En esos casos ya se sabía: o se sostenía contra viento y marea la posición o se tomaba las de Villadiego. En ese instante crítico comenzó a tirar el fusil ametrallador de Roque.

Temiendo ser envueltos, los navarros se retiraron dejando dos muertos. Nosotros tuvimos un muerto y tres heridos. No cabía duda, el enemigo había venido a tantear el terreno. Liqui decidió retirarse a las Peñas de Aya, cuya defensa se había mejorado con fosos. A media tarde, los navarros atacaron esta posición indispensable para dominar la frontera. Gritaban como

energúmenos invocando a Dios: ¡Dios es justo! ¡Dios es vengador! ¡Viva Cristo Rey! Se movían con la agilidad del gamo de un lado a otro buscando un camino protegido de las balas. A los gritos de los navarros les contestaban con:

¡Viva la República! ¡Viva la Anarquía!

El ataque duró dos horas. En la posición se hizo un consumo de munición enorme. Incluso tiraron granadas para ahuyentar la idea del asalto. Poco después estaban reunidos los responsables y decidieron dejar unos pocos hombres al mando de Roque, quien se había mostrado intuitivo en la colocación de los hombres durante el combate. De sacrificarse, si sacrificio hubiera, valía más que el número fuera reducido. A nadie se le ocurrió abandonar la posición. Ahora se veían confrontados con situaciones que ni remotamente hubieran imaginado unos días antes. La guerra presentaba su faz descarnada. Allí no había dimes y diretes, si no situaciones a resolver espontáneamente. Dejando un destacamento reducido se dirigieron hacia Pikoketa al amparo de las sombras de la noche. Marchaban despacio, sin gran convicción, rotos los resortes del cuerpo, creyendo que habían tenido un revés. La moral del combatiente no crece cuando se retira. En ellos iba rumiando la idea de que la guerra iba a entrar en una fase dura. Se imponía la necesidad en el campo republicano de hacerla con todas las de la ley. Al unísono comprobaban la determinación del enemigo, disciplinado y mandado por hombres que sabían hacer la guerra y que necesitaban una victoria rápida para dorar los laureles hasta ahora marchitos. Descansaron en una vaguada y al amanecer estaban en la base de Pikoketa. De pronto un tiroteo intenso y

unas explosiones resonaron en la cumbre que acababan de abandonar la noche anterior. Iglesias corrió hacia una loma con objeto de perforar el misterio del espacio. El silencio que siguió les parecía poco halagüeño. Y cuando el sol rompió definitivamente las sombras divisaron la bandera roja y gualda de los requetés flotando al viento, retadora, en la cima de las Peñas de Aya. Esta visión les estimuló de pronto. Se había acabado un episodio. Ya no se podía volver atrás.

Esas montañas les desafiaban más que los propios navarros. Pensaron en Roque y sus compañeros, muertos o prisioneros de los requetés. Y San Sebastián que no decía esta boca es mía enviando contingentes de fuerzas. La guerra tenía una trama honda y complicada y cada movimiento en la montaña necesitaba un plan. No obstante, temían que la debilidad de las fuerzas populares en armamento representaría grave «handicap».

En Pikoketa se encontraron con los primeros hombres no cenetistas que venían a defender el terreno. Hablaron vagamente de la defensa de Irún dirigida por franceses. Comunicaron que el suboficial de carabineros Ortega había sido nombrado gobernador civil de Guipúzcoa, reemplazando a Artola, dimisionario, incompetente por falta de carácter y decisión frente a los acontecimientos.

Esta noticia les alegró. Lógicamente el suboficial haría lo imposible por defender la frontera. ¿Quién mejor abogado que el suboficial? Ahora la línea que se estaba formando en Pikoketa, como núcleo central esta montaña, estaría mejor guarnecida. Ya

iban llegando otros nombres, otras armas también, pero no suficientemente para detener a los rebeldes. La artillería entró en juego. Por la parte nuestra con muchas deficiencias, pues éramos incapaces de hacerlas funcionar. Hay que ver lo que costó encontrar gente conocedora de cañones. Las magníficas piezas del quince y medio cogidas en Loyola estuvieron bastantes días sin ser empleadas por esa carencia humana. Poco a poco se fueron reclutando antiguos artilleros que prepararon las piezas del fuerte de Guadalupe y algunas de Loyola. Los rebeldes también la emplearon y con mayor eficacia. Pikoketa y Erlaiz eran bombardeadas sistemáticamente. Y por primera vez aparecieron en las montañas vascas tropas moras. Quizás antes que los republicanos, los rebeldes habían comprendido el interés fundamental de la frontera y sacaron los medios más idóneos para conquistarla. Conclusión. El campo republicano tardó en reaccionar en bloque con objeto de defender Pikoketa y Erlaiz que pasaron a manos de los navarros, situando en posición crítica a Puntxa, San Marcial e Irún. Los rebeldes avanzaban despacio, pero avanzaban. Y ello se debía a que tenían una estrategia superior. Sabían dónde pegar y cogernos desprevenidos. Esta fue la lección de los primeros días de combates en las montañas vascas y, probablemente, por toda España. En las luchas callejeras fuimos superiores, pero en lo específicamente militar nos la daban con honda. El relieve accidentado favoreció la defensa, pues para apoderarse de Pikoketa y de Erlaiz tardaron casi quince días: Cada loma y cada macizo fueron defendidos con ahínco con gentes que venían desde fuera, de Bilbao, de Asturias y algunos franceses que venían ganados por la epopeya vivida durante los primeros días

en Guipúzcoa. Hacia el 22 de agosto podría decirse que el frente iba desde Oyarzun, casi en línea recta hasta la frontera, situándose frente a la cresta de Puntxa y a la colina de San Marcial. Los aviones «Caproni», que tan importante papel desempeñaron en la invasión de la península por las tropas de Franco, hicieron su aparición también en esta zona. La reacción de los combatientes frente al ataque aéreo fue normal. Al principio causaban pánico ver brillar en el cielo las bombas que le iban a uno a estallar alrededor. A todo se aclimata uno, hasta a jugar con la muerte. A la aviación le siguió la marina. Aparecieron el acorazado «España», el único con que contaban los rebeldes, los destructores «Velasco» y «Cervera».

Las pocas unidades navales que poseían las hacían maniobrar en función de las necesidades, mientras que nosotros, con la mayor parte de la flota, no sabíamos buscar objetivos para que los cubriera, sea atacando Galicia, parte de Asturias o trayendo al País Vasco la serenidad que da la fuerza. Esos tres navíos bombardeaban la costa vasca sin encontrar el menor enemigo. No cabía duda de que en materia militar teníamos que aprender mucho de los de enfrente.

No obstante, a fuerza de sacrificio y de resistencia las tropas nacionalistas no ejecutaban un paseo militar. Y la finalidad de asfixiar la costa cantábrica adscrita a la causa Republicana iba a costarles más de lo previsto. Estos reveses produjeron una reacción anti ideológica en la CNT.

La unificación de las milicias

... de la CNT. Acabadas las luchas callejeras en las que éramos maestros, el hecho de encontrarnos en las montañas frente a un enemigo disciplinado, con mandos capaces, nos obligaba a tomar nuevas disposiciones en materia militar. Se iba evidenciando lo que me dijo González Inestal: una concepción militar de la guerra. Y antes de llegar a la unidad de mando había que pasar por la unidad de las milicias de la CNT. El 17 de agosto publicamos en *Frente Popular* la decisión de esa unidad. Claro que de la teoría a la práctica había buen trecho. Sin embargo, indicaba ya la dirección que iba a tomar nuestra organización en cuanto se reajustase la estrategia militar y los métodos de combate. La necesidad era buena consejera y me recordaba a los filósofos que predicaban la necesidad como elemento motor de las actividades humanas. A este respecto, Horacio Martínez Prieto, delegado de Sanidad de la CNT en Bilbao, creó la Carta del combatiente que sirvieron de base a los batallones de nuestra organización cuando se militarizó el País Vasco por acuerdo del Gobierno Vasco. La creó durante el mes de agosto antes de que fuera enviado, como representante del Frente Popular en la zona republicana para buscar el abastecimiento de la región. Y tomó para ello como base la Carta del Militante, que González Inestal había propuesto a la organización donostiarra poco antes del levantamiento. Todos estos datos mostraban que nuestra organización sabía analizar las situaciones y pretendía adaptarse a las circunstancias. Nuestro acuerdo de unificar las milicias no tuvo gran efectividad en el frente fronterizo, porque

el enemigo nos impedía tomar el menor reposo para organizar sobre nuevas bases, digamos, más militares. Eso significaba la planificación de la guerra y que la afinidad de grupo bajo el guía del buen militante quedaba sobrepasada por la feroz realidad que se burlaba de todas las ideologías habidas y por haber. La guerra entraba en el periodo de la pragmática pura, con la única finalidad de hacer la guerra para poder ganarla. En la gran empresa en la que estábamos metidos, la CNT y la FAI iban perdiendo jirones ideológicos en bien común.

XXIV. SAN MARCIAL

Esos muertos han despertado a los vivos, les agitan tempestad irresistible.

Edgar Quinet.

A San Marcial, colina situada en la misma frontera, cerca de Irún, la domina la cresta de Puntxa, bien fortificada y eje central de la defensa republicana. A los pies corre el Bidasoa, río conocido desde la antigüedad, tan lleno de historia por ser testigo de grandes acontecimientos. Su recorrido irrisorio, 65 kilómetros, de los cuales los diez últimos sirven de frontera hasta el estuario enlodado en marea baja que forma la bahía de Chingudy. Poco antes la isla célebre de los Faisanes recuerda la decoración de Velázquez para servir de buena acogida a las conversaciones sostenidas con vistas al tratado de la Paz de los Pirineos. La situación geográfica de ese estuario confería al Bidasoa el privilegio de que los hombres se interesasen por él. Estrabón, Ptolomeo y Plinio el Viejo lo mencionan como lugar codiciado por los estados. Grandes capitanes prepararon

batallas sirviéndose de su posición estratégica. Y hombres políticos jugaban con esa línea hidrográfica para concebir convenios internacionales. Pues bien, San Marcial no le iba a la zaga en cuanto a la fama. En sus faldas accidentadas y en la cima ondulada se habían librado batallas decisivas. Como en otras tantas ocasiones, el calendario católico sirvió para bautizar lugares de batallas. El día de San Marcial marcó la más dura batalla de la historia de esa colina. De ahí su nombre y que éste fuera el santo patrón de Irún. Punto estratégico de la vía de invasión hacia el sur peninsular, San Marcial había entrado en juego en cada combate fronterizo. Ahí sufrieron grave derrota las tropas napoleónicas, tan bien contada por el conde de Toreno, y el mismo Wellington declaró que la victoria de San Marcial permitía ya la posibilidad de rechazar a los franceses del suelo español. En 1936 se repitió la batalla entre españoles. La llama heroica de un pueblo que no quería morir bajo el yugo de una dictadura militar se incendió espontáneamente. Sin disciplina ni técnica militar, sin directivas formales, pese a las buenas intenciones de románticos revolucionarios franceses, se organizó empíricamente la resistencia. Le guiaba el sentimiento de justicia y de libertad, entregado a sí mismo por un enemigo catapultado por alemanes e italianos. Reaccionaba así maravillosamente inocente contra el destino cruel y contra la ingratitud democrática, particularmente la inglesa y la francesa, lanzando un desafío a propios y extraños. El enemigo nacionalista, requeté, monárquico, capitalista, ultramontano, era el abanderado del fascismo internacional y el vehículo de la ignominia y del deshonor españoles.

Después del fracaso italiano, alemán, austriaco y francés,

España suponía el último baluarte europeo de espíritu revolucionario. Por este motivo, reaccionarios y revolucionarios de toda Europa se interesaron por la lucha intestina de los españoles. El problema ibérico representaba un complejo fabuloso: posición estratégica para los estados mayores, sólidas ventajas económicas de algunas grandes potencias, esperanzas revolucionarias del izquierdismo y tenacidad del catolicismo. La guerra era seguida a la lupa por observadores oficiales y oficiosos. Madrid, Sevilla y luego Burgos, fueron rodeados por extranjeros que sólo estaban atentos a sus intereses. Al mismo tiempo, ofrecíamos un espectáculo nada trivial a los veraneantes de la costa vascofrancesa. Miles de curiosos se asomaban a las alturas de Biriatu, Behobia y Hendaya. Prismáticos en ristre, seguían las incidencias de la lucha que tendía a afirmarse en la orilla izquierda del Bidasoa. Posiblemente esos espectadores no descubrían el fuego ideal que animaba a los combatientes. Quizás no creían en ningún ideal y sólo venían a gozar el espectáculo dado por la raza española, orgullosa en su decadencia, mísera en sus afanes de grandeza, intolerante en sus visiones políticas y religiosas. Luego, probablemente, frente a una mesa bien guarnecida con platos aderezados convenientemente, escucharían notas de música plañidera o marcial, comentarían la «drôlerie»³ de los españoles, siempre metidos en querellas intestinas, poniendo en peligro el equilibrio europeo.

Las potencias de Europa decidieron solemnemente, quiere decirse hipócritamente, que la guerra civil era un problema que

3 Comicidad, curiosidad. [N. e. d.]

lo debían dirimir únicamente los españoles. Con gran hipocresía y cinismo se declaraban neutrales, cuando era del dominio público que los gobiernos alemán e italiano estaban enfrascados en la pelea, con objeto de rodear a Francia con otra frontera amenazadora: la española. ¿Qué haría Francia con tres fronteras enemigas, la alemana, la italiana y la española? Sucumbiría sin combatir ante las exigencias alemanas. Inglaterra, por su parte, con su clásico trabajo solapado, conocía mejor que nadie el proceso de la rebelión. No en balde un agente de la Intelligence Service había pilotado el avión que llevó al general Franco desde Canarias a Marruecos, donde el general felón mandaría las tropas sublevadas. Daba grima ver que Francia estando aislada fuera la que tomase la iniciativa de crear el Comité de No Intervención, tan fatídico y monstruoso para nosotros. El día 3 de agosto fue un día de luto para el izquierdismo europeo. Por algo nosotros lo llamamos gráficamente el Comité de Cerrar los Ojos y Ver. Y coincidiendo con esta fecha fatídica, los rebeldes emprendieron la ofensiva contra Irún. Como la criada les había salido respondona en los puntos claves de la península, querían obtener una victoria de prestigio para regatearla con sus aliados. Bien es verdad que los efectivos empleados no eran muy numerosos por una y otra parte por razones de carácter nacional únicamente. En quince días se fueron acercando los reaccionarios a Irún, llegando a Ventas y acercándose a Puntxa y a San Marcial.

La Junta de Defensa había comprado algo de armamento en el extranjero. Esperaba por parte del gobierno de Madrid un envío sustancial que daría a las fuerzas republicanas un potencial de fuego valioso. La vecina Vizcaya envió algunos hombres

armados, así como los santanderinos y asturianos, estos últimos muy arrojados.

Y a medida que el frente se iba acercando al puente internacional, el fuerte de Guadalupe, tradicional vigía de esta zona, sito en el monte Jaizkibel, dominando la línea fronteriza durante varios kilómetros, hacía tronar la batería de cañones. En Europa se hablaba de la batalla de San Marcial exagerando mucho. Se hablaba de heroísmo por parte de las izquierdas. De valor por las derechas. El caso es que los periódicos se interesaban por la marcha de las operaciones. Ortega, el nuevo gobernador, el suboficial de carabineros, promovido a teniente por el gobierno de Madrid, tomó muy en serio su papel de presidir la Junta de Defensa. Todo el Norte está interesado por la suerte de este paso fronterizo. Por eso en Puntxa se resistía sin ceder una sola pulgada. Se hablaba de héroes, sobre todo en el extranjero. Yo me di cuenta de cómo se pueden fabricar héroes por medio de la propaganda. Los comunistas lo habían encarnado en Cristóbal, un irunés, majo y valiente. Los nacionalistas en Saseta, de quien se decía sería un futuro Zumalacárregui. En realidad, todavía no había surgido de las filas populares el genio militar que se impusiera por sus dotes morales, combatientes y agallescás. Todo se hacía espontáneamente y con la autoridad de quien se consideraba como más apto a dirigir las operaciones.

Frente a Puntxa, el puesto fronterizo un tanto fortificado, los dos adversarios se empecinaban y cada día se empleaban más fuerzas. La resistencia de los republicanos en San Marcial, resonaba por toda la nación y hasta el mismo gobierno se hacía

partícipe de la emoción general. A las reiteradas y patéticas peticiones de la Junta de Defensa correspondió con el envío de varios vagones de armamento, vía Francia. Estas semanas de lucha guerrera enseñaron al miliciano que el alambre espinoso y la zanja coadyuvaban en el arte militar. Fue un progreso. El pico, la pala, el saco terrero y el fusil se empleaban en esa defensa un tanto desesperada.

Un hecho vino a aguar la moral. Ante la sorpresa de los combatientes, varias salvas de la batería de Guadalupe cayeron en las trincheras republicanas. Aquello era una traición o un error. La reacción fue brutal. Toda la guarnición fue pasada por las armas. No se juega con la guerra. Se habló de salvajismo. Es muy fácil hablar desde la retaguardia y presentarse limpio de reproches. Los muertos en nuestras trincheras fueron vengados. Y que difícil fue encontrar gente capaz de mandar el tiro de los cañones de Guadalupe. Por fin se pudo dar con Modrego, militante socialista que sabía algo de estas cosas. De obrero en la fábrica Michelín de Lasarte pasó a mandar la batería de Guadalupe. Quizás la batería no sería eficaz, pero ya no nos haría daño.

La lucha ganó en intensidad. El enemigo hizo intervenir las tropas africanas. Los regulares se lanzaban al ataque con el fusil en bandolera o en las manos levantadas, dando gritos de guerra agudos. Los componentes del tabor de regulares, como los navarros antes, se quedaban en el camino sin pisar las trincheras populares. Las faldas de las montañas próximas a San Marcial quedaban sembradas de cadáveres. De pronto, la fiebre aumentó en San Marcial. Corrió el rumor de que en Hendaya se

hallaban varios vagones de material de guerra. La moral creció instantáneamente. Se fue a ver a las autoridades francesas para que se aceleraran los trámites de paso.

Accedieron y los ferroviarios franceses se prepararon convenientemente para que los vagones llegasen a Irún. Nuestra ingenuidad no tenía límites. No nos percatábamos que la tragedia nos acechaba, que internacionalmente nos preparaban el mazazo. El gobierno francés, adelantándose a los acontecimientos –el Comité de No Intervención no había celebrado la primera reunión–, decidió impedir el paso de las armas por la frontera de Hendaya, aunque pertenecían a los españoles. Se habló de la presión del gobierno inglés. La realidad era que no se nos quería en Europa. En ese mismo instante los aviones italianos bombardearon todas las crestas de la frontera y algunas bombas –colmo de la ironía– cayeron en territorio francés. ¿Juego diplomático? Más bien confabulación internacional para yugular el movimiento popular que aparecía como peligroso para la estabilidad del equilibrio europeo. Estimando injusta esta medida, los combatientes esperaban que los vagones, cuyos techos descubrían desde las alturas acabarían por pasar la frontera. Espera vana teñida de colores dramáticos. Así fueron comprendiendo que estaban entregados a si mismos por haber proclamado muy alto un ideal, por haber creído en el honor de los hombres.

A Liquiniano esta negativa francesa le pareció una bofetada. Descubría graves amenazas en el campo internacional. No había Perdido la fe, ni mucho menos, pero el hecho le pareció sintomático. Los socialistas y los comunistas no sabían

explicarnos esta actitud del gobierno francés. Estaban cogidos entre la espada y la pared.

Los hilos diplomáticos se nos escapaban por ser revolucionarios, ajenos al juego sutil e hipócrita de las cancillerías. Yo tuve una explicación ruda con el viejo Torrijos. En él, el idealista chocaba con la necesidad de defender a León Blum. Con entonación dura le espeté:

- Ya no luchamos contra los sublevados, sino también contra Europa. ¡Comité de No Intervención! ¡Vaya mejunje indecente!
- Las democracias terminarán por ayudarnos. Francia no permitiría que en España se instale el fascismo...
- Lo dudo, Torrijos. Ese material que tanta falta nos hacía, se ha quedado delante de nuestras narices.

Torrijos creía en Francia. Estábamos en 1936 y los golpes militares se producirían en Sudamérica o en otro rincón del globo, pero en un lugar neurálgico de Europa no podía romperse el equilibrio de fuerzas sin volver al punto de partida.

- El Frente Popular francés no se cruzará de brazos.
- Acaso, pero si interviene no lo hará con la misma audacia que el fascismo. Este da la cara.
- El Comité de No Intervención alargará la contienda. Eso es todo.

- Olvida usted a la pérfida Albión. No entiendo mucho en política extranjera, pero estos tinglados de comités y comisiones me dan mala espina. Los demócratas son cobardes por conservar el pequeño bienestar que han conquistado.

Conservadores, sus miras reflejan raquitismo vergonzante. Yo creo que les molestamos durante su laboriosa digestión.

- ¡Qué cosas tiene usted! ¡Vaya pesimista! Eche una mirada al mapa de España. Tenemos más superficie que los rebeldes, más población y la industria nacional en nuestras manos. Aunque perdiéramos San Marcial...

Torrijos se calló, quizás asustado por la idea expresada, aunque inacabada.

Los primeros días de septiembre se presentaron críticos. Viniendo de Navarra, heraldos de funestos hechos, surgían los *Cabroni*, como les llamaban los milicianos, con aires de rozar las crestas. Portadores de mortífera carga, marcaban con su vuelo la línea de la frontera. El silbido de las bombas y las explosiones se mezclaban con el zumbido ronco de los motores. Regaban de bombas las trincheras con una impunidad rayana en juego infantil. El humo y el polvo envolvían las posiciones republicanas. Un olor acre penetraba desagradablemente en los pulmones. Los aparatos, siguiendo su trayectoria, bombardearon luego Irún. Y desde lo alto de las montañas distinguieron los fogonazos de las explosiones, seguidos de densas columnas de humo que ocultaban las ruinas de las casas. El espectáculo era hipnotizador. Observar la progresión de los

aviones por medio de las explosiones. En todos brotaba la misma concepción. La aviación se presentaba como terrible arma de destrucción y de combate. Y comparaban esos aviones modernos con el miserable biplano que despegaba en el aeródromo de Lasarte para reconocer las posiciones rebeldes. Los milicianos le llamaban «El abuelo», por pertenecer a la promoción de la guerra de 1914–18. Sólo era capaz de cargar una bomba de diez kilos debajo de las alas. El piloto era un héroe.

Al bombardeo aéreo siguió una lluvia de morterazos. He aquí otra arma que se presentaba terriblemente eficaz: el mortero. En las filas populares abrían brechas con las explosiones cuando preparaban un nuevo ataque. Era la táctica y así fue. No tardaron en salir de sus posiciones a pecho descubierto dando gritos de ánimo para enardecerse.

- Dejar, dejar que se acerquen –gritaba Juan, pegado a una ametralladora pesada.

Los moros avanzaban falda arriba. Él les seguía con la mirada sin perderles de vista ni un segundo.

- ¡Venga, muchachos! ¡Fuego!

Las balas sembraron de cadáveres las filas de los atacantes, pero siguieron avanzando. Unos se acercaban ya a las alambradas, mandados por un oficial, para cortarlas y favorecer el asalto de las trincheras.

- Preparar las piñas –gritó Liquiniano en medio del tableteo de las ametralladoras.

Los milicianos se las quitaban de las cinturas y desde la misma trinchera las arrojaban contra los asaltantes.

En medio de un ambiente atronador el asalto fue contenido una vez más. El enemigo se retiró bastante diezmado, dejando en las alambradas y en toda la falda cadáveres. Ya restablecido el silencio de las armas, los milicianos se reían alegremente comentando las incidencias del combate con la delicia de haber salido del peligro. Juan, rozando el tubo de la ametralladora con los dedos, gritaba:

- Está ardiendo... No se puede ni tocarlo.
- Qué manera de escupir –subrayó Liqui. Si tuviéramos veinte como ésta, ya podrían venir, ya...

La trinchera formaba una curva pronunciada. A una de las puntas llegó un miliciano sudoroso y jadeante. Antes de hablar, se pasó por la frente el pañuelo sucio. Ya más tranquilo:

- ¿Dónde está Liquiniano?
- En la otra punta.
- Su hermano José Antonio ha muerto.
- ¿«El Boti»?

- Sí. Y con él toda la patrulla. Salieron en reconocimiento para conocer la posición del enemigo.
- ¿Habéis recuperado los cuerpos?
- Alguno que otro –confesó evasivamente el miliciano.

Roque y Pepe quedaron consternados. Se representaban a José Antonio con sus diecisiete años, robusto, optimista, sonriendo a la vida con la intensidad del animal bien dotado por la naturaleza. Valiente, inteligente, el hermano mayor le idolatraba.

- ¿Cómo decírselo? –interrogó en voz alta Ramiro, sabedor de la hipersensibilidad de Liqui. ¡Que mala leche!
- Ya me encargaré yo –murmuró Pepe, absorbido en sus pensamientos dolorosos.

La muerte de José Antonio, el popular «Boti», apodado así porque trabajaba en una farmacia de Hernani, le produjo a Pepe una extrapolación de sentimientos. Tan joven, tan entusiasta, tan entregado a la revolución. Cómo sacaba de la botica productos químicos para fabricar explosivos. La lucha se presentaba cada vez más exigente. Él mismo, Pepe, podía desaparecer en cualquier ataque enemigo. En ese instante se creía egoísta por haber abandonado a la familia sin el menor atisbo de remordimiento. Un mecanismo mental impreciso le ponía en relieve las atenciones de la madre. No; la lucha no era todo. No se debía echar por la borda un pasado de sensaciones

y recuerdos. Las otras muertes que habían acompañado las andanzas por las montañas no le habían producido el choque moral sentido por la desaparición de José Antonio, mejor dicho, de los diecisiete años del desaparecido. Al amar a la vida creía tener relación estrecha con cuanto le rodeaba.

XXV. BOMBARDEOS POR MAR Y POR AIRE

Hay que agradecer a nuestro pueblo y a nuestros combatientes por el hecho de sobrevivir a los primeros desastres de la guerra.

Khrouchtchev.

El frente abierto por el enemigo al sur de San Sebastián no tenía historia. Los rebeldes avanzaban con mucha cautela, sin prisa, faltos de posibilidades. Por esa parte descendían de las montañas no con ímpetu, sino con cálculo. Con paso de tortuga progresaban, depurando la retaguardia de elementos nocivos para la paz de cadáveres que pretendían imponer en el país. Junto al soldado llegaba el policía y el tribunal. Los pueblos del Alto Goyerri fueron los primeros en sufrir las humillaciones de esa morbosa conformación espiritual. Las primeras mordeduras del diente reaccionario no tenían nada de persuasivo ni de magnánimo. En las montañas de Goyerri, de gran tradición vasca, los dos espíritus, aunque hermanados –el vasco y el navarro– se repelían por curiosidad o error histórico. Tolerante

y progresista el guipuzcoano. Fanático y cavernario el navarro. Este último, quizás, por haber sido Estado y sentir la nostalgia del poder absoluto.

Pese a que el sistema orográfico permitía una defensa firme y escalonada, las milicias municipales, por falta de dinamismo, por no estar aguerridas en la lucha social como San Sebastián, se iban retirando delante del enemigo sin ofrecer resistencia. Las moles que rodean a Tolosa, entre ellas el Hernio, más tarde la de las Ventas de Garate, luego el Buruntza, no representaron el papel defensivo, que en las guerras carlistas cumplieron. Así iban pasando a manos de los rebeldes los pueblos industriales a poca costa, con ligeras escaramuzas. Solo hubo un choque serio y confuso en Beasain que se terminó en favor de los navarros. Y fue gracias a la gente enviada desde la capital y en la que buena parte fueron hechos prisioneros. Y como San Sebastián tenía problemas más serios en sus cercanías, se había abandonado en realidad ese otro frente que, inexorablemente se iba acercando. Beasain, Villafranca de Oria, Tolosa, Villabona, se vieron inmolados a ese avance que seguían los navarros por el curso del Oria. No podía haberles a esos pueblos destino, más hosco y adverso.

Fustigado por el peligro, abandonando toda otra actividad, me marché a Andoain. Subí a Ventas de Gárate, bien conocido por mí. Siendo niño, íbamos en cuadrilla a ese espléndido macizo a recoger manzanilla, flor curalotodo de la farmacopea popular. Allí no había resistencia en realidad. Solo más bien grupitos que servían para conocer los movimientos del enemigo, pero no para resistirle. Lo mismo me sucedió en el Buruntza, el monte

tan popular en el valle de Zubieta por la ermita de San Roque y por la de Azcorte. Desde el Buruntza veía Ventas de Gárate a la derecha, y a la izquierda el Adarra. En sus estribaciones se podía parar el enemigo, cerrar el paso a Hernani, Lasarte, Zubieta y Usúrbil y, claro está, a Urnieta. Salvar la carretera de Bilbao y el ferrocarril que corría paralelo. ¿Cómo se abandonaría todo esto sin lucha? Me angustiaba esta eventualidad. Pese a mi optimismo, me era difícil creer en el milagro. En el Buruntza había también unos grupos aislados del pueblecillo de Oria. Algunos de ellos amigos míos. En ese frente faltaba el espíritu que reinaba en el campo de batalla de la frontera.

Hablé de resistir por allí donde pasé. Pero yo notaba que los navarros impresionaban más por lo que se conocía de ellos y por la historia. Allí estaba el suelo digno para ofrecer una resistencia ilimitada. Faltaba lo elemental: el alma. La desmoralización era ya grande. La aparición de una boina roja de requeté creaba inmediatamente un complejo de inferioridad. Hablé de las jornadas embriagadoras de la capital, del cerco de Loyola, de la iniciativa de las fuerzas populares en la batalla por la frontera. Me hacía daño que se derrumbase aquella fortaleza que la naturaleza había puesto en nuestras manos. Les señalaba la línea gris que desde la bifurcación del Alto de Teresategui iba descendiendo paulatinamente hasta Usúrbil. Había que evitar que San Sebastián quedase cortada de Bilbao. Se hicieron parapetos, incluso se tendió un teléfono de campaña desde Oria, esto recomendado por Larrañaga que se daba cuenta del interés estratégico de aquella zona. El enemigo andaba todavía por Villabona y sus avanzadillas se hallaban cerca de Andoain.

Bajé por un sendero que casi a pico lleva a la casería Pagoaga, cercana a la central eléctrica de Abaloz, sita a orillas del Oria. Me dejaba caer por la pendiente como por un tobogán. Pronto pisé la carretera general y me dirigí a Oria a pie. A medida que iba caminando el corazón se me iba oprimiendo por presentimientos nada halagüeños. Penetré en el magnífico parque de plátanos, chopos, pinos, pertenecientes a la fábrica de hilados y tejidos de Brunet y Cia., parque atravesado por un canal de parte a parte.

El cuadro, agreste, umbrío, fresco, no alegró mis pensamientos. La revolución tantas veces invocada no era estampa romántica ni lirismo triunfal. Desde Oria hablé por teléfono con mis compañeros de la capital. Me conminaron a que volviese, pues el gobierno de Madrid daba instrucciones y se iban a estudiar en la junta. Me prestaron un cochecillo en Oria. El coche corría a toda velocidad por la línea recta que forma la carretera en el valle de Zubieta hasta entrar en Lasarte. Una patrulla me detuvo para examinar los papeles. En esto llegó otro automóvil a todo gas. Rechinaron los frenos, botó literalmente el coche, marcaron las ruedas la carretera. Estupefacción por parte nuestra. Del vehículo saltaron dos capitanes y un cura. Saludaron con un sonoro:

- ¡Viva Cristo Rey!

No se habían percatado de que estaban en manos del enemigo y preguntaron con la mayor naturalidad:

- ¿Estamos lejos de San Sebastián?

Se les respondió apuntándoles con las escopetas. Los tres hombres se quedaron petrificados. Alguien dijo:

- Tan lejos que no la verán más.
- ¡No tiréis! –grité. Pueden sernos útiles.

Lívidos, levantaron los brazos en alto sin osar la menor resistencia.

- Quitarles las armas –ordenó el jefe de la patrulla de guardia.

El cura estaba armado con un Colt. Un miliciano le desarmó. Mirándole significativamente y con desdén concentrado le espetó:

- ¡Qué bonito cáliz para celebrar misa!

Calló el sacerdote descuajado totalmente por el error sufrido. No reaccionó.

El comité de Lasarte les interrogó y decidió luego enviarlos a San Sebastián. Yo asistí al diálogo.

- ¿A dónde iban ustedes?
- A San Sebastián.
- Pues si está en nuestro poder...
- En Pamplona nos habían anunciado la entrada inminente

de nuestras tropas en la ciudad. Venimos de combatir en Somosierra y sin descansar hemos continuado el viaje.

- ¿Por qué tanta prisa?

- Tengo un pariente en San Sebastián y quería saber si le había sucedido algo –declaró el sacerdote.

- Nosotros también teníamos parientes en el cuartel de Loyola. Corríamos a saber noticias –expresaron a su vez los militares.

En un coche dos hombres armados escoltaron a los prisioneros. El nuestro le seguía. Al atravesar Añorga, en ese preciso instante el cura párroco se dirigía a la iglesia. Los añorguinos le saludaban con las mismas muestras de respeto que antes de la guerra. Su colega observaba tal cuadro con verdadera extrañeza.

- Está bien vivo –le subrayó un miliciano. Y la iglesia, mire allí, está intacta.

El sacerdote volvió la cabeza. En efecto, allí estaba intacta. En los periódicos rebeldes había leído que los donostiarras habían quemado las iglesias y masacrado a los curas por las calles. El miliciano, agresivo, insistió:

- ¿Han hecho ustedes lo mismo con los sindicatos obreros y casinos republicanos de Navarra? ¿Por qué los han cerrado? ¿Por profilaxis social? ¿O por magnanimidad?

Nada contestaron los detenidos. Viéndose en manos de quienes ellos llamaban «rojos», miraban el porvenir con terrible desconfianza. Si los «rojos» estaban a la altura de la propaganda nacionalista no tardarían en pasar a mejor vida después de sufrir atrocidades y vejaciones sin cuento. La perspectiva les aniquilaba. La entrada en la ciudad bajo las salvas mortíferas del «Velasco» fue accidentada. Hendían los aires silbidos de obuses y explosiones sordas. Instantes dramáticos para los habitantes. Los coches no se detuvieron y proseguían la carrera vertiginosa. Desde el Paseo de la Concha distinguían los fogonazos del barco de guerra que bombardeaba la ciudad. Las calles estaban desiertas, excepto algún grupo que miraba con curiosidad el bombardeo. Depositados los prisioneros después de explicar las circunstancias de la detención, me dirigí a la calle Larramendi. Al entrar en la secretaría saludé con un ¿qué hay? costumbrero:

- ¡Hola! Te esperaba –me respondió el secretario Ruiz cogiéndome del brazo a invitándome a un asiento.

Nos miramos y nos comprendimos. Vivíamos con tal sensibilidad la situación que las palabras parecían superfluas.

- ¿No habría manera de estabilizar esa línea? –me preguntó el secretario después de corto silencio.

- Pecaría de optimista. La moral no es elevada y falta material.

- Pues hay que mantener ese frente cueste lo que cueste. El gobierno de Madrid nos exige que resistamos. Están ya en la

frontera los armamentos y los auxilios para salvar a la capital. Se va a arreglar diplomáticamente el paso del armamento.

- Esta noticia vale un Potosí –me entusiasmé.

- ¿Cómo paralles antes de que lleguen a Lasarte? –se preguntaba Ruiz. Desgrané mi opinión lentamente:

- Haría falta un golpe de audacia como el de las Peñas de Aya. Haría falta un acuerdo inmediato entre las juntas de Defensa de Éibar y Azpeitia para atacar al enemigo por Aya, con contingentes que sólo ellas proporcionarían. San Sebastián no puede desguarnecer la frontera. Allí ha puesto toda la carne en el asador. Esta maniobra de diversión permitiría, quizás, descongestionar el ataque directo a la capital por el sur. Un hecho de armas de este género daría confianza a las milicias que defienden la entrada del valle de Zubieta y el paso a Urnieta y Hernani.

- Lo plantearé esta noche en la Junta de Defensa. Ese plan me parece quimérico dada la tensión que reina entre esos poderes.

- ¿Y San Marcial?

- Una gran gesta... una gran gesta... –repetía el secretario.

- ¿Se aguanta?

- Con valor. La gente se pega al suelo y no hay manera de desalojarla.

La esperanza me cubrió. No todos los esfuerzos serían vanos. Los milicianos reaccionarían vigorosamente al saber que Madrid enviaría armas y barcos de guerra para defender San Sebastián. De pronto sentí necesidad de volver a la montaña. Se lo dije:

- Mañana me voy para el Buruntza.
- Habla antes con Larrañaga a ver si puede coordinarse un plan general.

Fuimos juntos a la Diputación. Larrañaga se había ido a la frontera y no se sabía cuándo volvería, aunque se le esperaba para la reunión.

- Vete a descansar y ya te daré noticias.

Volví, pues, a la calle Larramendi. Me tumbé sin cenar y me quedé profundamente dormido. Me desperté a medianoche con deseos locos de marcharme a la Diputación. Todavía no se había terminado la reunión. Esperé a Larrañaga y aun cuando nuestras relaciones se envenenaron por lo ocurrido en el cuartel de Loyola, me saludó amistosamente. Le expliqué lo que había visto por el Buruntza y por Ventas de Gárate. Me escuchó atentamente.

Su opinión fue la de que ese frente sería más peligroso para el porvenir que el de la frontera. Habría que movilizar todas las fuerzas de San Sebastián. ¿Cómo y con qué? ¡Ah, si las armas prometidas llegaran a tiempo! Otro gallo cantaría. Salí de la Diputación rumiando la situación. La ciudad a oscuras, sin

espectáculos, desértica, reflejaba las dificultades del momento. Decidí marcharme a Bidebieta para ver en que estado se hallaba el arsenal. Aparte los fusiles con que estaban armados los pescadores, podíamos disponer de un centenar. Con ellos se podría armar a otras gentes que enviaríamos a la zona de Andoain. Los pescadores se resistían a abandonar los fusiles, pero ante mi insistencia lo prometieron. De nuevo en San Sebastián entre en contacto con Jiménez, el socialista, para discutir sobre la conveniencia de enviar sindicatos socialistas y confederados a Andoain. Ellos tenían bastante gente en Hernani y podíamos reforzar así ese frente.

Por la mañana, por nuestra parte fuimos juntando gente refugiada de Tolosa que estaba dispuesta a batirse el cobre. Pero antes de lanzar esos refuerzos a la aventura de la guerra, quise percatarme de vista del estado del frente, pues en veinticuatro horas podía haberse modificado sensiblemente. Me fui, pues, para Oria. Llame al Buruntza para hablar con Tomás, con quien había estado en la escuela juntos.

- ¿Qué Tomás? –me respondieron. ¿De dónde llamas?
- Del Frente Popular de Oria.

Con sorna que me dejó patitieso, la voz me amenazó:

- Ya os vamos a dar Frente Popular, ya... Os vamos a cortar los cojones. ¡Viva Navarra!

Bajé el auricular para no seguir escuchando las burlas del

navarro que estaba al otro cabo del hilo. Tiré rabiosamente del cordón y lo arranqué. El contratiempo era grave. Me senté en el banco un tanto desconcertado. ¿Qué hacer? Los requetés se habían apoderado del Buruntza de donde dominaban Lasarte y todo el valle de Zubieta. Los milicianos se habían retirado precipitadamente, olvidando de cortar el teléfono. De pronto me imagine que podían avanzar por la carretera general. Al chofer le dije que avanzara hacia Andoain con objeto de descubrir al enemigo. Yo sabía que desde arriba nos estaban viendo. Adelantábamos con precaución. Pasamos Abaloz y al llegar a las canteras de piedra propiedad de cementos «Añorga», las avanzadillas nos tirotearon. Si nos dejan avanzar nos hubieran hecho prisioneros. Volvimos a toda velocidad. Cerca de Lasarte nos encontramos con un grupo que estaba encargado de minar el puente tirado sobre el Oria que unía el hipódromo a la carretera general. Era un puente construido durante las célebres carreras de automóviles del circuito de Lasarte. Por él llegaban los coches a las tribunas para asistir a las carreras aun cuando los bólidos habían comenzado la ronda infernal.

XXVI. SOCIEDAD Y POLÍTICA

Al político hay que clasificarlo ante todo según su valor positivo y juzgarlo por lo que ha hecho. En política, hay que arrancar de los hechos reales...

Hitler.

En otra ocasión la aparición de «Crisol» que tantas inquietudes y veladas nos había causado antes del levantamiento me hubiera entusiasmado. A mí me hubiera gustado a lo sumo un «Crisol» que entraba en la vorágine de los acontecimientos con la idea fija de llevar adelante las posibilidades revolucionarias. Yo estimaba que la guerra y la dirección de los servicios públicos y de la política valían más que todos los tratados de sociología juntos. El dicho popular «el oficio saca maestro» era de una actualidad palpitante para nosotros los anarcosindicalistas. Hasta 1936 nos mantuvimos alejados de la política y la tratábamos con ironía y con sorna. La improvisación de algunas industrias y la del abastecimiento nos enseñaban más que los tratados de economía por muy eruditos que fueran. En esos

momentos dramáticos para el país y para cada español, ya no se trataba de idealismo puro, ni de principios solemnemente aceptados. Se trataba de vencer. Por lo menos de no sucumbir: Y de dar de comer y trabajo a la comunidad, aliñado el plato con briznas de ensueño. Así se lo hice saber a Juanito Frax, fiel a sí mismo, y a su compañera Mari San Román, ejecutantes del semanario. Les dije que vivían marginados de la realidad social y que en esas condiciones el semanario no tendría la menor audiencia popular. Me contestaron que nosotros nos íbamos politizando y que en la política habíamos hecho que la CNT cometiera inmoralidades y hechos atentarios a la filosofía que nos caracterizaba. ¿Cómo? –proteste airadamente. No concibo que hayamos salvado a San Sebastián del ataque fascista y que luego dejemos a los otros dirigirnos, como si fuéramos incapaces de gobernar. De acuerdo –replicó–, pero habéis hecho demasiadas concesiones. Fue la única discusión seria que tuvimos con los de la FAI.

Seguimos tan amigos y cuando aquella misma tarde me telefonearon diciéndome que la redacción de «Crisol» había sufrido un bombardeo marino corrí a ver si alguno de los redactores había sucumbido.

La redacción estaba situada en una villa frente a La Concha, elegante, bien acondicionada, pintada de blanco immaculado, con amplios balcones en el primer piso, anchas ventanas y una terraza en el entresuelo. De allí se descubría un panorama de sueño, un cuadro digno de Sorolla cuyos colores ya no eran del mediterráneo. En la terraza había un pequeño telescopio que permitía en esas circunstancias ver perfectamente al crucero

rebelde «Velasco» navegar cerca de la costa y bombardear la frontera y la ciudad. La villa había recibido un obús que la traspasó de parte a parte sin explotar.

Fue providencial para los inquilinos. Dos grandes boquetes atestiguaban la caricia del cañonazo. Respiré cuando en el salón vi a todos que seguían trabajando normalmente. Mari San Román me contó:

- El edificio se había estremecido, sacudido por huracán instantáneo. Hemos pasado un poco de miedo, nada más.

En esto, ha tiempo que se oían explosiones atronadoras, la villa temblaba con sacudidas repetidas. Los silbidos de las bombas cortaban el aliento de todos nosotros, tumbados por el suelo. Los aviones italianos atacaban la ciudad. Tiraban las bombas dondequiera y luego cogían la dirección de Hernani, seguramente camino de Pamplona. Ya conocíamos su órbita: paso por las crestas de la frontera, luego Irún y San Sebastián.

Salimos. Por las calles la gente corría indignada:

- ¡Cobardes! Otros, viendo que los aviones se alejaban, gritaban:

- ¡Ya se van! ¡Calma!

Todavía se desconocía lo que era un bombardeo aéreo masivo de una capital. Todavía no había comenzado la terrible masacre de la población civil. Todavía no se buscaba el refugio subterráneo con gritos histéricos, igual que fieras, sin la menor

noción de la voluntad. El número de aparatos era mínimo y los daños causados relativos. Las ambulancias pasaban y volvían a pasar recogiendo a los heridos y a los muertos. Los autobombas, con sus campanillas, dramatizaban aún más el ambiente que seguía al bombardeo. Ya los habitantes de San Sebastián presumían que el frente y la retaguardia iban a hacer cuerpo, que la guerra moderna, al ganar una dimensión más, extendía el área de combate a toda la nación. Con tono patético les hablé:

- Tengo la impresión de que la guerra empieza ahora. De verdad, una guerra total. Bueno, me voy, que vamos a enviar pequeños refuerzos al frente de Hernani y Lasarte.

Yo mismo acompañe a un grupo algo más allá de Hernani. El enemigo se hallaba en las cercanías de Urnieta. Así pude ver el único bombardeo ejecutado por nuestro «abuelo». Apareció roncando por entre el Buruntza y el fuerte de Santa Bárbara. Voló un rato siguiendo los movimientos del enemigo y lanzó una bomba que, desde el lugar que nos encontrábamos, la vimos balancearse en el aire y luego descender rápidamente a tierra. Explotó correctamente. ¿Qué eficacia podía tener una sola bomba? Aquello me dejó frío y comprendí el valor de la aviación en la guerra moderna. Todas las alturas que dominaban a Hernani habían sido tomadas. ¿Resistirían sus hombres? Era más que problemático. Ante la buena voluntad de los combatientes, yo comprendía que nos hacían falta hombres dinámicos, capaces de arrastrar al combate y a la resistencia al miliciano. El capitán debe oponerse al instinto de conservación de que estamos todos impregnados. He ahí el papel difícil. Además, era una cuestión de tiempo. Del maremágnun de

combatientes saldrían los caudillos, pero el tiempo apremiaba falta de espacio. Al volver a San Sebastián me encontré con Liquiniano.

Le acompañaba Pello, un tipo del Eusko Indarra, cuya notoriedad como combatiente de valor y de iniciativa era reconocido por todos. Yo era la primera vez que le veía. El también a mí. Nos saludamos con un agur amistoso. Antes de que cambiáramos una frase, la cara de Pello se modificó. Le ganó la indignación y le chispearon los ojos.

No conocía el eufemismo. Soltó de carretilla:

- Quieren evacuar la ciudad y, esto es intolerable. Les temo yo a los carcas vascos más que a una tormenta. Yo, como vasco, quiero defender San Sebastián.

En efecto, se comenzaba a rumorear con insistencia que el Partido Nacionalista Vasco en sus planes políticos de buscar la autonomía de la región no levantaría el dedo para salvar a la ciudad. Esa actitud forzaría al gobierno central a admitir la regionalización de Euzkadi. Entre Azpeitia, Bilbao y Madrid se había entablado un dialogo político de grandes alcances no solo para el instante, sino también para el futuro federalista. Yo quise cortarle a Pello, explicarle que nada había definitivo, pero no me dejó. Siguió explicando:

- Al Partido Nacionalista Vasco no le interesa San Sebastián en este momento porque la ciudad representa el triunfo del pueblo sobre el capital y sobre los opresores. Nosotros, los del

Eusko Indarra, estaríamos dispuestos a apoyaros si estuvierais dispuestos a cambiar la dirección de la política actual de la Junta de Defensa de San Sebastián.

El singular exordio tenía acentos sinceros. En vista de ello, quise saber hasta dónde le dolía el estado de cosas y en el que San Sebastián iba a servir de apuesta entre políticos. Inquirí:

- ¿Y qué propondrías?
- Que tomásemos nosotros la dirección de las operaciones militares. La junta está demasiado paralizada por la importancia del Partido Nacionalista.
- ¡Pues nada! Eso sería verdaderamente un golpe de estado.

Liquiniano se mantenía reservado. El siempre tan locuaz cuando se trataba de operar en la calle. Que el Partido Nacionalista Vasco no había apoyado con todo su poder la lucha contra los rebeldes, eso estaba más que claro. Pero de ahí a que fuera cómplice del abandono... Ante mi reflejo de incredulidad, Pello insistió:

- Tengo amigos íntimos en el Partido que me lo han hecho comprender. Al Partido le interesa lo que se está fraguando en Madrid.

A mí se me ocurrió llamarle a Jiménez, el socialista, para exponerle lo que Pello nos daba a conocer. Tomé cita con él en el jardín de Amara. Mientras nos dirigíamos Liqui, Pello y yo a ese lugar, retrató despacio a Pello, verdadero arquetipo de los

vascos: fuerte, musculoso, frente ancha, nariz recta y sobresaliente. Valiente hasta la temeridad había cumplido hechos de armas que habían asombrado a los combatientes.

Los milicianos le reconocían gran personalidad frente al enemigo, no ya sólo por el arrojo, sino por el sentido guerrero que le permitía salir airoso de las empresas. Era un futuro caudillo vasco en lo militar. Liqui y él se habían compenetrado por el juego peligroso de la guerra y se entendían a maravilla en la lengua vernácula, sencilla y primitiva, la de la tradición oral, sin los artilugios y oropeles del vascuence moderno. Ángel Jiménez llegó en coche. Nos sentamos en la hierba. Jiménez pertenecía a la promoción del 14 de abril de 1931, a esa promoción general que creyó en el progreso de España y en la desaparición de la miseria por una contribución leal y desinteresada de todos los españoles. Su cara triangular denotaba intelectualidad. La cita le había intrigado mucho al socialista. Pero al verse con Liqui y Pello, ambos tan conocidos por su combatividad e iniciativas espectaculares, el interés creció. Pello habló:

- Tú debes saber, tan bien como nosotros, que Indalecio Prieto con los nacionalistas está jugando a la política. Estos para sacar tajada de la situación importándoles un comino la situación del frente. Aquel para que el País Vasco se quede en la órbita republicana. Como buen político sabe que los nacionalistas se inclinarán por el mejor postor. Sabrás también de que corren aires de renuncia y de inutilidad de defender San Marcial y San Sebastián. Todo esto me parece muy peligroso. Si en la frontera se está aguantando desde hace tres semanas, lo

mismo se podrá hacer en San Sebastián, cuyas defensas naturales permiten asedio largo con vistas a tiempos mejores. Hay que sanear un poco nuestro campo y limpiarlo de gentes que no se sabe si están con uno o contra uno.

Yo veía que Pello argumentaba más bien con el corazón que con el cerebro. No obstante, yo reconocía que había algo de verdad en sus insinuaciones. Por mi parte, yo me interesaba por la defensa de la revolución y por la dignidad donostiarra. Empleé, pues, el lenguaje revolucionario para impresionar más a Jiménez, por saberlo más permeable a estas consideraciones:

- No está mal que Pello tenga sus temores en cuanto a una pérdida fácil de nuestras posiciones tan duramente conquistadas tanto en la frontera como aquí. Es justo prevenir. Tenemos fuerzas políticas, entre nosotros, que están asustadas de la supresión de la sociedad anterior. Sí, amigo Jiménez. ¿Vamos a dejar que los navarros huellen⁴ el suelo sagrado de la revolución, de la verdadera, de la social? Defender esta zona representa salvar el foco de la resurrección general...

- Por lo menos vasca –especificó Pello.

- Y vasca –repetí. Tú amas esta tierra, como nosotros, y sentirías amargura y te rebelarías contra el hundimiento de cuanto hemos creado aquí. Sería indigno de nosotros aceptar un destino tan poco honroso.

Jiménez, se veía a la legua, estaba sobrepasado por el

4 De hollar, pisar. [N. e. d.]

problema planteado. Admite los argumentos expuestos, se le ve impresionado, pero todo ello le parece tan grave y tan complejo que sólo se le ocurre interrogar:

- ¿Y qué haríais?
- Tomar en nuestras manos la dirección de las operaciones militares. Hay cierta complacencia en admitir la derrota.

En Jiménez hubo dos reacciones aparentemente contradictorias. Su mirada se perdió en el firmamento buscando una inspiración precaria. Calculaba los alcances de la propuesta, cuya significación de rebeldía a la buena entente de la Junta de Defensa no se le escapaba. No obstante, se atrevió a objetar:

- Admitiendo que se perdiese la frontera y el mismo San Sebastián, los recuperaríamos más tarde con la ayuda que se nos dará, estoy seguro, para defender la costa tan indispensable en la estrategia guerrera. Al fin y a la postre, San Sebastián quizás sólo sea un episodio.

- ¿Y qué haces de la revolución? –replique, adivinando el significado de la objeción.

Jiménez vacilaba. Estaba cogido entre dos fuegos. Quise forzarle la decisión con otros argumentos:

- ¿Crees que si conquistamos de nuevo la capital, el conservadurismo bilbaíno va a permitir la revolución socialista? ¿Es que estáis o no contra la revolución? ¿O es que nos tenéis miedo vosotros también? Los comunistas no nos quieren

porque vamos demasiado adelante, porque construimos la verdadera revolución, la del pueblo y no la de un partido. Mira en Cataluña, hemos dado beligerancia a todos los partidos y organizaciones pese a nuestra aplastante mayoría. ¿Por qué? Porque todos pertenecemos al pueblo y este debe ser el gran vencedor de la contienda. Todo lo demás es ir contra la gran corriente del siglo. El capitalismo vasco camparía de nuevo con sus injusticias y privilegios de clase. No olvides que en Bilbao no se ha modificado nada. Todo sigue igual.

Jiménez pidió varias horas de plazo para consultar con los miembros del Partido Socialista, particularmente con el Eibarrés Toyos y el viejo Torrijos. La respuesta yo ya la preveía. Sin duda, negativa. Los socialistas estaban demasiado cogidos por el engranaje político en Madrid. Al separarnos del socialista, Pello y Liqui me invitaron a ir hasta San Marcial con ellos. Acepte. La situación de los frentes se iba volviendo dramática y a ellos había que darles todo género de prioridad. Cogimos un coche del sindicato y nos lanzamos a todo gas por la carretera de Pasajes. De Rentería pasamos a Lezo y luego por Ventas de Irún llegamos a la ciudad fronteriza. Enseguida trepamos por la subida de San Marcia], cuyo flanco estaba batido por las ametralladoras enemigas. Sólo en dos curvas del zigzag de la carretera podían tirarnos a la vista. Así fue. Gracias a la pericia del conductor pasamos como flechas los límites peligrosos. Y nos vimos pisando el atrio de la ermita, oculta al adversario por un altozano. Camino de Puntxa encontramos gente de las M.A.O.C. –jóvenes comunistas– con quienes conversamos amistosamente. Allí conocí a Cristóbal, al que se le iba a llamar el héroe de Irún por la propaganda internacional del estalinismo.

No las tenía todas consigo, después de la situación nada envidiable que nos había creado el cierre de la frontera para el paso de las armas.

Ahora la provincia de Guipúzcoa seguía la lucha con medios propios. Le dimos la razón y continuamos la subida.

- ¡Tu por aquí! –exclamó Juanito al verme dándome un golpetón en los hombros.

Cerca de Puntxa, Saroya y Zumelzu, nos encontramos con lo más florido de nuestra gente. Al verme todos se imaginaron que algo grave sucedía.

Tuve que explicar que la situación en el otro frente sur no era nada brillante, que el enemigo avanzaba con paso de burra hacia Lasarte.

- Eso se explica –observó Rivera. Amenaza con cortar San Sebastián de Bilbao. Al enemigo le interesa que salgamos de la ciudad. Sabe que cuenta la aglomeración donostiarra con defensas naturales que posibilitan la resistencia. De esta manera nos da tiempo a que evacuemos con toda tranquilidad.

- En efecto, es curioso que los navarros ataquen Puntxa y San Marcial con encarnizamiento y que por el otro lado se muestren tan poco apresurados.

- Lo más probable, creo yo, es que le faltan efectivos –indicó Pepe.

- ¡Malditas democracias! –le interrumpió Liqui con tono rabioso. Y, señalando la dirección de la estación de Hendaya, agrego:

- Y que tengamos que abandonar esa fila de vagones, cargados con material suficiente para defender Irún y San Sebastián. Se nos niega esta posibilidad arguyendo complicaciones diplomáticas por parte de los franceses. ¿En nombre de qué se puede intervenir un material que nos pertenece y que viene de Cataluña? Nuestro embajador en París parece más bien que está interesado por la victoria rebelde.

Excitándose:

- ¡Pueblos de eunucos! ¿Qué queréis? ¿Nuestro sometimiento al imperio del hisopo y del sable? ¿Qué queréis? ¿El trastrocamiento de nuestra geografía para transformarla en vergel? ¿Qué queréis? ¿Que os sigamos entregando el plomo, el hierro y el mercurio de nuestras minas para consolidar el nivel de vida en vuestros países, mientras en el nuestro reine la degradante miseria?

Le corté la sarta de diatribas contándoles la detención de los requetés y del cura.

- ¿A dónde los llevasteis? –me pregunto Juan de mal humor.

- A la Diputación.

- Haberlos traído aquí. Hubiesen visto como se defiende un pueblo que está perfilando la revolución, la verdadera.

A Pepe le vi por primera vez un tanto exaltado. Con despego y desprecio, remachó esas ideas.

- Europa ve en nosotros el país colonizable. Se gargariza con nuestro folklore inagotable y nuestras corridas...

- ¡En el coño les daría yo con nuestro fandango! –exclamó Juan irridadísimo.

- ¡Oh, la música española! ¡Y las danzas gitanas, el cielo azul, la costa malagueña, el clima levantino! A los europeos les gusta, como turistas, vernos en nuestra propia salsa, visitarnos para hacer curas de sol y de frutas. No quieren ahondar en el problema español y, sin embargo, estamos escribiendo un capítulo sensacional del cual se hablará durante años.

El ronroneo de los aviones anunciaba otro ataque aéreo. Nos desperdigamos por las trincheras. Majestuosos, cinco aparatos italianos aparecieron por las cumbres pirenaicas formados en cuerpos de grulla. Con la tensión nerviosa de quien percibe un peligro inminente, yo los miraba magnetizado. Y cuando los puntos negros de las bombas brillaron en el espacio se oyó un gran grito:

- ¡Ya sueltan!

Silbidos y explosiones ensordecieron los lugares idílicos. San Marcial y Puntxa, envueltos en columnas de humo y de polvo, desparramaban el olor característico de pólvora, tierra removida y gases liberados por los estallidos. El ataque solo

había durado unos segundos. Con qué impunidad el avión operaba en esos instantes. Era un gran arma en la batalla general. Los que estábamos a tierra éramos impotentes contra ellos. Los milicianos corrían de un lado para otro recogiendo los muertos y los heridos. A esa contribución trágica, lo vi por mis propios ojos, como suele decirse, los mineros asturianos que vinieron a defender Irún con entusiasmo loco y la aureola de dinamiteros capaces de enfrentarse con las dificultades subterráneas, colaboraron con fuerte porcentaje de bajas. Pero poco después tuve la suerte de verme metido en el duro ataque que los navarros lanzaron después del bombardeo aéreo. Los morteros piloneaban las trincheras republicanas anunciando el asalto. Desarmado, mis amigos me dijeron que me colocase en un rincón y que fuese testigo de la resistencia popular. Y en efecto, la infantería facciosa, con los moros al frente, subían por las lomas casi a pecho descubierto. Nuestras ametralladoras segaban a los atacantes antes de que se acercasen a las alambradas. El tableteo de las ametralladoras, la explosión de las granadas y el bombardeo de la retaguardia por parte del fuerte de Guadalupe, me hacían vivir momentos en que la noción del tiempo se desvanecía por la intensidad con que seguía los avatares de la batalla. Durante unos segundos vino a verme Liqui:

Chico, los milicianos se pegan al suelo y no hay quien los desaloje. Sólo la traición de las democracias nos obligará a abandonar este reducto. Se están empleando los últimos cartuchos.

Una vez más se retiró el enemigo. A poco apareció Piaroa,

cuyo flequillo le tapaba los ojos, despechugado. Era verdadera estampa de raza humana. Riéndose provocador:

- ¡Ja! ¡Ja! Me he hinchado de matar moracos. ¿Habéis visto al grande que ha querido saltar la alambrada? Lo he liquidado yo. ¡Vaya ráfaga fulminante que le he largado!

Una bala enemiga vino silenciosamente a incrustarse en el saco terrero donde tenía plantados los pies. Se agachó para buscarla entre la arena. Manteniéndola entre los dedos, se expresó violentamente:

- Quisiera verles ahora a los defensores de las teorías humanitarias. En esa loma de enfrente vi ayer a dos muchachos de mi edad sin un brazo y sin una pierna, segados por una bomba área. Aquí sólo cabe morir matando. Se acabaron las teorías. Hay que vender la vida cuanto más cara mejor. ¿Lo demás? ¡Mandangas!

En esto, salvando un accidente del terreno, aparecieron tres combatientes cargados con un muerto. Nos quedamos de piedra. Presentíamos que era alguien de los nuestros por el calzado y los calcetines de montañés. Pepe se precipitó. Jadeante:

- ¿Muerto?

- Sí. Un tiro en la frente.

Lo depositaron en la trinchera. Era el simpático Chico que desde el primer día se había mostrado atrevido y eficaz. Yo no

podía apartar la vista de su cara pálida, surcada por hilillos de sangre, mientras Liqui le estaba registrando los bolsillos. Me parecía increíble que ese cuerpo fuera antes un puñado de nervios y un temperamento fogoso. Con varios objetos heteróclitos en la mano, Liqui se quedó reflexionando. ¿Sería esa muerte el símbolo de la derrota que querían evitar ferviente y decididamente? Creyó experimentar la sensación de que, con esta desaparición, se escapaban todas las probabilidades de defender San Marcial. Le iba embargando gran congoja. Un nudo en la garganta le impedía respirar normalmente. Se le iba nublando la vista detrás de la pantalla lacrimal. Casilda le ayudó a levantarse. El cadáver estaba rodeado por diferentes amigos. La noticia de su muerte había corrido como reguero de pólvora por las trincheras cercanas. Venían a testimoniarle el último homenaje a la bravura, desinterés y compañerismo. Todo era mudez y tristeza. Ya Liqui reaccionaba interiormente. Si antes presintió que la derrota planeaba ya sobre sus cabezas, frente a aquellos rostros graves, turbados, casi imberbes, vio recrudescerse su fuerza propia para defender la revolución. Si San Marcial se perdía, nuevos montes y campos servirían de teatro de operaciones para no dejarse sumergir por los enemigos de la nación.

El fuerte de Guadalupe seguía bombardeando las tropas enemigas en retirada y las posiciones de retaguardia. Los silbidos de los obuses rasgaban el aire del campo de batalla anunciando su carga mortífera. Hubiesen hecho falta miles de obuses para formar una cortina que defendiera nuestras posiciones, pero no era así. A todos nos obsesionaba la carencia de medios para la defensa. Es por este motivo que Liqui me dijo:

- Cuando vuelvas a San Sebastián conociendo de visu la situación te acompañará el Piaroa y le darás todo el hilo eléctrico que encuentres para hacer de todo esto un género de campo de minas con los chorizos de dinamita.

- ¿Crees que resolverá eso algo?

- Hay que usar de todo lo que tenemos a mano.

- Bueno.

Cogimos el coche en San Marcial detrás de la ermita y bajamos por la empinada cuesta de la que una parte estaba batida. Nos sacudieron el pelo, pero pasamos raudos el terreno peligroso. Ya en San Sebastián fuimos a la Plaza de Bilbao en donde había una casa de material eléctrico importante. Cogimos varios rollos y los pagamos con el vale sindical. Ante la cara de sorpresa del dueño, tuve que llamarle a San Juan para que se hiciera cargo de nuestro pedido y así el dueño se quedó satisfecho.

Y yo me decía que por un inverosímil proceso de circunstancias uno tenía ese poder de representar del dinero y la autoridad. El mundo era realmente peregrino. Y el hombre también, pero los militares mucho más al abocarnos a semejante situación.

Lo irremediable acaeció. El enemigo cada vez más reforzado consiguió apoderarse de Puntxa, el punto fuerte de la resistencia. Y tuvieron que abandonarse las alturas que defendían Irún después de haber sido bombardeadas

duramente por la aviación, la artillería de montaña, los morteros a incluso los barcos de guerra. Esta retirada después de tan duros combates minó la moral guerrera. La tensión nerviosa que mantuvo a los milicianos durante cuatro semanas por los altos pirenaicos se rompió. Se empezaba a errar sin alma por las cercanías de Irún. Cerca del puente de Behobia, al otro lado del río, entre los maizales, los extranjeros observaban las peripecias de la guerra. Creían que los españoles nos divertíamos y que les ofrecíamos ese espectáculo trágico. Ya las mujeres y los niños se dirigían a los puentes internacionales de Behobia y de Irún, camino del exilio. El éxodo entristecía aún más la situación. Las familias reflejaban en las caras el esfuerzo que significaba la despedida brutal e inesperada de cuanto hasta entonces fue relaciones y forma de vivir. Nada favorecía la sonrisa: padres, hermanos, maridos, se quedaban en una tierra que ardía por todos los costados. Los chicuelos, ajenos a la tragedia, no comprendían los gritos y amonestaciones de las madres.

XXVII. GUERRA Y ADMINISTRACIÓN

La vida jamás abandona sus derechos. No será mañana que el hombre se volverá la espalda a sí mismo.

François Chalais.

Después del abandono de San Marcial el informe dado en la reunión de la Junta fue siniestro. Todos los reunidos preveían días negros para la ciudad. Algunos estaban fuera de quicio. Y en tiempo de guerra es difícil evitar ciertas tensiones. Afortunadamente un cemento nos unía: el lenguaje común de evitar la pérdida de la moral.

Los milicianos habían hecho lo posible y más en circunstancias difíciles. Oyendo algunos argumentos se me representó la isla de los Faisanes, poco antes de que el Bidasoa se eche en la bahía de Vizcaya o de Chingudy, formando amplia curva. Desde ahí los hijos de San Luis se echaron a la conquista de España en nombre de la Santa Alianza y, sin encontrar resistencia llegaron hasta el

Trocadero, ultimo fuerte del espíritu progresista frente al invasor. ¿Nos iba a suceder ahora lo mismo con los navarros acompañados de los marroquíes? ¿Iba Europa, una vez más, a permitir la victoria de las fuerzas retrógradas y repudiadas por el pueblo como lo impuso en 1823 plantándonos en el trono al rey absoluto Fernando VII, ese funesto rey de la monarquía española? Toda esa zona iba a ser pasto del espíritu que reinaba en Roma después de la derrota de los esclavos de Espartaco. Modernos romanos, los navarros iban a pasar por el filo de las ametralladoras a quienes no pensarán como ellos, en su Dios, Patria y Rey. El destino se mostraba padrastro hacía unos jóvenes que no conocieron todavía el amor de la mujer ni pudieron mostrar todas las cualidades humanas en el campo del arte o del trabajo. Los navarros venían a morder a la revolución con lengua viperina inoculándola el veneno o la droga de la tradición, domándola a lo circo con fantástica estaca. Los revolucionarios solo podrán morder ese palo como los leones frente al domador. Pero en todo hay una compensación, hasta en el hundimiento de un frente de guerra. El abandono de San Marcial trajo un cortejo de situaciones difíciles para toda la región, sobre todo la de no vivir con los seres amados, la de defender la vida de los viejos incapaces de abandonar la tierra, la de heroicidades anónimas por amistad. La pérdida de Irún tuvo su grandeza. La vida se continuaba con su cortejo de dificultades.

Después de la reunión de la junta volví a Irún creyendo que mi presencia serviría para algo. En mi fuero interno un sentimiento de culpabilidad, de negligencia, quizás de inferioridad me hacía regresar a la frontera. Dejando el coche a la entrada de la villa

me dirigí luego hasta la carretera de Behobia. Los últimos milicianos bajaban de las alturas. Frente a la fábrica de cerillas me encontré con Larrañaga que descendía también de la montaña. Estaba en mangas de camisa y tenía en la boca una hierba que masticaba nerviosamente. Nos comprendimos con la mirada. Yo le dije:

- Esto va mal.

Optimista me respondió:

- Hay que organizar una nueva línea de defensa.

Larrañaga siguió el camino de Irún y yo continué el de Behobia. Desde los maizales hendayeses un grupo de jóvenes francesas me hacían señas de que atravesase la frontera. Yo sostenía un monólogo doloroso. La fábrica de cerillas, calcinada por el incendio del bombardeo aéreo, humeante aun, daba al instante un tinte de ruinas y de abandono. Me quede unos instantes mirando las aguas del Bidasoa que bajaban imperturbables al mar. La conocida voz de Piaroa vino a sacarme de mis pensamientos:

- ¡Vaya chavala en el puente de Behobia! Quitaba el hipo nada más mirarla. Por un tris no he cruzado la frontera.

En él, ningún signo de depresión. Todo aquello le parecía tan natural como el cambio de estaciones. Con gesto automático frotaba con las manos el cañón de la ametralladora que llevaba al hombro. Pronto me vi rodeado de un grupo de libertarios que

suputaban⁵ las posibilidades de defensa de la zona. Con ellos me volví a Irún y a la entrada me encontré con Torrijos, el viejo socialista. En él dominó el mismo sentimiento que en mi mismo. Quería estar presente en la tragedia irunesa. Me quedé con él por respeto y por instinto de curiosidad de ver como reaccionaba ante los hechos. Con acento dramático, echando una mirada al teatro de operaciones, me habló:

- Hay que retener a la gente. Hay que evitar el desastre.
- Va a ser difícil. Ya sabe que cuando se abandona una posición bien defendida no se para hasta encontrar otra semejante.
- Lo que hay que evitar es que los milicianos se vayan por el puente internacional.
- ¿Quién se lo va a impedir si creen que ese es su destino?
- Horrible. Buena nos espera en San Sebastián. Madrid nos tiene que ayudar a salvar la frontera.

No me atrevía a decirle que me parecía tarde para salvar la frontera. En Irún reinaba la desolación y el nerviosismo de toda ciudad que va a abandonarse. Había ya pocos habitantes dispuestos a abandonarla también. Los milicianos cansados no daban una estampa de victoria. Los unos se dirigían a Fuenterrabía, los otros a Ventas de Irún y otros al puente internacional. Estos se imaginaban que en tierra francesa iban a

⁵ Suputar: calcular. [N. e. d.]

encontrar el descanso de las fatigas guerreras. Torrijos, casi tartamudeando de emoción:

- Madrid no se da cuenta lo que es perder la frontera. Nos vamos a ver encerrados en toda la faja cantábrica, con la única salida del mar. Vamos a Fuenterrabía.

Fuenterrabía, la antigua Easo, sita en plena desembocadura del Bidasoa, representó papel histórico en los siglos XVI y XVIII por ser punto estratégico. Primero con Francisco I, el desgraciado rey derrotado en Pavía y luego, durante la guerra de Sucesión. Ya no tenía interés práctico. El puertecito estaba ya casi vacío. Los barcos pesqueros se iban a puertos más seguros. Unos a San Juan de Luz y otros a los puertos del interior. Sentados en un pretil distinguíamos en el alto la ermita de San Marcial, blanca, pequeñita, más solitaria que nunca. El enemigo, siguiendo la táctica de avanzar con precaución, no habían izado aún la bandera. Al ver los botes que cruzaban el río camino de Francia con familias enteras, Torrijos se enfureció:

- Y no poder nada contra esto...

Camino de San Sebastián, Torrijos y yo hablamos de los nacionalistas vascos y de su tímida cooperación en lo militar contra los rebeldes.

Lo que hacían desde Azpeitia con su junta para parar a los rebeldes era insignificante, pues, aunque se podía alegar la falta de armamento idóneo para el combate, la realidad tenía raíces políticas. Torrijos, como buen socialista, tenía fe en Indalecio

Prieto y estimaba que éste buscaría la solución que obligaría a los nacionalistas vascos a entrar en la batalla con todo su poder. Torrijos no justificaba su posición y me habló de los problemas que continuamente se planteaban entre la junta de Éibar, dominada por los socialistas y la de Azpeitia, exclusivamente nacionalista. Nos separamos a la puerta de la Diputación. Yo me dirigí a los Sindicatos con terribles presentimientos. La caída de Irún iba a acarrear situaciones escabrosas en la defensa de la capital. Convenía discutir con los compañeros sobre las dificultades que nos iban a caer encima.

Al día siguiente, exactamente el 3 de septiembre, cayó Irún. Pero antes de abandonar la villa un grupo de libertarios la incendió⁶. El fuego no tomó las dimensiones de totalidad. Se exageró bastante cuando se habló de Irún en llamas. Tuve ocasión de hablar con los autores del hecho. Me contaron la motivación. Había que hacer la guerra con todas las consecuencias. De no hacerlo así, debíamos quedarnos en casa y dejar vía libre a los fascistas. Se les iba dejando el País Vasco con todo su potencial sin la menor muestra de gesto de desesperación. El enemigo bombardeaba las ciudades, las

⁶ En sus memorias, Casilda habla del incendio en estos términos: “Al atravesar Irún, las pasamos todos de a kilo. Nos tirotearon desde arriba, desde la montaña, las tropas requetés, italianos y legionarios, que habían tomado San Marcial. La bombardean y no dan en el blanco. A nosotros no nos dejaban movernos. Entonces se quemaron algunas casas, no sé si estaban situadas en la Avenida de la República. Ese es el incendio de Irún, el famoso incendio, que ha servido para verter mucha literatura en contra de determinados grupos ideológicos. Luego me he enterado de que fusilaron a gentes que nada tenían que ver con el incendio. Este episodio fue exagerado, no había más que unos pequeños fuegos, llamitas más que llamas. Ya se sabe que el fuego es muy espectacular. El nombre de incendio les ha venido bien a los periodistas europeos y a algún partido político de casa que no quería hacer la guerra con todas las de la ley”. Luis Jiménez de Aberasturi: *Casilda, miliciana*. [N. e. d.]

incendiaba y no hallábamos motivo para que los republicanos, al retirarse, dejásemos intactas las aglomeraciones. Había que hacerles comprender que estábamos dispuestos a hacer tabla rasa de la geografía política. Los ingleses quemaron San Sebastián porque la conducta de la guerra contra Napoleón dictaba un acto de esa gravedad. Lo mismo sucedió con los rusos en Moscú. Nadie alegremente tomaba decisiones de semejante naturaleza. Desde luego, el incendio visto desde el Jaizkibel y de las alturas de Hendaya era impresionante. La gasolina sacada del surtidor y desparramada por algunos edificios obró rápidamente y las columnas de humo negro subiendo hasta las nubes chocaba la imaginación de la gente hasta el punto de que se creyó que toda la ciudad iba a ser destruida. La propaganda facciosa se juntó a la de los nacionalistas vascos para reprochar a los republicanos semejante salvajada, indigna de países civilizados. Era como para reírse. Ninguno de los combatientes reprochó a los libertarios este acto. Y como prueba de ello presentaré la conversación sostenida entre Liquiniano y Larrañaga delante del incendio. Larrañaga, impresionado por las llamas:

- Bien, bien. Hay que hacer todo lo posible por cerrar el paso. Somos demasiado blandos. Ahora hay que subir al Jaizkibel y formar nueva línea fuera de Irún. La línea acortada nos permitirá defender mejor el valle. ¡Ah si tuviera a mano los incondicionales de las M.A.O.C.! (Milicias Antifascistas de Obreros y Campesinos, de obediencia comunista). Pero como muchos de los vuestros, se han quedado arriba enterrados para siempre.

- Todas las fórmulas son buenas para galvanizar a los

milicianos –respondió Liqui. La guerra no se hace en la Diputación con reuniones. Se hace en el campo de batalla y es ésta la que indica los procedimientos de combate.

- Esperemos que Madrid nos ayude.

Los hombres corrían como fantasmas por las calles de Irún envueltos en el humo provocado por el incendio. Yo estimé desde el primer momento ese acto como un hecho de guerra. No en el sentido quizás en que se entiende por guerra comúnmente. Pero tenía la primera cualidad de reflexión para el adversario.

Las boinas rojas se quedaron por las alturas sin decidirse a bajar ante esa demostración de no aceptar el destino sin una protesta. Un hecho así daba la impresión de que estábamos dispuestos a darle a la guerra las mayores dimensiones dramáticas. Y dar la ilusión de que seguíamos siendo fuertes. Capaces de hacer la revolución y de defenderla como gato panza arriba. En la junta no se planteó el problema con carácter de desaprobación.

Un vaporcito francés atracó en el desembarcadero de Fuenterrabía. Lo tripulaban elementos del Frente Popular de Hendaya. Tenían por misión ayudarnos dándonos la posibilidad de recuperar el armamento de los milicianos que habían pasado la frontera y que se hallaban en la estación fronteriza. Afortunadamente se pudo recuperar el armamento. No así la gente. Una vez pasada la frontera fallaban todos los resortes. La tensión vivida les dejaba ahora indefensos frente a la realidad.

La estación de Hendaya presentaba un cuadro enmudecedor. Nadie hubiera dicho que aquellos hombres se habían comportado dignamente. Tirados por los andenes, sin voluntad, durmiendo unos, comiendo vorazmente otros raciones distribuidas por los franceses, daban el espectáculo de la derrota. Y cuando Liqui corrió a ese lugar con el deseo loco de hacerles volver a Fuenterrabía argumentando la necesidad de defender la tierra contra el fascismo, de defender la revolución contra el capitalismo, de considerar la derrota de San Marcial como un episodio más de la guerra, de tener fe en la victoria...

- ¿Qué victoria? –recalcó un miliciano socarronamente.
- La del pueblo, la de la revolución, la tuya, la nuestra.
- Déjame en paz, Liqui. Lo que queremos es descansar.

Y el miliciano se echó ostensiblemente dejándose abrazar en los brazos de Morfeo. Era el ejemplo seguido por muchos. Como las autoridades francesas hablaban de evacuarlos a Cataluña si lo deseaban, según las leyes internacionales, otro miliciano se justificó:

- Ya combatiremos en la otra zona republicana.

Estaba claro. Estos hombres se alejaban de ese teatro de la guerra tan duro y tan inferior en materia de armamento frente al enemigo, imaginándose que la situación sería menos trágica que en el Norte. Por lo menos escapar al crepitar de las ametralladoras, de los bombardeos aéreos y navales, de la

atmósfera del frente que se hunde por falta de medios. Fue inútil la labor de apostolado para convencerles. Unos se encogían de hombros, otros le miraban como a un iluminado y los menos respondían un tanto avergonzados:

- Ya volveremos mañana.
- Mañana será tarde.

Y tan tarde. Aquellos combatientes al ser desarmados por los franceses perdieron el ardor, y al dejarlos con la tristeza natural del hombre en la atmósfera de la derrota, Liqui se encontró con que era imposible atravesar el Puente internacional, ni el del topo. Entonces, con Casilda, corrieron al puertecillo de Chingudy para ver si en alguna lancha podían volver a Fuenterrabía. Fue inútil. Ningún francés quiso correr el albur, a pesar de sus simpatías por los republicanos, de acompañarles al Puerto de enfrente y perder la vida y la lancha en la empresa. Si hubiera tenido dinero la hubiera comprado. Y así se encontró en tierra extranjera sin poder volver a la suya. Quizás por la noche, al amparo de la oscuridad podría penetrar por la montaña, ahora ya en terreno enemigo, corriendo nueva aventura. Pero las autoridades francesas prepararon un convoy y vía Toulouse se los llevaron rápidamente a Cataluña. ¿Qué me sucedió a mí? Al vernos encerrados en la estrecha faja de terreno de la costa cantábrica al perder la frontera, sin otra comunicación que por mar, casi me sentí feliz. Dadas las circunstancias, esa reacción parecía intempestiva. Pues no. Me invadía mayor ternura por la tierra que pisaba y por la gente que me rodeaba. De esa gente que combatía contra el capitalismo europeo, coaligado con una

fracción del país. De esa gente que no tenía odio contra nadie y que, abocada a la lucha, trataría de no morir pasivamente. Y de buscar una razón de vivir. Pero la junta también tenía...

Vida administrativa

... al margen de las contingencias guerreras. Los pueblos, las ciudades y la provincia, tenían que seguir los vaivenes de la vida. La comisaría de Finanzas había tomado el día 26 de agosto el acuerdo de que las industrias presentasen la nómina de los empleados por triplicado con vistas a honorarlas. Sin embargo, tuvo que tomar disposiciones firmes en contra de quienes fomentaban el atesoramiento del dinero, el día 7 de septiembre. El dinero y los alimentos se iban rarefizando y la situación de los frentes no favorecía las soluciones más idóneas, pues la junta se sentía traumatizada por el avance de los navarros. Abastos publicó el día 31 de agosto la lista de los caseríos y propietarios en donde había procedido a incautaciones de carne. Lo hizo para calmar los temores del campesinado que creían que se les expoliaba sin ninguna garantía. Que hubo abusos nadie lo pone en duda. Pero de una forma general no hubo desórdenes graves en los almacenes de aprovisionamiento.

El día 5 hubo una alocución del gobernador Ortega. Se trataba de galvanizar el espíritu de combatientes y retaguardia. Le faltaron los acentos épicos y, quizás, la sinceridad. Escuchándola, me decía yo que pese a toda nuestra buena voluntad los acontecimientos nos transformaban en

marionetas. A esta corta alocución hubo una reacción: la de un grupo de la CNT llamado «Los Temerarios». Se les puso en la chola de que tenían que recuperar la mole del Buruntza, puesto que dominaba el valle de Zubieta y el camino de Bilbao. La tentativa fue inútil. Los navarros sabían defender con ahínco las posiciones ganadas. En realidad, esta pequeña operación o golpe de mano supuso el canto del cisne antes del paso al mundo mineral.

El día 10 de septiembre, en plena situación crítica para la ciudad, hubo un recuerdo unánime de la junta por Manolo Andrés, gobernador civil de Zaragoza, director general de Seguridad, asesinado por los falangistas dos años antes. Un artículo en el *Frente Popular* rindió homenaje a sus cualidades de político y de administrador. La comedia humana empleaba medios y combinaciones para que echásemos una mirada al pasado. Manolo Andrés y la CNT representaban un momento histórico de la lucha social por la justicia y el bienestar económico. El día 12 salió el último número del diario común. Nada en él hacía ver la gravedad de los acontecimientos de que era escenario la ciudad.

XXVIII. TÁCTICA DE LOS NACIONALES

Mola prefería avanzar lentamente, dejando a la fuerza de desagregación de los marxistas y vascos la facultad de seguir por sí mismos su destino.

Robert Brasillach.

La llamada lentitud calculada del general Mola correspondía más bien a que no tenía bastantes fuerzas para atacar a la capital. Como buen militar, sabía que San Sebastián poseía defensas naturales capaces de posibilitar largo asedio. Que el abastecimiento, recibido por la frontera, ahora sin él, plantearía grave problema. Y en efecto no forzó la marcha de las operaciones. El 5 de septiembre la ciudad de Irún no está todavía enteramente ocupada. La inminencia del peligro hace suputar a cada organización y partido todas las posibilidades de defensa y el desarrollo futuro de las operaciones. Los rumores de una posible evacuación, de una necesaria evacuación van tomando consistencia. Se habla de contactos con los rebeldes

en Pamplona por parte del hijo del gobernador Ortega, en nombre de este. Se habla de los nacionalistas vascos como representantes del caballo de Troya en el bastión donostiarra. Todo eso no hace sino espesar la atmósfera política y social. La ciudad se entristecía con los escombros de los bombardeos, con los cascotes y las casas destripadas y el número cada vez mayor de heridos distribuidos por los hospitales civiles y militares. San Sebastián era la sombra de la ciudad veraniega.

Sin espectáculos, las escuelas cerradas, sin paseantes por la Avenida de la Libertad o por el Paseo de La Concha, la vida de los niños y adolescentes se concentraba en la playa. Los niños ya no saltan a chingos por las aceras comiendo la merienda. La escasez de los alimentos se hacía sentir por la falta de algunos elementos indispensables: azúcar, café. Afortunadamente la Comisaría de Abastos pudo acarrear de Francia camiones de legumbres y de trigo y que, junto con las existencias de los almacenes, hacían que no se temiera la falta de alimentos de primera necesidad, como el trigo y la legumbre seca.

Todo contribuía, pues, a que la alegría de la primera victoria, la callejera, sobre los militares fuera palideciendo hasta transformarse en temor, en toda esa serie de sentimientos que nacen al acercarse un peligro inminente. La situación empeoró bruscamente. Una buena mañana, San Sebastián amaneció con los grifos de los fregaderos sin una gota de agua. El abastecimiento de los montes pirenaicos había sido cortado. Fue un golpe psicológico de envergadura, aunque la ciudad podía abastecerse de agua en las fuentes públicas. Ya el optimismo no es de rigor. Se pesan las palabras. Ya en la mente

de todos se plantea la necesidad de evacuar la población civil para escapar a la asfixia material. En las colas que se forman para el agua, las mujeres comentaban apasionadamente el curso de los acontecimientos aceptando los bulos que corrían de boca en boca:

- Va a llegar una división por mar. Desembarcará en la costa, cerca de aquí, para coger al enemigo por detrás... Los franceses van a enviar veinte aviones a Bilbao para bombardear Pamplona e Irún... Pues en Bilbao han inventado una bomba que al estallar lanza pequeños proyectiles que hacen verdadera carnicería; buena les espera a los «fachas».

- ... Poco importa lo que va a suceder; nuestros hombres se baten como jabatos. Ya les costará a los navarros con sus moracos venir aquí... A esos cochinos les importa un comino arruinar al país con sus empresas suicidas.

Las fuentes eran el clásico mentidero público. Por otra parte, los viejos monárquicos y carlistas sienten la comezón de la victoria. Sus amigos están a pocos kilómetros y ya pronto van a gobernar la ciudad, como lo hacían anteriormente, antes de la República, por lo que toman mayores precauciones para pasar desapercibidos. Ya no salen a pasear por La Concha, como el tristemente célebre Paulino Uzcudun, conocido boxeador e ídolo nacional durante algún tiempo. Creyendo aristocratizarse, andaba con la punta de los pies, dando saltitos ridículos. Ahora era el ídolo de los jóvenes ricos y ociosos y lo recibían las mejores familias. Esos enemigos se ocultaron después del asalto a la cárcel de Ondarreta por parte del pueblo de San Sebastián,

indignado de ser bombardeado por mar y por aire impunemente. En ese asalto se asesinó a dos o tres docenas de presos ante la impotencia del director de la cárcel, conocido socialista. Los rebeldes amenazaban con pulverizar la ciudad si ésta no se rendía. Los donostiarras respondían matando a los enemigos interiores. Era el juego de la guerra que servía de propaganda en el extranjero para anunciar las atrocidades de unos y otros. Los neutros o, simplemente, los militantes anónimos de las derechas, solo tenían un trabajo: ir a la playa a tumbarse al sol, mientras la ciudad libraba un combate desigual, pero vital. El bombardeo de la Maternidad, sita en Eguia, como el del Hotel Londres, transformado en hospital militar, cerca de la playa, les dejaba insensibles. Desde el comienzo de la guerra civil no había echado una ojeada a la playa.

Fui al hotel Londres para ver los daños del bombardeo y ayudar a la evacuación de los heridos, entre los que se encontraba Eduardo, el hermano de Liqui. El mar estaba bajo y la ancha extensión de arena me causó efecto. Y luego la vista del mundo de los niños y madres que, arrojando el peligro, tomaban el sol durante horas para olvidar los retorcijones del estómago no tan lleno como antes. Yo advertía en aquellos juegos alguna tristeza, una resignación a la situación cruel que se les había creado. Me volví para descubrir la perspectiva de la Avenida de la Libertad, del puente de Santa Catalina y de la calle Miracruz. Me atenazó la debilidad sentimental: ¿cómo destruir por una resistencia desesperada esa armonía de la construcción, ese suelo tan lleno de historia? ¿Cómo hundir en la nada los edificios que iban desde el Casino hasta el túnel del Antiguo? ¿Y el puertecito de pescadores rezumando vida, casticismo y

alegría, olvidando los dramas del mar? Tardé en reaccionar. Pero al recordar la bella Easo afrontando antaño ejércitos mejor dotados y más numerosos, pensamientos viriles vinieron a fortalecerme. La tradición quería que San Sebastián se defendiera hasta el último hombre y la última casa. Y abandoné la playa con la firme idea de que había que salvarla contra viento y marea, incluso contra las propias fuerzas interiores que decidiesen una evacuación prematura.

La Junta de Defensa vivía momentos tensos. El estado de los frentes, cada vez más precario, necesitaba un espíritu de resistencia vigoroso y decidido, un bloque monolítico sin ranura alguna. Las divergencias van apareciendo en la discusión de los telegramas del gobierno de Madrid en los que van delimitando fechas para la resistencia de San Sebastián contra una ayuda importante si se respetan los límites de la resistencia. Hay fuerzas políticas que consideran que estos telegramas son balones de oxígeno de circunstancias para que la ciudad sepa defender los ideales republicanos. En cambio, otras fuerzas, los estiman como una realidad que tarda en llegar, pero que llegará efectivamente. Son estas fuerzas las que obligan a adoptar la idea de un San Sebastián asediado por tierra y por mar defendiéndose contra viento y marea. De ahí nace la idea de construir un aeródromo en la ciudad, en los llanos de Amara y una carretera que bordeando el monte Igueldo y la costa fuera a parar a Usúrbil. La prensa colabora en crear la psicosis de resistencia. Los donostiarros no eran suspicaces y aceptaban valientemente la situación, aunque la vida hubiera caído en un punto muerto. Sin medios de transporte, sin luz eléctrica satisfactoria, sin agua abundante. ¡Que importaba! El «no

pasaran» no solo era un latiguillo de propaganda, sino una idea anclada en la mente de los ciudadanos por la convicción de que se estaba preparando un mundo mejor. La moral se mantenía a buen grado, pese al terreno que se iba estrechando regularmente y que solo se va quedando en un angosto corredor para salir en caso de una evacuación forzada. En realidad, la ciudad se presta a la resistencia, aunque la ataquen por mar, aire y tierra.

Por su parte, los rebeldes intensifican los bombardeos aéreos y navales y, más grave, amagan el corte por Lasarte, la única salida posible. Los rebeldes no desean que la ciudad se defienda, pues sería un hueso duro de roer. Saben que, a veces, los cercos no hacen sino duplicar las fuerzas de resistencia por un género de desesperación. Por eso, los rebeldes parecen decirnos:

- ¡Salid! Os dejamos libre el camino de Bilbao. No os empecinéis en quedaros encerrados.

No se explica de otra manera que no hayan cortado ya la carretera San Sebastián–Bilbao, ya a su merced desde hace algunos días. La radio y la prensa invitaban a hombres de toda edad a alistarse para la construcción del aeródromo en la explanada de Amara. Al propio tiempo, se llevaban a cabo «razzias» de gente desocupada y que se desentendía de la tragedia que asolaba al país, los cuales sin grandes ni pequeñas aprensiones mostraban el ombligo al sol en la playa. Los milicianos cerraban todas las subidas de la Concha y luego bajaban a interpelar a esos lagartos –en los dos sentidos– tendidos en la arena caliente. Así se encontraron con un

personaje, bien peinado, con pantalón de paño negro, busto potente en donde ya unos pelos blancos anunciaban la madurez del interfecto.

- ¿Que hace usted aquí?
- Tomar el sol.
- ¿No ha oído el llamamiento de la radio?
- No la escucho.
- Hay que ir a trabajar a la explanada de Amara.
- ¡Hombre! No sé manejar un pico, soy abogado.
- Ya aprenderá. ¡Al camión!
- Me llamo Laffitte.
- Como si es usted el *Sursum Corda*.

Laffitte pertenecía a ese género de tipos propios de la picaresca –española o vasca–. Simpático y brillante, pero superficial, audaz hasta el punto de bordear los principios del código, pero sin ir más allá, era un clásico vividor sin ramplonería, parásito si se quiere elegante, algo así como Casanova en pequeño. Como este personaje célebre había escrito también algo sobre San Sebastián con bastante tino, yo tuve relaciones con él. Nos entendimos en seguida. Laffitte defendió casos de sindicalistas, sin gravedad, por ganarse las

simpatías de las izquierdas o por aquellos de nadar entre dos aguas. Los defendió sin cobrar un céntimo a poquísimo dinero. Yo, por mi parte, creía que defendía a los obreros con sinceridad, no por simpatía ideológica, sino por escapar a la gazmoñería derechista. Cuál no fue, pues, mi sorpresa al visitar los trabajos de la explanada y encontrarme con Laffitte, pico en mano, cavando un canalillo que sería la futura cuneta del campo de aviación. Sin la menor intención de humillarle me dirigí a él:

- ¿Cómo? Se siente usted tan idealista que maneja el pico en pro de la revolución...

- ¡Ni tanto ni tan calvo! Me han cogido en la playa. Ya sabes que el pico de hierro y yo somos feroces enemigos.

- ¿En la playa? En estos momentos terribles...

- Ya sé que soy un egoísta. A veces os envidio. Vosotros vivís para algo.

- ¿Cansado el trabajo?

- No tanto. Los contraмаestres son humanos. Cuando queremos nos paramos y, además, nos han traído una barrica de vino. ¡Ah, si la Siberia fuese así! Sería yo el primer revolucionario del mundo.

Me eché a reír:

- ¡Cuidado! Que Stalin tiene las orejas muy grandes. Te puede oír un comunista.

- A propósito de comunistas, ¡buena se la habéis jugado!
- ¿Por qué?
- Porque les sobrepasáis en humanismo y en espíritu libertario. Que ganéis o que perdáis habéis demostrado que vais muy lejos en revolución. Según parece, Cataluña, la meca de vuestra organización, vive una revolución despampanante.
- Ya sabes que aquí, en España, los comunistas no son fuertes.
- Conforme. Pero Rusia es un enigma en este conflicto. No os dejará las manos libres para que vayáis más lejos que ella en materia revolucionaria. No te enseñe nada, si te digo que este conflicto será cada día más internacional.

Laffitte, transformado en destripaterrones, no perdía el buen humor y aplicaba el conocido dicho: al mal tiempo buena cara. En ese instante me decía a mí mismo que, a lo Laffitte, el hecho de pimientar la sociedad de bohemia y de inconformismo no es pecado mortal. Las reglas no debían dirigir el humor de los ciudadanos. Se trabajó intensamente sin forzar a los trabajadores. Las marismas de Amara se allanaron y para que la explanada fuera mayor se arrasó el jardín que las adornaba. El viejo avión, «El Abuelo», se posó a las mismas puertas de la ciudad, ante los habitantes entusiastas y excitados por la propaganda. La fantasía popular hablaba ya de varias escuadrillas de aviones procedentes de París, Londres y otras capitales. Por el momento nos teníamos que conformar con el

destartalado y anticuado biplano que volaba con una bomba de diez kilos debajo del ala para descargarla en las cercanías de Hernani o en cualquier falda de las que tan abundante es la geografía vasca. Se dio la prioridad al aeródromo, pero el trazado de la carretera de Igueldo a Usúrbil se comenzó también, aunque no había bastante herramienta y gente. Además, se atrincheraban los alrededores de Lasarte.

Esto es, se intensificaba el esfuerzo para presentar la defensa de la ciudad contra toda clase de contingencias. Las centrales sindicales se comportaron valientemente haciéndose cargo de trabajos tan difíciles. Lo más grave en todo ello era la falta de medios técnicos.

En cuanto a las relaciones entre San Sebastián y Madrid se limitaban a las posibilidades de resistencia. La última fecha tope propuesta por el gobierno de Madrid había transcurrido y la ayuda anunciada no llegaba. Ello fortalecía la opinión de quienes argüían que Madrid nos enviaba únicamente balones de oxígeno para que se alargase nuestra agonía. La idea de la evacuación iba ganando los cerebros peligrosamente, aunque la situación no tenía nada de desesperada. Y en ese instante crucial en el que el gobierno central proponía una vez más otra fecha ulterior con la orden que haría de San Sebastián una ciudad valiente: San Sebastián debe resistir. Ante este telegrama la Junta de Defensa tomó el acuerdo de que los partidos políticos y las organizaciones sindicales trataran el problema de la evacuación o el de la resistencia. Así a la próxima reunión debían presentarse hombres habilitados para presentar los acuerdos de los mismos.

Nos reunimos en el colegio–convento. Me chocó en seguida el espíritu de resignación que se reflejaba en los semblantes. Bien es verdad que la mayoría eran militantes de edad madura y que solo había pocos jóvenes. Solo se levantaron pocas voces en favor de la resistencia. Por fuerte mayoría la Confederación Nacional del Trabajo adoptó la decisión de evacuar. Iglesias y yo salimos ya de noche con el corazón compungido. Bajo un cielo negro y amenazador, veíamos circular sombras silenciosas, cargadas con cántaros y baldes de agua de las fuentes públicas. No proferían la menor protesta. Encarnaban el espíritu de un mundo mudo, resignado y fatalista. Solo algún niño lloraba, cogido a las faldas de la madre de cansancio o de sueño. Pepe y yo rumiábamos la última maniobra posible para que San Sebastián se defendiera y para que la posteridad no nos echara en cara la falta de hombría y de decoro. Quizás nuestro punto de vista fuera sentimental ante los argumentos de los partidarios de la evacuación:

- Estamos ya en los umbrales de la guerra total. Nadie escapará –ni en vanguardia ni en retaguardia– al abrazo mortífero de bombas incendiarias y explosivas, como lo prueban los bombardeos de San Sebastián a Irún.

Sus enemigos argüían:

- Queréis salvar a la población civil de la masacre. No lo conseguiréis, pues una vez evacuada la ciudad, las mujeres y niños serán atacados por la carretera y los pueblos de la costa. Es cierto que hay pocas bombas y munición, pero no lo es menos que la configuración del terreno favorece la resistencia. Además

el enemigo no está dotado para embestir militarmente San Sebastián. Podremos abastecernos por mar, pese a la flota rebelde. Lo que hace falta es la voluntad de vencer, el entusiasmo de la gesta, la virilidad del combate en situación difícil.

Los primeros insistían:

- Es un deber evitar las pérdidas en una resistencia inútil. Nos esperaba un piloneo aéreo y marítimo, sin ninguna otra significación que la de resistir el fuego. El enemigo no tiene prisa. Con esos medios a su alcance, tan poderosos, esperará que la breva se madure. La ciudad sucumbirá con honor. No consideramos eficaz la resistencia en el contexto actual de la guerra. La pérdida de nuestra ciudad no significa más que un contratiempo serio sin duda, pero no vital. Los hombres continuarán el combate en los macizos y en los valles vascos. No se trata de abandonarse al enemigo, sino esperar nuevos medios que nos lleven a la victoria.

Cercada Donostia, el problema del abastecimiento sería angustioso. No olvidemos que el mar Cantábrico por el momento no es nuestro, sino del enemigo.

Los revolucionarios, los que veían hundirse todo el proceso social de la República desde 1931 y luego los dos meses y medio, de una euforia sin precedentes en la lucha obrera, se retorcían las manos de rabia. Hubiesen preferido que la ciudad sucumbiese bajo el plomo de los rebeldes. Con acentos desesperados y dramáticos:

- Hablamos como hombres del pueblo, como seres que han proclamado la igualdad social. San Sebastián es la única capital del País Vasco que se ha atribuido la tarea revolucionaria. Vitoria está en poder de los facciosos desde el primer día del levantamiento y sigue la tradición de incienso y agua bendita. Bilbao labora por su estatuto y no se atreve a echar la carne en el asador para defendernos. Sin embargo, aquí está la clave de la victoria, en este perímetro donostiarra. Bilbao cree que las tropas navarras no le conciernen y nos dejan frente a ellas solitos. Hay en esto excesivo cálculo. ¡Pobres bilbaínos con dirigentes convertidos en traperos y comerciantes de una autonomía utópica! Decimos utópica, porque perdida San Sebastián, el País Vasco, tan reducido, no podrá detener la marcha de las fuerzas rebeldes. Pero estarán contentos los industriales vascos, porque el espíritu revolucionario quedará barrido en Vasconia. Es aquí, en esta ciudad que se está jugando el porvenir del proletariado y de la revolución vasca, en esta elegante ciudad y no en las factorías bilbaínas. La revolución está en peligro.

En los arcos de la Diputación nos encontramos con Pello a quien no había visto después de la reunión que tuvimos con Jiménez, el socialista, sobre la necesidad de cambiar los objetivos militares, excesivamente sometidos a la gravitación del nacionalismo vasco. Jiménez lo planteó, tal y como lo acordamos, al Partido y la respuesta de este fue negativa. Las conversaciones entre nacionalistas y socialistas estaban ya muy avanzadas en Madrid. Pello insistía:

- Ya veis, es a esto a lo que querían abocar los bonzos del

Partido Nacionalista, envueltos en la bandera del estatuto. Yo defenderé la resistencia a ultranza.

- Pues nuestra organización ha tomado el acuerdo de la evacuación –le dije.

Se quedó asombrado. Luego, amargo:

- ¡También vosotros!

Entonces intervino Pepe para darle alguna esperanza:

- Ahora que estamos buscando una salida para que la CNT no se solidarice en esa medida.

- Duro. Los navarros son fuertes, pero no tanto como para desfilar por estas calles.

Nos separamos. Pepe y yo nos dirigimos a la redacción de «Crisol» con la idea de estudiar tranquilamente cómo podíamos hacer algo en defensa de la tesis revolucionaria.

En cada esquina descubríamos la necesidad de aguantar, de sostener en nuestras manos el balneario. Nuestra propia subjetividad la traspasábamos a las calles y las sensibilizábamos en las sombras de la noche. En la casa bombardeada de nuestro periódico nos reunimos una partida de jóvenes. Allí acordamos que en la reunión de la Junta de Defensa yo no intervendría, por ser demasiado conocido, en nombre de la CNT para no estar en contradicción con los acuerdos orgánicos. Sin embargo, Pepe hablaría en nuestro nombre defendiendo la resistencia antes

que los otros dos miembros de la CNT –Galo Diez y Barriobero «el Gafotas». Pensábamos que nuestra actitud haría vacilar a nuestros amigos. Tomada esta resolución nos dirigimos al frente que se hallaba en el valle, a la altura de Gainchurizqueta. Queríamos estar en contacto con nuestra gente para saber si podríamos contar con ellos. Afortunadamente, no se había roto el contacto con el enemigo. Solo cuando la presión rebelde se intensificaba se retrocedía, aunque sin ceder mucho terreno.

Al amanecer nos situamos en el punto más avanzado de la línea, aproximadamente hacia la mitad del monte Jaizkibel, cuyas alturas las dominábamos. La moral de los milicianos era bastante buena, pese a la pérdida de Irún. Se mantenía la esperanza de que el gobierno de Madrid haría algo por salvar la zona Norte de la asfixia. A lo lejos distinguíamos las boinas rojas de las avanzadillas navarras.

XXIX. ¡AY, SAN SEBASTIÁN!

En el dominio militar, la verdad, no la del pasado sino la que se verificará en el porvenir, por lo general no se encuentra en lo oficial de la jerarquía, demasiado conformista.

General Beaufre.

13 de septiembre de 1936. Las diez de la noche. Palacio de la Diputación. Van llegando los comisarios de la Junta de Defensa, generalmente acompañados por correligionarios que son portadores de los acuerdos orgánicos. Se forman corrillos en el gran salón en espera de que el gobernador Ortega abra la sesión. Rostros fatigados, ojos brillantes, mentes hundidas en grave responsabilidad. Atmósfera densa, casi palpable. Se fuma pitillo tras pitillo con fiebre y nerviosismo. Salón amplio. Varias mesas forman una gran U que llena todo. La parte central la ocuparan los militares con el gobernador. Y las alas los partidos políticos y las organizaciones sindicales. A la izquierda el Partido Comunista, el Socialista y los republicanos.

A la derecha el Partido Nacionalista, Acción Nacionalista Vasca y Organizaciones sindicales. A nosotros nos tocó la extremidad, a la altura de la puerta de entrada. Ortega ya no era el suboficial de carabineros que vegetaba en la frontera al margen de los acontecimientos. Gracias al nombramiento de gobernador y a la subida en grado parecía más seguro de sí mismo que cuando estaba perdido en la montaña pirenaica. Vestía de paisano, de azul marino. Bajo, tiene la cabeza gacha, como si el peso de la situación le aplastase. Los ojos fatigados, coronados por cejas espesas, revistan a los reunidos desde la presidencia, intentando penetrar en los designios de todos y cada uno. Cabellera que comenzaba a clarearse, mechones grises un tanto hirsutos. Nariz ligeramente respingada que le daba al rostro un reflejo burlón. A pesar del momento difícil, particularmente en lo referente a los presos y a la marcha de la guerra, se notaba en él la satisfacción de haber salido del anonimato. A mí me salió de lo más profundo de mí mismo una sonrisa amarga. No sé por qué me sentía cortado por esa presencia, como la mayonesa fallada en que las dos partes son antitéticas. Pensaba que en lo político no habían salido hombres de relieve en el caos creado por los rebeldes, así como surgieron los combatientes con ideas e iniciativas. Nos faltaban hombres capaces de hacer vibrar al pueblo por la elocuencia y el interés revolucionario. Con hombres de esa estatura mental y falta de pasión por la causa republicana, no se obtendrían resultados brillantes. Le acompañaban el teniente coronel San Juan, inconfundible con su chaqueta de cuero color marrón. Tan insignificante como siempre, pasó delante de nosotros apenas esbozando una sonrisa que quiso ser un saludo. Yo tenía otro concepto de los

militares. Yo los sabía casquivanos, pero respetando el honor en el campo de batalla. Sin duda, en él ¡ojalá me equivocara! su verdadera personalidad se había diluido al contacto con la política vasca y los milicianos alérgicos a la autoridad militar. El caso es que no dio a las operaciones militares el nervio y la impronta de un jefe, de un verdadero caudillo. A San Juan le siguió el comandante Montaut, su ayudante. Tieso, fijando la mirada un tanto inquisidora en nosotros. Impecable en su uniforme militar, obsesionado por la rigidez de las reglas militares no dejaba traslucir la menor emoción. Y no sólo eso, sino que la ambición que pareció nutrir al llegar a San Sebastián, después del nombramiento por el gobierno central, se había esfumado. Quizás hubiera comprendido que habían fracasado en la empresa de defender la frontera.

En cuanto a los civiles nos faltó un Palafox. Nadie supo imponerse en la Junta de Defensa por su estatura intelectual y su autoridad. Fuimos un árbol que brotó esporádicamente y que no se consolidó por faltarnos el tiempo y la tranquilidad. Creció dolorosa y solitariamente la Junta de Defensa. La política, dicen que es un arte. Por lo menos yo comprendía que no era un juego. Para mí era ya una técnica. Que era tiempo, esto es, experiencia. No es lo mismo ser diputado que organizar la vida de una región. Ni discutir en las asambleas políticas y obreras. Había algo más complejo e íntimo que se trataba de descubrir y de aplicar. Se necesitaba una terapéutica de choque. A lo largo de esos meses de combate y de fiebre no hubo un discurso digno de ese nombre.

Lugares comunes y discos rayados. No. A estado de excepción,

no cabía duda que hacían falta hombres excepcionales. Nunca he sabido tomar notas y lo lamento. En cuanto a las estadísticas me siento un tanto escéptico. Sin embargo, en la realidad donostiarra bien podíamos decir que en la lucha contra el fascismo el ochenta por ciento de las pérdidas pertenecían a las organizaciones obreras y partidos de izquierda. Y que solamente el dos por ciento de los asalariados siguieron estudios normales después de los doce años. Quizás esto influyera en lo otro. Quizás no hubiera salido un Palafox por encontrarse con las efigies de Pablo Iglesias, de Anselmo Lorenzo, de Carlos Marx y de Bakunin y que tales personajes no hicieron vibrar a los llamados burgueses y prohombres de la política vasca. Quizás más tarde en nombre de Arana Goiri surgirían las brillantes personalidades que harían del País Vasco una región ejemplar. Estos pensamientos pesimistas dominaban todo mi acervo intelectual. Ante la injusticia del destino ya sólo nos quedaba la dignidad.

El gobernador, visiblemente turbado, tartajó algunas frases, habló. Había sacado de su cartera de cuero diferentes carpetas. Por falta de dotes oratorias abrió la sesión sin ningún preámbulo:

- Comisarios y delegados: Sabido es el objeto de esta reunión. Por consiguiente, cada delegación defenderá el acuerdo orgánico. En una cuestión tan grave el acuerdo por unanimidad sería ventajoso, aunque lejos de mí el deseo de coaccionar a las delegaciones. Antes de pasar a la discusión el comandante Montaut leerá el informe elaborado por el representante del gobierno.

Ortega paseó una mirada circular por el auditorio y, ante el silencio general, cedió la palabra al comandante. La lectura fue monótona, sin fe ni aliento. La voz, la del profesional ajeno a las peripecias populares. Parecía un ciudadano de Marte. A falta de calor la situación la presentaba muy clara. Ya no existía moral de combate después de la derrota de San Marcial. Por lo tanto, la situación de la ciudad militarmente era muy precaria. El gobierno pide una vez más que aguantemos varios días, que nos envía armamento para defendernos. Podríamos hacerlo durante cuatro o cinco días como máximo. Por otra parte, el cerco será un hecho dentro de cuarenta y ocho horas y, entonces, recibir la ayuda será más problemático.

Su voz se animó al recalcar estas palabras:

- El Estado Mayor no es político. Sabe que consideraciones de este orden entran en juego. Tomen, pues, la decisión que convenga.

A renglón seguido, como arrepentido de sus palabras, agregó:

- Si se aceptase la evacuación, el Estado Mayor aboga por ejecutarla durante las cuarenta y ocho horas. Ante esta eventualidad el plan lo tenemos preparado. La línea la formaremos al otro lado del Oria. El frente quedara acortado...

Con tono acerado, un delegado le interrumpió:

- Hablemos primero de la decisión. ¿Por qué se adelanta el Estado Mayor?

- Nosotros...
- El Estado Mayor se calla y eso es todo.

El presidente cortó la discusión:

- Los delegados tienen la palabra.

Esta intervención nos pareció más que sospechosa. El Estado Mayor parecía invitarnos a abandonar la ciudad en nombre de algo que se nos escapaba. ¿Sería verdad lo del hijo de Ortega discutiendo la rendición de la capital en Pamplona? ¿Sería verdad lo del Partido Nacionalista discutiendo aún cerca de Oyarzun con los rebeldes? A Galo Diez le dije en voz baja que no hablase hasta escuchar a otras delegaciones. Él por su parte me preguntó cómo me había acompañado Iglesias. Le conteste fríamente: por ser nuestro comisario de Finanzas. Lo que pasa que a él le interesan más los problemas militares. Perro viejo en lides polémicas y sindicales fingió creerme, pero se puso a la defensiva. No veía aquello muy claro. El Partido Nacionalista abogó por la evacuación fundándose en los argumentos facilitados por los militares, pero en el fondo porque no le gustaban las formas de organizar la vida en San Sebastián. No había digerido aún la explosión de las fuerzas obreras y de que estas dirigieran todas las actividades. Ni Urondo, ni Astigarrabía estaban en la delegación comunista. La representaban Asarta, uno de los hermanos, y Larrañaga. Asarta llevó la voz cantante lo que me hizo pensar que Larrañaga aceptaba por disciplina de partido, como yo de organización, la evacuación. A Iglesias y a mí nos desilusionó, pues ya no contaríamos probablemente con

adeptos de la resistencia. Los socialistas también defendieron el abandono y solo la UGT, por boca del viejo Torrijos, manifestó que la organización sindical se adhería al acuerdo tomado por mayoría. Antes de que Galo Díez tomara la palabra, nos cruzamos las miradas Pepe y yo. Era el momento. Con gran sorpresa de nuestros propios compañeros, Barriobero, y Galo Díez, Iglesias habló valientemente. Sus primeras palabras fueron balbuceantes, pero se fue asegurando a medida que iba desgranando las ideas. Pepe no tenía dotes oratorias, sino un buen sentido y justa perspectiva de los problemas. El fondo de su argumentación se resumía:

- Se estima de forma general que las dificultades inherentes al cerco son invencibles. Posible, pero no cierto. Hay un hecho sobre el cual no se ha hablado bastante: me refiero a la insistencia del gobierno central en ir facilitándonos fechas tope para no abandonar la capital. La flota ha atravesado el estrecho de Gibraltar, se nos dice desde Madrid. No cabe duda que viene hacia aquí, a ayudarnos y a limpiar el mar Cantábrico de unidades navales rebeldes. Lo que demuestra la importancia de esta plaza para Madrid. Con la flota tendremos armas y el mar libre. No hay victoria sin horas de angustia y sin indecisiones dramáticas. Nuestra situación es mala, es grave, hay que convenirlo. No hay que considerarla desesperada. La geografía nos favorece con montes, colinas y pasos estrechos. Y aún algo más fundamental: el enemigo no tiene efectivos suficientes para tomar de frente y de asalto una ciudad como San Sebastián.

Con tono patético:

- ¿Saben que significa la pérdida de esta plaza? Pues el resquebrajamiento de toda la zona leal del Norte y el plantarse el enemigo a las mismas puertas de Bilbao. El Estado Mayor ha citado el proyecto de formar nueva línea al otro lado del Oria. ¡Vaya idea optimista que contrasta con el derrotismo de la evacuación! ¿Para qué engañarnos? Salidos de aquí, nuestra retirada supondría por lo menos una pérdida de 50 kilómetros en fondo y la línea se podrá restablecer allí por las proximidades de la provincia vizcaína. La evacuación de la población civil acarreará graves inconvenientes en las operaciones militares.

Galo Díez se revolvía nervioso en el asiento. El viejo bonzo de la CNT se disponía a interrumpirle:

- En nombre de la CNT pido la palabra.

Y le echó una mirada furibunda a Iglesias. Galo, bajo, tan ancho como alto, casi una bola, apegado a las sutilezas orgánicas, más bien a la letra que al espíritu, habituado a las polémicas y a los mítines, estaba sobrepasado por los acontecimientos, como gran parte de los viejos sindicalistas. Con voz de barítono arguyó:

- La opinión de Iglesias es personal. Yo, delegado de la CNT y nombrado por la asamblea de militantes, traigo el acuerdo de votar por la evacuación. Muy bonito brujulear con hipótesis y ver la ayuda con ojo convencido. Nosotros, los que tenemos la responsabilidad de salvar a miles y miles de vidas, no podemos confiarnos a lucubraciones brillantes. Si evacuamos la ciudad, la volveremos a ganar a costa de nuevos sacrificios. Y si en el albur

del combate la ciudad fuese destruida, la edificaríamos más hermosa que nunca.

Guillermo Torrijos, delgado pero resistente, bien tieso aun pese la edad, reflejaba en su cara esa historia sindical, dura y difícil, del obrero español desde los principios de siglo. Vestía modestamente. Influidado por las palabras de Iglesias explicó el acuerdo de la Unión General de Trabajadores de sumarse a la mayoría:

- Hemos tomado ese acuerdo por no romper con la armonía que ha reinado hasta ahora a pesar de los dimes y diretes normales en un organismo pluridoctrinal, como la Junta de Defensa. No es que seamos partidarios de la evacuación. Me duele, nos duele que acobardados por los reveses de Irún abandonemos sin lucha todo el esfuerzo del movimiento popular de Donostia. Se dice que no tenemos armamento para resistir el asedio. ¿Lo teníamos el 20 de julio? No tengo ninguna confianza, y lo digo sin ambages, en la opinión de los militares, desfasados por el contenido de la contienda. Encerrados en la capital, los habitantes resistiríamos hasta los últimos límites de lo humano. Aquello que militarmente puede considerarse como indefendible, el entusiasmo popular lo puede trastocar.

Las palabras sentidas del viejo luchador socialista nos hicieron ver a Pepe y a mí que habíamos cometido un error: el no habernos reunido conjuntamente UGT y CNT para estudiar el problema planteado por la Junta de Defensa. Hubiera sido posible un acuerdo de resistencia entre ambas organizaciones. Sentimos congoja por las jugarretas del destino o por nuestra

falta de perspicacia política. En esos instantes críticos valía más el sentido político que aguzara las soluciones más prácticas.

La Junta de Defensa acordó la evacuación. En lugar de representar el gran acto de la epopeya, cantado más tarde por los barcos populares, admitía la simple e insignificante comedia de la lloriquería a impotencia. Impotencia no ya solo ante el enemigo interior, sino ante las intervenciones del Foreign Office, Quai D'Orsay, Berlín, Roma y el Kremlin, interesados ya en el problema español, no en el sentido de favorecer los intereses españoles, sino en los suyos propios. Dos días antes, como sarcástica ironía del destino, exactamente el 9 de septiembre, el Comité de No Intervención en el problema español tuvo la primera reunión, dando un pistoletazo en la sien a las libertades españolas representadas por el gobierno de Madrid. Ese Comité nos ocasionó una herida más grave que las fuerzas de Mola al invadir la tierra guipuzcoana. Una gran ciudad, conocida universalmente como San Sebastián, atacada por mar, por tierra y por aire, pasada a sangre y a fuego, hubiese creado situaciones escabrosas en los estados mayores políticos de Europa. Este era un sueño por parte de algunos jóvenes que hablaban de defenderse ante los navarros como lo hizo la Comuna de París ante los alemanes. San Sebastián no merecía que se la abandonase al juez y al verdugo de la represión. Fue de cajón que la clase obrera, los intelectuales, se sumasen a la revolución donostiarra y que desearan edificar el porvenir sobre las bases de un trastrueque fundamental de las estructuras sociales. Y que paralelamente se hubiesen ejecutado ciertas detenciones de enemigos y que en ellas algún inocente hubiese caído. Pero no fue sistemático, ni reglamentado. Se estimó que eran

indispensables para contribuir a la consolidación del poder de las fuerzas populares. Había que tener los reañes de justificarlas ante la opinión y ante el mundo. Claro está, los rebeldes las interpretaban a su manera y trataban de desacreditarnos. Hubo mucha calumnia en esas campañas a las que el Partido Nacionalista Vasco no fue ajeno. Pronto iba a saber, la ciudad desgraciadamente, lo que suponía una represión dirigida con la mentalidad de la inquisición y la finalidad de destruir todo elemento progresista, hasta los propios nacionalistas vascos.

Atmósfera fúnebre en este entierro de San Sebastián. Fue el último gran acto político de la Junta de Defensa. Nos separamos reflejando en nuestras caras sentimientos encontrados. Durante unos instantes hablamos Galo, Barriobero, Iglesias y yo con la delegación socialista, más bien de la UGT. Dirigiéndome a Torrijos:

- Los nacionalistas tienen mucha prisa en marcharse de aquí, pero el estatuto va a llegar demasiado tarde para recuperar las magníficas posiciones que tenemos aquí.
- El estatuto es un gran acto político y de gran porvenir histórico –replicó Torrijos.
- Tarde, demasiado tarde –insistió Iglesias en mi idea.

El Estado Mayor había formado un plan de evacuación digno de mentes marcianas. Hablaba que los camiones con todo lo útil de abastecimiento y de guerra circularan separados por tantos metros de distancia, que se formasen convoyes.

Estaban francamente despistados. La evacuación se ejecutó con el buen sentido popular y una masa imponente de la población civil abandonó la ciudad.

Fue un espectáculo deprimente la marcha de miles de mujeres y niños con lo poco que podían acarrear camino de Vizcaya. Los trenes no pararon de transportar familias donostiarras que se negaban a aceptar el yugo de los rebeldes. Estos no se movían: Informados de lo que pasaba en la ciudad aplicaban la máxima militar: «Al enemigo que huye, puente de plata». Hubo orden y disciplina. En el Estado Mayor se tomó el acuerdo de cometer algunas destrucciones en el ferrocarril y en el Puerto de Pasajes. El 12, ya al anochecer, Iglesias y yo fuimos al túnel de cerca de Pasajes para ver si se había ejecutado el bloqueo de la vía férrea. Se trataba de levantar varios metros de vía, lanzar luego varios vagones al interior del túnel y sobre estos luego una locomotora a toda velocidad. Llegamos en el momento que iba a salir para echarla contra los vagones. Había un grupito de milicianos y el maquinista. Echó a andar la locomotora, aceleró y entonces se echó a tierra el maquinista. La locomotora desapareció en la oscuridad del túnel. Este hecho siempre retardaría la normalización entre Pamplona y la frontera. Luego nos fuimos a Trintxerpe. Nos dominaba el afán del deber cumplido. Y por eso, ya de noche, nos encontramos en la bocana del puerto de Pasajes. Se trataba de hundir un barco cargado de cemento en el estrecho paso que dejan el Jaizkibel y el Uliá. El puerto quedaría inservible durante algún tiempo. En la oscuridad distinguimos el barco y a los marinos que trabajaban afanosamente en preparar el hundimiento. Había que inmovilizarlo por medio, de cables a tierra y encontraban

algunas dificultades. La maniobra se iba haciendo larga y nos marchamos a la ciudad. Nos separamos en el barrio de Amara. Él iba a casa a ver a la familia y yo al piso de Larramendi para cenar algo. Y allí me encontré al padre con Consuelo. Me esperaban. Les reñí, pues el último tren saldría a las doce de la noche para Deva. Mi padre llevaba un saco lleno de pucheros y cazuelas. Sorprendido, le pregunté:

- Pero, ¿para qué llevas todo eso?

- Yo estaba en Francia durante la guerra europea y sé lo que son las evacuaciones. Hay que tener siempre un puchero a mano. Y unas cuantas mudas. Consuelo sólo tenía un saco de viaje. Como para hacer turismo.

Les acompañé a la estación. Una multitud de viejas y niños la ocupaban en espera de poder montar en los vagones, agazapados alrededor de sus bultos, viejos amontonados por los rincones. A un grupo de heridos sostenidos por enfermeras se les dejó pasar al andén inmediatamente. La estación de Amara no tenía sala de espera, y por eso, el zaguán de taquillas estaba invadido. La gente se desparramaba por la plaza. En plena oscuridad, la luz de alguna lámpara eléctrica daba al cuadro un carácter goyesco. En esos instantes en que una ciudad se desintegraba descubrí caras conocidas que habían perdido la expresión. A poco llegó el convoy vacío y la gente se apelotonó en las puertas. Avanzamos en fila. Les dejé en un departamento lleno de niños y de paquetes. Comí atún en escabeche con un trozo de pan y dos manzanas. Y me marché a recorrer la ciudad impulsado por una curiosidad de saber hasta dónde un

agrupamiento humano sabe desprenderse de sus costumbres y de su vida cotidiana. Camiones y coches se dirigían al Paseo de la Concha en busca de la carretera de Bilbao. Había fiebre, ganas de marcharse y de escapar al enemigo.

No vi el menor espectáculo de desorden ni de borrachos cantando o llorando. Se han vaciado los garajes de coches y camiones. Todo ha sido requisado para no dejar nada. La desaparición de la autoridad de la Junta de Defensa no produjo el menor conato de histeria con su cohorte de robos individuales, ni asalto de ningún género. El pueblo de San Sebastián dio en esos instantes en que se pierden el culo y la escopeta una muestra de madurez política y de carácter serio. Lo único que podría considerarse, según la óptica burguesa, como acto criminal fue el incendio del edificio que sirvió de taller de armamento a las juventudes Libertarias. Luego me dirigí al puerto. Como la importante flota de pesca de Pasajes fue evacuada por los sindicatos pesqueros, lo mismo se produjo con los barcos de San Sebastián: había gente que salía en motoras como si fuera a dar un paseo por el mar. Al amanecer las pancartas y las inscripciones revolucionarias daban a las calles desiertas un aspecto irreal, el de un instante desvanecido en el tiempo. Y entonces pensé que yo debía marcharme también. No tenía prisa. Me sentía bien, casi solo por las calles estrechas de la parte vieja. Automáticamente me dirigí a los sindicatos creyendo que allí encontraría alguien que me condujera hasta Orio. Cerca de Larramendi me encontré con Rivera. El también esperaba filosóficamente el momento de abandonar San Sebastián sin la menor impaciencia.

- ¿Tienes coche? –me preguntó.

- No.

- Yo sé dónde hay uno. El dueño lo tiene bien apalancado en el anexo de un garaje. Es un «Opel» bien nuevecito. Y con su ironía siempre alerta:

- Tú, como comisario, tienes derecho a llevarte un automóvil. Vamos por él.

Ya en el coche nos dirigimos al Paseo de la Concha. Al llegar al túnel del Antiguo, una guardia armada de naranjeros y pistolas ametralladoras, nos hizo parar.

- El salvoconducto.

- ¿Qué salvoconducto ni ocho cuartos? La evacuación ha sido dictada por la junta...

- A ver los papeles.

Tuvimos que enseñar los papeles a aquellos hombres que no sabíamos qué papel estaban jugando. Los examinaron y como explicación nos dieron:

- Desde hace una hora hace falta un salvoconducto para salir de la ciudad. Vayan ustedes a las autoridades nacionalistas al Alto de San Bartolomé y les facilitarán uno. Tenemos órdenes formales de no dejar pasar a nadie sin él.

Echando pestes contra los nacionalistas vascos dimos media vuelta. Ahora se presentaban en dueños de la ciudad para dejarla en manos de los enemigos. Nos pareció el colmo de la doblez. ¡Ah, si hubiesen puesto tanto interés en defender San Marcial y Puntxa! Claro está no subimos al Alto de San Bartolomé.

Cogimos la cuesta de Aldapeta y pronto bajamos por Lore-Toki a la bifurcación de Rekalde. Aquí recogimos a un miliciano que iba a pie. Y cuando llegamos a Irubide, por la estrecha carretera de Bilbao, veíamos a cada lado vehículos abandonados por manos inexpertas. Alguno que otro se había dado un buen tortazo. Desde Orio la circulación era densa y una marea humana corría en todas direcciones. Pasamos el Puente. Allí era el punto en que debía establecerse la línea. Allí me percate lo que significaba abandonar una ciudad sin tener el aparato militar para hacer frente al enemigo. Allí me di cuenta de la verdadera dimensión de la derrota. La gente no pensaba más que en seguir adelante, tener los ojos fijos en Bilbao, creyendo que en la ciudad del Nervión hallarían refugio seguro, sin percatarse de que los rebeldes no se pararían a la altura de la desembocadura del Orio para darles gusto a San Juan y a Montaut y a toda la Junta de Defensa. La línea de Orio fue una fantasía. Siguiendo la marea por la carretera llegamos a Zarauz. A la orilla de la carretera estaba Consuelo.

- ¿Que haces aquí?
- Estaba por si veía a alguien conocido.

- ¿El padre?

- Está preparando arroz con leche en una calle apartada. Venid.

Tomamos un buen plato de ese postre tan gustado por los vascos, pero con leche condensada el sabor no es el mismo. Al volver al coche nos encontramos con Jiménez y su simpática mujer la pelirroja. Me dijo que había acontecimientos importantes y que la junta estaba convocada en Zumaya. Dejamos al padre y a Consuelo en Zarauz aconsejándoles que buscaran el medio de llegar a Éibar y luego a Bilbao. Siempre podrían estar en contacto conmigo por medio de los sindicatos.

La junta se reunió en el Ayuntamiento. Faltaban bastantes miembros. Entre ellos los militares y el gobernador. La voz cantante la llevó Manuel Irujo. Nos explicó las conversaciones de Madrid entre el gobierno y los vascos. El Estatuto Vasco ya estaba concedido y sólo faltaba la ratificación del Parlamento para que entrara en vigor. Todos comprendimos que el País Vasco entraba en nueva fase política e histórica. Quizás con este otorgamiento tardío el pueblo vasco sacaría de la entretela las fuerzas necesarias para combatir al fascismo y ser un puntal en la España federalista por el amor de la justicia y de la libertad de que tanto nos gargarizábamos todos los vascos. Estábamos en la estacada. El sacrificio que se nos pedía nos lo pagaban en un momento crítico con el Estatuto. ¿Estaríamos a la altura? Madrid se acordaba de la existencia de Bilbao. De opresores se volvían no ya solidarios, sino que nos dejaban un tanto las riendas. Desde ese instante nuestra lengua, como nuestro

corazón, se incrustaban en una realidad histórica, aceptada por la península. Quizás ahora tendríamos que defendernos contra nuestro propio vértigo que nos llevaría, quizás, a destruir el país de tanto quererlo. Por mi mente surcaban imágenes preñadas de profundo realismo. Muchos de mis amigos habían desaparecido ya defendiendo la justicia social.

¡Qué ejemplo! Nos habían trazado el camino y el País Vasco debía seguirlo. El porvenir no sería tan ingrato para los pueblos peninsulares. Al ver correr por las caras de mujeres y niños el reflejo de la tragedia que estábamos viviendo notaba yo la inmensa extensión de la vida. En mi corazón reinaba pese a todo una sensación de esperanza: en Madrid y en Barcelona el pueblo tenía en sus manos todavía grandes fuerzas para echar en la batalla del honor y de la dignidad sentimientos reconocidos por los propios enemigos.



ACERCA DEL AUTOR

MANUEL CHIAPUSO HUALDE (San Sebastián 14-IV-1912/Baracaldo 29-XI-1997 tras un accidente de coche.)

Pasó su niñez en el valle de Zubieta, caserío de Urnieta, en las cumbres de Buruntza, Adarra y Ventas de Garate, lejos de sus padres, anarquistas exiliados en París. Asistió a la escuela hasta los trece años con Juantorena de la Escuela Moderna con aprovechamiento, pero optó por el trabajo y rechazó la opción del seminario. En CNT desde los 19 años. Le gustaba el teatro y formó en una compañía de aficionados.

En los años republicanos Manuel Chiapuso fue uno de los fundadores y el primer secretario de las JJLL guipuzcoanas, luchó activamente en el movimiento obrero (huelgas de tranvías,

espectáculos, construcción, etc.) y conoció las cárceles de Alcalá, Ondarreta, Ocaña y San Miguel de los Reyes (1932-1935). Intervino en la fundación del vocero *Crisol* (1935) y en 1935-1936 colaboró en *La Revista Blanca*.

Iniciada la guerra pasó a primer plano: intervino en la toma del cuartel de Loyola y en diversas acciones bélicas (Aya, San Marcial, Irún, Puncha), fue vicepresidente de la comisaria de Trabajo de la Junta de Defensa de Guipúzcoa y secretario de la CNT de San Sebastián hasta la caída de la ciudad en septiembre de 1936, de donde, herido, marchó a Durango; luego, en Bilbao (octubre de 1936), asumió la secretaría de propaganda del CR de CNT realizando una importante labor: fundó Horizontes y CNT del Norte. Partidario de entrar en el Gobierno vasco (entrevista con Aguirre en mayo de 1937) no consiguió doblegar a los defensores de la postura contraria (Rivera) y la CNT vasca, en consecuencia, mostróse ortodoxa.

Derrumbado el frente norte parece que se asentó en Barcelona como representante de la CNT del Norte en el CN de CNT y fue delegado confederal en el Ministerio de Trabajo republicano. Tras la derrota vivió los campos de concentración en Francia (de los que escapó en tres ocasiones) y arrostró muchas vicisitudes que le separaron durante largos tiempos de su compañera María: en 1942 en Lorient reclutado por la fuerza por la organización nazi Todt, luchó en la resistencia francesa (Bayona y Toulouse) para, en 1944, asentarse en Biarritz.

Vencidos los alemanes, intervino en la reconstrucción de CNT y colaboró en la organización de pasos de frontera cara a una

invasión de España. Formó parte de las filas de los posibilistas y estuvo incluso a favor de la participación de los libertarios en política: nombrado para el CR del Norte en mayo de 1945, en el pleno regional de noviembre de 1945 en Bayona se le nombra para representar a CNT en el Consejo Consultivo Vasco y secretario provisional hasta la llegada de Aransáez, salió del Pleno Regional de la CNT del Norte (Bayona, noviembre de 1946) como secretario regional y encargado de la representación de CNT en el Consejo Consultivo Vasco (reuniones de abril y septiembre de 1946). Secretario administrativo del Subcomité nacional de CNT en Toulouse (1947-1948), en el pleno regional de enero-febrero de 1948 apoya a Martínez Prieto en su propuesta de traer al CN a Francia, y llegó a firmar un documento pro partido libertario en enero de 1948.

Finalmente se asentó en la región parisina, estudió en La Sorbona (1949-1950) y se dedicó a la enseñanza de lenguas y literatura. A partir de entonces su militancia se difumina hasta la década del 70 y siguientes. En los últimos años del franquismo viajó en varias ocasiones al interior para coordinar a los compañeros de Guipúzcoa y Álava. Siguió interesado por las cuestiones libertarias, sobre todo como conferenciante y escritor. Colaboraciones en *Askatasuna*, *CNT*, *Polémica*, *Tiempos Nuevos* de Toulouse (1945). Autor de: *Los anarquistas y la guerra en Euskadi. La comuna de San Sebastián* (San Sebastián, 1977), *Bosquejos, La ciencia y el joven libertario* (Bayona, 1946), *Délire et rétrovision* (París, 1977), *Generalidades sobre Euskadi y la CNT* (Bayona, 1945), *El gobierno vasco y los anarquistas. Bilbao en guerra* (San Sebastián, 1978), *El hombre sin ombligo*, *El impertinente andariego* (Toulouse, 1948), *Las*

incertidumbres del doctor H. (novela finalista del Premio Nadal), *Juventud y rebeldía*, *Oposición popular y cárceles en la República* (San Sebastián, 1980), *Sembrando inquietudes* (Bayona, 1946), *Siluetas del pensamiento*, *Utopía*. También colaboró en *Un siglo de anarcosindicalismo en Euskadi* (1990).

Manuel Chiapuso pasó sus últimos años junto a su compañera María, también militante de la CNT, en su casita en Biarritz, rodeado de libros y atento a los primeros esfuerzos para volver a crear el sindicato en Gipuzkoa. Lúcido como siempre, transmitió en largas horas de charla anécdotas, experiencias y lecciones de décadas de lucha anarcosindicalista, exilio y clandestinidad a sus compañeros más jóvenes. En ocasiones se desplazaba con su compañero Martínez, capitán del Ejército Republicano del Aire y ahora apoderado "el taxista", a diversos puntos de Gipuzkoa y Bizkaia. Cuando su salud se lo permitía, acudían juntos a los actos del 1 de Mayo o visitaban compañeros y familiares. En una de estas visitas, tuvieron la mala suerte de sufrir un accidente de coche que llevó a Manuel Chiapuso al hospital de Cruces. Ahí falleció a los pocos días a causa de una neumonía. Su amigo y compañero Martínez le siguió a los dos años y María se trasladó a vivir con su nieta a París.

(extraído de "Esbozo de una Enciclopedia histórica del anarquismo español" de Miguel Iñiguez, y completado por CNT Gipuzkoa)